

she's tearing down
all of his walls.

*Beneath
your.*
Beautiful
emery rose

¡Apoya al autor comprando sus libros!

Este documento fue hecho sin fines de lucro, ni con la intención de perjudicar al Autor (a). Ninguna traductora, correctora o diseñadora del foro recibe a cambio dinero por su participación en cada uno de nuestros trabajos. Todo proyecto realizado por Paradise Books es a fin de complacer al lector y así dar a conocer al autor. Si tienes la posibilidad de adquirir sus libros, hazlo como muestra de tu apoyo.

¡Disfruta de la lectura!

2



Beneath
your

Staff

Moderadoras de Traducción

Team Jade

Traductoras

Corazon_de_Tinta

Ezven

Kalired

Kariza

Luisa1983

Leidy Vasco

RRZOE

Tessa

Veritoj.vacio

Yira.Patri

Correcctoras

BelSan

Cherrykeane

Clau V

Sibilor

Tolola

Taywong

Vickyra

3

Revisión Final

Taywong

Diseño

Tolola



Índice

Sinopsis

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Capítulo 38

Capítulo 39

Capítulo 40

Capítulo 41

Capítulo 42

Epílogo

Sobre la Autora



Sinopsis

Eden

Todo lo que quería era un nuevo comienzo en una nueva ciudad... y un trabajo de barman. Nunca tuve la intención de enamorarme del sexy y tatuado dueño del bar.

Oscuro.

Pensativo.

No disponible emocionalmente.

Pero Killian Vincent es un desafío del que no puedo alejarme.

Él teme que, si cayo demasiado profundo, no me gustará lo que encuentre. Pero está equivocado, y estoy decidida a demostrarlo.

Killian

El amor puede destruir a un hombre. Ponerlo de rodillas. Por eso nunca dejo que nadie se acerque demasiado.

Hasta Eden.

Luchadora.

Obstinada.

Irresistible.

Ella está en una misión para derribar mis paredes. Desenterrar verdades que es mejor mantener enterradas.

Necesito convencerla de que alejarse es la elección correcta... antes de que nos destruya a los dos.

Beautiful #1



*Beneath
your*

1

Eden

Quité la nieve de mi chaqueta y me reí del Santa Claus inflable que colgaba de las vigas del porche mientras abría la puerta principal. Trevor, uno de los compañeros de casa de Luke, estaba sentado en el sofá, con los pies apoyados en la mesa de café, una rebanada de pizza en una mano y el control remoto en la otra.

—Hola, Trev. —Me quité el gorro y dejé caer mi cabello rubio—. ¿Estudiando duro para los finales? —bromeé.

Lanzó la pizza en la caja y saltó por encima del sofá.

—Impresionante. ¿Haces eso por todas las chicas? —me burlé.

Pasó una mano por su despeinado cabello, sus ojos dando vueltas por la habitación, mirando a todo menos a mí.

—¿Qué estás haciendo aquí? Es jueves.

Reí.

—¿No se me permite pasar los jueves? ¿Es una regla de la casa?

—Normalmente tienes clase todo el día.

Cierto. Estaba faltando a clases esta tarde. El mensaje de Luke selló el trato. *Deshazte de tu próxima clase. Te necesito. Ahora.* Nunca me pedía que faltara a clase por sexo. Estaba tan emocionada de que finalmente dejara salir a su rebelde interior, que prácticamente corrí hasta aquí.

—¿Está en su habitación?

—Uh, no... está fuera.

Arrugué la frente.

—Dijo que estaría aquí.

—Vamos a tomar una cerveza. Yo invito.

—Todavía me estoy recuperando de la celebración del cumpleaños de anoche.

—Para curar la resaca.

El sexo con resaca sería una mejor cura, pero me lo guardé para mí.

—Esperaré en su habitación. —Pasé por delante de él—. Nos vemos luego.

La mano de Trevor envolvió mi brazo y me dio un tirón.

—No quieres ir allí arriba.

Levanté la mirada, el miedo abriéndose paso en mi estómago.

—¿Por qué no? —susurré.

—Solo.... no lo hagas.

Sacudí mi brazo y subí silenciosamente las escaleras. Mientras me arrastraba por el pasillo, las voces salían del dormitorio de Luke. Su puerta estaba abierta, y me quedé fuera, esforzando mis oídos para oír.

—¿Cuándo se lo vas a decir? —Después de tres años de escuchar la voz de Lexie en la oscuridad mientras hablábamos hasta altas horas de la noche, lo sabía bien.

—Pronto —dijo Luke—. Solo necesito más tiempo. No pude decírselo en su cumpleaños. Y con los finales a la vuelta de la esquina...

—Esto me está volviendo loca —dijo Lexie—. Me siento tan culpable. Cada vez que la miro, siento que lo sabe.

Yo no lo sabía. No tenía ni idea.

Esto no puede estar pasando.

—No llores, Lex. Hablaré con ella. Es solo que... es difícil.

Oh Dios. ¿Cuándo? ¿Cómo? Devanándome los sesos, traté de averiguar cómo era posible todo esto.

—¿Todavía la amas? —preguntó ella, sorbiendo su nariz.

Cerré los ojos, conteniendo la respiración mientras esperaba la respuesta.

—Todavía me preocupo por ella.

¿Todavía se *preocupaba* por mí? ¿Eso fue lo mejor que pudo reunir? En nuestro último año de secundaria, me rogó que fuera a Penn State con él. Como la tonta que era, lo había seguido a la universidad, diciéndome que el arte era solo un pasatiempo. Podría hacerlo sin el título de lujo. No es que mi padre hubiera pagado por la escuela de arte. Aun así, podría haber intentado entrar, y habría encontrado la manera de pagarlo por mi cuenta. Pero no, había tirado los folletos de la escuela de arte a la basura.

Todo porque Luke era mi primer amor.

—Luke... yo... hay algo que necesito decirte.

—¿Qué es? —Su voz estaba amortiguada. ¿Estaba su rostro enterrado en el cabello de ella? ¿La estaba abrazando? ¿Besándola? Mis manos se convirtieron en puños, mis uñas clavadas en las palmas de mis manos. Luché para que el aire entrara en mis pulmones. Me dolía tanto el corazón que apenas podía respirar.

—Prométeme que no te enojarás —suplicó—. Fue un accidente. Ni siquiera sé cómo sucedió. Pero... estoy embarazada.

Me apoyé en la pared buscando soporte. ¿Embarazada? ¿No sabía cómo ocurrió? La bilis subió por mi garganta. Tragué la amargura y me puse de pie.

La ira inundó mis venas.

Abrí la puerta, estrellándose contra la pared. Poniendo mis manos en mis caderas, miré toda la escena. Luke la estaba abrazando, y ella estaba de frente a la puerta, con una sonrisa engreída en su rostro. Lucía triunfante, y no se sorprendió en lo más mínimo al verme. Lexie debía haber enviado ese mensaje desde el teléfono de Luke. Ella era la ganadora, y estaba emocionada por su victoria.

El rostro de Luke estaba helado de asombro, sus ojos marrones muy abiertos, su boca colgaba abierta como si lo hubiera atrapado a mitad de la frase. Las cortas capas de su cabello castaño dorado estaban erizadas como si Lexie hubiera estado pasando sus dedos por ellas. Desvié la mirada. No podía soportar mirar al chico que había amado durante cinco años. *Cinco años.*

—¿Interrumpo? —pregunté, sorprendida por lo tranquila que sonaba.

Luke se puso de espaldas y se cubrió el rostro con las manos. Cobarde. Si su ropa esparcida por el suelo era un indicio, estaba desnudo bajo esas sábanas. Y ahora se hizo dolorosamente claro por qué nuestra vida sexual había disminuido en los últimos meses. Lo estaba consiguiendo de otra persona: mi mejor amiga.

—Eden... no es lo que piensas. —Sonaba tan patético que reí mucho—. Puedo explicarlo.

—Guárdalo para alguien a quien le importe.

Yo te amaba. ¿Cómo pudiste hacerme esto? Y Lexie, la traidora, había sido mi compañera de cuarto desde primer año. La llevé a casa conmigo durante las fiestas porque dijo que sus padres no se preocupaban por ella. Le presté mi ropa. Mis amigos se convirtieron en sus amigos, y ahora, mi novio era su novio.

Mi corazón se estaba rompiendo en tantos pedazos que no sabía cómo volver a juntarlos. Pero me negué a darle a Lexie la satisfacción de verme desmoronada. Era hora de actuar, no de llorar. Abrí el armario de Luke y busqué dentro un bate de béisbol. Elegí el Combat Maxum, un bate para los bateadores de potencia, y salí balanceándolo. Lexie se acobardó, abrazándose para protegerse.

Eeí.

—No te preocupes, Lexie. No vale la pena ser arrestada por asalto y agresión.

Salí de la habitación, con la cabeza bien alta. Cuando llegué al pasillo, bajé corriendo por las escaleras y salí por la puerta principal. Bajé volando por los escalones del porche y doblé la esquina, mis pies resbalando y deslizándose sobre la nieve recién caída mientras me detenía frente al BMW plateado de Luke, un regalo de graduación de la secundaria de sus padres. Todo en la vida de Luke Prescott le había sido entregado en bandeja de plata. Hijo único de padres cariñosos que lo pusieron en un pedestal, malcriándolo. Deberían haberle dado a su hijo valores en lugar de posesiones materiales. ¿Quién consigue un BMW por graduarse de la secundaria?

Levante el bate, y conectó con el capo. *Crujido*. Otro golpe fuerte, y quité un faro. Mi cuerpo estaba envuelto de rabia. Necesitaba desatarla. La ira era mejor que la alternativa: enrollarme como una pelota y llorar lo suficiente como para llenar un océano.

—Eden. ¡Detente! —gritó Luke. Lo ignoré y golpeé contra el otro faro. ¡Bam! ¡Bam! ¡Bam! Seguí lanzando golpes, el metal crujiendo bajo mi bate. El infierno no tenía una furia como la de Eden Madley despreciada. No es que fuera una persona violenta. Pero imaginaba la sonrisa triunfante de Lexie, y eso avivaba mi ira.

Levanté el bate, lista para infligir más daño.

Luke me abrazó por detrás y me arrastró a una distancia segura del auto.

—¿Qué has hecho? —Luke se lamentaba, sonando como un bebé grande y gordo.

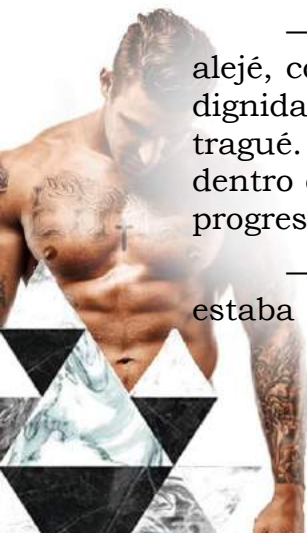
—Lo mismo que le hiciste a mi corazón.

Luché para liberarme de su agarre y tiré el bate al suelo. Crisis detenida, se acercó para inspeccionar los daños, limpiando la nieve con sus manos. No era suficiente. Pero la derrota y el dolor habían agotado la lucha.

—Lo siento —dijo, dándome la espalda. Ni siquiera tuvo las agallas para mirarme a los ojos—. Lo siento mucho, Eden.

—Vete a la mierda, Luke. Toma tu disculpa y métetela por el culo. —Me alejé, con los hombros rectos y la cabeza bien alta, tratando de aferrarme a la dignidad que me quedaba. Las lágrimas se alojaron en mi garganta, pero me las tragué. En el camino hacia aquí, pensé que la nieve se veía bonita. Como estar dentro de una bola de nieve. Ahora la nieve picaba en mi rostro, impidiendo mi progreso. Me puse la chaqueta y metí las manos en los bolsillos.

—Oye, Eden —llamó Trevor, corriendo para alcanzarme. Sabía lo que estaba pasando bajo su techo. Fui la última en enterarme. ¿No era siempre



así?— Por si sirve de algo, creo que te mereces algo mucho mejor. Si alguna vez quieres tomar una cerveza, llámame.

Asentí y seguí caminando, conteniendo las lágrimas. Me desabroché el brazalete que Luke me regaló ayer en mi cumpleaños número veintidós, lo tiré al suelo y lo aplasté bajo la suela de mi bota. Había llegado en una caja azul de Tiffany's, un brazalete de plata pura con un medallón en forma de corazón.



2

Killian

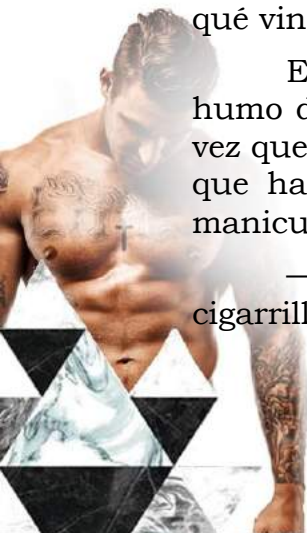
Estaba allí completamente de Joss y me quité el condón, retirándome a su baño. Después de tirar de la cadena, me lavé las manos y usé su jabón elegante y mis dedos para quitarme las manchas de maquillaje en su lavabo. El baño era enorme, pero aparentemente no lo suficientemente grande como para acorralar toda su mierda de maquillaje, laca para el cabello, perfume, lociones y pociones que llenaban todos los estantes y todas las superficies disponibles. Las toallas estaban tiradas descuidadamente en un montón en el piso de baldosas de piedra caliza, como si estuviera esperando a que la criada las reemplazara por otras nuevas. Doblé las toallas y las colgué de la barandilla. Ni siquiera sabría por dónde empezar a limpiar el resto de la mierda aquí.

Volví a la habitación de Joss, esquivando una montaña de ropa desechada. Estaba tumbada en su cama desnuda, con un cigarrillo encendido entre los labios. Fuera de su pared de ventanas, el Bajo Manhattan estaba iluminado como el 4 de julio. Joss vivía en un condominio de lujo en Brooklyn Heights. Nunca había visto su apartamento a la luz del día, nunca la había visto a ella a la luz del día.

Joss nunca pedía charla de almohada o abrazos. No tenía ningún interés en una relación, y esa era la única razón por la que había durado tanto tiempo. No se metía en mis asuntos, nunca hacía preguntas y no trataba de analizarme. Pero esta noche, el sexo me dejó sintiéndome vacío. O entumecido. Ni siquiera podía encontrar una palabra para esta aburrida y dolorosa nada. No sabía por qué vine esta noche. Fue un error, y lo supe en cuanto entré por la puerta.

Ella me miraba a través de los ojos entrecerrados mientras me vestía, el humo de su cigarrillo se elevaba y entraba en el aire rancio. Joss me dijo una vez que tenía un fondo fiduciario enorme. No trabajaba, y no tenía ni idea de lo que hacía en todo el día. Tal vez dormía, o iba de compras, o se hacía la manicura. Nunca me importó lo suficiente como para preguntar.

—¿Conociste a alguien especial? —preguntó. Tomó otra calada de su cigarrillo, echando el humo por la boca.



—Deberías conocerme mejor que eso. —Ella no me conocía en absoluto, pero dejé las reglas claras desde el principio. Nada de preguntas personales.

Se encogió de hombros.

—Las cosas cambian.

—¿Cambiaron para ti? —Me senté en el borde de su cama para atar los cordones de mis botas de combate. Las tenía desde la secundaria y estaban tan desgastadas y maltratadas como yo. Demasiado joven para sentirse tan jodidamente viejo. Esa frase viene de una canción country que oí en Fat Earl's una vez. Odiaba ese bar. Mi viejo solía frecuentarlo antes de que los hipsters invadieran, cuando Earl aún estaba vivo y se hacía la vista gorda. Pero incluso ahora, con un nuevo dueño y una multitud diferente, el lugar probablemente no había cambiado mucho. La música country probablemente todavía resonaba en la rocola, y probablemente todavía olía a cerveza rancia y comida frita. Mi estómago aún se anudaba de miedo cada vez que pasaba por allí.

—No necesito que me quieras —dijo Joss. ¿Amor? Me molestó la palabra. Ella nunca había sacado nada de esto a colación y yo no sabía qué la impulsaba a hacerlo ahora. Este nunca había sido nuestro trato, y ahora sabía con seguridad que era hora de largarme—. Pero no soy estúpida. Mantuviste los ojos cerrados.

—Éxtasis orgásmico. —Una mentira. Había hecho el trabajo, pero no era éxtasis. Sentí como si estuviéramos atravesando las formalidades, como dos máquinas bien engrasadas. Todo mecánico, nada de emociones.

Eso es lo que querías, imbécil.

—Mentira —dijo—. Estabas fingiendo que yo era otra persona.

Equivocada. Yo estaba fingiendo ser otra persona. Me puse de pie y me giré para mirarla.

—Es hora de que sigas adelante.

—Tal vez ya lo he hecho. —Dejó que una cortina de cabello castaño cayera en su rostro para enmascarar su dolorosa expresión. Jesús. ¿Creía que estaba enamorada de un tipo que la llamaba a las dos de la mañana para tener sexo? Ni siquiera sabía mi apellido ni a qué me dedicaba.

—Nunca hice ninguna promesa —dije.

Joss río, pero sonó fuerte en su tranquila habitación.

—Conocía el trato. Pero aun así esperaba... que fuera diferente.

Me froté la nuca y exhalé. ¿Qué demonios podría decir? No podía fingir que la amaba. No sabía cómo se sentía el amor, pero sabía que no era esto. Nunca pensaba en ella después de irme. Nunca pregunté sobre su familia, nunca pregunté qué hacía en su tiempo libre, nunca pregunté nada sobre su vida. Nos conocimos en un club hace seis meses. Estaba borracho y más que jodido. Buscaba pasar un buen rato sin ataduras. Ella me trajo a casa, y follamos. Lo

hemos estado haciendo desde entonces, pero nunca sentí la necesidad de conocerla mejor.

—Puedo vivir sin las llamadas de las tres de la mañana. —Levantó la barbilla—. Además, me merezco algo mejor. Mi psiquiatra me lo dijo, así que debe ser verdad.

Tenía un psiquiatra. Y se merecía algo mejor. Alguien que se quedara a pasar la noche y le importara una mierda.

—No volveré a llamar.

Mi mano estaba en el pomo de la puerta, listo para salir cuando sus palabras me detuvieron.

—¿Pensaste que no sabía que eras Killian “La Muerte” Vincent, campeón del Octógono?

Me quedé quieto, con el cuerpo tenso. Me alejé de las peleas justo antes de conocerla. Los medios de comunicación habían estado por todas partes, así que no debería haberme sorprendido que supiera quién era, pero nunca lo había mencionado. Y eso era algo bueno. Odiaba que me recordaran lo que solía ser.

—Alguien en el club te señaló la noche que nos conocimos —dijo Joss—. ¿Realmente crees que hubiera ido por ti si no hubieras sido nadie?

Era un don nadie. ¿Qué pensó que pasaría? Que la llevaría conmigo a mis peleas, la dejaría disfrutar del centro de atención como esas otras chicas sin nombre que se apegaron a mí por lo que pensaban que era. Ninguna de ellas me conocía. Ninguna de ellas quería conocerme. Solo querían ser vistas conmigo y follarme.

—Ya no peleo.

—Lo sé. Y estoy decepcionada. Quería estar con un campeón, pero terminé con un fracasado que dirige un estúpido bar. —Fingió un bostezo—. Aburrido.

Todo el tiempo, Joss se había estado follando a otra persona. Bien, era yo. Pero a veces, sentía que era más como un alter ego. Había sido un showman que hizo que la multitud me amara y me apoyara, cantando mi nombre. Un actor, interpretando un papel, todo fanfarrón y bravucón, pero lo había respaldado con un agotador programa de entrenamiento, y cumplía con lo prometido. Mi hermano Connor me preguntó una vez si estaba luchando contra mi oponente o contra mis propios demonios. No me molesté en responderle. Si lo hubiera hecho, habría dicho que *contra ambos*.

Ella me dio la espalda y me fui. Estaba aliviado de que se hubiera acabado, pero me sentí mal por ello. Mi viejo me diría que era el precio que pagaba por tener conciencia.

Él nació sin una, pero la mía era lo suficientemente grande como para asumir la culpa de todo el maldito mundo.

—El árbitro lo llamo un golpe limpio —dijo mi papá.

—Me importa una mierda cómo lo llamó el árbitro. Maté a un hombre.

—No seas dramático. Todavía está vivo.

—Está en un maldito coma.

—Deja de ser un marica.

Ese era uno de sus nombres favoritos para mí. Marica. Idiota. Cabeza de mierda. Creía que algunas personas en este mundo se proponían destruirte solo porque pensaban que podían hacerlo. Mi padre era una de esas personas. Pero aprendí hace mucho tiempo que, si no dejabas que nadie se acercara lo suficiente, no podían hacerte daño. No de ninguna manera que importara. No fueron los puños los que hicieron el mayor daño. Era el amor el que podía poner a un hombre de rodillas. Una mujer derribó a Seamus Vincent, y él se volvió hacia la botella para aliviar su dolor. Era un borracho desagradable con una memoria selectiva. A veces, casi creía que no tenía idea de lo que hacía cuando estaba borracho. Tal vez no lo hacía. Lo que ocurría a puerta cerrada, se quedaba a puerta cerrada. ¿A quién se lo iba a decir, de todos modos? ¿A la policía?



Respiré profundamente y presioné el botón de llamada. Ella contestó el teléfono de su casa al segundo timbre. Al fondo, oí llorar a un bebé. El bebé de Johnny Ramírez, un niño al que nunca tuvo la oportunidad de conocer.

—Anna.

—¿Quién es? —preguntó, sonando cautelosa. Ella sabía quién era. Conocí a Anna primero, en un club nocturno en la cima del MGM Grand en Las Vegas hace cuatro años. Rápidamente se dio cuenta de que yo era un tipo de una noche, pero Johnny era un tipo para siempre. Seis meses después, se casaron y fui su padrino. Brindé por su salud, felicidad y una larga vida juntos.

—Es Killian. No has cobrado el cheque que te envié.

—Tu dinero no traerá a Johnny de vuelta.

—Ya lo sé. —Cobra el maldito cheque. Cómprate algo para ti. Para tu hijo. Maldita sea. Déjame hacer algo por ti—. Anna. Por favor.

Estaba pidiendo perdón, pero ella no podía dármelo. Yo fui el hombre que arruinó su vida, y nada de lo que decía o hacía podría cambiar eso.

—No me vuelvas a llamar. —Cortó la llamada y yo hice un agujero en la pared de la sala de estar de la casa de mierda que alquilé en Greenpoint. Quería quemar la casa hasta que se incendiara todo el mundo. Pero eso no traería a Johnny de vuelta. Nada lo haría.

Oí la puerta principal abierta y el ruido de un motor Harley en el pasillo. Maldito Connor. ¿Por qué no podía estacionar en la calle? En vez de ir por el pasillo hacia el patio trasero como siempre, apagó el motor. Unos segundos después, oí su voz.

—¿Tienes lo que necesito?

Me acerqué al pasillo y lo tomé por sorpresa. Sonrió y me hizo un saludo simulado. Él se sentía bien. *Demasiado bien.*

—Buen trato. Y agrega algunos panqueques adicionales para el pato crujiente —le dijo Connor a la persona por teléfono, sin duda para mi beneficio—. Nos vemos en 30 minutos.

Connor giró su teléfono para cerrarlo. Un teléfono desechable con los números de los “restaurantes chinos” y “pizzerías” que no vendían pato crujiente o pizza.

—Pensé que estarías en el trabajo —dijo, crujendo su cuello.

—No hagas esa recogida. No necesitas esa mierda. Te pondré en la mejor rehabilitación que el dinero pueda comprar.

Se bajó de la motocicleta y puso el casco en el asiento.

—Ve a trabajar. Es solo comida china para llevar.

Lo agarré de su chaqueta de cuero negra y lo golpeé contra la pared. Parecía la versión más joven de mí: cabello oscuro, piel de olivo, ojos azules. La misma altura, constitución similar. Pero su cuerpo estaba lleno de tantos químicos tóxicos, que era solo cuestión de tiempo antes de que lo mataran. Durante el último año, debe haber perdido diez kilos. Su chaqueta de motocicleta, una vez ajustada a su cuerpo, colgaba más suelta de su cuerpo y su rostro parecía demacrado.

—Esta mierda tiene que parar.

—Pégame si te hace sentir mejor. —Levantó la barbilla—. Adelante. Puedo soportarlo.

Solté mi agarre y di un paso atrás. Nunca lastimaría físicamente a Connor. Golpearlo no resolvería nada.

—¿Qué te ha pasado?

—Lo mismo que te pasó a ti. La vida. —Miró mi mano derecha—. ¿Hiciste otro agujero en la pared? ¿Te hizo sentirte mejor?

Pasó por delante de mí y subió las escaleras de dos en dos.

La puerta del baño se cerró detrás de él, y flexioné mi mano, sin sentir el escozor de los cortes en mis nudillos.



emery rose Beautiful

beautiful #1

Estaba perdiendo a mi hermano, la única persona en este mundo a la que amaba. Pero no sabía cómo salvarlo. Y no sabía cómo arreglar lo que estaba roto dentro de él.

paradise books

16



Beneath
your

3

Eden

Seis meses después

Otro bar, otro rechazo. Había estado en bares de copas, antros, clubes nocturnos, y ahora en este bar de azotea. Todos querían a alguien con experiencia. ¿Cómo obtienes experiencia a menos que alguien te diera una oportunidad? Consideré mis opciones mientras me lavaba las manos en el baño. Solo había estado en Brooklyn tres semanas, pero estaba quemando mis ahorros. Los sueños no eran baratos. Tampoco los apartamentos de mierda en Williamsburg.

Estudié mi reflejo en el espejo. ¿Apestaba a desesperación? Nunca antes había tenido problemas para conseguir un trabajo. Miré mi atuendo, un minivestido de estampado floral y botas hasta los tobillos de gamuza. ¿Quizás no estaba enviando el mensaje correcto?

¿Qué es lo que me pasa? Solía tener confianza.

—Hey —dijo una chica, entrando al baño.

—Hola.

Se detuvo frente a mí y me dio una gran sonrisa. Era guapa, con el cabello castaño y un poco de pecas en la nariz.

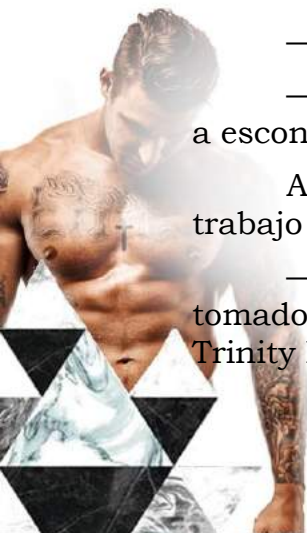
—Soy Hailey.

—Eden.

—Estaba sentada con unos amigos, y puede que haya estado escuchando a escondidas. Estás buscando trabajo de bartender, ¿verdad?

Asentí, aunque estaba pensando que debía ampliar mi búsqueda de trabajo a otras áreas.

—Todo se trata de a quién conoces. La mayoría de estos trabajos son tomados antes de que llegues a la puerta. Pero sé que uno de los camareros del Trinity Bar fue despedido anoche, así que tienes que ir allí pronto.



—¿Por qué despidieron al camarero?

Se encogió de hombros.

—No puedo decirlo. Estaba muy ocupada enamorándome del otro camarero, Zeke. Es todo un encanto para la vista. De todos modos... el tipo con el que tienes que hablar es Killian Vincent. Él es... —Hailey frunció el ceño y golpeó su dedo contra su barbilla. Cuando no pudo encontrar las palabras para describirlo, se encogió de hombros, derrotada—. No estoy segura de lo que es. También es un deleite para la vista, si te gustan oscuros y melancólicos. Personalmente, me atraen más el sol y la luz. A cada uno lo suyo. Dame tu teléfono. Escribiré la información.

Le di mi teléfono, y ella abrió la app de *Google maps*.

—Aquí tienes. —Hailey devolvió mi teléfono y sonrió—. Buena suerte.

—Gracias. Te lo agradezco mucho.

—No hay problema. Espero verte detrás de la barra la próxima vez que pase por aquí —dijo, desapareciendo en un cubículo.

Veinte minutos más tarde, estaba parada detrás de la cabina de una camioneta blanca al otro lado de la calle del Trinity Bar mirando a un tipo que hablaba por su celular. Retrocedió hasta el borde de la acera y miró las enormes torres de acero del puente Williamsburg que se elevaban al fondo, o el techo plano del edificio, no estaba segura. Lo que fuera que estuviera mirando, no le hacía feliz. Estaba caminando de un lado a otro en un área pequeña, como un animal atrapado en una jaula. Un animal elegante y poderoso.

Una camiseta negra acentuaba sus anchos hombros y bíceps, y el dobladillo raspaba la cintura de sus vaqueros oscuros. Una manga de tatuaje cubría su brazo izquierdo. Cabello oscuro y rebelde, cortado en largas capas, llegaba hasta la nuca. Su perfil era fuerte. Mandíbula cincelada. Nariz recta. Pómulos prominentes. Incluso sin ver su rostro claramente, sabía que era hermoso. No podía dejar de mirarlo.

Era Killian Vincent. Estaba segura de ello.

Cuando cortó la llamada, se metió el teléfono en el bolsillo y se pasó ambas manos a través del cabello, sosteniendo la parte posterior de su cabeza como si su frustración fuera demasiado grande para contenerla. No era el momento ideal para acercarme a él en busca de trabajo, pero de todos modos lo estaba haciendo. Sin agallas, no hay gloria. Lo peor que podía hacer era decir que no. levanté mis hombros, mantuve la cabeza en alto y crucé la calle. Mi misión número uno era conseguir un trabajo.

Un minuto, mi cuerpo se movía. Al siguiente, estaba tirada en la carretera, con todo el aire fuera de mis pulmones.

—¿Estás bien?

Levanté la cabeza, aturdida. Las estrellas flotaban delante de mis ojos. Cuando se me aclaró la cabeza, me encontré con unos ojos tan azules que no parecían reales. Como el agua tropical en lugares exóticos que solo había visto en las fotos. Rodeado de pestañas largas y gruesas, casi demasiado bonitas para su rostro robusto y guapo. Sus ojos se fijaron en los míos, y durante unos segundos, todo se quedó completamente inmóvil.

—¿Estás bien? —preguntó de nuevo. Su mirada cubrió mi rostro, las cejas oscuras se arrugaron, y el mundo regresó apresuradamente. A tres metros de distancia, un auto estaba parado, esperando a que me quitara del camino.

—Estoy bien —dije, quitándome la grava de las manos. Estúpido bache. ¿Cómo se me había pasado eso por alto? Me puse en pie. Un dolor punzante se disparó desde mi tobillo izquierdo, y me fallaron las piernas; el mismo tobillo que me torcí en un accidente de motocicleta cuando tenía trece años. Los brazos del tipo me rodearon, y me presionaron contra su duro pecho. Olía bien. Algo caliente y ligeramente picante. Masculino. Intoxicante.

Se movió a mi lado y deslizó un brazo alrededor de mi cintura.

—Apóyate en mí.

Apreté los dientes y cojeé junto a él. Bajé mi pie izquierdo y mi pierna se tambaleó. Su brazo a mi alrededor se apretó, y murmuró algo en voz baja. Antes de que pudiera detenerlo, deslizó un brazo bajo mis rodillas y me levantó del suelo, llevándome en sus brazos, con su paso largo y seguro.

—¿Qué estás haciendo? —pregunté, finalmente entrando en razón. Luché para liberarme de su influencia, pero no me soltó.

—Deja de pelear conmigo. Te vas a lastimar. —Su voz era profunda y algo grave. Sexy.

—Te vas a lastimar al cargarme —dije inútilmente.

—Pesas nada —se burló.

No pesaba nada, pero en sus brazos me sentía ligera como una pluma. Podía sentir los músculos de sus brazos flexionándose y el calor de su piel a través de la fina tela de mi vestido. Su cercanía me hacía perder la razón, pero al mismo tiempo, me hacía sentir segura, como si nada malo me pudiera pasar mientras estuviera con él. Lo que era raro. Era un completo extraño.

Me llevó al bar, y en unos largos pasos, llegamos a un sofá de cuero. Me bajó sobre él, su rostro flotando a centímetros por encima del mío. Me quedé sin aliento mientras miraba sus labios llenos y sensuales y la oscura barba en su mandíbula cincelada que daba la impresión de que una afeitada limpia no duraba más que unas pocas horas. Un caleidoscopio de mariposas había invadido mi estómago, y los sentimientos que yacían dormidos se arremolinaron dentro de mí. Él se aferró a mí unos segundos demasiado largos antes de soltarme y se alejó, pasando su mano por las desordenadas ondas de su cabello.

—Necesito quitarte la bota. —Sin esperar mi permiso, me quitó cuidadosamente el zapato y el calcetín. Me mordí el labio para no quejarme. Él sostenía mi pie descalzo en sus manos cálidas, callosas, fuertes y capaces, con venas gruesas y cicatrices blancas en los nudillos. ¿Cómo se hizo las cicatrices? Tal vez tenía mal genio y se ponía furioso. Eso debería haberme asustado, pero no lo hizo.

Su tacto era firme, pero sorprendentemente suave. Lentamente giró mi pie, su ceño fruncido mientras evaluaba el daño. Menos mal que ayer me pinté las uñas de los pies de coral brillante. Lo que fue una cosa estúpida en la que pensar. Sus dedos rozaron el punto sensible justo debajo de mi tobillo, y aspiré, mis manos dobladas en puños.

—¿Estás bien? —Levantó sus ojos hacia los míos, y mi corazón tartamudeó. Una persona podría ahogarse en esos ojos. Era como estar bajo el agua y mirar a la luz del sol.

—Estoy bien.

Colocó mi pie en el suelo con cuidado, como si fuera de cristal.

—Solo torcido. No roto —dijo, como si fuera un experto en el tema—. Traeré hielo y te limpiaré la rodilla.

Miré mi rodilla. Sangre brotaba de ella. Ugh. Esto no iba según lo previsto. Vine por un trabajo. En vez de eso, estaba haciendo el papel de invalida patética.

—Estoy bien. De verdad —dije rápidamente, balanceando mis piernas sobre el costado del sofá.

Frunció el ceño hacía mí. —Quédate donde estás.

—No te molesto más. Estoy segura de que tienes un millón de cosas que hacer, así que no te preocupes.

Cruzó los brazos por encima de su ancho pecho y fulminó con la mirada. Impresionante. Este tipo lleva el ceño fruncido y las malas miradas a un nuevo nivel de maldad.

—Tengo un montón de cosas que hacer. Pero te caíste justo delante de mí. ¿Esperas que te mande a casa y que no te ayude?

—Mucha gente habría mirado para otro lado.

—Sí... bueno, yo no. —Apartó la cabeza y exhaló bruscamente—. Enseguida vuelvo. No te muevas —ordenó. Lo vi caminar hacia la parte trasera de la barra, notando su perfecto torso en forma de V que se estrechaba hacia abajo hasta llegar a unas delgadas caderas y una cintura estrecha. Los dioses griegos no tenían nada contra este hombre.

¿Qué está pasando conmigo? ¿Me había golpeado la cabeza cuando me caí? Vine a Brooklyn para encontrarme y hacer realidad mis propios sueños. Lujuria por este tipo no me ayudaría a hacer eso. Mi corazón está cerrado al tema, y si mi cuerpo me traicionaba... bueno, eso es una lástima.

emery rose Beautiful
beautiful #1

Trabajo, trabajo, trabajo, trabajo. Mantente concentrada.

paradise books

21



*Beneath
your*

4

Eden

R espirando un poco, miré alrededor del edificio. Paredes de ladrillo expuesto y techos altos. Una barra de zinc con estantes de vidrio de licor y respaldos de espejos antiguos salpicaban la pared frente a mí.

La luz del sol entraba por un conjunto de puertas abiertas en la parte de atrás, dando a los pisos de madera un brillo como de miel. Una cálida brisa de junio traía un aroma a menta y lavanda y algo dulce... ¿me estaba imaginando eso? Era un bar, no un jardín de hierbas. Estiré mi cuello para ver el exterior. Las paredes de ladrillo encalado encerraban un patio pavimentado, y el follaje verde oscuro se enroscaba alrededor de las vigas de madera. Un camión de comida pintado de colores brillantes decía Tacos de Jimmy.

El tipo que asumí que era Killian regresó, cargado con suministros: paquete de hielo, botiquín de primeros auxilios, agua y una sudadera con capucha negra colgada sobre su hombro. Puso todo sobre la mesa y me dio una botella de agua y dos Tylenol.

—Gracias. —Tragué las píldoras con unos sorbos, cerré la tapa y puse la botella en el piso junto a mi mochila de cuero. Debe haberla traído él. Ciertamente yo no lo había hecho.

Enrollando la capucha como si fuera una almohada, apoyó el tobillo y colocó la bolsa de hielo sobre ella con una toalla de bar debajo. Mientras limpiaba mi rodilla, miré la cicatriz en su cuello, blanca contra su bronceada piel aceitunada. Gruesa y levantada. Dentada como un alambre de púas. Como si alguien hubiera ido a por la yugular.

Colocó el paño húmedo sobre la mesa y rebuscó en el botiquín de primeros auxilios, saliendo con toallitas antisépticas.

—Esto podría arder —dijo, abriendo el paquete con los dientes. Dios, eso fue sexy. Le imaginé haciendo lo mismo con un envoltorio de condón—. ¿Necesitas un whisky?

Eé un poco. Me vendría bien un whisky, pero no por mi rodilla. Las raspaduras, los moretones y los esguinces fueron una ocurrencia regular en mi

infancia, gracias a mi hermano Sawyer, que fue muy bueno para realizar actos de audacia. Estúpida de mí, lo seguía hasta el fuego cada vez.

—Estaré bien.

Me dolió un poco, pero una vez más, fue gentil. Tiró las toallitas en el cubo de la basura detrás de la barra y se sentó en la mesa de café frente a mí. Me senté más recta y dirigí mi cuerpo hacia él.

—¿Cómo te llamas? —preguntó.

—Eden. Eden Madley

—Killian —dijo, sin molestarse en mencionar su apellido.

—Lo sé. Por eso estoy aquí. —Sus ojos se entrecerraron en acusación, como si lo hubiera engañado y estuviera tratando de averiguar qué es lo que yo quería de él—. Por un trabajo —dije rápidamente, lo que no parecía tranquilizarle—. Escuché que tal vez estés buscando un bartender. Y estoy buscando ser bartender.

Se frotó la mandíbula y entrecerró los ojos ante algo en la distancia. Parecía que estaba librando una batalla consigo mismo.

—No pongo mujeres detrás de la barra.

—¿Crees que es un trabajo de hombres?

Se encogió de hombros. —Tal vez.

—Eso suena sexista, sabes.

Frunció el ceño.

—Los camareros se quedan hasta tarde. Entre las dos y las cuatro de la mañana. Son tiempos peligrosos.

—Vivo muy cerca. A solo 15 minutos caminando de aquí, así que no es gran cosa...

—¿Caminando? —Parecía horrorizado, como si hubiera sugerido saltar del puente de Brooklyn—. No vas a caminar a ninguna parte a esa hora de la noche.

—Bien. Tomaría un taxi. No puedes discriminarme solo porque soy mujer.

Abrió la boca para hablar, pero me apresure antes de que tuviera la oportunidad de derribarme.

»Si alguien... me diera una oportunidad, sé que sería buena como bartender.

Negó con la cabeza.

—¿No tienes experiencia? —preguntó, sonando exasperado.

—No. Pero tomé un curso. Y he trabajado en muchos trabajos en la industria de servicios. Fui mesera durante un tiempo y sé cómo usar una caja



registradora. Soy buena con la gente. Soy de fiar. Puntual. Una gran trabajadora. Y normalmente no soy tan torpe. No tengo ni idea de cómo sucedió esto.

—Es el camino. —Sacó su teléfono y escribió algo en él—. Me encargaré de ello. —Tenía el presentimiento de que este tipo podría encargarse de cualquier cosa. Me lo imaginaba llamando y haciendo que la ciudad se enfureciera por el bache de la carretera.

—Déjame trabajar una noche. Si no funciona, puedes pedirme que me vaya. No tienes nada que perder. —Le mostré una gran sonrisa. No parecía impresionado, pero no estaba por encima de mendigar. Realmente quería trabajar aquí. De todos los bares que había visitado, mi instinto me decía que éste era el adecuado para mí—. Todo el mundo necesita empezar por algún lado, ¿verdad? Solo estoy pidiendo una oportunidad. Por favor.

—¿Cuántos años tienes?

—Veintidós. ¿Cuántos tienes tú?

—No estoy buscando trabajo.

Era más hombre que chico, y no parecía viejo, pero tampoco parecía joven. Si tuviera que adivinar, probablemente tenía la edad de mi hermano Garrett.

—¿Veintiséis?

—Veintisiete en agosto —dijo, sin querer reconocer que tenía razón. Todavía tenía veintiséis años y no tendría veintisiete hasta dentro de dos meses—. ¿Estás en la universidad?

—Acabo de graduarme en Penn State en mayo.

—¿Qué haces en tu tiempo libre? —preguntó.

¿Era una entrevista o solo estaba haciendo una pequeña charla? No me pareció que fuera de los que hablan de cosas triviales.

—Desde que me mudé a Brooklyn, he estado revisando los vecindarios. Tomando fotos. Y visitando galerías de arte. Corro todos los días. Y dibujo y pinto. —No estaba segura de por qué dije eso. Solía dibujar y pintar, pero habían pasado seis meses desde que agarré un lápiz o un pincel.

—¿Qué artistas te gustan? —Inclinó la cabeza, como si la respuesta realmente le importara.

No sabía qué tipo de respuestas estaba buscando, o cómo esto tenía algo que ver con ser bartender.

—Me gusta Picasso. Especialmente su Período Azul. Frida Kahlo. Willem de Kooning. Las esculturas de Rodin. y el arte callejero y el grafiti en Brooklyn.

Me quedé mirando los tatuajes de tinta negra y gris en su brazo izquierdo. Los añadiría a mi lista de arte que me gustaba. Intrincados diseños, entretejidos con gruesos remolinos y cadenas. Un escudo de armadura en la parte superior del brazo. Un corazón anatómico y una daga. Una cruz celta. Una pancarta en

el antebrazo, con palabras escritas en un guion. No era inglés. ¿Latín? Quería saber lo que decía y significaba para él.

—¿Por qué debería arriesgarme contigo? —me preguntó, recordándome la razón por la que vine aquí en primer lugar.

Lo miré fijamente. Dios, era guapísimo. Su rostro era un estudio de simetría. Mis dedos picaban por sostener un lápiz de carbón para poder dibujarlo.

—Estoy buscando un nuevo comienzo. —Algo así como el reconocimiento parpadeó en sus ojos, pero fue tan efímero que podría haberlo imaginado—. Por eso me mudé a Brooklyn.

—¿Sola? —preguntó.

Asentí.

—Eso es valiente.

No estaba segura de la parte valiente. Hasta ahora, me sentía sola. Y era mucho más difícil de lo que esperaba.

—Realmente necesito este trabajo. Brooklyn es caro. Y no puedo ir a casa. Simplemente... no puedo.

Estudió mi rostro y me pregunté qué vio allí.

—Estas son las reglas. Número uno: no me mientas. Número dos: no me robes. No hablas por teléfono mientras sirves bebidas. No le das bebidas gratis a tus amigos. Número tres: nada de drogas. Si rompes alguna de mis reglas, estás fuera. ¿Tienes algún problema con algo de lo que dije?

—¿Me estás ofreciendo un trabajo? —pregunté, agarrando mi labio inferior entre los dientes para no sonreír. Su mirada se dirigió a mi boca y se quedó allí antes de negar con la cabeza y mirar hacia otro lado.

—Te estoy ofreciendo una oportunidad. No todo el mundo está hecho para ser camarero. ¿Y bien?

—No miento, robo ni tomo drogas. —Las dos veces que fumé marihuana con Trevor no parecieron dignas de mención.

Mantuve la mirada de Killian hasta que asintió, satisfecho de que estuviera diciendo la verdad. Mi rostro rompió en una sonrisa, pero él levantó su mano para evitar que me emocionara demasiado.

—Tendrás tipos que te molesten. Cuando se emborrachen, dicen y hacen estupideces. No estoy diciendo que esté bien —se encogió de hombros—, pero no eres poco atractiva, así que tendrás que lidiar con eso.

—¿No soy poco atractiva? ¿Siempre eres tan encantador?

—Si buscas al príncipe azul, no soy yo, Sunshine.

—¿Sunshine? Al menos no hizo promesas vacías o fingió ser algo que no era.

—No creo en cuentos de hadas. O felices para siempre. El príncipe azul era un villano malvado disfrazado, y Cenicienta era un felpudo en el que se limpiaba los pies. —Sus cejas subieron un poco—. Así que, no te preocupes. No estoy buscando al Príncipe Azul. Tampoco busco a un tipo que me haga perder la cabeza. Solo estoy buscando trabajo. Y puedo soportar que los chicos me molesten. Mi padre y dos hermanos mayores me enseñaron a valerme por mí misma.

Levantó una ceja escéptica.

—¿Lo hicieron?

—Sí, lo hicieron. Mi padre y mi hermano son agentes de la policía estatal y mi otro hermano es un marine. Crecí en una casa llena de testosterona con suficiente maldad como para contagiarme.

Sus labios se curvaron en una sonrisa, mostrando sus dientes rectos y blancos... y... Dios, hoyuelos. *Tiene hoyuelos*. Pero la sonrisa se desvaneció demasiado rápido, como si se hubiera dado cuenta de que estaba haciendo algo que no debía, y la máscara se volvió a colocar firmemente en su sitio.

—¿Alguna pregunta?

Tenía un millón de preguntas, pero me abstuve de hacer algo demasiado personal. Ahora que había conseguido un trabajo, no quería arruinarlo con mi boca sin filtro.

—¿Por qué lo llamaste Trinity Bar?

—No lo hice. Mi compañero lo hizo. Su madre es de Trinidad.

—¿Tienes un compañero? ¿Necesita entrevistarme?

—Está fuera. Si sigues aquí al final de la semana, lo conocerás.

Gracias por el voto de confianza.

—Seguiré aquí.

Me dio una mirada que decía “ya veremos” y me dijo que tenía que conseguirme una solicitud. Cuando desapareció a la vuelta de la esquina, me quité la bolsa de hielo. De pie, puse peso sobre mi pie izquierdo, probándolo. Todavía me dolía, pero no era un dolor candente. Si lo vendaba bien apretado, estaría bien para irme. Me senté y puse el botiquín de primeros auxilios en mi regazo.

Cuando Killian regresó, había terminado de vendarme el tobillo. Me puse mi calcetín y empujé mi pie dentro de la bota. Se sentía como si fuera dos tallas demasiado pequeña ahora. Por dentro, gritaba de dolor, pero oculté mi expresión.

—Necesitas descansar el tobillo —dijo.

—Necesito caminar sobre él. —Tomé algunas medidas provisionales. Este siempre había sido el método de Sawyer para tratar una lesión, así que debería

haber sabido que dolería muchísimo. Lo había visto venderse las costillas fracturadas y las piernas rotas, escondiéndolas del entrenador, y siempre volvía a ese campo de fútbol, fingiendo que estaba en forma—. Estoy lista para irme.

Me miró con escepticismo y me dio la solicitud.

—Rellénala en casa y tráela de vuelta.

Puse la solicitud en mi mochila.

—¿Quieres que empiece esta noche?

Me miró como si hubiera perdido la cabeza. Pensé que, tal vez, lo había hecho. No me había sentido yo misma desde que lo vi.

—No. Regresa mañana a las cinco. Los camareros pasan muchas horas de pie. Si tu tobillo no está mejor...

—Mi tobillo estará bien.

Me dio una camiseta negra con letras blancas que decía Trinity Bar. Revisé la etiqueta del cuello (Medium de hombres) y la puse delante de mí. Me quedaría como un minivestido.

—Póntelo por ahora —dijo—. Te llamaré un taxi. —Me hizo un gesto para que me sentara de nuevo, y me dejé caer en el sofá, reconociendo la derrota. Pelear con él por esto sería un estúpido orgullo de mi parte. La caminata de quince minutos hasta mi apartamento me tomaría el doble de tiempo, y no me ayudaría para el tobillo.

—¿Dónde vives? —preguntó, con el teléfono apretado en la oreja.

Le di mi dirección y las calles peatonales, y él transmitió la información antes de colgar.

—Cinco minutos.

Alguien llamó a la puerta y Killian la abrió de par en par.

—¿Qué pasa, hombre? —preguntó el tipo en la puerta, golpeando a Killian con los puños. Se sacó un bolígrafo de detrás de la oreja y se lo entregó a Killian, junto con un portapapeles.

—Te avisaré cuando llegue el taxi —dijo Killian.

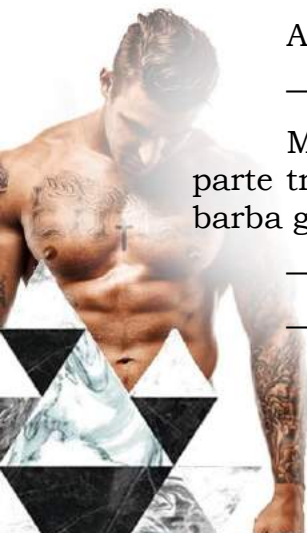
Asentí y le di a él y al repartidor una sonrisa.

—Gracias.

Miré a través de la puerta principal abierta mientras Killian subía a la parte trasera del camión de reparto. Un tipo con una cola de caballo oscura y barba gritó un saludo a Killian de camino al bar.

—Hola. Soy Jimmy.

—Soy Eden. ¿Ese es tu camión de tacos?



—Claro que lo es. Si vuelves más tarde, te haré el mejor taco que hayas comido.

—Eden. Taxi.

Killian me guio a la puerta con su brazo alrededor de mi cintura. Era alto, medía 1,90 cm o 1,80 cm, y su físico era abrumador. Con casi un metro setenta, no era bajita, pero él me empequeñecía. Estaba tratando de decirme a mí misma que él solo estaba siendo útil, un buen samaritano, y que su cercanía no me molestaba. Mantuvo la puerta del taxi abierta, y me deslicé en el asiento trasero, agradecida de poner un poco de distancia entre nosotros. Tal vez ahora podría empezar a respirar de nuevo. Antes de cerrar la puerta, Killian me dio su teléfono celular.

—Escribe tu número.

Ingresé mi número y le devolví su teléfono. Mi teléfono sonó una vez y se detuvo.

—Llámame si no puedes venir.

—Estaré aquí. Y gracias por darme una oportunidad. Te lo agradezco mucho.

Asintió una vez, cerró la puerta y dio un paso atrás. Cuando el taxi se alejó, incliné la cabeza contra el asiento y traté de procesar lo que acababa de suceder. La única parte que estaba clara era que tenía un trabajo. O, al menos, una oportunidad de probarme a mí misma.

El conductor se detuvo frente a mi edificio, una casa de ladrillo de tres pisos, y busqué algo de dinero de mi bolso. Se lo ofrecí mientras él me daba dinero a mí.

—¿Qué es eso?

—Tu cambio. O el cambio del tipo.

—¿Él pagó? ¿Por mi taxi? —le pregunté, tomando el dinero de su mano.

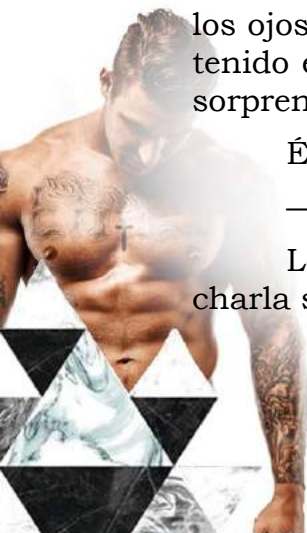
—¿Tienes algún problema con eso? ¿Eres una de esas feministas furiosas o algo así?

—No. Quiero decir, sí, soy feminista. Pero no tiene nada de furioso. —Puse los ojos en blanco y apreté los labios para evitar salirme por la tangente. Había tenido esta discusión demasiadas veces en la mesa de mi familia—. Solo estoy sorprendida. Eso es todo.

Él resopló.

—Una chica como tú... pensé que tendrías muchos viajes gratis.

Le di una propina de dos dólares, más de lo que se merecía por ese tipo de charla sexista, y cerré la puerta con más fuerza de la necesaria.



El sudor se apoderó de mi frente mientras subía las escaleras con el pie derecho, usando la barandilla de madera como muleta. Cuando llegué al tercer piso, sentí que acababa de escalar el Everest. Entré en mi nuevo apartamento, cerré la puerta con doble llave y aseguré con la cadena. Este lugar era seguro como el Fuerte Knox. Cuando Garrett y mi papá me mudaron, hicieron una examinación de seguridad completo y encontraron que faltaba. Mi papá instaló una cerradura adicional con un cerrojo y me hizo prometer que estaría atenta a cerrar. Si fuera por él, también habría barrotes en las ventanas. Mi padre me mandaba mensajes todos los días para asegurarse de que estaba bien. Insistió en una palabra clave si alguna vez tenía problemas. Nadie sabe cómo me rescataría a seiscientos kilómetros de distancia, pero si eso le ayudaba a dormir por la noche, no me negaría.

Tirando mi bolso al suelo, me desplomé en mi sofá blanco de Ikea; el único mueble de mi salón, y me quité las botas y los calcetines. Mi tobillo estaba hinchado, y los moretones habían aparecido justo debajo del tobillo.

Me estiré en el sofá y cerré los ojos, cubriéndolos con el brazo para bloquear la luz del sol de la tarde y todos los pensamientos confusos de mi cerebro. Pero vi su rostro y su cuerpo, sus cicatrices y tatuajes, tan claramente en mi mente, como si estuviera quemado en mi memoria. Todavía podía sentir sus brazos a mi alrededor cuando me llevaba, la flexión de sus músculos, el calor de su cuerpo, su perfume embriagador.

El teléfono me despertó. Parpadeé en la oscuridad y contesté sin revisar la pantalla.

—Eden —dijo Luke, su voz me llevó brevemente a otro tiempo y lugar antes de que él y Lexie hicieran añicos mi ilusión de felicidad. Pero la realidad volvió a entrar, como siempre—. Tenemos que hablar.

—Ve a hablar con la mamá de tu bebé.

—Nunca hablamos de esto, y quiero explicar.

Golpeé el botón de desconexión y lancé mi nuevo teléfono por toda la habitación. Golpeó la pared y cayó al suelo de madera con un ruido. Buena jugada, Eden. Cojeé por la habitación y tomé el aparato. Incluso en la oscuridad, podía ver la grieta en la pantalla. Genial. Rompí mi nuevo teléfono. Seis meses después, ¿y seguía haciendo berrinches? Yo era mejor que eso. Esto tenía que terminar. Aquí mismo. Ahora mismo. Mi teléfono empezó a sonar de nuevo y lo dejé ir al buzón de voz. No quiso dejar un mensaje. Nunca lo hacía.

¿Quién le dio mi número?

Diez minutos después, el nombre de Cassidy apareció en la pantalla. Por supuesto.

—¿Por qué le diste a Luke mi nuevo número? —le pregunté, saltándome el saludo.

Ella suspiró.

—Pasó por mi casa y me rogó. —Cassidy siempre había sido una idiota con Luke. Todo el mundo lo era—. ¿Hablaste con él?

—No. Colgué, luego lancé mi teléfono contra la pared y rompí la pantalla.

—¿Eso te dio alguna satisfacción?

—Un poco —admití—. Pero ahora tengo una pantalla rota.

Ella río.

—¿Cómo está Brooklyn?

—Genial —dije brillantemente. Finge hasta que lo consigas. Pero oye, tenía un apartamento. Y un trabajo. Estaba organizando mi vida. No más ir a la parte más profunda. No más llantos en mi cerveza. No estaba perdiendo más tiempo o energía en eso. Había seguido adelante. Nueva vida. Nueva yo. Y un mundo de posibilidades, todo por mi cuenta—. Hoy conseguí un trabajo de bartender.

—Eso es genial —dijo, pero su alegría fue forzada, y eso dolió.

Cassidy y yo éramos amigas desde la secundaria. Se había quedado en nuestra ciudad natal para ir a la universidad, pero solía visitarme en Penn State todo el tiempo. Ahora trabajaba para una empresa de contabilidad y vivía en casa para ahorrar dinero mientras trabajaba en su CPA. Tenía toda su vida planeada: conseguir un trabajo en una de las mejores firmas de contabilidad de Pittsburgh y casarse con un hombre rico y guapo. Alguien muy parecido a Luke.

A pesar del bebé en camino, no arruinaba la vida de Luke ni su futuro. En el otoño, empezaría la escuela de derecho en Duquesne. Él y Lexie vivían con sus padres cariñosos, y yo estaba segura de que lo único que se requería de ella era que se quedara en la piscina y se cuidara a sí misma. Y a su hijo nonato. No podíamos olvidarnos de eso.



5

Killian

—Contraté a un nuevo camarero —le informé a Louis mientras almacenaba un estante de vodka con una sola mano.

—Espera. He estado fuera dos días. ¿Y despediste a un bartender y contrataste uno nuevo?

—Ajá. —Puse mi celular en altavoz y lo coloqué en el estante para trabajar de manera más eficiente. Teníamos un sistema y funcionaba. Nada peor que una sala de suministros desordenada cuando era hora de hacer un inventario o necesitabas una botella a toda prisa.

—¿Tengo un voto en esto? —preguntó Louis.

—Contrataste a Chad, el ladrón. Entonces no. Tu detector de mierda está deformado.

Louis murmuró algo que no entendí. Sonaba como *“Killian, eres un imbécil”*.

»Tenía que hacerse —le recordé.

—Chad es mi primo.

—No te gusta ese lado de la familia.

Louis rio entre dientes.

—Cierto.

Chad estaba guardando el dinero en efectivo en lugar de contabilizar las bebidas, y sospeché que lo había estado haciendo por un tiempo. No estaba sumando. Las ventas de los cajones no coincidían con el inventario en las noches que trabajaba. Anoche, lo había atrapado con las manos en la masa y me había mentido. Zeke también lo vio, así que tenía un testigo. Dos de las tres reglas rotas en una noche. Las reglas fueron idea mía. Louis es un buen bartender, una buena persona y mi mejor amigo, pero a veces es demasiado amable y la gente se aprovecha de eso. Ahora me deja el trabajo sucio. No busco pelear, pero tampoco lo evito.

Louis siempre había soñado con abrir un bar. Por qué, no tenía idea. Dirigir un bar era lo último que quería hacer. Pero hace dieciocho meses, cuando estaba listo para abrir este bar, me pidió que invirtiera en él. Tenía el dinero y quería ayudarlo, así que lo hice. El negocio era bueno; Trinity Bar era uno de los mejores bares de Williamsburg, pero tomaría años en obtener ganancias, y lo sabía. Había firmado como socio silencioso. Pero ya no podía permitirme estar en silencio. Tenía mucho dinero invertido en esta empresa, y ahora no tenía otra fuente de ingresos.

—¿A quién contrataste? —preguntó Louis. En el fondo, escuché las voces agudas de los niños gritando. Louis estaba en Virginia Beach con su madre, dos de sus hermanas y sus cinco hijos. Eran las primeras vacaciones reales que había tomado desde que abrió el bar, y tenía la sensación de que serían las últimas.

—Tío Louis —gritó una niña—. Jordan tiró de mi cabello.

—Ella me pateó —dijo un niño.

—Eres un bebé grande y gordo —dijo.

Reí entre dientes cuando Louis dejó escapar un suspiro cansado.

—Oye, tío Louis. Te veo el sábado.

—El sábado no puede llegar lo suficientemente rápido —murmuró Louis—. ¿Quién es el bartender?

—Si todavía está aquí para el sábado, la conocerás.

—¿La? ¿Te escuché bien? ¿Qué pasó con tu política de “no hay mujeres detrás de la barra”?

Otra de mis reglas, y yo mismo la había roto.

—Tengo que correr —dije, cortando la llamada.

Mierda. Olvidé contarle sobre las cotizaciones para el nuevo techo. Le envié un mensaje con las malas noticias. Él respondió con una serie de maldiciones y una amenaza de regresar antes.

No cambiará nada. Quédate y disfruta de tu familia, respondí.

—¡Zeke está en casa!

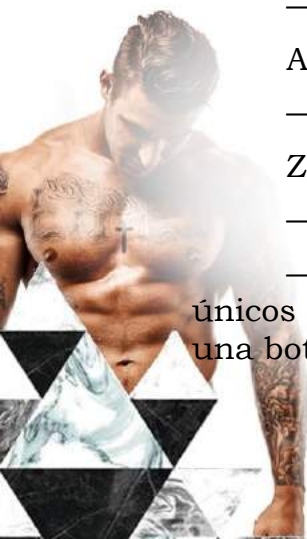
Abrí la puerta de la sala de suministros de licor.

—Sala de licores —le dije, desempacando una caja de whisky.

Zeke se detuvo en la puerta.

—¿Qué pasa? ¿Necesitas ayuda?

—No. —Louis y yo éramos los únicos con llaves de la sala de licores, y los únicos a los que se les permitía aventurarse aquí. Si los camareros necesitaban una botella durante el servicio, tenían que preguntarnos a uno de nosotros. Era



una molestia, pero habíamos tenido demasiados problemas con el robo para relajar esa política—. Contraté una nueva bartender. Se llama Eden. Comienza mañana.

—¿Es sexy? —preguntó Zeke.

¿Es sexy? No podía pensar con claridad cuando estaba cerca de mí. Quería mantenerla hablando para poder escuchar su voz ronca y sexy y ver sus labios rosados y exuberantes moverse. Largas ondas de cabello rubio dorado caían por su espalda, y me lo imaginaba en mi puño. Ojos verdes vívidos como un gato... Nunca notaba el color de los ojos, pero noté todo sobre Eden. Su cuerpo delgado y tonificado, las piernas que duraban kilómetros, sus senos redondos y perfectos y el balanceo de sus caderas al cruzar la calle. El conjunto de sus hombros y la forma en que mantenía la cabeza en alto como si necesitara demostrar que tenía confianza. Funcionó, hasta que cayó en ese maldito bache.

¿Qué me poseyó para levantarla y llevarla? Fue mi ruina. Si la luz del sol tuviera un olor, olería a Eden.

Si solo hubiera sido una atracción física, lo entendería. Pero quería saber todo sobre ella, quién la lastimó en el pasado y la hizo sentir como si los cuentos de hadas no pudieran hacerse realidad. Parecía una chica que debería creer en los cuentos de hadas, el tipo de chica que podría vivir en uno. Después de que se fue, busqué en Google a Picasso, centrándome en su período azul. Luego me acerqué a Rodin y hojeé las fotos de sus esculturas antes de cerrar la pantalla, maldiciéndome.

¿Qué diablos me pasaba? Nunca dejo que las mujeres se metan en mi cabeza.

—Ella está fuera de los límites. No me importa a quién folles fuera del trabajo. Pero mantenlo profesional con la nueva bartender. Ella está permanentemente en una zona de amigos. ¿Entiendes?

Zeke sonrió. Sus sonrisas eran fáciles y frecuentes. Era uno de mis empleados, y había visto lo suficiente como para saber lo bueno de lo malo a los pocos minutos de hablar con una persona. Zeke era uno de los buenos, pero estaba abriéndose paso a través de todas las chicas calientes en el área de los Tres Estados. No tenía espacio para juzgar, pero no quería que se concentrara en Eden.

—Es sexy —dijo Zeke, y lo fulminé con la mirada. Levantó las manos y retrocedió hacia el pasillo—. Pero está fuera de los límites. Lo tengo.

Le di un breve asentimiento.

»¿Se aplica la misma regla a ti? —preguntó con una sonrisa. Quería golpearlo. Pero no lo haría. No dejaría que mis puños hablaran una vez más. Puse esa vida detrás. Nuevo y mejorado Killian. Usaba mis palabras ahora, aunque eran escasas. No mucho salió de mi boca.



En lugar de golpearlo, le cerré la puerta en la cara y lo escuché reír al otro lado.

—Todavía te amo, hombre. Eres una bomba.

Dios sabía lo que había hecho para ganar su alabanza. Nada de lo que decía o hacía ofendía a Zeke. Era como el teflón. Todo rebotaba directamente de él. *Ping. Ping. Ping.* Me habría encantado caminar un kilómetro en sus zapatos y ver cómo se sentía. Zeke era un niño rico de Connecticut. Sus padres lo amaban y solo querían que fuera feliz. Me lo había dicho en nuestra entrevista cuando le pregunté por qué quería ser bartender en lugar de usar su elegante título universitario.

—¿Por qué ser bartender te haría feliz?

—Soy una persona de personas. Claramente —dijo, dándome una de sus sonrisas de mierda—. La idea de quedar atrapado en una oficina por el resto de mi vida me hace sentir como si me estuviera sofocando. Y desde mi punto de vista, tus veintes son el momento de explorarte a ti mismo y descubrir quién eres y qué quieres de la vida. Cuando salga del trabajo, no quiero la molestia de pensar en ello, ¿sabes? Solo quiero relajarme y divertirme.

Bueno, bien por él. Si Eden estaba buscando al Príncipe Azul, aunque decía que no, Zeke era su hombre, un chico guapo que usaba sus encantos y líneas cursis para recoger a todas las mujeres a las que servía en el bar. Era un jugador y le encantaba el juego. Exactamente la razón por la que ella estaba fuera de los límites para él. Estaba fuera de mi alcance por una razón completamente diferente.

La puerta se abrió y Ava asomó la cabeza.

—Eres un imbécil —dijo, confirmando algo que ya sabía. Se apoyó contra el marco de la puerta, sosteniendo una bolsa de Doritos Cool Ranch más grande que ella. Ava era unos veinte centímetros más baja que yo, pequeña y de aspecto delicado. Pero las apariencias eran engañosas. Ella era más fuerte de lo que parecía—. ¿Le acabas de cerrar la puerta en la cara a Zeke?

Rompí las cajas vacías, sin molestarme en responder.

»Qué bueno que te quiero tanto —dijo Ava.

Era algo bueno que Ava fuera una amiga leal y soportaba mi mal humor y todo mi equipaje. Cuando tenía catorce años y yo dieciocho, la había rescatado de ser intimidada, y desde entonces había sido mi partidario más leal. Incluso cuando la jodí o herí sus sentimientos al dejarla afuera, ella se puso de mi lado. Desafortunadamente, a veces lo llevaba demasiado lejos. Ava era un genio de las redes sociales y se encargó de ser la Killian Vincent virtual. Se disparó a la fama y creó un gran número de seguidores. Ante mi insistencia, cerró esas cuentas, pero no se pudo borrar el historial virtual. En un momento de debilidad, me busqué en Google hace unos nueve meses y ahugué mi odio en una botella de Jameson.

—¿Has tenido noticias de Connor? —preguntó Ava, abriendo la bolsa de Doritos. Hacía la misma pregunta todos los días.

Rodé mis hombros.

—No. —Mi trabajo era proteger a Connor y cuidarlo, pero de alguna manera, le fallé. Otra vez. Y ahora no sabía dónde demonios estaba.

—Volverá pronto —Otra cosa que repetía a diario, pero su voz carecía de convicción. Érase una vez, Ava era la chica de Connor. Había afirmado que era su mundo entero, pero los hombres Vincent tenían una habilidad especial para arruinar todo lo bueno.

Dos meses y ni una palabra de Connor. Tres días después de salir de rehabilitación, limpio y sobrio, desapareció. Cinco días después, me dejó un mensaje de voz de un número desconocido: “Voy a encontrar una manera de mejorar las cosas. Gracias por todo lo que has hecho por mí. Te lo devolveré. Lo prometo. Te veo luego”.

Ava me tendió la bolsa de Doritos, pero la rechacé. No había tocado la comida chatarra en años, pero ella siempre la ofrecía. Por alguna razón, le molestaba que siempre me negara.

—Ya no estás entrenando —resopló, metiéndose un puñado de Doritos en la boca. Los aplastó entre los dientes como si merecieran un castigo por mi negativa.

Mi dieta no era tan estricta como solía ser, y mis sesiones de entrenamiento actuales eran una broma en comparación con las horas agotadoras que había pasado antes, pero aún no veía la necesidad de llenar mi cuerpo de basura.

—Vi a Seamus antes —dijo, e hizo una mueca como si físicamente le doliera mencionar su nombre—. Me preguntó si había tenido noticias de Connor.

Seamus Vincent. El nombre de mi padre no me asustaba. Ya no. Pero si llegó a Connor antes que yo, eso sería malo. Connor no estaba construido como yo, y no me refería a tamaño y volumen. No fue hecho para ensuciarse las manos. Connor era inteligente y sensible. Un artista. A veces todavía pensaba en él como un niño dulce con una inocencia que intentaba proteger a toda costa. Pero crecer en nuestra casa fue un mal sueño del que no podías escapar sin importar cuánto lo intentaras. Aunque Connor rara vez tenía una mano sobre él, no era menos destructivo para el alma. Llevaba sus diseños en mi brazo y mi espalda. Solía mantener sus cuadernos de bocetos escondidos debajo del colchón. De lo contrario, habrían sido ridiculizados y destrozados. Los insultos no rodaron por la espalda de Connor como había fingido. Lo había internalizado, lo había tomado muy en serio y creía cada palabra.

Su adicción a los opiáceos comenzó cuando tenía diecisiete años, pero había estado demasiado ocupado persiguiendo mis sueños para notar las señales. Cuando tenía veinte años, debuté en UFC y dediqué todo mi tiempo y

energía a convertirme en el mejor, pero tuvo un precio. Había sacado a Connor de la casa de mi padre, pero rara vez estaba en casa, así que lo habían dejado solo. Cuando descubrí que estaba en problemas, había pasado a la heroína, y la parte de mierda era que Ava había necesitado darme una pista. ¿Cómo diablos me había perdido algo tan obvio? Decir que le fallé era la subestimación del siglo.

Ava colocó su cabello púrpura pálido detrás de la oreja.

—Háblame de esta chica que contrataste.

—¿Reservaste esa banda? —No podía recordar su nombre. Ava se ocupaba de todo eso.

—Todo listo. Está en nuestro sitio web, Twitter, Facebook... todas las cosas que nunca miras.

—El edificio reg...

—El archivo está en tu escritorio. ¿Cuál es el trato con Eden? —preguntó, tocando su teléfono mientras hablaba.

—No hay trato. Ella necesitaba un trabajo. Necesitábamos un bartender.

Ava sonrió y siguió escribiendo. *Tap. Tap. Tap.* Lo más probable es que estuviera promocionando el bar, haciendo que pareciera el lugar en el que todos debían estar, incluso si aún no lo sabían.

—¿Eden jugó la carta de damisela en apuros? Eres un tonto por eso.

No era un tonto, a menos que fuera genuino. Eden no lo hizo intencionalmente, pero había sucedido. Reí del recuerdo, y las cejas de Ava se alzaron como si el sonido fuera extraño para ella.

—¿Estás planeando ser su caballero blanco?

No era el caballero blanco de nadie, pero cuando Eden se estrelló contra mi vida, todos mis instintos protectores se habían acelerado. Sus ojos eran claros y brillantes. Su rostro era descuidado, revelando todas sus emociones. Si me hubiera mentido, habría podido leerlo en su rostro en un instante. Pero ella quería un nuevo comienzo, y yo haría todo lo posible para ver que lo consiguiera. Lo mejor que podía hacer por ella era mantenerla a salvo de tipos como yo y de todos los otros lobos que la estarían acosando.

Cristo. ¿Qué estaba pensando? ¿Necesitaba otra persona de la que preocuparme? Diablos, no.



6

Eden

Un chico con el cabello rubio desaliñado y los auriculares metidos en los oídos se unió a mí fuera de la puerta del Trinity Bar, donde mis golpes no habían recibido respuesta. Era guapo de una manera bonita, y supuse que podría ser el sol y la luz de Hailey. Se colocó los auriculares alrededor del cuello y cruzó las manos como si rezara.

—Debe haber un Dios. El cielo me envió un ángel.

Reí de su cursi línea, y él me recompensó con una sonrisa.

—Necesitas usar el golpe secreto. —Sacó su teléfono y envió un mensaje.

—¿Eres Zeke?

—Mi reputación me precede. Pero sé que nunca nos hemos conocido porque lo recordaría. —Movié las cejas.

—Soy Eden. La nueva bartender.

—Whoa. —Puso su mano sobre su corazón y se tambaleó—. No vi venir eso. —Levantó una mano e inclinó la cabeza—. Solo dame un minuto para recuperarme.

No pude evitar reír de nuevo.

—¿Estás bien ahora?

—Sí. La conmoción se ha desvanecido.

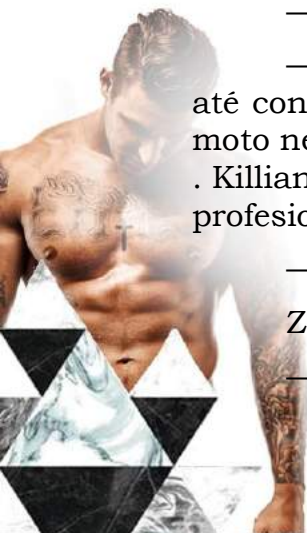
—¿Por qué es tan importante?

—Solo estoy jugando contigo. La camiseta te delató. —Miré la camiseta que ató con un nudo a mi ombligo. La combiné con shorts de mezclilla y botas de moto negras lisas. La basura de remolque que encuentras en la tienda vintage—. Killian me habló de ti, así que supongo que deberíamos mantener una relación profesional de trabajo.

—Parece un buen plan.

Zeke chasqueó los dedos.

—Maldita sea. Ahora siempre serás tú quien se escapó.



—Tengo la sensación de que lo superarás.

Suspiró.

—Sí. Caigo en la lujuria al menos tres veces por noche. Es un riesgo laboral.

Negué, riéndome cuando la puerta se abrió, y un tipo con un bronceado profundo y oscuro y shorts cortos nos dejó entrar.

—Este es Brody. Viajero mundial residente y holgazán. Eden es la nueva bartender.

Brody negó con la cabeza.

—Genial.

—Eso es todo lo que dice —susurró Zeke mientras seguíamos a Brody al interior—. Es monosilábico.

—Escuché eso, amigo. Estamos afuera esta noche. Vigila tu espalda.

Zeke rio y me deseó suerte mientras me señalaba en dirección a la oficina de Killian.

—¡Zeke está en la casa! —gritó mientras salía.

Seguí el sonido de voces y me detuve frente a la puerta abierta de una oficina sin ventanas con un archivador y estantes llenos de carpetas. Killian estaba apoyado contra el escritorio, con los brazos cruzados y el ceño fruncido. Llevaba una camisa negra abotonada, con los puños enrollados hasta los codos, vaqueros negros y botas de combate negras. Parecía una estrella de rock y, a pesar del ceño fruncido, se veía tan bien como lo recordaba. Quizás incluso mejor. La chica sentada en la silla giratoria frente a él parecía tener más o menos mi edad, con cabello largo color lavanda y rasgos delicados. Tenía la piel cremosa y su delineador negro era grueso y alado. Azulejos atrapados dentro del alambre de púas envuelto alrededor de su bíceps derecho. Parecía una muñeca de porcelana con un borde rockero.

Estaban tan absortos en su discusión que no me habían notado.

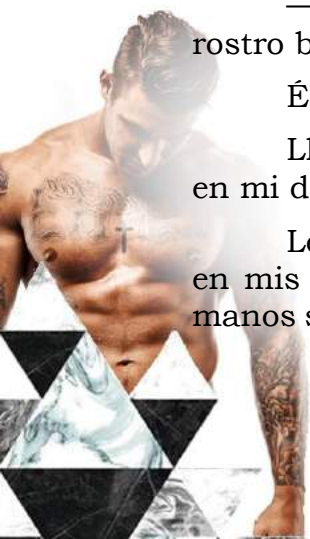
—Quita mis fotos —gruñó Killian.

—Eres tan raro con las redes sociales. A los clientes les encanta ver tu rostro bonito. Es bueno para los negocios.

Él la fulminó con la mirada.

Llamé al marco de la puerta, anunciando mi presencia, y ambos giraron en mi dirección.

Los ojos de Killian se clavaron en los míos, y todo el aire quedó atrapado en mis pulmones. Sostuvo mi mirada por unos segundos antes de frotar sus manos sobre su rostro, como si estuviera tratando de borrar el recuerdo. Conocía



el sentimiento. Había hecho lo mismo anoche cuando él seguía invadiendo mis pensamientos.

—Debes ser Eden —dijo la chica. Giré mi atención hacia ella y asentí, incapaz de hablar. Mi corazón latía tan fuerte contra mi pecho que probablemente podía escucharlo. Esto era ridículo. Ella me dio una sonrisa que me hizo sentir como si tuviera un secreto del que no estaba al tanto—. Soy Ava. El cerebro detrás de esta operación.

Killian resopló y Ava le sonrió.

—Encantada de conocerte —le dije a Ava.

—Igualmente.

Rebusqué en mi mochila hasta que encontré la aplicación doblada. Ava me miró con curiosidad, con la cabeza inclinada y el dedo índice apretado contra los labios. Alisé los pliegues y Ava me quitó la aplicación. Sacando el billete de veinte dólares de mi bolsillo, se lo tendí a Killian.

—¿Qué es eso? —preguntó, con los brazos cruzados, sin hacer ningún movimiento para tomar el dinero.

—Tu dinero. No necesitabas pagar mi taxi.

Sacudió la barbilla hacia Ava.

—Dáselo a Ava para su taxi esta noche.

Le ofrecí el dinero.

—Me pagan un salario. No necesito dinero para el taxi.

Killian me arrebató el billete de la mano y lo forzó hacia Ava. Con un giro de sus ojos, se guardó el dinero en efectivo, gruñendo:

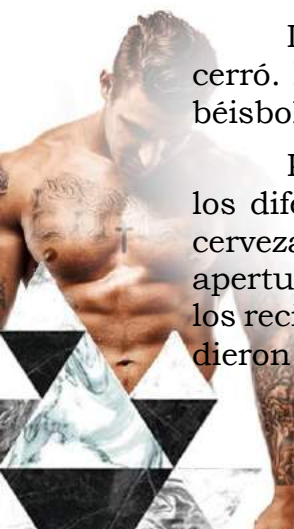
—Eres un ogro. —Sin embargo, su sonrisa me dijo que no lo decía en serio.

—Ven conmigo —dijo Killian, indicándome que lo precediera—. ¿Cómo está tu tobillo? —Su mirada viajó desde la gran costra en mi rodilla hasta mi tobillo mientras caminábamos por el pasillo. Hice un esfuerzo para no cojear.

—Está bien. —Todavía me dolía un poco, pero lo descansé todo el día y lo vendé. Me dio una mirada escéptica que decidí ignorar.

Lo seguí detrás de la barra y guardé mi bolso en un armario que Killian cerró. Me presentó a Chris, un tipo alto y desgarbado que llevaba una gorra de béisbol al revés, que estaba revisando las líneas en busca de los barriles.

Killian me mostró la configuración y me habló de la lista de vinos, todos los diferentes tequilas, siete cervezas artesanales de barril y una selección de cervezas embotelladas. La hora pasó volando mientras realizaba los deberes de apertura en la lista de verificación junto a Chris: picar fruta para decorar, llenar los recipientes de hielo, contar los vasos limpios, levantar los vasos altos. Cuando dieron las seis en punto, estaba organizada y lista. O eso me decía a mí misma.



—¿Es bueno trabajar para Killian? —le pregunté a Chris, manteniendo la voz baja mientras Killian fue a abrir la puerta principal.

—Si sigues sus reglas, es genial. Sin embargo, no tomará tu mano. Es el bautismo de fuego.

—Oh Dios. No quiero caer en llamas.

Chris rio.

—No te dejará meterte en la maleza. Es demasiado fanático del control.

De acuerdo, todavía no me tranquilizó. Habla sobre mensajes mixtos. ¿Era un fanático del control o alguien que te arrojaba al fuego para ver cómo lidiabas con las quemaduras?

Aquí no pasa nada, pensé mientras un grupo entraba al bar.

No hay necesidad de entrar en pánico. Tengo totalmente esto. Todo en lo que necesitaba concentrarme era en mezclar bebidas, servir las y entregarlas. ¿Qué tan difícil podría ser?

Resultó que era más difícil de lo que parecía.

Killian no estaba impresionado con mis mojitos. Aparentemente, no mezclé la menta lo suficiente. Me mostró cómo hacerlo de la manera correcta, a su manera. No mucho después del tutorial de mojito, agarré dos botellas de licor del estante superior, me di la vuelta y embestí contra el pecho de Killian. Me estabilizó con las manos en la parte superior de mis brazos, pero rápidamente dejó caer los brazos a los costados como si mi piel lo quemara.

—Lo siento. ¿Te lastimé? —pregunta estúpida. Killian estaba hecho del mismo acero que Sawyer, forjado por horas de ejercicio y acondicionamiento. No conseguías un cuerpo como el suyo sin dedicarle mucho tiempo y trabajo. Era todo músculo magro sin una onza de grasa.

—Cuando alguien dice *detrás de ti*, presta atención.

—Lo siento. No te escuché.

—Solo tómallo con calma —dijo, su tono más suave—. La vida de nadie está en juego.

Entonces, dejé de intentar correr como un pollo sin cabeza, y funcionó mucho mejor. La música rock indie estaba sonando desde el sistema de sonido, y había entrado en ritmo. Tenía un sistema funcionando, dando un guiño a los nuevos clientes para que supieran que los había visto y sirviendo a los que habían estado esperando más tiempo.

Un hombre en la esquina me llamó. Era mayor que el resto de la multitud, a principios de los cincuenta tal vez. Un hombre corpulento, todo músculo abultado, con cabello oscuro muy corto y un rostro duro, como si hubiera sido cincelado en granito.

Puse un reposa vasos frente a él.

—¿Qué puedo servirte?

—Jack y Coca-Cola —dijo, su mirada se centró en Killian.

Mezclé su bebida, mirando de reojo a Killian, que estaba sirviendo margaritas a un grupo de mujeres en el otro extremo del bar. Se le dirigía un montón de sacudidas y risitas, pero fue en vano. Estaba ajeno o no le interesaba. Cuando puse el Jack y la Coca-Cola frente al hombre, me miró de arriba abajo, sus ojos azul acero no contenían calor.

—¿Has estado trabajando aquí mucho tiempo?

—Es mi primera noche.

—¿Eres una de las groupies de Killian?

—¿Groupie? ¿Qué...?

El hombre negó con la cabeza y resopló con disgusto.

—Él nunca aprende, ¿verdad?

—¿Qué significa eso? —pregunté, a pesar de que sentí que debería mantener la boca cerrada y recoger su dinero. ¿Cuándo voy a aprender?

—Las mujeres hermosas no son más que problemas. Él ya debería saber eso. Pero nunca ha sido el chico más listo.

Bien, estaba lidiando con un misógino que solo nos insultó a Killian y a mí. ¿Qué quiso decir con groupie? Planté mis manos en mis caderas. Levantó las cejas, esperando que dijera algo de lo que se arrepintiera. Reprimí las palabras que tuve la tentación de decir y adopté un tono profesional.

—Serán ocho...

Una mano en mi brazo me alejó. Miré a Killian, cuya mirada estaba fija en el hombre.

—Toma un descanso. Jimmy te dará comida.

—Necesito...

—Vuelve en quince minutos.

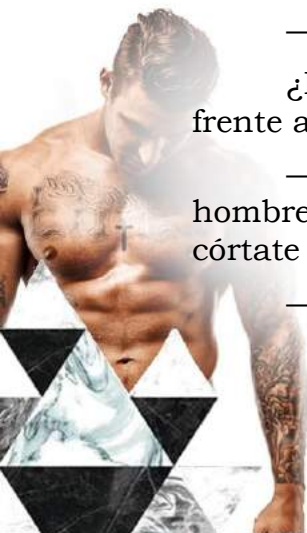
—Pero...

—Vete —me interrumpió Killian, su tono agudo y su rostro severo.

¿Pensó que no podía manejarlo? Killian me dio la espalda y ocupó mi lugar frente al hombre, bloqueando mi vista con su cuerpo.

—Conseguiste un bar elegante con todas estas personas bonitas —dijo el hombre—. No perteneces aquí, muchacho. No estás hecho para esta vida. Y córtate el cabello. Te ves como un maldito marica.

—¿Qué quieres? —preguntó Killian, su voz carente de toda emoción.



—¿Cuándo vas a prepararte y volver a pelear? Es lo único en lo que eres bueno.

Killian mantuvo su voz baja, así que no pude captar más la conversación. No es que estuviera destinada a mis oídos de todos modos.



7

Eden

Cuando salí del baño de empleados, me encontré con Ava que salía de la oficina.

—¿Estás tomando un descanso?

Asentí.

—Yo también. Soy adicta a los tacos de Jimmy. Es un problema grave.

Miré su delgado cuerpo y reí. Ava era pequeña, construida como una bailarina de ballet y unos centímetros más baja que yo.

—No me parece un problema.

El patio estaba abarrotado de gente llenando las mesas de picnic. Zeke y Brody estaban preparando bebidas congeladas, y un grupo al que había servido antes bailaba bajo cientos de luces colgadas de las vigas cubiertas de follaje.

Nos alineamos detrás de unas pocas personas que esperaban tacos, y estudié el menú al costado del camión de Jimmy.

—¿Qué recomiendas? —le pregunté a Ava—. Como eres una adicta.

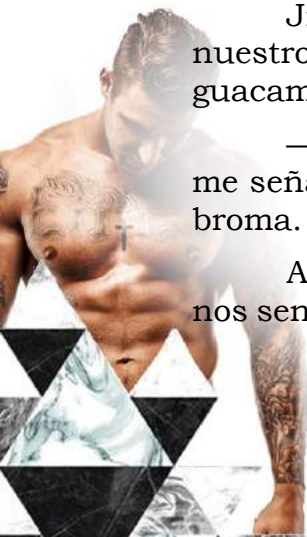
—El chorizo. O los camarones y el mole. O las carnitas... —Se detuvo y se echó a reír—. Todos están bien.

—Iré con tu primera opción.

Jimmy tomó nuestras órdenes y, unos minutos después, nos entregó nuestros tacos en contenedores de cartón. Mi taco suave estaba cargado de guacamole, crema agria, queso, lechuga y salsa verde.

—Vuelve y dime que es el mejor taco que jamás hayas comido. —Jimmy me señaló—. O no hay más tacos para ti —rió para dejarme saber que era una broma.

Ava y yo encontramos un lugar tranquilo a lo largo de la pared del fondo y nos sentamos en el suelo, nuestras piernas estiradas frente a nosotras. Mientras



trabajaba, me había olvidado de mi tobillo, pero ahora que estaba sentada, me dolía.

Doblé mi taco, tratando de contener todos los ingredientes, ya que las palabras de ese hombre pasaron por mi cabeza. ¿Por qué había menospreciado a Killian? Quería entrar y defenderlo, no es que él lo permitiera o incluso lo quisiera. Ni siquiera conocía a Killian. ¿Por qué me sentí tan a la defensiva por él? ¿Y de qué tipo de pelea estaba hablando el hombre?

—¿Cómo va tu primera noche? —preguntó Ava.

—Está bien. Me estoy divirtiendo. —Excepto por algunos problemas técnicos y ese hombre. ¿Podría ser el padre de Killian?

Tomé un gran bocado de mi taco, sin darme cuenta de lo hambrienta que estaba. Estaba delicioso, y nada como los tacos del Viejo El Paso que solíamos hacer de un kit cuando estábamos creciendo.

—¿Cuánto tiempo ha estado abierto este bar? —pregunté.

—Un año y medio. Pero Killian no se involucró activamente hasta hace un año. Puso el dinero desde el principio, pero no pasó tanto tiempo aquí al principio. Ahora, prácticamente vive aquí.

—¿Siempre ha estado en el negocio de los bares?

—Hizo otras cosas también —dijo vagamente.

Esperé a que siguiera, pero no lo hizo. Supuse que esa era toda la información que iba a obtener.

—Entonces, ¿Cuál es tu trabajo aquí? —pregunté, tomando otro bocado de mi taco.

—Hago las redes sociales y las promociones. Reservo el entretenimiento, la contabilidad, el trabajo de oficina general... lo que necesiten.

—Parece que realmente eres el cerebro detrás de la operación.

Rio.

—Fue un chiste. Es un montón de trabajo dirigir un bar, y entre tú y yo, Louis, el otro propietario, es un buen líder. Es ecuaníme y un buen tipo en general. Pero Killian es mejor para hacerse cargo y manejar las cosas. —Escuché el orgullo en su voz, pero no podía decir si estaba enamorada de Killian, si era su novia o si era algo más.

—¿Has conocido a Killian desde hace mucho tiempo?

—Desde noveno grado. Killian era un senior. Quiero decir, sabía quién era antes de eso. Crecimos en el mismo vecindario en Bay Ridge y fuimos a la misma escuela. Pero no lo conocí hasta que me rescató de ser acosada. Nadie se metió conmigo después de eso. Si lo intentaban, primero tendrían que pasar por encima de él. Buena suerte con eso.

No podía imaginar a nadie metiéndose con Killian. Excepto, tal vez, el hombre al que serví antes.

—Creo que le serví a su papá antes. Quiero decir... solo tengo la sensación...

—¿Gran hombre? ¿Parece un toro?

—Eso suena bien.

Su rostro se oscureció.

—Odio a ese hombre. No sé por qué Killian incluso habla con él.

Me hubiera encantado saber más, pero ya había terminado de hablar de eso. Terminamos de comer nuestros tacos y me limpié las manos y la boca con las servilletas de papel.

—Tengo que volver —dije, recogiendo nuestros contenedores de cartón.

—Sí. Me voy de aquí.

Mientras tiraba nuestra basura en el basurero junto al camión, le dije a Jimmy que era el mejor taco que había comido. Me dio un pulgar hacia arriba.

—Nunca te llevaría por el mal camino.

Cuando regresé al bar, el padre de Killian se había ido, y Killian no lo mencionó. El resto de la noche transcurrió sin problemas, y tuvimos una multitud constante pero manejable.

Ahora estaba sentada sola en un taburete esperando a Killian, que me había ofrecido llevarme a casa. No solo se ofreció, había insistido en ello.

—Te llevo a casa. *Espérame.*

—Puedo tomar un taxi.

—Te llevo a casa. *Toma asiento.*

—No puedes simplemente emitir órdenes y esperar que las siga.

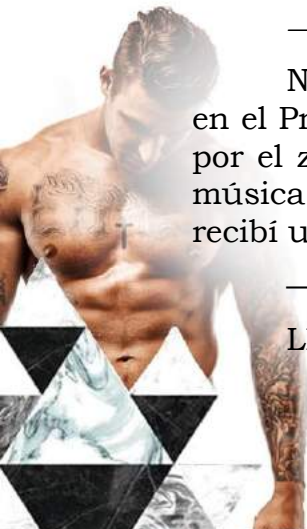
No estaba segura de por qué había peleado con él por eso. Tal vez fue la forma en que lo había dicho, en un tono brusco que implicaba que era su obligación, más que su placer, llevarme a casa.

—Puerta está cerrada. Yo tengo las llaves. *Siéntate y espérame.*

No había estado bromeando: no era el Príncipe Azul. Pero ya no confiaba en el Príncipe Azul, así que me senté y esperé. Estaba tranquilo ahora, excepto por el zumbido de los refrigeradores, pero mis oídos todavía resonaban por la música anterior, y mi cuerpo zumbaba con energía. Revisé mi teléfono cuando recibí un mensaje Killian y sonreí cuando vi que era mi horario.

—Vamos —dijo Killian, pasando a mi lado.

Llevé mi bolso a mis hombros y lo seguí afuera.



—No necesitas llevarme a casa todas las noches que trabajo —dije mientras bajaba la puerta de metal sobre el edificio. No era como si no quisiera que me llevara a casa. Simplemente no quería que se sintiera obligado.

—¿Vas a pelear conmigo en todo? —preguntó, sonando exasperado.

—No. Solo si no eres razonable o estás actuando como un matón —dije mientras caminábamos por South Fourth Street.

—No soy un matón. —Un momento después, preguntó—: ¿Crees que soy un matón?

Después de trabajar con él toda la noche, tuve la sensación de que pedirle la opinión a alguien era raro para él.

—No lo sé. Dímelo tú. ¿Eres un matón?

—Eres mi empleada. Es mi trabajo protegerte y asegurarme de que llegues a casa de forma segura.

Guau. Mi padre estaría encantado de que estuviera trabajando para un fantástico hombre que consideraba su deber protegerme.

—Williamsburg me parece bastante seguro.

—¿Eres de Brooklyn? —preguntó Killian.

—No.

—¿Creciste en una ciudad?

—No.

Levantó las cejas como si hubiera logrado una victoria.

—¿Alguna vez has estado en una fiesta de fraternidad? —pregunté

Killian hizo sonar las cerraduras de un Jeep Wrangler negro y me abrió la puerta del pasajero.

—No.

—¿Alguna vez te ha perseguido un oso? —pregunté.

—¿Qué diablos?

Reprimí una carcajada y subí al Jeep, dejando mi mochila a mis pies. Nos abrochamos los cinturones de seguridad y Killian giró la llave en la ignición. La música bombeó por los altavoces, una banda y una canción que no reconocí. Grunge¹ con letras crípticas. La canción me recordó a Killian, aunque no podría decir por qué.

—¿Qué es esto? —Señalé a su sistema de sonido.

—Bush. "Greedy Fly".

¹ **Grunge:** Género de música.

Bajamos las ventanas, dejando entrar el cálido aire nocturno y el olor a asfalto y basura, el olor del verano en Brooklyn. Killian era un conductor rápido. Una mano en el volante y la otra en la palanca de cambios, su rostro iluminado por el resplandor del tablero.

—¿Has sido perseguido por un oso? —preguntó, girando a la izquierda en Berry Street.

—Sí. Eran las vacaciones familiares favoritas de mi hermano Sawyer. Es un adicto a la adrenalina y le encantaba la emoción. Afortunadamente, él y yo éramos buenos trepadores de árboles.

—Jesucristo. ¿Quién eres tú?

—Depende de a quién le preguntes. Mis hermanos solían llamarme un imán de problemas. Solo porque era la compañera de Sawyer en el crimen. Mal movimiento. Por lo general, me dejaba luchando por mi vida.

Su pecho retumbó de risa. El sonido llenó el Jeep y resonó en el aire nocturno. Era la primera vez que lo había escuchado reír, y era el mejor sonido de todos.

—Nunca te agradecí por el otro día —dije—. Por cuidar mi tobillo y rodilla. Me miró brevemente, luego volvió a fijar su mirada en la carretera.

—No fue gran cosa.

—Fue algo agradable de hacer.

Se encogió de hombros, descartándolo, como si fuera difícil aceptar un cumplido. Los escaparates, bares y cafeterías pasaban borrosos, y a esta hora, las calles eran nuestras. Una pareja salió de Fat Earl's, un bar en la esquina, y comenzó a besarse contra la pared de ladrillo.

—Puedes dejarme en la siguiente esquina. Mi calle es de un solo sentido...

Pero ya estaba doblando North Fifth Street para poder tomar Driggs y conducir por mi cuadra. Cuando giró en North Sixth, lo dirigí más arriba en la cuadra. Se detuvo frente a mi edificio y lo miró por la ventana.

—¿En qué piso estás?

—El penthouse. Tercer piso.

—Dejaste las ventanas abiertas.

—Hace calor y sofocante.

—Bloquea y cierra las ventanas cuando salgas. Es peligroso.

—¿Crees que Spiderman va a lanzar una red y escalar la pared?

Frunció el ceño hacía mí. —Cierra las ventanas.

—Está bien.

—¿Está bien? ¿Sin discusión?



—¿Decepcionado? —pregunté mientras me desabrochaba el cinturón de seguridad y agarraba mi bolso, que tenía mucho más efectivo del que había esperado llevar el martes por la noche.

—Sospechoso.

Reí. —Me mostraste el error de mis maneras. Gracias por el aventón.

—Te llevaré a casa cuando trabajes. Ahórrate el dinero del taxi.

—¿Dónde vives? —No quería salir del auto. Quería seguir hablando con él. Seguir conduciendo por las calles, escuchando su música y observando la ciudad pasar borrosa por nuestras ventanas en una neblina de neón—. ¿Está por tu camino?

—Greenpoint. Y sí.

—¿Era tu papá quien vino antes?

—A-ja —dijo, mirando directamente al parabrisas.

—Me gusta tu cabello. Tienes un cabello excelente. —Dejé salir, e inmediatamente me arrepentí. ¿Por qué había dicho eso? ¿Dónde estaba mi filtro?

Apretó la mandíbula con tanta fuerza que escuché sus molares rechinar.

—La próxima vez que te envíe lejos, no te quedes escuchando a escondidas. Esa conversación no era asunto tuyo.

—Lo sé. Lo siento. No sabía...

—Ahora sí —dijo, su tono áspero y su mandíbula apretada. Sabía que todo lo que quería era que saliera de su auto y lo dejara solo, así que eso fue lo que hice.

Cuando estaba abriendo la puerta de entrada de mi edificio, escuché su motor. No me sorprendió por completo que esperara hasta que estuviera adentro, pero supongo que era agradable que se preocupara por mi seguridad. Cuando entré, miré a través de la ventana de vidrio esmerilado mientras Killian se alejaba, y seguí mirando hasta que desaparecieron sus luces traseras.

Arriba, saqué todos mis suministros de arte, instalé mi caballete y taburete en una esquina junto a la ventana de la sala de estar, y pegué un lienzo nuevo a una pieza de madera contrachapada con un fuerte clip. Exprimí los tubos de pinturas en mi paleta, mezclé los colores y pinté. Pinceladas en negrita. Grandes lavados de color. Curvas y líneas discontinuas. Construyendo la superficie y destruyéndola nuevamente. Moviendo la pintura por toda la superficie. Seguí pintando, perdiendo toda noción del tiempo, hasta que el cielo fuera de mi ventana estaba veteado de naranja y rosa, luego cambió a un amarillo pálido.

Fuera del caos, algo parecido al arte comenzó a surgir. Cuando me aparté y miré mi trabajo, la pintura me recordó a Killian. Era salvaje y turbulento,

emery rose Beautiful

beautiful #1

oscuro y lleno de tensión, con astillas de luz que se veían a través de las grietas.
Un hermoso y caótico desastre.

paradise books

49



Beneath
your

8

Eden

—¿Qué es esto? —preguntó Killian, mirando el contenedor de Tupperware que puse en el escritorio al lado de su computadora. Estaba sentado en la silla giratoria de cuero, escribiendo algo. Me di cuenta de que usaba el método de “Hunt and Peck”², escribiendo con los dedos índice.

—Galletas con chispas de chocolate. Son para ti. Quiero decir, podrías compartir, pero las horneé para ti.

Se reclinó en su silla y puso el contenedor en su regazo.

—¿Las horneaste? ¿Para mí? —Por la forma en que lo dijo, uno pensaría que le acabo de dar el Taj Mahal. Abrió la tapa y miró dentro, con una mirada perpleja en su rostro.

—¿Te gustan las galletas con chispas de chocolate?

—Sí. Me gustan. ¿Pero por qué? —preguntó con el ceño fruncido, como si no pudiera entender por qué alguien haría algo bueno por él.

Me encogí de hombros. No estaba completamente segura de por qué le horneé galletas. Estaba en la tienda de comestibles, vi la bolsa de chispas de chocolate Nestlé y pensé en las cosas que el padre de Killian le dijo. Como había sido yo quien lo mencionó en el auto, quería mejorarlo. Cuando éramos niños, si teníamos un mal día en la escuela, mi mamá siempre horneaba con nosotros. Mientras horneábamos galletas, cupcakes o brownies, hablábamos sobre nuestros problemas y cuando terminábamos de lamer el tazón y las cucharas, siempre nos habíamos sentido mejor. Las galletas con chispas de chocolate no quitarían el aguijón de las palabras de su padre, pero las ofrecí de todos modos.

—Solo para decir gracias —dije—. Por darme un trabajo.

² **Hunt and Peck:** Método de escribir a computadora con los dedos índice, mientras se observa el teclado.

Ava entró en la oficina y miró dos veces. Miró las galletas, luego a Killian, luego a mí y de nuevo a Killian.

—¿Estás comiendo galletas? —Ella levantó las cejas cuando Killian le dio un mordisco.

Él no respondió, porque era obvio que lo estaba.

—Guau. Esto es épico. ¿Puedo tomar una foto?

Killian entrecerró los ojos, pero no respondió. No entendí cuál era el problema, y nadie se molestó en explicármelo. Pero Killian parecía feliz con sus galletas, así que eso era lo suficientemente bueno para mí. Solo me di cuenta más tarde: nunca había horneado galletas con chispas de chocolate para Luke.



Mi quinto turno en el bar y comencé a sentirme más competente. Estaba trabajando con Killian y Louis, que no era ajeno al gimnasio. Tenía la cabeza rapada, su piel oscura tan lisa y brillante que tuve la tentación de preguntarle si se la depilaba.

Afortunadamente, Louis era un buen tipo, y estaba de acuerdo con que Killian me contratara.

Aunque eran copropietarios del bar, todo el personal llevaba sus problemas a Killian primero. No sabía si era porque Killian era el macho alfa dominante, un líder natural o simplemente un monstruo de control más grande que Louis, que era más relajado y tranquilo.

La primera noche que trabajé con Louis, respondió la pregunta sin que yo tuviera que preguntar.

—Killian necesita tomar el control de una situación. No conoce otra forma.

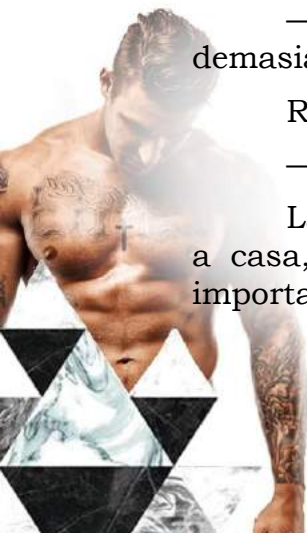
—¿No te molesta?

—Dejo que Killian haga lo que necesita hacer. Pero cuando él lo lleva demasiado lejos, entro y lo hago bien con la gente que lo molesta.

Reí. —¿Pero ustedes son buenos amigos?

—Sí. Es un fastidio, pero es buena gente y no podría haberlo hecho sin él.

La semana pasada, aprendí algunas cosas sobre Killian. En nuestro viaje a casa, hablamos. Hablé la mayor parte del tiempo, pero a él no parecía importarle. Y de vez en cuando, salía con una observación perspicaz.



—¿Es el arte como una terapia para ti? —Había preguntado una noche, realmente interesado en mi respuesta. Killian no entablaba conversación solo para escucharse a sí mismo hablar, y no desperdiciaba sus palabras en una charla inactiva.

—Sí lo es. Supongo que a veces es más fácil expresar tus sentimientos pintando. Puedes tomar toda la mierda dentro de ti y ponerla en el lienzo. Y créeme, pongo mucha mierda en el lienzo.

—Apuesto a que no es una mierda —había dicho, aunque no había tenido idea de qué lo haría pensar que era buena.

También sabía que Killian trabajaba en el gimnasio todos los días y corría en McCarren Park como yo, aunque nuestros caminos nunca se habían cruzado. Parecía tranquilo en la superficie, pero me di cuenta de que trabajaba duro para controlar su temperamento. Tuve la sensación de que se estaba escondiendo mucho en sí mismo, y bloqueaba sus emociones, como Sawyer, como todos los muchachos de mi familia. Ya debería haberme acostumbrado para ahora, pero todavía me sentía obligada a profundizar, uno de mis defectos trágicos.

Desde que me mudé a Brooklyn, había estado investigando mucho, no solo tratando de averiguar dónde nos equivocamos Luke y yo, sino lo que quería de mi vida. Al crecer en un pueblo pequeño, la gente te etiquetaba y te metía en una caja. En la secundaria, representé el papel que me asignaron. Líder de las animadoras saliendo con el capitán del equipo de fútbol. Reina del baile. La hermana menor del receptor abierto, el chico malo de la escuela que dejaba un rastro de corazones rotos a su paso. La escuela secundaria fue un concurso de popularidad que había fingido no jugar.

Siempre había amado el arte con pasión, pero lo había mantenido en privado y nunca salí con los chicos artísticos. Salí con los deportistas y las porristas e intenté reconciliar a esas dos personas muy diferentes. La universidad no había sido muy diferente. Gente similar, entorno similar, pero a mayor escala.

Ahora, vivía y trabajaba en un bar en Williamsburg, un barrio joven, artístico y vibrante, y nadie tenía ideas preconcebidas sobre quién era yo. Podría ser yo misma, en toda mi imperfecta gloria, y era liberador. Hacerse cargo de mi propia vida. Descubrir lo que realmente me hacía feliz y rodearme de personas con las que me gustaba salir.

Puse una cerveza de barril frente a un chico con corte rapado rubio y coloridas mangas de tatuajes y tomé su dinero. Cuando regresé con su cambio, él y Killian estaban hablando.

—Si alguna vez necesitas un tatuaje, ven a verme a Forever Ink. Me llamo Jared. —Jared extendió la mano por encima de la barra y estrechó mi mano—. Puedes ver mi obra maestra allí en el brazo de Killian.

—Esa es una buena publicidad —dije—. Su brazo es una obra de arte.



Killian me lanzó una mirada de reojo. —¿Eso crees?

—Es hermoso.

Jared me guiñó un ojo. —Me gusta una chica que aprecia la buena tinta.

—Eden es una artista —le dijo Killian a Jared.

Levanté las cejas. *¿Un artista?*

Killian levantó sus cejas. *Sí. Porque dije eso.*

Lo dijo como si tuviera cuadros exhibidos en galerías. Mientras tanto, lo único que Killian sabía sobre mi arte era lo que le había dicho.

—¿Cuándo volverá Connor? —le preguntó Jared a Killian—. La tienda está ocupada. Podría usarlo.

Killian aclaró su garganta. —Pronto.

—¿Quién es Connor? —pregunté. Killian se tensó, y aunque ninguna parte de su cuerpo tocaba el mío, aún podía sentirlo. Sin embargo, así era para mí. Podía sentirlo incluso cuando estaba al otro lado de la habitación. Nunca antes había experimentado eso con nadie, y no entendía por qué estaba tan en sintonía con su estado de ánimo.

—El hermano menor de Killian —dijo Jared—. Él también es artista. Un espíritu libre. No siempre puedo acorralarlo.

Killian se frotó la nuca. La conversación lo estaba incomodando. Tiempo para un cambio de tema.

—Estoy pensando en hacerme un tatuaje —dije.

—Hazlo. Tinta es crecer —dijo Jared.

—¿Quieres un tatuaje? —preguntó Killian, sonando intrigado por la idea.

Lo había considerado antes, pero nunca tan en serio.

—Sí, quiero un tatuaje. —Jared me entregó su tarjeta y la guardé en mi bolsillo.

Poco después, Killian me preguntó dónde me haría el tatuaje. Puse mi mano en mi cadera derecha, justo debajo de la cintura de mis shorts. Sus ojos se oscurecieron, y necesitaba alejarme de él antes de quemarme.

Trabajar en estrecha colaboración con Killian estaba resultando difícil. Su brazo rozó el mío, enviando una descarga eléctrica a través de mi cuerpo. Su pecho presionaba contra mi espalda cuando necesitaba pasar a mi lado. Hicimos este baile toda la noche, todas las noches trabajé con él.

Era pasada la medianoche, y Killian había cambiado la música a psicodélico trip-hop, dando al bar un ambiente relajado. Un chico entró en el bar y me llamó. Tenía un aspecto de niño rico de muy buen gusto, clásico, bien parecido, con cabello castaño cortado en capas cortas. Su traje gris a medida

parecía que había costado más que mi renta. Limpié los vasos vacíos frente a él y limpié la barra. Pidió un Tecate y un trago de tequila.

—Comienza una cuenta —dijo, entregándome su tarjeta de crédito—. ¿Quieres beber un trago conmigo?

—No, gracias. Estoy bien.

Empecé una cuenta y puse la cerveza y el tequila delante de él. Bajó el trago, dejó el vaso sobre el mostrador y pidió otro. Traje la botella y le serví.

Cuando serví cuatro ginebras y tónicos a un grupo más allá de la barra, él estaba listo para otra ronda.

—¿Mal día? —pregunté, colocando la cerveza frente a él. Se había quitado la chaqueta del traje y la había colgado sobre el respaldo del taburete.

—Día de mierda. Perdí mucho dinero. Soy un operador de un fondo de cobertura. —Asentí como si tuviera mucho sentido, a pesar de que no sabía mucho sobre el mundo financiero, y nunca me había interesado especialmente.

—Además de los días en que pierdes dinero, ¿te gusta tu trabajo? —pregunté, porque la satisfacción laboral era un tema que me interesaba.

—Soy bueno en lo que hago. Y me gusta el dinero. Cualquiera que diga que no le importa el dinero está mintiendo. —Subió las mangas de su camisa blanca, revelando un Rolex en su muñeca izquierda—. El que tenga más juguetes gana.

—Y supongo que quieres ser el mayor ganador.

—Tengo muchos juguetes. —Me lanzó una sonrisa, confiado en su habilidad para encantar. Estaba segura de que muchas chicas caerían en ello. Pero ganar dinero por el amor de Dios no me impresionó. Tampoco alardear de sus juguetes.

Lo dejé tragando su cerveza y me moví a otros clientes, pero siguió llamándome.

—¿Cuál es tu nombre?

—Eden.

—Si me ofrecieras una manzana, sucumbiría a la tentación.

—Esa fue Eva.

—Pero la manzana vino de tu jardín, Eden.

—No sostengas eso en mi contra.

—No lo haré. Mi nombre es Adam, por cierto.

—¿De verdad?

Rio. —De verdad. Adam y Eden —dijo.

—Era Eva.



—Eva. Eden. —Alcanzó mi mano y presionó un beso en ella. Fue un beso suave, solo un roce de sus labios, pero se sintió extraño, y no del todo bienvenido, así que aparté mi mano. Sin inmutarse, Adam levantó su cerveza en el aire, brindándome—. La bella Eva. Brindaré por eso.

Siguió avanzando a través de sus tragos y cervezas como si estuviera en una misión para ver qué tan rápido podría emborracharse. A pesar de todos sus juguetes y dinero, estaba en un bar, bebiendo solo.

—Eden —gritó Adam, un poco más tarde—. Te necesito.

—¿Ese tipo te está molestando? —preguntó Killian mientras llamaba una orden de bebidas. Deslicé la pestaña debajo de la tarjeta de crédito y miré por encima del hombro a Adam. Sus ojos eran brillantes y desenfocados. Había bebido mucho alcohol en poco tiempo, pero ahora pensaba que había comenzado mucho antes de venir aquí.

—Es inofensivo. Aunque lo cortaré.

—Me encargaré de ello.

Agarré su brazo para detenerlo. Bajó la mirada hacia mi mano y la dejé caer a mi lado.

—Yo puedo con esto.

Frunció el ceño.

—¿Hubieras intervenido si yo fuera Zeke?

—Zeke no tiene muchachos que lo molesten —se burló.

—Oye, Killian —dijo Louis y ambos lo miramos—. Si te vuelves loco por cada chico que la mira, estarás demasiado ocupado para atender a los clientes.

Killian pasó su mano por su cabello.

—Mierda. Esto es exactamente por qué no debemos poner a las mujeres detrás de la barra.

Puse los ojos en blanco. Louis me guiñó un ojo. Killian frunció el ceño. Regresé a Adam.

—Necesito más tequila —dijo Adam, arrastrando las palabras.

—Ya has tenido suficiente —dije con firmeza.

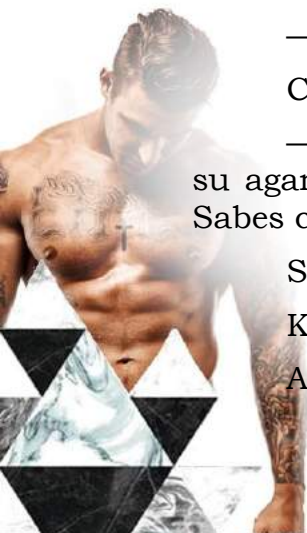
Cerró los ojos y negó con la cabeza.

—Necesito más —Abrió los ojos y agarró mi mano otra vez, pero esta vez su agarre era fuerte e intentó acercarme—. Te necesito. Ven a casa conmigo. Sabes cómo mejorar las cosas, ¿verdad, Eve?

Saqué mi mano libre. —No. No lo sé.

Killian gruñó. Sí, gruñó. —Mantén tus malditas manos lejos de ella.

Adam se recostó en su asiento y se cruzó de brazos.



—Mis manos no están sobre ella —dijo, su tono hosco—. Necesitas calmarte.

Killian fulminó con la mirada a Adam y me siguió hasta la caja registradora, justo en mi espacio mientras cerraba la cuenta de Adam.

—Eso fue innecesario —dije, mirándolo a los ojos. Estábamos tan cerca que podía ver el delgado borde negro alrededor del exterior de su iris. ¿Por qué tenía que oler tan bien? Era como si se hubiera marinado en feromonas. Estuve tentada de retroceder unos pasos para combatir esta reacción química, pero me mantuve firme—. Te dije que podía manejarlo. Golpear el pecho y actuar como un hombre de las cavernas no es genial. No para mí, de todos modos. —No estaba demasiado impresionada con Adam, pero Killian tampoco necesitaba convertirlo en un problema importante.

Entrecerró sus ojos muy azules hacia mí.

—Es mi trabajo protegerte de los imbéciles. Es tu trabajo servir bebidas. No jugar al psiquiatra.

Puse los ojos en blanco y rodeé la montaña de músculos que era Killian. Colocando la tarjeta y el recibo de Adam frente a él, le entregué un bolígrafo.

—¿Es tu novio? —preguntó Adam.

—No. —Pude sentir los ojos de Killian perforando un agujero en la parte posterior de mi cabeza.

Adam metió su tarjeta de crédito en su billetera y arrojó un fajo de billetes por una propina.

—Dame tu número. Te llevaré a cenar.

Negué con la cabeza y tomé su cuenta y recibo. Con mi bolígrafo todavía en la mano, agarró mi brazo y escribió su número en él.

»Llámame.

No tenía intención de llamarlo nunca, y no quería su número en mi brazo. Pero Adam sonrió como si hubiéramos llegado a un acuerdo antes de darse la vuelta y tropezar hacia la puerta.

—Buenas noches, Eve —gritó sobre su hombro.

De camino a casa, Killian volvió a traer a tema a Adam.

—Ese tipo estaba sobre ti. No me gustó.

¿Estaba celoso? Era difícil saberlo con él.

—Estaba tratando de ser amable con él.

—Demasiado amable. —Miró mi brazo donde el número de Adam todavía estaba escrito con tinta—. ¿Ese es el tipo de chico que te gusta?



—No, no es el tipo de chico que me gusta. —Adam tenía el mismo aspecto de niño dorado que Luke, y hubo un momento en que me sentí atraída por ese tipo. Pero Luke y yo nos habíamos conocido jóvenes, y su comportamiento idiota, su búsqueda de poder y dinero, y su sentido de derecho, aún no se habían desarrollado por completo. Adam ya me había mostrado ese lado de sí mismo, y sabía que no era algo que quisiera.

—No borraste su número —dijo Killian.

—No tuve tiempo. —Había estado ocupado con mis deberes de cierre y casi me había olvidado de eso. Tan pronto como llegara a casa, me lo quitaría.

Esperaba que Killian dejara el tema, pero continuó presionando.

—¿Quieres que te lleve a cenar?

—¿Por qué te importa? —pregunté, molesta con esta conversación y su persistencia.

En lugar de responder, apretó los labios. Si se le dejara a él, el resto del viaje estaría en silencio.

—Oye, Killian.

Gruñó. Estilo hombre de las cavernas.

—¿Duele hacerse un tatuaje?

Killian se encogió de hombros.

—Simplemente se siente como una aguja rascándote la piel. Molesto más que nada. Pero no duele. No para mí, de todos modos.

—Chico duro, ¿eh?

—Piel gruesa. No tan delicada como la tuya.

—Soy bastante dura.

—También eres terca. Probablemente dirías que no duele incluso si lo hace.

—Probablemente. Crecí con chicos. No me habrían dejado salir con ellos si hubiera sido una llorona. Lo que sea que pudieran hacer, yo podía hacerlo mejor.

—¿Y eras... mejor?

Reí, pensando en algunas de las estúpidas acrobacias que había hecho. Nueve de cada diez veces contraatacaron. Como ese accidente de moto de tierra. Sawyer y yo hicimos saltos en el bosque detrás de nuestra casa. Cuando hice el salto, me jacté “Estoy volando tan alto que puedo ver directamente al próximo condado”.

—Desafortunadamente, no pude dar en el aterrizaje. —No. Pero no por falta de intentos.

—¿Por qué no me sorprende eso?

Cuando se detuvo frente a mi edificio, dije:

—A veces solo eres un hombre de las cavernas. Cuando hablamos, eres un buen conversador. Y tienes encanto. Te he visto encantador, así que sé que eres capaz de eso y...

—No necesitas mentir para proteger mis sentimientos.

—No estoy mintiendo. Debajo de tu duro exterior, sé que...

—No soy un malvavisco pegajoso debajo. No te engañes pensando que lo soy.

Podía tratar de ocultarlo todo lo que quería, pero sabía que era una buena persona. Había defendido a Ava contra los matones. Me había dado un trabajo a pesar de que tenía cero experiencia de barman. Y Jimmy me había dicho que Killian había contratado su camión de tacos para el patio. Antes de eso, Jimmy dijo que apenas había llegado a fin de mes, pero que ahora los negocios iban bien y tenía un trabajo constante.

También sabía que los tatuajes en el brazo de Killian significaban algo para él, y él no habría entintado su piel si no lo hubieran hecho. Alguien le rompió el corazón. Lo apuñaló con una daga. A pesar de que su rostro estaba generalmente cerrado, había visto momentos fugaces en los que no lo estaba. Y en el poco tiempo que lo conocía, comencé a preocuparme por él, y tuve una urgencia abrumadora de proteger todos los sentimientos que él intentaba tanto ocultar. No entendía por qué. Lo acabo de hacer.

—¿Dónde está tu hermano? —pregunté en voz baja.

—No lo sé —Rodó sus hombros—. Es un corredor. Despega cuando las cosas se ponen difíciles.

Apuesto a que Killian nunca huiría de los problemas. Apuesto a que se quedaría y lucharía por su esquina, incluso si todas las probabilidades estaban en su contra.

—Todos tienen sus modos de enfrentar las cosas.

—Supongo que sí.

—Si alguna vez quieres tirar un poco de pintura sobre un lienzo, puedo conectarte. Es una buena terapia, aparentemente.

Rio por lo bajo. —Gracias.

—En cualquier momento.



9

Killian

Louis dejó escapar un silbido bajo.
—Ese es un dulce culo.

Gruñí. *Mantén tus ojos fuera de su trasero.* Como estaba mirando al frente, no se refería a ninguna de las mujeres en la sesión de yoga en el césped.

Nunca la había visto corriendo en McCarren Park antes, pero ahora estaba justo en frente de nosotros, enganchada a los auriculares, su cabello rubio recogido en una cola de caballo. Usando esos pequeños shorts deportivos diseñados por hombres, estaba seguro de eso. Dejaban algo a la imaginación, pero mostraban sus mejores activos. Un culo perfecto y piernas largas y bronceadas. Era una verdadera corredora, no una corredora poco entusiasta. Su zancada era larga y poderosa, y lo hacía parecer sin esfuerzo, como si ese tobillo nunca hubiera sido torcido o magullado.

Era una luchadora, con el rostro de un ángel y la molesta costumbre de gritarme por todo lo que dije o hice. ¿Por qué no podía entender el concepto de que estaba tratando de protegerla de los tiburones de este mundo? Y cualquier otra cosa que pudiera lastimarla. A pesar de que la voz en mi cabeza me decía que estaba equivocado, una parte de mí todavía se aferraba a la creencia de que tenía el poder de proteger a alguien.

—Voy a ir por ella —dijo Louis—. Tratarla con algo dulce, dulce tiempo de Louis. Ya sabes lo que dicen... una vez que pruebas el negro, nunca...

Lo empujé, haciéndolo callar temporalmente. Él tropezó, pero recuperó el equilibrio y agarró mi bíceps con fuerza, deteniéndome efectivamente. No necesitábamos recuperar el aliento. Habíamos estado siguiendo a Eden, y aunque era una buena corredora, solíamos correr como hombres biónicos. Esto había sido un paseo por el parque.

—¿Qué diablos estas esperando? Veo la forma en que la miras —dijo Louis—. ¿Cuánto tiempo hace que te conozco? En todo ese tiempo, nunca te había visto actuar así con *ningún* miembro de la población femenina.

Comencé a correr de nuevo, trotando, realmente, manteniéndome a una buena distancia detrás de Eden pero lo suficientemente cerca como para mantenerla en mi línea de visión. Ella no nos había visto. Estaba demasiado concentrada. Louis me alcanzó y deseé tener mi música conmigo, para poder conectarme a ella en lugar de escucharlo hablar mierda.

Louis era un buen conversador y nunca recurría a la violencia para resolver sus problemas. Su mamá lo había criado bien. No abandonó a sus cuatro hijos cuando su esposo la abandonó. Había trabajado en dos empleos para poner comida en la mesa, y el piso de su cocina estaba tan limpio que se podía comer. De alguna manera, todavía había encontrado el tiempo y la energía para reír, cocinar y llenar la casa de amor y felicidad. Sin embargo, no podía pasar el rato allí con tanta frecuencia como me hubiera gustado. Había pensado que yo era una mala influencia: aparecer borracho con ojos negros y labios partidos no le sentaba bien. No podría culparla por pensar lo peor de mí. Nunca había hecho ni dicho nada para influir en su opinión.

—¿Cuál es el problema contigo? —insistió Louis—. Nunca antes has tenido problemas para perseguir mujeres.

¿Cuál era mi problema? No sabía por qué Eden tenía ese control sobre mí, o lo que hacía o decía que me hacía quererla como nunca antes había querido a nadie. Escuché cada palabra que salió de su boca. Si Eden me leyera el reverso de una caja de cereal, todavía me resultaría interesante. Presionaba por respuestas, y se las daba. Nunca había hecho eso antes. Por eso había estado manteniendo mi distancia. No quería arruinar nada. No quería arruinarla. Ella irradiaba luz, alegría y todo lo bueno de este mundo.

Si cavaba demasiado profundo, descubriría cuán tóxico era, cuánta mierda estaba escondiendo. Me sorprendió que no me hubiera buscado en Google. Tal vez no creía tener ninguna razón para hacerlo. Si me hubiera buscado, lo sabría, no se lo guardaría. Ese no era su estilo.

—No voy tras las mujeres —dije.

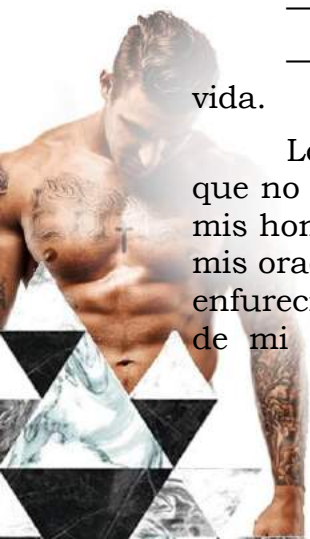
—Mi error. Caen en tu regazo. Pero con esta chica, no tienes juego, mi hombre. Actúas como un adolescente malhumorado. ¿Crees que eso te dará algún punto?

—No estoy buscando anotar nada —dije a través de dientes apretados.

—Necesitas dejar de castigarte a ti mismo. Te mereces algo bueno en tu vida.

Louis nunca había matado a un hombre, mucho menos herido uno, por lo que no podía comprender el peso aplastante de la culpa que descansaba sobre mis hombros. Durante tres noches estuve de rodillas rezando. Dios no escuchó mis oraciones. Ni mis suplicas, permuta o petición. Había pasado toda una vida enfurecido contra un universo injusto, tratando de corregir errores que no eran de mi propia creación. Hasta la noche en que mis puños se convirtieron

60



oficialmente en armas letales y estaba absolutamente jodido. Lo hice todo por mi cuenta, y no podía culpar a nadie más.

—Sé cuál es el problema —dijo Louis.

No le pedí que ampliara eso. No necesitaba una invitación. Me lo diría de todos modos.

—Te gusta. La quieres por algo más que sexo. Lo cual es una primera vez para ti, así que estás perdido. Louis te tiene cubierto. Lo que debes hacer es armarte de valor y pedirle una cita.

Gruñí. No salía a citas. Nunca tuve una. Él lo sabía. Pero había solucionado el problema. No quería a Eden solo por sexo o una relación casual, pero no sabía cómo manejar nada más.

»Cena. Tienes que llevarla a cenar. Lugar agradable. Botella de vino. Tomar algunos consejos de Louis Moro. Nada pone a una mujer más caliente y mojada y con ganas de un buen amor que...

Eden se dio la vuelta para mirarnos con una gran sonrisa en su rostro.

—¿Ustedes tienen problemas para mantenerse al día? ¿Necesitan que disminuya la velocidad? —preguntó, dándonos un gran guiño—. ¿O necesitas algunos consejos sobre cómo tomar vino y cenar con una mujer?

Louis borró la distancia entre ellos.

—Hola, Eden. No me di cuenta de que eras tú. Solo le doy a mi chico algunos consejos para citas.

Idiota. Coloqué mis manos en mis caderas, una posición abierta que decía que no estaba a la defensiva, pero me quedé justo donde estaba y no hice ningún movimiento para acercarme.

—¿Sí? ¿Tu chico tiene a alguien especial en mente? —preguntó, dándole a Louis una sonrisa coqueta. Jesús. Me volvía loco cuando usaba esa sonrisa en el bar. No pensé fuera calculara, estaba solo en el arsenal de sus muchas sonrisas y gestos. Los chicos observaban cada movimiento mientras sus caderas se movían al ritmo de la música, mezclando bebidas como una profesional ahora, riendo y hablando con los clientes mientras yo observaba en un frío silencio. Príncipe sin encanto, a su servicio. La forma en que actuaba a su alrededor, fue impactante que a ella le importara un comino, bueno, actuó como si le importara un comino. No sabía qué hacer con eso.

En mi vida, había dos tipos de mujeres: las que querían follarme y las que necesitaban mi protección. Eden tampoco actuaba como si la quisiera.

—No —dijo Louis, con su risa profunda y retumbante—. Solo consejos generales.

Su rostro cayó un poco, como si estuviera decepcionada, pero volvió a plasmar la sonrisa. Era brillante. Era fantástica. Era como un rayo de sol en un día lluvioso. Un brillo de sudor cubría su rostro y cuerpo, y mi mirada se desvió

hacia la camiseta sin mangas delineando sus senos. Un puñado perfecto. Quería lamer el sudor de cada centímetro de su cuerpo. Sentir sus piernas envolverse alrededor de mí mientras estaba enterrado en lo más profundo de ella. Llevé mi puño a la boca y tosí para tapar el gemido.

—Dudo que Killian necesite consejos. —Me miró por debajo de sus pestañas—. Parece tenerlo todo resuelto.

Louis rio entre dientes. Yo gruñí. Como un maldito hombre de las cavernas.

»Está bien, bueno... nos vemos luego. —Se despidió y pasó junto a nosotros, corriendo en la dirección opuesta.

Louis miró por encima de su hombro. Ella había ido. No necesitaba darme la vuelta y buscar confirmación. El aire no estaba tan cargado de electricidad.

—¿Ves de lo que estoy hablando, Romeo? No tienes juego. Pero puedes agradecerme más tarde. Puse la semilla en su mente...

—Vi a Carmen el otro día —dije, para callarlo. Era un juego de niños. Él estaba hecho polvo, era patético—. Se veía bien. Dulce culo. Tetas perfectas. Voy a conseguirme un dulce, dulce Carmen. —Pasé la lengua por mis labios y recibí un puñetazo en el estómago por el esfuerzo—. Una vez que obtenga una probada de Kill, rogaré por otra sensación.

—Mantén tus manos lejos de mi chica —advirtió Louis.

—Dijo que es una agente libre —mentí—. Louis no le está mostrando un dulce, dulce momento.

—Mierda. Ella es mía. —Crujió su cuello—. Nos estamos tomando un descanso. Es temporal.

—Un descanso, ¿eh? Oh, eso no suena bien. ¿Necesitas un consejo, Romeo?

Me fulminó con la mirada.

—¿Estamos corriendo o parados charlando como colegialas?

Reí entre dientes.

—¿Qué tal una carrera? Podrías trabajar toda tu frustración sexual.

—Te pones duro cada vez que miras a Eden.

Mierda, era verdad. Louis me sonrió con suficiencia.

—Nos vemos en el paseo marítimo —dijo, refiriéndose al Transmitter Park en Greenpoint, donde terminaban todas nuestras carreras—. Te estaré esperando para recoger mis veinte dólares.

—En tus sueños.



Fui construido para la resistencia y para recorrer la distancia, pero Louis siempre había sido el mejor velocista. Su madre le enseñó a huir de los problemas. Mi padre me enseñó a quedarme y luchar hasta el amargo final.

Gané los veinte dólares.



10

Eden

Me metí en Brickwood Coffee en Bedford Avenue justo cuando se abrían los cielos, lanzando una lluvia de verano que no había previsto. Cuando salí de mi departamento, había sido caluroso y soleado. Pasé los dedos por mi cabello sudoroso, buscando en la habitación a Ava. La tienda era pequeña, con paredes de madera rústica y un techo hecho de cajas antiguas, el aire rico con el aroma del café recién hecho. Los hipsters barbudos encorvados sobre las laptops se sentaban en una mesa alta de madera en el medio y algunos clientes estaban sentados en las mesas redondas junto a las ventanas, pero Ava aún no estaba allí.

Me acerqué al mostrador y le di mi orden a un tipo bajo y fornido con cabello oscuro y lentes con montura roja.

—¿Podría tomar un café helado grande, por favor? Y deja espacio para la leche. —Le indiqué con los dedos cuánto espacio debía dejar. Me entregó una taza de plástico y un marcador. Dibujé una línea y le devolví la taza.

—¿Quiere café tostado francés, el keniano, el costarricense...?

—¿Cuál es el más suave? —Nunca había estado en esta cafetería antes, y no tenían tantas opciones en mi tienda local—. Sabes... sin...

—¿El sabor amargo?

Sonreí. —Exactamente.

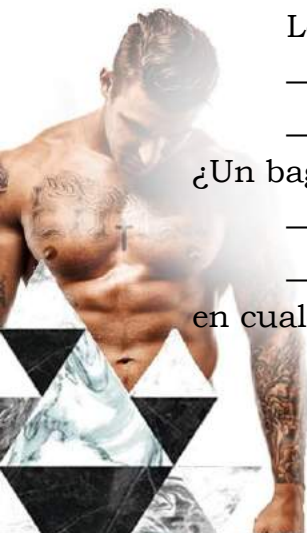
Levantó la mano. —Déjame a mí. Te tengo cubierta.

—Confío en ti. Parece que sabes mucho sobre café.

—Soy un barista entrenado. El café es mi vida —bromeó—. ¿Algo más? ¿Un bagel? ¿Un muffin? ¿Rollo de canela?

—No gracias. Solo el café.

—Y un gran café negro —dijo una voz detrás de mí. Conocería esa voz grave en cualquier lugar. ¿Qué estaba haciendo Killian aquí?



—¿El de siempre? —preguntó el barista, su mirada recorriendo a Killian a quien yo todavía no había mirado. Sin embargo, el barista parecía estar apreciando la vista, y no hacía falta un científico espacial para darse cuenta de que era homosexual—. ¿O quieres probar...?

—Lo de siempre —dijo Killian, interrumpiéndolo.

El barista asintió.

—Buena elección. —Todavía estaba mirando a Killian, sin hacer ningún movimiento para traer el café. Necesitaba ver qué era tan digno de desmayo, no es que Killian no siempre fuera digno de desmayo.

Me giré para mirar a Killian que se pasaba la mano por el cabello mojado. Mi mirada viajó desde sus anchos hombros hasta la camiseta mojada que se aferraba a su cuerpo, mostrando su cuerpo tonificado y duro, cada músculo claramente definido. Dios mío, ¿eran esos abdominales de ocho? Obviamente había revisado su cuerpo antes. ¿Cómo pude perderme eso? Era como una obra de arte, cincelada por un escultor, pero con una camiseta mojada era aún más espectacular. Lo estaba imaginando despojado de la camiseta. Despojado de *toda* su ropa. Levanté los ojos del pecho su rostro.

Atrapada.

Me estaba sonriendo con suficiencia.

—¿Acabas de sonreírme?

Todavía sonriendo con suficiencia, dio un paso adelante y le entregó al barista un billete de veinte dólares. En toda la confusión de comer el torso de Killian, me olvidé de pagar.

—Hey, espera. Pagaré. —Rebusqué en mi bolso y saqué algo de efectivo, ofreciéndolo al barista que ya le estaba entregando a Killian su cambio. Traté de darle el dinero a Killian, pero me frunció el ceño como si lo hubiera ofendido.

—Gracias. —Metí mi dinero en mi bolso y lo deslicé sobre mi hombro—. Me reuniré con Ava. No sabía que vendrías.

—Lo mismo aquí. —Su mirada se deslizó sobre mi cuerpo, escaneándome de pies a cabeza, sus ojos tan ardientes que fui sorprendida que no estallara en llamas. Cuando terminó, se acercó y me susurró al oído—: Ahora estamos a mano.

—Disfruten su café —dijo el barista. Nos entregó nuestro café y me dio un astuto guiño.

El calor enrojeció mis mejillas cuando llevé mi café helado al mostrador de servicio y me ocupé de agregar leche y dos azúcares. Dios, hacía calor y humedad aquí. Me llevó diez veces más de lo que debería tener que realizar esta simple tarea. Mis habilidades motoras se habían visto gravemente comprometidas, y Killian estaba demasiado cerca de mí, en toda su gloria de camiseta mojada. Café listo, llevamos nuestras bebidas a una destartalada mesa demasiado pequeña.

para Killian, y mucho menos para mí y Ava. Era como la mesa de los niños en Acción de Gracias. Me senté frente a la habitación y saqué mi teléfono de mi bolso. Nada de Ava. Escribí un mensaje rápido y presioné enviar. Ayuda, necesito refuerzos. Lo antes posible.

¿Dónde estás? Killian está aquí.

Dos segundos después, respondió.

Te veré en la galería en una hora.

Fruncí el ceño ante mi teléfono. Traidora. ¿Una hora? Ya habría terminado con el café y terminaría en la galería para entonces. Suspiré y metí mi teléfono en mi bolso. Killian se recostó en la silla que había empujado hacia atrás para acomodar sus largas piernas y... bueno, el resto de él... y tomó un sorbo de su café, sus ojos en mí.

—Ava no viene.

Killian se pasó la mano por su rostro y estalló en risas.

Arquee mis cejas. —¿Fue eso gracioso? ¿Me perdí el chiste?

—El chiste somos nosotros.

—Sí, supongo que sí. —Todavía estaba pensando en lo de ayer cuando él y Louis estaban corriendo en el parque. Solo capté el final de su conversación cuando apagué mi música. ¿Estaba Louis hablando de mí o de alguien más? Louis trató de ocultarlo, así que pensé que no era yo. Además, Killian no necesitaba consejos. Las mujeres gravitaban hacia él y no parecían darse cuenta o no les importaba que no activara el encanto. Todo lo que necesitaba hacer era presentarse y todo el trabajo estaba hecho para él. ¿Era yo tan superficial? ¿Enamorarme de él por su aspecto? No, había mucho más en Killian... simplemente no estaba segura de qué era—. Probablemente estés ocupado, así que si quieres ir...

—¿Estás tratando de deshacerte de mí?

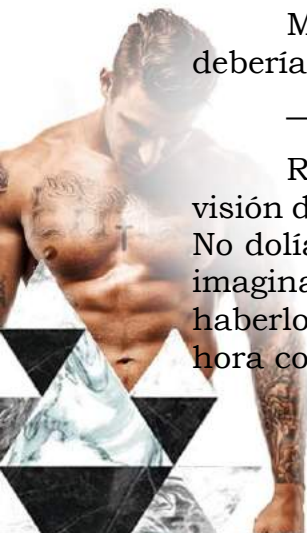
—Solo te estaba dando una salida. —Me llevé la pajita a la boca y tomé un sorbo de mi café.

—¿Qué pasa si no quiero una salida? —desafió.

Me encogí de hombros como si no me importara de una forma u otra. Y no debería importar. Pero lo hacía. Estaba feliz de que quisiera salir conmigo.

—Entonces supongo que puedes quedarte.

Rio entre dientes y bajó su mirada hacia mi cadera derecha como si tuviera visión de rayos X y pudiera ver a través de la tela de mi vestido negro sin mangas. No dolía, mi trasero. Era mucho peor que una aguja rascando la piel. No podía imaginar estar sentada durante todas las horas de tatuaje como Killian debe haberlo hecho para obtener una manga completa. Salí de la tienda hace una hora con las instrucciones completas de Jared, piel roja hinchada y un vendaje



que cubría mi tatuaje. Rápidamente me fui a casa y me cambié los shorts que arañaban la piel por un vestido.

—¿Lo hiciste? —preguntó Killian.

Asentí, incapaz de mantener la sonrisa fuera de mi rostro cuando pensé en el conjunto de alas en mi cadera. La sonrisa de Killian coincidió con la mía. Me encantaba su sonrisa. Me encantaban los hoyuelos y las pequeñas líneas que se arrugaban alrededor de sus ojos. Adorable.

—Eres diferente fuera del trabajo —dije, observando su postura relajada.

—¿Diferente cómo?

—Más relajado.

—Me atrapaste en un buen día. No volverá a suceder —bromeó.

Reí. —¿Te gusta dirigir un bar?

—No sería mi primera opción, pero prefiero dirigir un bar con Louis que trabajar para otra persona.

—No puedo imaginarte trabajando para alguien.

—Bueno, ahí lo tienes —dijo.

—¿Cuál sería tu primera opción?

—Hombre de acrobacias —bromeó, fijando su mirada en la mano que sostenía mi café. No hice un trabajo completo de retiro de la pintura—. ¿Qué estabas pintando?

—Solo... una pintura abstracta. Pinto mucho después del trabajo. No puedo dormir cuando llego a casa.

—Tampoco puedo.

—Entonces, ¿qué haces? —pregunté, tomando un sorbo de mi café.

—Anoche vi una película. Escuché música. Limpié la cocina. Y arreglé un gabinete roto.

—Estuviste ocupado.

—A veces hago todas esas cosas al mismo tiempo. Solo para mantenerlo interesante.

Pensé en lo que dijo y reí. —Guau, tienes habilidades.

—Oh sí, tengo habilidades. —Hizo que sonara sucio. Me estaba imaginando qué tipo de habilidades tenía que no estuvieran relacionadas de ninguna manera con mirar televisión, escuchar música, limpiar o hacer bricolaje. Su boca, manos y cuerpo... estaban muy involucrados.

—Estaba hablando de... ya sabes, multitarea.

Sus labios se giraron en diversión. —Yo también.

Mi rostro se calentó y el calor viajó hacia el sur. Tragué mi bebida helada para refrescarme. Deja de pensar en Killian desnudo, pasando sus cálidas y callosas manos sobre tu cuerpo y... sí, enfríate. Eso sería un desastre. Trabajo con él y, lo que es más importante, estaba trabajando en mí mismo. Anoche, en un momento de debilidad, aceché Facebook. Dejé de publicar hace meses, pero no había cerrado mi cuenta, así que todavía tenía acceso a todos mis viejos “amigos”. Luke no había publicado nada en meses, pero Lexie lo compensó con creces.

Después de tropezar con la memoria y leer detenidamente las fotos de Luke y yo en el baile de graduación, en la Bienvenida, en los juegos de fútbol de Penn State y en las fiestas de portón trasero, y un millón de fotos en las que parecíamos la pareja más feliz del planeta, me torturé con las fotos del presente. Lexie en diferentes etapas de su embarazo. Luke, el orgulloso futuro padre, con su mano sobre su estómago embarazado. “Nunca se pierde la cita con el médico. El mejor papá del mundo”, escribió. Lexie y Luke con sus padres. En la piscina. Cenas familiares. El baby shower: Cassidy y Lexie abrazándose. Traidora.

Pero consideré una pequeña victoria que no terminé en un charco de lágrimas. Cuando cerré mi laptop, llegué a la conclusión de que no envidiaba su vida. Mi mayor temor era quedar atrapada en mi ciudad natal por el resto de mi vida. Desafortunadamente, eso no hizo que la traición fuera más fácil de aceptar.

Killian estaba mirando mi rostro.

—Tantos pensamientos ruidosos. Apenas puedo oírme pensar.

Suspiré, y también fue ruidoso.

»¿Tan malo? —preguntó, sonando como si realmente le importara.

—Sí. Hice una estupidez anoche.

—¿Qué hiciste?

—Aceché a mi exnovio. —No estaba segura de por qué estaba derramando mis entrañas a Killian por toda la cafetería, pero él no parecía deconcertado.

—¿Literalmente?

—Virtualmente.

Tomó un sorbo de su café. —¿Era tu príncipe encantador?

—Érase una vez. Pero alguien más tuvo la felicidad para siempre.

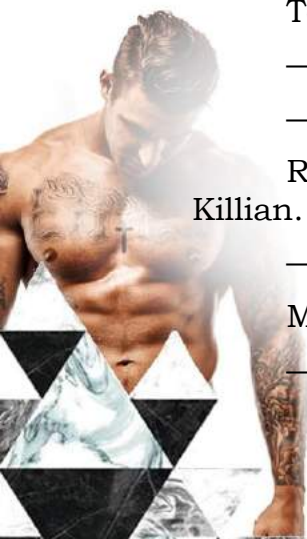
—Él es un idiota.

Reí un poco, pero no quería hablar de Luke con Killian. Quería hablar de Killian.

—¿Qué dice tu tatuaje?

Miró su brazo, como si necesitara confirmación.

—*Non Desistas. Non Exieris.* Nunca renuncies, nunca te rindas.



Lo pensé por unos segundos. Me sonó familiar y luego recordé por qué.

—¿Entintaste tu piel con una línea de *Galaxy Quest*?

Asintió. —Sí.

—Eso es genial. A mis hermanos les encantaría eso. Les gustaba tanto esa película. La vimos tantas veces que conocíamos todas las líneas.

—Connor solía amarla. —Me miró como si me estuviera viendo por primera vez—. Pero nadie adivina que es una referencia cinematográfica.

Era una película estúpida, pero si le quitas el humor a la cita, tenía un significado más profundo. Tuve la sensación de que Killian no se tatuaría el brazo con esas palabras a menos que significara algo para él. Tal vez era el lema de su vida. Nunca renuncies, nunca te rindas.

»¿Cuál es tu tatuaje? —preguntó.

—Alas. Para mi mamá. No estoy segura si creo en el cielo, pero me gusta pensar que, si hay un cielo, ella es un ángel que me cuida. —Arrugué mi rostro—. ¿Suenan estúpidos?

Negó con la cabeza. —De ningún modo. ¿Tu madre falleció?

—Sí. Cuando tenía doce años. Cáncer.

—Lo siento —dijo en voz baja, y me di cuenta de que lo decía en serio.

—Sí yo también. Mi madre era genial. —Perder a mi madre dejó un agujero enorme en mi vida que mi padre trató de llenar, pero a veces estaba perdido. Todavía recuerdo el pánico en su rostro la primera vez que le dije que necesitaba tampones. Fue casi cómico—. Ella era maestra de inglés de secundaria, pero también era una buena artista. Me enseñó cómo usar acuarelas y acrílicos y cómo dibujar... no estoy segura de cómo la habría tratado cuando era adolescente. Probablemente horrible. Pero cuando era joven, nunca tuvimos esas peleas entre madre e hija como lo hicieron algunos de mis amigos. —Miré mi café y me pregunté cuánto dolor podría soportar un corazón—. La extraño todos los días.

—Pero es bueno que tengas buenos recuerdos. —Me dio una sonrisa suave que nunca lo había visto usar antes. Había captado la melancolía en su tono, y tuve la sensación de que no tenía muchos buenos recuerdos de su infancia. Esperaba estar equivocada y tuviera cientos de buenos recuerdos, al igual que yo.

Resultó que una hora en la compañía de Killian pasó rápido, y consumimos tanto café que ahora todo estaba loco. La lluvia de verano había sido rápida y ahora el sol brillaba de nuevo y el aire era cálido y pesado. Según lo prometido, Ava estaba esperando afuera de la galería de arte cubierta de graffiti, el piso inferior de un edificio de apartamentos de ladrillo de cuatro pisos. Se veía fría y fresca con un vestido de lunares en blanco y negro estilo años 50, sandalias y lápiz labial rojo cereza.

Ava le dio a Killian un pequeño golpe en el hombro.

—Deberías venir con nosotras. Obtén un poco de cultura en tu vida.

Killian miró de reojo la galería de arte y frotó su mandíbula, como si lo estuviera considerando, pero su teléfono sonó antes de que pudiera darnos una respuesta. Lo sacó de su bolsillo y entrecerró los ojos hacia la pantalla.

—Necesito irme.

Giró sobre sus talones y se dirigió hacia Bedford Avenue, con el teléfono pegado a la oreja. Lo vi alejarse. Corrección. Killian no caminaba. Daba grandes zancadas, acechaba o se pavoneaba. A veces todo al mismo tiempo. Ja, ja. Habilidades.

—Entonces... ¿cómo estuvo tu cita de café? —preguntó Ava cuando entramos en la galería, un espacio totalmente blanco con tuberías expuestas en el techo y reflectores enfocados en las piezas de arte.

—No fue una cita.

—No hay necesidad de ponerse toda berrinchuda. ¿Pasaste un buen momento?

—Estuvo bien. Pero Killian no apreció ser engañado.

Ava resopló.

—Confía en mí, si Killian no estuviera contento con eso, no hubieras disfrutado tu café. No se habría quedado el tiempo suficiente para *beber* el café.

Cierto. Pero se quedó. Hablamos de un millón de cosas, algunas profundas y otras divertidas y tontas. Nos reímos, lo pasamos bien y pude ver otro lado de él, un lado que realmente me gustó. Tal vez ese era mi problema. Pensaba en Killian todo el tiempo. Ocupaba tanto espacio en mi cabeza que me llevó a acechar a Luke en Facebook. ¿Por qué? Para recordarme a mí misma que no se podía confiar en los chicos, ¿así que necesitaba proteger mi corazón? ¿Mantener mis paredes para protegerme?

No era mi naturaleza ser cautelosa, pero necesitaba ser más inteligente y proteger mi corazón con más cuidado. No es que Killian me haya dado alguna indicación de que estaba interesado en mí. Excepto tal vez la forma en que me miraba en la cafetería, la forma en que escuchaba todo lo que decía y me prestaba toda su atención. Me hizo sentir que era alguien especial para él, aunque solo fuera por una hora.

Ava y yo deambulamos por la galería, mirando la exposición especial llamada *Destrucción y Renovación*. Paisajes abstractos se alineaban en las paredes y esculturas se sentaban en cubos Perspex. Me detuve frente a una escultura hecha de trozos de tela, desechos reciclados, alambre y cuerdas, todo junto para crear un objeto de arte tridimensional.

Justo cuando pensaba que esta exhibición *Destrucción y Renovación* se sentía como mi vida, Ava se adelantó:

—Parece mi vida —reflexionó, casi para sí misma.

—Conozco el sentimiento.

—¿Alguien te rompió el corazón?

—Sí —dijo con un profundo suspiro.

—Es una mierda.

—A lo grande. Pero estoy trabajando para reconstruirlo. —Esperaba que fuera cierto y que se sintiera como si lo fuera. Tal vez me estaba preparando para dejar de lado el dolor y el sufrimiento y pasar a una nueva y mejor versión de mí misma. Al igual que la exhibición de arte, la destrucción estaba detrás de mí y ahora era el momento de la renovación—. ¿Alguien te rompió el corazón?

—Sí —dijo Ava—. Pero sigue sucediendo con la misma persona. Quiero decir, él sigue siendo una gran parte de mi vida. Siempre lo amaré. Simplemente no puedo estar con él.

—¿Te engañó? —No se me ocurre otra razón para no estar con una persona que amas. Lo que solo sirvió para mostrar cuán estrecho era mi enfoque.

—No. Nunca haría eso. Él está... dañado. Pensé que podría arreglarlo. Como, tal vez mi amor sería suficiente. Pero no puedes arreglar a otra persona. Y ahora se ha ido... y no tengo idea si está bien o no.

—¿Estás hablando del hermano de Killian? —pregunté, adivinando.

—¿Te habló de Connor? —Sus ojos grises se abrieron en sorpresa.

—Solo unas pocas cosas. No mucho. Y nada sobre ti —le aseguré.

—Guau —dijo, sacudiendo la cabeza.

—¿Qué?

—Killian no se abre a demasiadas personas. Quiero decir, él habla conmigo y Louis porque lo conocemos desde siempre. Pero incluso con nosotros, retiene mucho. Nunca ha sido el tipo que derrama todos sus pensamientos y sentimientos. Los mantiene bien cerrados.

Ya lo había descubierto el día que lo conocí.

—No me dice tanto. No es que *realmente* lo conozca.

—Pero te lleva a casa después del trabajo —señaló.

—Solo porque se preocupa por mi seguridad.

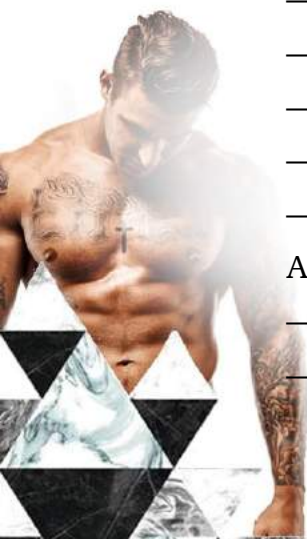
—Sí, es súper protector. Pero podría asegurarse de que subieras a un taxi.

—Dijo que mi apartamento está camino a su casa.

Ava negó con la cabeza como si todavía no lo entendiera.

—Créeme. Si Killian te lleva a casa, quiere pasar más tiempo contigo.

—No estoy buscando una relación, y tampoco creo que él lo esté.



—Ahí es donde te equivocas. Todos buscan una relación. Combatirlo y no quererlo son dos cosas diferentes. Y confía en mí, Killian la quiere. Es demasiado terco para ceder ante sus verdaderos sentimientos. Pero aguanta ahí. Vale la pena —dijo, cuando salimos de la galería.

—Estoy segura de que lo vale. Pero, como dije, no estoy...

—¿Sabes lo que pienso? —dijo Ava, como si no hubiera hablado.

—No. ¿Qué? —Si Killian era demasiado terco y yo demasiado tímida para comenzar una relación, ¿dónde nos dejaría eso? En ninguna parte.

—Eres su unicornio.

—¿Su unicornio? —pregunté, mirando por la ventana de una tienda de ropa vintage.

—Sabes, la chica de los sueños. Lo haces reír y sonreír y es muy bueno verlo. Ha estado en un mal camino... —Cerró la boca con fuerza. Esperé una explicación. En cambio, siguió adelante con su definición de unicornio—. Lo desafías y no dejas que se salga con la suya. Pero ves lo bueno en él. Realmente te preocupas por él. Y sus amigos te aman. Somos Team Eden. —Me dio una gran sonrisa—. Tú haces su vida mejor.

—No creo que haga todo eso. —No estaba segura de haber hecho nada por Killian, excepto volverlo loco con preguntas que generalmente no quiere responder. Pero generalmente termina respondiendo, de todos modos, aunque de mala gana.

—Horneaste galletas con chispas de chocolate para él. Y las comió.

—Eran solo galletas. —No estaba segura de cómo esto tenía algo que ver con ser el unicornio de alguien. Lo cual no era.

—Nunca come galletas. O cualquier tipo de postre o comida chatarra. Como, nunca jamás.

—¿Por qué no?

Ella se encogió de hombros sin comprometerse.

—Simplemente no lo hace. Pero se comió tus galletas. Y creo que son perfectos el uno para el otro. —Ava me dio una sonrisa secreta y ahora sabía lo que había detrás. Ilusiones de su parte, si me lo preguntas.

Más tarde esa noche, mientras cocinaba espagueti con salsa en frascos en mi cocina del tamaño de un sello de correos, recibí un mensaje de Killian.

¿Cómo fue la exposición de arte?

Interesante

Le envié una foto de la escultura.

Respondió con una foto de una montaña de papeleo en su escritorio.

Apilé un plato con espagueti y queso rallado y le envié una foto de mi cena.

¿Dónde están las verduras?

Están sobrevaloradas.

¿Ni siquiera una ensalada?

Envié una foto de mini zanahorias y un pepino, las únicas verduras en mi refrigerador.

Postre.

Mientras comía mi cena, sentada con las piernas cruzadas en el piso de mi sala de estar, enviamos mensajes de ida y vuelta sobre nada importante. Supongo que, por falta de una palabra mejor, Killian y yo nos estábamos haciendo amigos.



11

Eden

—*E*stán todos en mi espacio, amigo —bromeó Zeke, mientras ambos recogíamos la misma botella de tequila. Golpeó mi cadera fuera del camino, y yo lo golpeé con la cadera, agarrando la botella antes de que tuviera la oportunidad.

—Yo gano.

Me guiñó un ojo. —Solo porque te dejé.

—¡Eden! —gritó alguien sobre la música de la banda de indie rock. Me giré para mirar a Hailey que había subido hasta el bar—. Felicidades. Conseguiste el trabajo. —Se inclinó para chocar los cinco, con una gran sonrisa en su rostro—. ¿Cómo te va?

—Excelente. Te lo debo.

—Las flores siempre son bienvenidas. O chocolates. —Hailey sonrió para decirme que estaba bromeando—. Debería obtener tu número. Podemos salir alguna vez.

Se lo di y lo metió en su teléfono y me envió un mensaje, así que también tuve el suyo.

—Te compraré un café. O chocolates. O ambos.

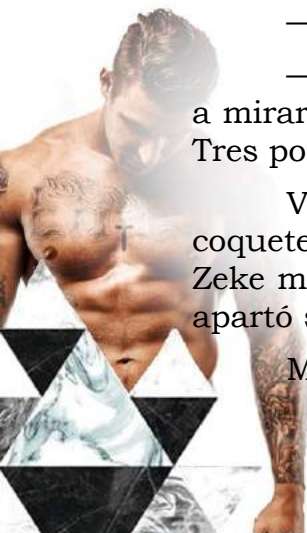
—Totalmente innecesario.

—¿Necesitabas un trago?

—Sí. Estoy con unos amigos. —Miró por encima del hombro y luego volvió a mirarme—. Están viendo la banda. —Señaló una de las cervezas de barril—. Tres por favor.

Vertí las cervezas y las puse delante de Hailey, que estaba mirando a Zeke coquetear con las chicas a las que servía. Como si sintiera que ella lo miraba, Zeke miró y le dirigió a Hailey un gran guiño y su sonrisa rostro característica. Ella apartó su mirada de él y me entregó el dinero.

Me cobré y puse el cambio delante de ella.



—Gracias —dijo, dejando una propina en la barra—. En caso de que te lo estés preguntando, ya sé que Zeke es un jugador. Pero estoy en esto por el juego largo. Los jugadores tienen que dejar de jugar alguna vez, ¿verdad?

Le di una pequeña sonrisa, no convencida. Zeke le había confiado que no tenía ningún interés en establecerse con una chica pronto.

—Es solo cuestión de cuánto tiempo estás dispuesta a esperar.

Gimió.

—Tienes razón. Podría ser vieja y gris para entonces. —Sacudió su cabello y cuadró sus hombros como si se estuviera preparándose para la batalla—. Mientras tanto, voy a encontrar a alguien más.

—Buena suerte —dije, riéndome mientras se despedía y miraba por última vez a Zeke antes de desaparecer entre la multitud.

Un poco más tarde, mientras estábamos uno al lado del otro en los grifos de cerveza, Zeke preguntó:

—¿Eres amiga de Hailey?

Le conté cómo nos habíamos conocido y que Hailey me había avisado sobre el trabajo.

»¿Por qué preguntas?

—Ella parece genial. A veces me habla y todo está bien. Pero otras veces, me ignora por completo. —Rascó su cabeza como si esto realmente lo hubiera desconcertado. Reprimí una carcajada.

—Interesante.

—Es solo extraño. —Negó con la cabeza como si nunca le hubiera sucedido antes. Probablemente no—. No entiendo de dónde está viniendo.

—Tal vez no te guste tanto. —Arrojé sobre mi hombro.

Louis rio entre dientes y negó con la cabeza.

—Psicología inversa. Funciona todo el tiempo.

—¿Funciona en todos? —pregunté.

—Eso está por verse —dijo enigmáticamente—. Algunas personas necesitan ser golpeadas en la cabeza varias veces antes de ver la luz.

—Suena violento. ¿Estás haciendo la embestida?

—Soy un pacifista, no un luchador.

—Tienes unos músculos bastante grandes —señalé.

Sonrió. —Solo para fines de visualización.



Había sido una larga noche, y no cerramos hasta las cuatro de la mañana, pero como todas las noches que trabajaba, estaba corriendo con adrenalina y sabía que dormir sería imposible.

—¿Puedo hacer un boceto de tu rostro? —le pregunté a Killian mientras caminábamos hacia su Jeep a la luz púrpura de la luna.

Me miró como si estuviera loca. No podría culparlo. Me sorprendí preguntando.

—¿Por qué?

—Tienes un rostro interesante. Y no es poco atractivo. —Resopló—. ¿Me dejarás hacerlo?

Entrecerró los ojos, considerando mi pedido. —No.

—¿Tienes miedo? —pregunté, probando algo de esa psicología inversa. El no respondió. Si estaba asustado, eso nos hacía dos. Es algo íntimo dibujar el rostro de alguien. Tal vez no quería que lo mirara tan de cerca. Tal vez tenía mucho que ocultar. Casi podía ver su cerebro funcionando, y sentí que podría ser persuadido para que cambiara de opinión—. Todo lo que necesitas hacer es sentarte en mi sofá y relajarte. Será como si estuviéramos pasando el rato. —Lancé una plegaria por si acaso.

Se detuvo frente a mi edificio y agarró su labio superior entre los dientes, sopesando los pros y los contras de dejar que está loca atrapara un vistazo su alma.

—¿Realmente quieres hacer esto?

—Si realmente lo hago.

—Está bien. —Parecía inseguro, pero no iba a darle la oportunidad de cambiar de opinión.

Cuando entramos en mi apartamento, encendí la lámpara de pie con un interruptor más tenue que proyectaba un suave charco de luz en la habitación. Mi departamento se sentía cargado, y siempre pensé que esta ciudad era ruidosa, pero de repente estaba demasiado tranquila. Abrí las dos ventanas que daban a la calle y me desplacé por mis listas de reproducción. Nada se sentía bien, así que golpeé aleatoriamente y lo dejé al azar. “How to Save a Life” de Fray apareció. ¿Buena elección? ¿Mala elección? Una especie de decepción, tal vez, pero lo dejó sonando. Killian estaba de pie junto a la ventana, mirando hacia afuera, con las manos metidas en los bolsillos delanteros de sus vaqueros.

—Solo ponte cómodo en mi mueble. Ya vuelvo.

Asintió, pero no se movió de la ventana y todo lo que tenía era una vista de su espalda y el rígido conjunto de sus hombros. Escapé a mi habitación, cerré la puerta y lancé mi bolso al suelo. Me preguntaba por qué estaba haciendo esto, mientras me ponía shorts y mi camiseta azul favorita, suave y desteñida por muchos lavados.

Tomando algunas respiraciones profundas para calmarme, recogí mi cuaderno de dibujo, borrador y lápices y caminé hacia la sala de estar.

Killian estaba de pie detrás de mi caballete, estudiando la pintura en la que había estado trabajando. Me miró y me sentí tan expuesta que bien podría estar desnuda.

—No es lo que esperaba.

—¿Que esperabas? ¿Unicornios y rostros sonrientes?

Se encogió de hombros.

—No lo sé. —Giró su mirada a mi pintura—. Te gustan todos los colores oscuros y los azules.

—Creo que esos son mis colores favoritos. —Había usado muchos azules diferentes, verde botella y verde musgo, negro y tonos de gris.

—Los míos también. Pero me gusta que hay algo de esperanza allí. Con el estallido de amarillo.

Lo miré fijamente unos segundos, pero él mantuvo su mirada fija en la pintura, y mantuvo el rostro cerrado, así que no tenía idea de lo que estaba pensando. Pero era interesante que había visto esperanza en el amarillo cítrico, y lo había comentado.

—Ese es el sol que entra.

Sonrió, y fue como si saliera el sol, iluminando los tonos monótonos y oscuros, calentándome desde el interior. No mencioné que la pintura era él, o más bien, que me recordaba a él. Eso probablemente lo asustaría o lo enviaría a correr. Tampoco mencioné que había pintado algunos resúmenes que reflejaban la forma en que me hacía sentir, como si mis pinturas revelaran de alguna manera todo lo que él mantenía oculto.

—Si quieres pintar sobre eso, siéntete libre. Arroja un poco de brillo y polvo de hadas sobre ella.

—Me gusta como es —dijo en voz baja—. Me gusta mucho.

Y tú me gustas mucho. Incluso con tus colores oscuros y los monótonos tonos oscuros y azules, hay momentos en que brillas y dejas entrar la luz, y es tan hermoso de ver.

—Gracias. —De repente se sintió como si la habitación fuera demasiado pequeña para ambos. Él llenaba todo el espacio vacío y yo solo me quedé allí, mirándolo. Lo cual parecía que hacía mucho. A veces su aspecto todavía me tomaba desprevenida. Con su camiseta blanca ajustada y vaqueros desteñidos, las botas de combate destantaladas que amaba. Su cabello oscuro, rebelde y despeinado, como si hubiera estado pasando sus manos por él. Parecía sexo sucio y placeres ocultos. Irradiaba calor, tensión y peligro. Tal vez no era el tipo de persona que debería desear o anhelar, probablemente la peor opción posible

para mí, pero eso no impidió que lo quisiera. Estaba justo aquí, tan cerca, pero tan inalcanzable. Lo cual siempre parecía ser el camino con él.

Arrastré mi taburete y me senté frente al sofá, mi cuaderno de bocetos en mi regazo.

Killian se sentó en el cojín del medio, con los brazos sobre el respaldo del sofá y las piernas ligeramente abiertas. Dominaba la habitación, pero tenía la sensación de que dominaría cualquier habitación a la que entrara. Estudié su rostro simétrico. Su fuerte mandíbula cincelada. Pómulos anchos. Sus labios llenos y sensuales. Profundos ojos en forma de almendra. Nariz recta. Cejas gruesas y oscuras. Mi mirada bajó a la cicatriz en su cuello. Sostuve mi lápiz horizontalmente y medí la distancia entre sus ojos. Una estimación aproximada, pero podría trabajar con eso.

Bajé la cabeza y dibujé ligeramente la forma de su ojo.

—Me siento como un animal en el zoológico —dijo.

Reí, sintiendo que la tensión se aliviaba. —¿Qué animal serías?

Lo pensó por un minuto. —Un lobo.

Lo imaginé como un gran gato. Una pantera o un tigre. Un depredador elegante, poderoso y agraciado. Pero supongo que podría ser un lobo.

—Serías el alfa, liderando la manada.

—O un lobo solitario.

Lobo solitario. Pude ver eso. Incluso rodeado de gente en el bar, Killian parecía mantenerse aparte.

—O el lobo feroz —bromeé.

—Suenas bien.

—¿Qué animal sería yo?

—Uno de los grandes felinos —dijo sin dudarlo, como si ya lo hubiera pensado un poco. Quería decirle que sentía lo mismo por él, pero no lo hice—. Un leopardo de las nieves. Son los más raros. Y hermosos —dijo, su voz baja y ronca.

Mis mejillas se sonrojaron con calidez. Después de un latido dije:

—Creo que los lobos son hermosos.

¿Estábamos hablando de animales o el uno del otro? Seguí dibujando. Sombreado sobre su nariz. Dibujando los planos de su rostro. Por la forma en que frotaba su nuca, me di cuenta de que lo estaba incomodando y que no le gustaba que lo observara tan de cerca. Pero lo estaba haciendo. Por mí.

»Esto no pretende ser una forma de tortura —dije.

Pasó la mano por su cabello y sopló aire por las mejillas.

—Si lo sé. Es solo que...

—¿Que te sientes como un animal en el zoológico?

—Bastante.

—Está bien, te entretendré con una historia. Puedo hablar y dibujar porque soy multitarea.

—Pruébalo —desafió, con un tono burlón en su voz.

—Está bien. —Completé su cabello oscuro, y la parte descentrada que no era realmente una parte, sino la forma natural en que caía su cabello. Las capas hasta la oreja en el frente, más largas en la parte posterior. Mientras dibujaba, le conté sobre el momento en que Sawyer y yo estábamos luchando con la espada en la viga de nuestro columpio de madera.

»Éramos piratas ese verano. La viga era nuestro tablón. Las espadas eran dos palos atados con una cuerda. Cuando me apuñaló, representé una dramática escena de muerte. Fue bastante sensacional. Me caí de la tabla y los cocodrilos me comieron. Pero Sawyer estaba decepcionado. Estaba apuntando a mi ojo y esperaba que tuviera que usar un parche en el ojo el resto de mi vida. —Sawyer y yo estábamos usando nuestra propia versión de la jerga marinera y fingíamos estar borrachos de ron, así que nos estábamos tambaleando y decíamos “Aaargh camarada” y “maldito infierno” mucho—. Se hacía llamar el Capitán Mad Dog, y yo era el Capitán Chicken Little.

Killian encontró la historia divertida. Nunca lo había visto reír tanto.

—¿Por qué Chicken Little? —preguntó.

—Decía que tenía patas de pollo flacas.

La mirada de Killian recorrió mis piernas, y pensé que tal vez apreciaba la vista, pero no hizo ningún comentario al respecto.

—¿Tú y Sawyer todavía son cercanos?

—Sí. Nos parecemos mucho y solo estamos separados por catorce meses. Al crecer, todo era una competencia. Me vuelve loca. Pero siempre fue mi mejor amigo y, en secreto, lo amo de verdad. Me preocupo por él todo el tiempo.

—¿Por qué?

—Es un marine. Está en Afganistán ahora mismo. Pero pronto estará en casa. —Mi voz sonó con convicción. Necesitaba que fuera verdad. Ya llevaba allí seis meses y los marines rara vez se quedaban más de siete meses. Entonces, sí, pronto estaría en casa y volvería a casa en una pieza. En el último correo electrónico que recibí de él, decía que era algo silencioso y rutinario. Pero siempre decía eso, incluso la última vez cuando no había sido cierto.

Nos quedamos en silencio y seguí dibujando. La próxima vez que levanté la cabeza, los ojos de Killian estaban cerrados. Se había hundido más en el sofá, con las manos cruzadas sobre el estómago, su pecho subía y bajaba a un ritmo

lento y constante. Lo vi dormir mientras el sol salía en un estallido de naranja y púrpura y luego se desvaneció a un amarillo pálido. Su rostro estaba en paz de una manera que nunca lo estaba cuando estaba despierto, las líneas del ceño se suavizaron. Con la guardia baja, se veía más suave, más vulnerable y dolorosamente hermoso.

Ansiaba pasar mis dedos por su cabello, presionar mis labios contra los suyos ligeramente separados. Hundirme en su regazo y sentir sus brazos a mi alrededor. Lo deseaba tanto que dolía. Si hubiera sido cualquier otro tipo, tal vez sería más audaz y cerraría la distancia entre nosotros. Pero este era Killian y él era diferente a cualquier chico que hubiera conocido, así que me quedé donde estaba y solo lo vi dormir.

Sus párpados se abrieron, y aparté el rostro, pero no lo suficientemente rápido. Sabía que lo había estado observando, que le había robado un pedacito de su alma mientras dormía. "Bleed It Out" de Linkin Park estaba sonando y miró mi sistema de sonido durante unos segundos antes de ponerse de pie y caminar hacia la puerta, saliendo sin decir una palabra. Lo seguí hasta la puerta.

—¿Killian?

Ya estaba en el pasillo, me daba la espalda, los hombros derechos y la cabeza baja.

—¿Sí? —dijo.

—Gracias por dejarme dibujar tu rostro.

Se giró hacia mí y abrió la boca como para hablar, pero la cerró sin decir nada. Me paré dentro de mi puerta y lo vi trotar escaleras abajo como si no pudiera escapar lo suficientemente rápido, antes de cerrarla y bloquearla.

Me deslicé contra la puerta y me senté en el suelo, preguntándome por qué todo era tan complicado con nosotros. ¿Por qué me atraía un chico que no estaba emocionalmente disponible? ¿Por qué insistía en tratar de conocerlo mejor? Corría de caliente a frío, y me tenía subiendo, bajando y girando alrededor.

Por el bien de mi cordura, necesitaba dejar de pensar en Killian Vincent.



12

Killian

La misa había terminado hace quince minutos. Me deslicé en el banco junto a mi padre en la iglesia vacía. Al crecer, Seamus nos había transportado a Connor y a mí a Nuestra Señora de los Ángeles todos los domingos, con la intención de guiarnos a través de nuestros viajes espirituales. Había dejado de asistir a misa hace años, pero hoy Seamus me había convocado. Si no lo hubiera encontrado aquí, habría aparecido en mi casa o en el bar. Me gustaba mantener mi vida separada de la suya. A veces me preguntaba por qué me importaba una mierda este hombre. ¿Por qué todavía me aferraba a la creencia de que él poseía un poco de decencia? Que, por una vez, solo por una vez, me preguntaba cómo estaba y se preocupaba lo suficiente como para escuchar mi respuesta sin acorralarme.

—Te perdiste la misa —dijo Seamus, afirmando lo obvio. Echó un ojo crítico sobre mis vaqueros desteñidos y mi camiseta negra. Mantuve mi mirada enfocada en los pilares de mármol verde que sostenían los arcos: la cruz sobre la pintura de la Virgen María detrás del altar. Finalmente, Seamus se levantó, sabiendo que no obtendría una excusa o una disculpa. Frente al altar, hizo una genuflexión e hizo la señal de la cruz antes de salir conmigo de la iglesia, los tacones de sus zapatos negros pulidos haciendo clic en las baldosas, el sonido resonando en la iglesia vacía. Como todos sabían, Seamus Vincent era un católico devoto.

Salimos de la iglesia y me puse mis aviadores para evitar la luz del sol. Estaba operando sin dormir, excepto por la siesta que había tomado en el sofá de Eden. Cuando me desperté, supe que me había estado observando y tuve la sensación de que lo había estado haciendo por un tiempo. Como si aún no me hubiera sentido lo suficientemente expuesto, “Bleed It Out” de Linkin Park había estado sonando. Mi canción de abandono en el UFC. Mi señal para salir de su apartamento.

—¿Por qué estoy aquí? —le pregunté a Seamus cuando doblamos la esquina y nos detuvimos en su SUV negra. Siempre tenía un motivo oculto. Una llamada telefónica rápida habría transmitido el mensaje, pero siempre insistía en verme frente a frente. Un esfuerzo por ejercer el control que ya no tenía.

—¿Todavía no has tenido noticias de Connor? —preguntó, aflojándose la corbata. Sus músculos se hincharon debajo de su chaqueta de traje oscuro, amenazando con partir las costuras. El hombre fue construido como un toro y tenía sus trajes de domingo a la medida de su cuerpo.

Negué con la cabeza. Entrecerré los ojos en la distancia, buscando algunas palabras de elección, sin duda.

—Probablemente esté demasiado drogado para saber dónde demonios está. Ese chico es una excusa lamentable para un hijo.

Y tú eres una excusa lamentable para un padre.

—Tú le hiciste esto —dije, mi voz baja. Raramente le recriminaba por su comportamiento. Era inútil. Nunca recibiría una disculpa, y él nunca reconocería nada de lo que había hecho.

Sus ojos se entrecerraron en rendijas. —¿Qué dijiste?

—Me escuchaste.

—No creo que lo haya hecho. Pensé que acababa de oírte culparme por la falta de fuerza de voluntad y disciplina de tu hermano. Debe haberte oído mal. —Metió el dedo en mi plexo solar. Cuando mi cuerpo había sido su saco de boxeo, había colocado su puño en él muchas veces—. Tan pronto como escuches de él, llámame.

Seamus sería la última persona que llamaría. Su misión sería darle sentido a Connor. Pero asentí como si tuviera la intención de cumplir con sus deseos. Pasó una mano sobre su cabello oscuro y peinado hacia atrás. En el calor, el aroma de su Bay Rum después del afeitado se intensificó. Es curioso cómo solía pensar que olía bien. Ahora, lo asemejaré con el aroma de Pine-Sol.

—La verdad es —reflexionó, entrando en la verdadera razón por la que estaba aquí. Con Connor fuera del camino, era hora de concentrarse en mis defectos—. Nunca esperé que representaras nada. No fuiste muy buen estudiante. Apenas raspado con calificaciones aprobatorias. Siempre metiéndose en problemas. Pero tenías algo bueno en tu carrera de MMA ...

Exhalé bruscamente. Me había estado molestando por esto durante todo un año. No debería haberme sorprendido que se haya interesado mucho en mi carrera. Después de todo, me había criado para ser un luchador. Solía ver todas mis peleas y luego me llamaba para criticar mi actuación. Me gustaría pensar que se había sentido orgulloso de mí, pero las palabras nunca salieron de su boca, y había renunciado a tratar de ganar sus elogios hace mucho, mucho tiempo.

—Se acabó —dije por centésima vez—. No voy a volver.

—Eres un maldito tonto por alejarte. ¿Qué pasaría si cada policía renunciara a la fuerza después de involucrarse en un altercado? No te crie para ser un cobarde. O un desertor.

Había muchas cosas que podría haber dicho. En cambio, me di vuelta y me alejé. Me agarró por el cuello, la tela de mi camiseta se apretó en su mano y tiró de mí de regreso. Mi espalda se estrelló contra su pecho, su voz en mi oído baja y acerada.

—No te vas cuando te estoy hablando, muchacho.

Lo alejé y rodé mis hombros.

—Estás empezando a sonar como un disco rayado. Consigue material nuevo. Hemos terminado aquí.

—Hemos terminado cuando yo diga que hemos terminado.

Me di la vuelta y me dirigí directamente a su rostro, usando la misma voz que había usado en mí.

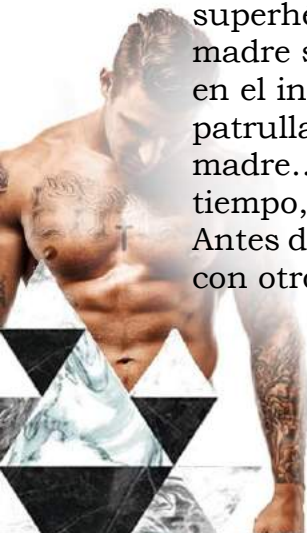
—Si quieres que te golpeen el culo frente a una maldita iglesia a plena luz del día, entonces sigue hablando, viejo.

El calor enrojeció su rostro, convirtiéndolo en un alarmante tono rojo. Las venas de sus sienes se hincharon. Sus pupilas se agrandaron. Señales de advertencia clásicas de que Seamus estaba a punto de estallar. Me reí en su rostro. Su mandíbula se apretó y su pecho se agitó. Si fuera un personaje de dibujos animados, saldría vapor de sus oídos. No había nada que pudiera hacerme, y él lo sabía. Cuán frustrante para él que no me tuviera agarrado ahora. Cuando tenía dieciséis años, comencé a contraatacar. Cuando tenía dieciocho años, tenía una buena oportunidad de ganar. Ya no había nada con lo que pudiera amenazarme o sostener sobre mi cabeza. Excepto una cosa.

—Si alguien es responsable de la adicción a las drogas de tu hermano, eres tú —dijo—. Lo sacaste de mi casa cuando todavía estaba en la secundaria. Nunca consumió drogas bajo mi techo. Eso es todo sobre ti. Tenías *un trabajo*... cuidarlo. Pero lo jodiste.

Mis manos se cerraron en puños. Sus ojos me desafiaron. *Adelante, hazlo*, decían.

No me rebajaría a su nivel. Me alejé y me subí a mi Jeep. Alejándome de la acera, subí el volumen de mi música, tratando de ahogar mis pensamientos. Hubo un tiempo en que había amado a ese hombre. Lo sostuve como un superhéroe, salvando vidas y rodeando a los “chicos malos”. Antes de que mi madre se fuera, tuve recuerdos borrosos de verlo afeitarse mientras me sentaba en el inodoro con el asiento hacia abajo, escuchando sus historias de vida en la patrulla. Había estado orgulloso de llamarlo mi padre en aquel entonces. Y mi madre... recordé haber pensado que era la mujer más bella del mundo. Por un tiempo, habíamos sido una familia. Antes de que comenzaran los argumentos. Antes de que Seamus comenzara a darle a la botella. Antes de atrapar a mi madre con otro hombre.



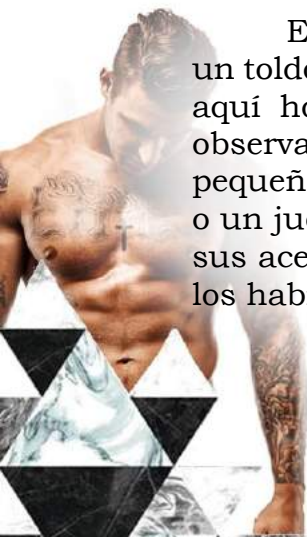
—Este será nuestro pequeño secreto —dijo ella, con un tono suplicante en su voz que me llevó a mantener la boca cerrada, el primero de muchos pequeños secretos que había guardado.

Después de que nos dejó, todo se vino abajo. Aprendí a medir el estado de ánimo de mi padre, leía su lenguaje corporal cuando entraba por la puerta principal. Sabía cuándo había tenido un mal día y le daría a la botella, y sabía cuándo su humor se pondría feo. Había estado en alerta constante, relajándome solo cuando veía que no estaba alcanzando el whisky. No bebía todas las noches. A veces pasaba meses sin tocar una gota de licor, el signo de un verdadero alcohólico que no podía dejar de beber cuando había tenido suficiente, y me permitía arrullarme en una falsa sensación de seguridad.

La primera vez que me puso una mano encima, tenía ocho años. Connor y yo habíamos estado jugando con figuras de acción en el piso de la sala. Seamus, en el sofá, bebiendo Jack Daniels y viendo las noticias. Sin apartar la vista del televisor, nos dijo que subiéramos las escaleras y nos laváramos los dientes. Seguimos jugando. Luego lo dijo de nuevo, con una voz que no reconocí. Baja y acerada, más aterradora que si hubiera gritado. Connor había saltado y corrió escaleras arriba. Siempre había sido más listo que yo. Incluso con cuatro y medio, había reconocido las señales de peligro antes que yo.

Seamus me puso de pie y me dio un revés. La pura fuerza me había enviado volando a través de la habitación. La mesa de café amortiguó mi caída, mi cabeza golpeando con un *thunk*. Había sucedido tan rápido que estaba demasiado aturdido para reaccionar. Náuseas y mareos, me había tropezado escaleras arriba y vomité las tripas. Al día siguiente, había sido como si nada hubiera pasado. Pasaron meses antes de que volviera a suceder, y para entonces, lo había olvidado. La próxima vez había sido peor. Había oído crujir los huesos cuando su puño había conectado con mis costillas. Después de eso, había sucedido más regularmente. Solía decirle a Connor que se escondiera en el armario hasta que terminara. Cuando Seamus había terminado de desahogar su ira, había estado roto y sangrando en el piso de la cocina. Con la costa despejada, Connor se arrastraría escaleras abajo para ayudarme a limpiar. Se había vuelto bueno atendiendo mis heridas, pegando mis costillas y reparando mis moretones. Y ambos nos hicimos buenos para esconder nuestros pequeños y sucios secretos.

Estacioné calle abajo del edificio de apartamentos anterior a la guerra con un toldo verde frente a Prospect Park. No estaba seguro de lo que me había traído aquí hoy. Claramente, era masoquista. Observé el parabrisas, esperando y observando como un raro acosador. Parejas pasearon y familias con niños pequeños en bicicleta y scooters se dirigieron al parque para un picnic dominical o un juego de Frisbee. Park Slope era muy civilizado, con sus calles arboladas y sus aceras limpias frente a los adoquines renovados, el lugar perfecto para que los habitantes de la ciudad críaran una familia.



Bajé mi visor para protegerme de la luz del sol. El sudor goteaba entre mis omóplatos, el calor sofocante. Si no salía pronto, le pediría al portero que la llamara desde el escritorio. Sí, como si ella aceptara verme. Ella ya podría estar fuera. Esto era un desastre, pero, aun así, esperé, mis dedos tamborileando en el volante.

Veinte minutos después, mi paciencia fue recompensada. Me senté en mi asiento mientras ella salía del edificio, empujando un autocito. Cabello oscuro, pómulos altos y curvas en todos los lugares correctos, con shorts y una camiseta sin mangas. El alivio se apoderó de mí. Ella se parecía a su antiguo yo. Todavía la imaginaba en el funeral, embarazada de seis meses y afligida, su rostro pálido como un fantasma.

Ni siquiera sabía el nombre del bebé. Ahora debe tener nueve meses.

A la mierda Necesitaba verla. Necesitaba ver al bebé de Johnny. Salí de mi Jeep y la seguí hasta el semáforo. Las luces se pusieron rojas y cruzó en el cruce de peatones, conmigo siguiéndola diez pasos detrás. Cuando llegó al otro lado, la llamé por su nombre. Se congeló en seco y se giró lentamente. No podía ver sus ojos detrás de sus gafas de sol, pero su boca estaba presionada en una línea plana.

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó.

Eché un vistazo al niño pequeño de Johnny. Se parecía tanto a Johnny que me quedé sin aliento. El mismo cabello negro rizado, piel moca y pestañas largas y negras. Ojos grandes y oscuros estudiaron mi rostro, un pastel de arroz agarrado en su pequeña mano. Era tan hermoso. Tan puro e inocente. El vicio en mi corazón se apretó y se retorció. *Lo siento, Johnny*. Joder, estaba tan emocionado de convertirse en padre.

Tragué fuerte, tratando de encontrar mi voz. —¿Cuál es su nombre?

—León.

Leo Ramírez.

—Luce como un Leo. Gran nombre. —Me agaché frente a él—. Hola, Leo. —Agitó el gomoso pastel de arroz en el aire a modo de saludo. Alcancé su mano y agarró mi dedo índice, apretó fuertemente, sus ojos marrones revolotearon sobre mi rostro—. Eres fuerte. Al igual que tu... —*Papi*.

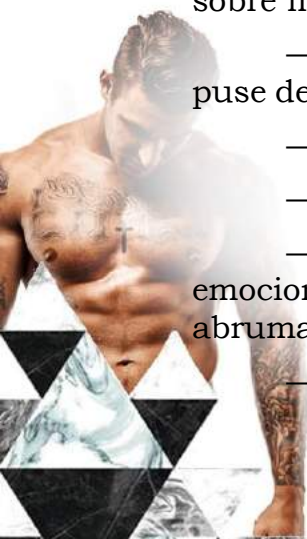
—Killian —dijo Anna bruscamente, atrayendo mi atención hacia ella. Me puse de pie, y apretó las manijas de la carriola, sus nudillos se pusieron blancos.

—Fue un accidente. Si pudiera volver y cambiar...

—No puedes. La vida no funciona de esa manera.

—Sé eso. —Luché por mantener mi voz uniforme y bloquear todas las emociones que se arremolinaban dentro de mí. Enfado. Dolor. Una tristeza abrumadora ante la jodida injusticia de todo.

—Tenías tantas ganas de ganar que hubieras hecho lo que fuera necesario.



La miré fijamente. ¿Pensaba que ganar era más importante para mí que la vida de Johnny?

—Johnny era mi amigo. Lo que pasó esa noche...

—Lo que pasó esa noche fue que lo golpeaste tan fuerte que empujaste su cerebro. —Miró mis manos. Instintivamente, las flexioné—. Era mi esposo. El padre de mi hijo... y por tu culpa, está muerto.

Por tu culpa, está muerto.

—Lo siento. —¿Qué más podría decir?— Lo siento mucho. —¿No podía ver la culpa y la pena y el arrepentimiento en mi rostro? ¿Oírlo en mi voz?

—Le rogué que no peleara contigo. Tenía un mal presentimiento al respecto. Sabías cómo destruirlo.

Miré a Leo, tratando de bloquear sus palabras. Estaba retorciéndose en su asiento, luchando por liberarse de los cinturones de seguridad. Estuve tentado de cumplir su deseo, levantarlo y sostenerlo en mis brazos. Solo un minuto de su dulzura y luz para ahuyentar la oscuridad en mi alma.

—No estaba dispuesto a destruirlo. Nunca quise pelear con él. Traté de disuadirlo de eso.

Soltó una risa áspera como si no me creyera, pero era verdad y Johnny lo sabía. Tal vez nunca se lo había dicho. ¿Qué importaba, de todos modos?

—No puedo darte lo que quieres. Quizás Johnny te hubiera perdonado. Pero yo no puedo. Yo solo... lo siento... no puedo hacerlo. —Desvió la mirada, su voz tan tranquila que casi no escuché las palabras—. Mantente alejado de mí. Duele demasiado ver tu rostro.

Cerré mis ojos. Cuando los abrí, ella se alejaba, apurada por poner la mayor distancia posible entre nosotros. La dejé ir. ¿Qué más podría decir? Su pérdida fue tan grande que necesitaba aferrarse a su ira. Cuando se trataba de Johnny, Anna lo había protegido ferozmente, pero se enfrentaba a él cuando actuaba como un imbécil. Él me había dicho que ella lo había hecho un hombre mejor. Tenían el tipo de amor que todos envidiaban y pocas personas encontraban. Pero ahora todo lo que ella tenía eran sus recuerdos, una cama vacía y un hijo que nunca conocería a su padre. Perdonar era demasiado pedir. Ser parte de la vida de este pequeño niño, un pedazo de Johnny que todavía vivía, ahora también estaba fuera de discusión.

Si alguien matara a la persona que amaba, ¿encontraría alguna manera de perdonarlo?



13

Killian

E den se dio la vuelta y chocó de lleno contra mí, con dos botellas en las manos.

—Ya te lo he dicho... mira por dónde vas, diablos —dije, entre dientes—. Sigues cometiendo errores de novata.

Me dirigió una mirada dura.

—Iba a disculparme, pero, si vas a comportarte como un imbécil...

—Soy un imbécil. Ya deberías saberlo. —Había estado comportándome como un idiota desde que había entrado por la puerta principal esta noche, como si la creyera responsable de que mi vida fuera una mierda. Si me detenía a analizarlo, lo cual no haría, comprendería la razón por la que lo hacía. Me hacía querer algo que no merecía.

—Supongo que aprendo lento. Gracias por aclarármelo, *Príncipe Encantador*.

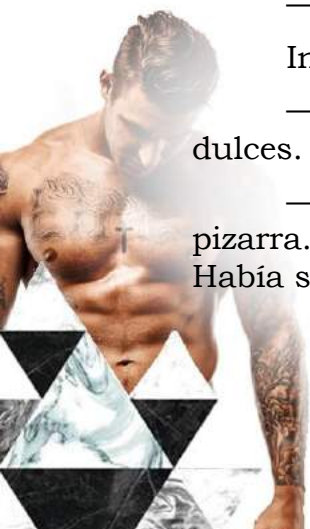
Chirrié los dientes. Ojalá hubiera tomado la precaución de trabajar fuera del bar, en vez de estar atrapado dentro, a solas con ella, la chica que protagonizaba todas mis fantasías nocturnas. Cuando estaba solo, con tan solo mi mano y visiones de su cuerpo.

—¿Qué van a ordenar? —pregunté, deteniéndome frente a dos chicas rubias.

—¿Estás tú en el menú? —preguntó una de las chicas, con acento sureño. Incluso su acento me molestaba. La observé con dureza. Se tensó.

—¿Tragos? —pregunté, con brusquedad. No tenía paciencia para chicas dulces. O para nadie. Esta noche, odiaba a todo el mundo.

—Ah, sí, claro. Eh... —Arrugó la nariz mientras leía los especiales en la pizarra. Luego consultó con su amiga, y comenzaron a conversar sobre eso. Había sobrepasado mi límite.



Me di la vuelta para irme. Me tomó del brazo. Le dirigí una mirada que la hizo soltarme. *Lee los carteles de advertencia, cariño. Zona de Peligro. Mantente alejada.*

—Espera. Sabemos lo que queremos. —Miró a su amiga, esperando su respuesta.

—Dos mojitos.

Las miré más de cerca. Incluso con poca luz, podía ver la gruesa capa de maquillaje en sus rostros. Eran jóvenes, e intentaban parecer mayores.

—Necesito ver su identificación.

—Tenemos veintidós. Bueno, ella tiene veintiuno, pero casi...

Estiré la mano y moví los dedos en su dirección para que me entregaran sus identificaciones. Sacaron sus licencias de conducir de sus billeteras, y verifiqué cuáles eran sus días de nacimiento. Veintidós y veintiuno. De Georgia.

Apoyé dos vasos sobre la barra y comencé a golpear las hojas de menta. Para cuando hube terminado, parecía como si alguien hubiera masticado y luego escupido la menta dentro del vaso.

Serví sus bebidas a las bellezas sureñas y una de ellas me entregó una tarjeta.

—Solo estamos de visita. Es nuestra primera vez en Nueva York.

¿Por qué seguía hablándome? ¿No había demostrado ya mi actitud que no estaba de humor para conversaciones casuales?

—Oímos que Williamsburg es un buen lugar para salir de fiesta. ¿Adónde vas tú? Quiero decir... ¿después del trabajo? —Retorcí un mechón de cabello alrededor de su dedo y se relamió los labios. Abrí la boca para decir algo que la hiciera callar por el resto de la noche.

—Sí, Killian —dijo Eden, acercándose hasta estar a mi lado. Su aroma, como la luz del sol, me invadió. Me hizo sentir mareado. Algunos mechones de cabello escapaban de su coleta, y tenía el cuello expuesto. Quería subir besos por su garganta y hundir los dientes en la suave carne del lóbulo de su oreja. Soltar su ondulado cabello del elástico que lo sostenía y agarrarlo con la mano. Hundir mi rostro en él e inhalar su aroma. *Joder*—. ¿Adónde vas después del trabajo? Apuesto a que sabes dónde están todas las buenas fiestas, ¿cierto?

Le dediqué una sonrisa tensa.

—¿Por qué no le cuentas a las señoritas qué haces para divertirte en Williamsburg?

Me dirigió una sonrisa falsa.

—Claro. Conozco todos los puntos de interés.

Alcé las cejas. —¿En serio?

Asintió y pasó rozándome a mi lado, parándose frente a las chicas. Cinco minutos después, aún hablaban y reían. Las ignoré e hice el esfuerzo de no observar el trasero de Eden en aquella pequeña y ajustada falda. O toda la piel bronceada que tenía a la vista. ¿Era toda su piel de aquel color dorado o tenía marcas de bronceado? Ava, con su infinita sabiduría, había pedido camisetas sin mangas para Eden en vez de las típicas con mangas. Cuanta más piel expuesta, mejores eran las propinas. Tal vez debería deshacerme de este mal humor con un poco de sexo. Inclinar su cuerpo sobre el escritorio y tomarla por detrás... Dios, tenía que mantenerme lejos de ella. Necesitaba a alguien que no estuviera tan hecho un desastre. Eden no era el tipo de chica con la que follabas para luego dejarla en el medio de la noche. Y no era, definitivamente, la alfombra en la que el Príncipe Encantador se limpiaba las suelas. Me había demostrado, más de una vez, que podía cuidarse sola.

Durante el resto de la noche continué siendo tan carismático como siempre. Ella alternó entre ignorarme y llamarme la atención por mi actitud grosera. Si alguna vez había pensado en volverse cercana a mí, estaba decidido a arruinar todos esos planes.

—Volveré a casa con Zeke —anunció Eden una vez hubieron terminado de contar sus propinas sobre la barra, ambos riendo y hablando sobre Dios sabe qué. Incluso desde la oficina, pude oír sus voces y sus carcajadas.

Mi mirada se dirigió rápidamente hacia la puerta.

—Volverás a casa con Zeke —repetí.

Asintió.

—Vamos a comer algo. Nos vemos luego, chicos. —Se despidió de Louis y de mí con la mano y se alejó.

Él alzó las cejas

—¿Qué hiciste para hacerla enojar, Romeo?

Ignoré a Louis y seguí a Eden por el pasillo.

—¿Adónde vas?

Se frenó y se dio la vuelta para encararme. Crucé los brazos sobre mi pecho. Se acercó algunos pasos y plantó las manos en sus caderas.

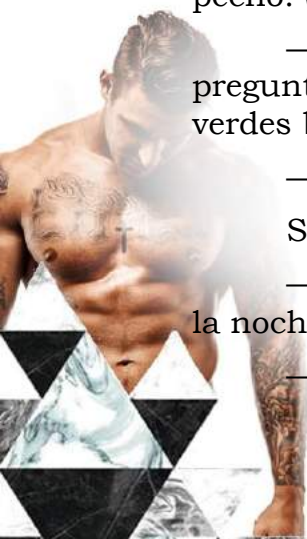
—Si vas a actuar así después de dejarme dibujar tu rostro, lo siento por preguntar. —Era hermosa cuando se enojaba, sonrojada y con aquellos ojos verdes brillando del calor.

—¿Crees que todo se trata de ti, princesa?

Sus ojos ardían.

—No sé qué pensar. ¿Cómo podría saberlo? No dices nada. Te pasaste toda la noche comportándote como...

—Un imbécil. Ya me dijiste eso. Unas cuantas veces.



—Digo lo que veo. —Inclinó la cabeza, intentando comprender mi actitud—. ¿Por qué te estás comportando así?

—Envíame un mensaje cuando llegues a casa.

Soltó un suspiro exasperado.

—¿Por qué?

—Para saber que llegaste sana y salva. —¿Cuán complicado era entender eso?

Eden puso los ojos en blanco.

—Puedo cuidarme sola y, si vuelves a llamarme princesa, voy a...

Apoyé un hombro contra la pared y le dirigí una sonrisa desgana, diseñada especialmente para hacerla enojar.

—¿Qué harás? —Eché una mirada a sus manos, cerradas en puños, y reí—. ¿Darme un puñetazo?

Con su pecho agitándose con fuerza, se alejó enojada.

—No olvides enviarme un mensaje —le grité. Alzó su dedo medio en el aire mientras giraba en la esquina. Solté una risa silenciosa. Me encantaba cuando se ponía en modo luchadora. ¿Cómo podría *no* parecerme irresistible?

Tomé mi móvil y le envié un mensaje a Zeke. **Asegúrate de que llegue a salvo a casa. Y recuerda lo que te dije.**

Amigos. Sin beneficios. Lo entiendo, respondió.

Cinco minutos más tarde, me envió otro mensaje. **No está muy impresionada contigo ahora mismo. Si estás guardándola para ti, estás haciendo un trabajo horrible.**

No me molesté en contestar.



Removí el líquido ambarino dentro de mi vaso antes de vaciarlo de un trago.

La quemazón golpeó mi garganta y la calidez residual se acumuló en mi estómago, las llamas recorriendo todo mi cuerpo. Apoyé el vaso vacío sobre la mesa de café. Al contrario de Seamus, sabía cómo controlar mi consumo de whisky. En la televisión se veía aquella escena del tiroteo en la taberna del sótano. Ya había visto *Bastardos Sin Gloria*, así que faltaba el elemento sorpresa. Era simplemente ruido de fondo; algo que me hiciera compañía y me ayudara a pasar el tiempo.

Volví a mirar mi teléfono. Eran las tres de la madrugada, y aún no había tenido noticias de Eden. Al diablo.

¿Ya estás en casa? envié.

Segundos después, mi teléfono vibró con la llegada de un mensaje. Sí.

Te dije que me enviaras un mensaje.

Y yo te dije que podía cuidarme sola.

¿Cómo regresaste a tu casa?

Mis pies se ocuparon de llevarme.

¿Caminaste hasta allí? ¿A las tres de la madrugada?

Observé el móvil y esperé una respuesta. Ninguna llegó.

Maldito Zeke. Deslicé un dedo por la pantalla y lo llamé. Cuando respondió, oí música de fondo. Algo animado y ruidoso. Música de fiesta.

—¿Qué tal?

—¿Dejaste que Eden regresara a casa sola?

—No. La acompañé.

Exhalé.

—Ugh. Me quemé la lengua. —Escuché decir a Eden.

—Tienes que esperar a que se enfríe el queso —dijo Zeke.

Eden rio.

—Ya lo sé. Siempre hago lo mismo. ¿Cuándo aprenderé?

¿Qué diablos? ¿Estaban cocinando? ¿Se encontraba en su apartamento? Zeke había conseguido que pusiera música de fiesta, y yo una canción triste de *The Fray* que me recordaba a Connor. La canción que sonaba cuando me fui había sido la cereza de un postre de mierda. Si no supiera que no era el caso, pensaría que había elegido aquella música especialmente para golpearme donde más me dolía.

—Dile a Killian que la parte más peligrosa de mi noche fue este sándwich de queso fundido —dijo Eden. Y luego su voz sonó al otro lado de la línea—. ¿Killian?

—Sí.

—Llegué sana a casa. Nos vemos mañana en el trabajo. Ah... y le dije a Louis que quería trabajar afuera con Brody.

Colgó sin decir adiós. Misión cumplida. Era mejor así. Mantener mi distancia respecto a ella era lo correcto. Apoyé la cabeza contra el cojín del sofá y cerré los ojos. Imaginé su rostro. Su sonrisa. Podía oír su risa. Intenté imaginar cómo sería despertar a su lado cada mañana. Hacer las cosas simples y diarias

que hacían todas las parejas. Salir a tomar café. A cenar. A ver una película. Pensé en ella en una playa en Montauk, con la brisa alzándole el cabello, sus ojos verdes translúcidos a la luz del sol. Mis manos masajeando su piel mientras le ponía loción en el cuerpo. Pensé en todas las pequeñas cosas que nunca me había permitido querer. Alguien que me conociera, con todos mis defectos y debilidades, y me amara a pesar de ello.

Y luego recordé quién era. Un hombre que había matado a su amigo. Que le había fallado a su hermano. Que no tenía idea de cómo reparar todo aquello. No tenía ni idea de lo que era una relación sana. ¿Por qué pensaba en la posibilidad de una relación con alguien como ella? No pertenecía a mi mundo. No necesitaba un tipo que estuviera dando vueltas alrededor de cúmulos de mierda.

Necesitaba mantener a Eden fuera de mi cabeza, de mi cama y de mi caótica vida.

Durante la semana siguiente, tuve éxito haciendo precisamente eso. En el trabajo, la trataba como a una empleada y nada más. Cuando regresábamos a casa, no me preguntaba lo que estaba pensando o me cuestionaba cosas de las que no quería hablar. La trataba con cortesía. Era distante. Educado. No le daba razón alguna para llamarme un imbécil, y ella no tenía causa alguna para echarme en cara mi actitud o decirme que era un hombre de las cavernas. Hasta la noche del viernes, cuando decidió que había tenido suficiente.

—Odio esto a lo que estamos jugando —dijo, mientras yo servía ginebra de la botella en mi mano izquierda y vodka de la botella en la derecha. Sacó cuatro botellas de cerveza del refrigerador y les quitó las tapas. Serví agua tónica en tres de las bebidas, y abrí el cartón de jugo de arándanos para la cuarta. Después de servir los tragos, recogí el dinero y esperé a que Eden terminara de usar la caja registradora. Normalmente era rápida. Esta noche se tomó su tiempo. Considerando la cantidad de gente que había en el bar, necesitaba apresurarse.

Golpeteé mis dedos contra el mostrador.

—Cuando quieras.

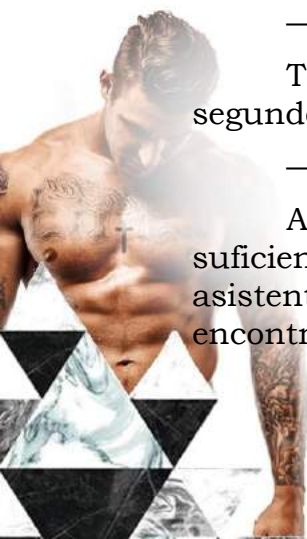
El cajón se abrió y Eden contó el cambio a cámara lenta antes de cerrarla y hacerse a un lado.

—¿Por qué actúas como si no nos conociéramos?

Tecleé la orden en la pantalla táctil y conté el cambio. Me tomó dos segundos, como mucho.

—¿Por qué no estás atendiendo clientes? —pregunté, pasando a su lado.

Algunos minutos después volvió a estar en mi espacio. La barra era lo suficientemente larga, brindando suficiente lugar para mí, ella, Louis, y nuestra asistente, Manny, que era tan callada y eficiente que a veces olvidaba que se encontraba allí.



Eden apoyó los vasos con fuerza sobre la barra y les echó hielo, con su usual sonrisa desaparecida. Yo, en cambio, había sido amable toda la noche. La observé mientras atendía a los clientes. Sin sonreír. Sin hacerles caso cuando intentaban conversar con ella. Sin mover las caderas al ritmo de la música. En otras palabras, no parecía feliz. No debería importarme una mierda. Lamentablemente, me importaba bastante.

Durante el resto de la noche, su mal humor no mejoró, y me sentía el único culpable por ello.

Cuando salimos del bar, caminó a mi lado en silencio. Se subió a mi Jeep y cerró la puerta silenciosamente, con la vista fija delante de sí, las manos sobre su regazo. Conduje en silencio, mi música sonando más fuerte de lo normal. Ninguno de los dos dijo una sola palabra hasta que estacioné el auto frente a su edificio.

—Esa pintura en mi caballete... eras tú.

¿Yo? Pasé una mano por mi cabello, sin estar seguro de qué responder. Cuando había visto aquella pintura, la había estudiado, intentando averiguar qué me afectaba tanto. Era simplemente pintura sobre un lienzo. Y abstracto, nada menos. Me había tomado por sorpresa que hubiera pintado algo tan oscuro y tumultuoso. La única parte que me recordaba a ella era el toque de amarillo. Como el sol intentando abrirse camino entre un cielo lleno nubes de tormenta. Era el tipo de pintura que colgabas en tu pared y veías algo distinto cada vez que la mirabas. Una tormenta en el medio del mar. Fuerzas oscuras luchando contra la luz. Belleza. Destrucción. La naturaleza en su faceta más poderosa. Me pregunté, en aquel momento, ¿qué lado ganaría la batalla? ¿La luz? ¿O la oscuridad?

Y ahora decía que era yo en la pintura. Sí, no tenía nada que decir. Sin embargo, no esperaba una respuesta. Salió del Jeep y cerró la puerta detrás de sí. La observé mientras metía la llave en la cerradura y solo me alejé cuando estuvo segura en el interior.

Estaba equivocada. No era yo en la pintura. Éramos nosotros.



14

Eden

—¿O

tra ronda? —preguntó el camarero.

—Sí, por favor —dijo Hailey, abanicándose—. Hace demasiado calor, y estamos sedientas.

Después de que el camarero retirara nuestros vasos vacíos, tomé un nacho con queso, cubierto con salsa y guacamole, y me lo llevé a la boca.

—Es como si estuviéramos en México —dije, aunque cuando dirigí la vista hacia el cielo de Midtown Manhattan, no se parecía a México en lo más mínimo. Los rayos de sol resplandecían sobre el río Este, con un barco de trasbordo haciendo que el agua se agitara y la cubierta llena de pasajeros. *The Rooftop* era un bar moderno, localizado sobre un hotel, y el lugar en el que había sido rechazada cuando conocí a Hailey. Era un buen bar, la música era tranquila, y habíamos conseguido una mesa en el exterior. ¿Qué más podría pedir para una tarde de sábado?

—Arriba —dijo Hailey, tomando un nacho.

Deslicé mis lentes sobre mi nariz y alcé la cabeza hacia el sol. Me sentía cálida, cálida por el sol y el alcohol que corría por mis venas. Era algo perfecto para hacer en un día soleado de julio, cuando necesitabas relajarte y olvidar al resto del mundo. Y a Killian, que se preocupaba por mi seguridad, pero le daban igual mis sentimientos. Se había cerrado completamente. ¿Había sido real ese día en la cafetería, o nuestras conversaciones nocturnas mientras volvíamos a casa? Ayer por la noche, después de que me dejara en casa, me dije que aquello era lo mejor e intenté convencerme de que así era.

—Si estuviera con Zeke, podría terminar dándome cuenta de que no es tan genial como creo y la ilusión se arruinaría —dijo Hailey.

Estaba bastante segura de que había dicho algo similar hacía unos cinco minutos. O tal vez hacía una hora. ¿Quién sabe? Había perdido la noción del tiempo en algún momento después de mi primera margarita.

—O tal vez se enamorarán y casarán y vivirán en una casa con una cerca blanca y un montón de hijos.

Arrugó la nariz.

—No me imagino nada peor. —Si me lo ponía a pensar, yo tampoco. ¿Qué era lo que había planeado hacer con Luke? ¿Comprar una casa, tener hijos, comenzar a trabajar de profesora con mi título universitario en Literatura? A pesar de que disfrutaba algunas de mis clases de literatura inglesa, no era mi pasión. Al contrario de lo que le sucedía a mi madre, enseñar Shakespeare y los clásicos no me habría hecho feliz—. Ese no es mi sueño. Un día voy a ser dueña de mi propio restaurante y solo contrataré a mujeres. Las cocinas de los restaurantes están siempre dominadas por hombres. Quiero decir, después de estudiar Gastronomía, lo sabía, pero aún me enfurece cómo van por ahí como si fueran tan superiores a nosotras solo por tener penes. ¿Qué hay de ti?

Tiré del borde de mi minifalda blanca tejida.

—Yo no tengo pene.

Hailey rio. —Eso puedo verlo.

Entrecerré los ojos en su dirección y bajé mis lentes para poder ver mejor los colores.

—Me dijiste que te avisara si tus hombros comenzaban a ponerse rosados. Se están poniendo rosados. —Hice una mueca. Habían pasado la etapa del rosa y se habían puesto directamente rojos.

Deslizó la tira de su camiseta sin mangas para confirmar que estaba mucho más roja que la piel no expuesta al sol.

—Ugh. Nunca me bronceo. Solo se me crean más pecas. —Tomó su loción bronceadora y la extendió sobre sus brazos y hombros.

Cuando el camarero nos sirvió nuestras margaritas, me incliné hacia adelante y tomé un sorbo sin alzar el vaso. Lamí mis labios para quitarme la sal y volví a recostarme contra la silla, suspirando de alegría, como si fuera un gran gato.

—Si pudieras hacer lo que quisieras, y nada te lo impidiera, ¿qué sería? —preguntó Hailey.

Sujeté mi cabello, lo dejé caer sobre un hombro y me hice una trenza suelta para mantenerlo fuera de mi cuello.

—Sería artista. Hay una galería que me gusta visitar, y la operan mujeres. Y todas las exhibiciones son de artistas femeninas. —Aseguré el final de la trenza con la liga para el cabello que llevaba en mi muñeca.

—Tienes que conseguir tu propia exhibición. —Golpeó mi brazo para darle énfasis a sus palabras. Nos habíamos vuelto cercanas a base de margaritas y luz del sol—. ¿No sería genial que todo el mundo fuera a ver tu trabajo?

—Me queda mucho camino que recorrer antes de conseguir una exhibición propia. Hay un montón de artistas brillantes en la ciudad.

—Tú podrías ser una algún día.

Le di vueltas a ello un minuto. El objetivo de venir a Brooklyn era comenzar a cumplir mis sueños. Tenía que comenzar a concentrarme en las cosas que realmente importaban.

Decidida a hacer precisamente eso, tomé mi teléfono y envié un mensaje rápido sin darme la oportunidad de pensarlo demasiado. Todos teníamos que empezar por algo. Una pared era una buena opción. No tenía nada que perder al preguntar. Eché el móvil dentro de mi bolso y engullí mi margarita, satisfecha con las maravillosas decisiones que había tomado hoy. Estaba tomando las riendas de mi vida y haciendo que pasaran cosas. ¿Por qué no podría ser una artista brillante algún día? No había razón alguna por la que limitarme.

—Tienes toda la razón —dije—. Tenemos que ir a por nuestros sueños y no permitir que los hombres se metan en nuestro camino.

—Totalmente. —Hailey alzó su vaso—. Por nuestro futuro. Luce muy bien.

Hicimos chocar nuestros vasos y brindamos por ello. Aunque no era como si necesitáramos algún tipo de incentivo para beber. Hacía calor, y estábamos sedientas.

—Oye. —Hailey me codeó en el brazo y bajó la voz—: Mira los chicos que acaban de salir. Son unos bombones.

Ya se había ido por la borda la idea de mantener a los hombres lejos. Dirigí la vista a las puertas de vidrio que se abrían hacia la terraza. Mis ojos se posaron sobre un chico con unas gafas de sol Ray Ban, que llevaba un polo, unos shorts caqui y zapatos náuticos. Parecía como si acabara de bajarse de un yate o un velero, uno de sus lujosos juguetes, tal vez. La mirada de Adam se posó sobre nosotras, y alejé la mía.

—Están acercándose —dijo Hailey, en un susurro lo bastante alto.

—¿Les molestaría que nos sentáramos con ustedes? —preguntó su amigo, dirigiéndonos una gran sonrisa.

—No, no hay problema —dijo Hailey, correspondiéndole.

Tomaron sillas de otras mesas, y Hailey y yo nos movimos para hacer sitio.

—Soy Ben —dijo el chico rubio—. Y este es Adam.

—Hailey. Y...

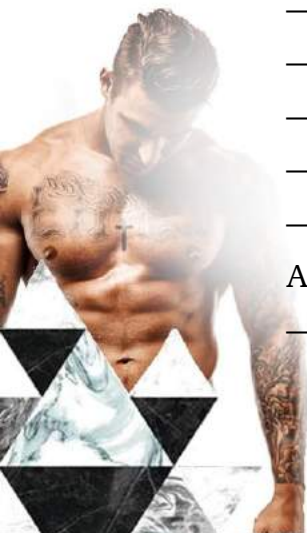
—Eve —dijo Adam, dejando escapar una sonrisa.

—Así que... eres la Eva de este Adán —dijo Ben, con una sonrisita.

—Es Eden —dije.

Adam soltó una risa. —Lo sé.

—¿Se conocen? —preguntó Hailey, sorprendida.



—Eden me hizo compañía una noche, cuando ahogaba mis penas —dijo Adam.

—Estaba trabajando —dije, para eliminar cualquier duda de que hubiera sido algo más—. Adam vino al bar.

Ben llamó al camarero.

—Nosotros invitamos la próxima ronda. Ya que hemos invadido su espacio.

Los chicos pidieron cervezas y nos preguntaron si queríamos otras margaritas.

—Yo beberé una cerveza —dije, pensando que sería más seguro. Hailey también pidió una cerveza. Éramos muy responsables.

—Me emborraché bastante esa noche —dijo Adam, como disculpa, tal vez.

—Si te hace sentir mejor, yo ya he bebido demasiadas margaritas. —Había perdido la cuenta. ¿Había sido ese nuestra tercera bebida?

—Genial. Bueno, dile al doctor Adam... ¿qué va mal en tu vida actualmente? —Apoyó la barbilla sobre la mano y fingió una expresión seria, como si estuviera planeando enterarse de cuál era mi problema y arreglarlo.

—Nada en absoluto. Mi vida es perfecta. Estoy viajando ligero. Sin equipaje. —Vaya. Sonaba convincente. Casi me lo creí. Pero, realmente, ¿qué iba mal en mi vida ahora mismo? Me había pasado un poco con las margaritas y borracha de la vida, observando la carretera que dirigía a mi brillante futuro. No permitiría que ningún hombre se metiera en medio... no un hombre que se pareciera a Luke, y especialmente no un hombre que pudiera incendiar todo un bosque con tan solo mirarme.

—Diablos. Eso no es divertido —dijo Adam, reclinándose sobre su silla y estirando sus piernas—. Suena a que necesitamos un par de rondas de chupitos.

—Chupitos —dijo Ben—. Eso es exactamente lo que necesitamos.

Hailey alzó un puño en el aire.

—Sí, exacto.

—Mira lo que has hecho ahora —le dije a Adam.

—Ups. —Sonrió, sin estar arrepentido en lo más mínimo, y luego su sonrisa desapareció—. Es posible que no te haya dado la mejor impresión la noche en que nos conocimos. ¿Me darías otra oportunidad?

—Yo...

Alzó una mano.

—Sin presión. Solo me gustaría conocerte mejor. —Se acercó hacia mí y me susurró al oído—: Eres incluso más hermosa a la luz del día.

—Gracias.

—En caso de que no lo hayas notado, me gustas. Pero es un secreto.
Reí. Adam no era tan mal tipo. Tal vez debería darle una oportunidad. Podría ser divertido y simple.
—No se lo diré a nadie.
El hecho de que los chupitos y las cervezas estuvieran sobre la mesa no significaba que me viera obligada a beberlos.
—¿Te unes? —preguntó Adam, alzando su shot de tequila.
—Solo beberé uno. —Lamí la sal del costado de mi mano, tragué la bebida y me llevé la rodaja de limón a la boca. Guau. Eso sí que era tequila.



—Eve. Eve. Evie, cariño. —Adam abrió los brazos, como si debiera echarme a ellos. Me esperó a la salida del baño, y mientras me encontraba dentro había decidido que la diversión había desaparecido de mi cuerpo. Estaba lista para irme. Necesitaba salir y avisarle a Hailey, pero Adam bloqueaba mi paso.

—Tengo que irme a casa. No me siento bien. —Hice el esfuerzo consciente de mantener mis palabras claras. Mi cabeza daba vueltas, y el interior del bar de *The Rooftop* era todo sombras y extrañas luces azules que me desorientaban. Debería haber vuelto a casa antes y dormir hasta que se me pasara. Adam había sido divertido y amable, hasta que había dejado de ser las dos. Era como si hubiera apretado un interruptor, volviéndose agresivo y engreído, y había sido grosero con nuestro camarero.

—Vayamos a mi casa. —Adam tomó mi mano y me llevó hacia un rincón silencioso—. Haré que lo pases bien.

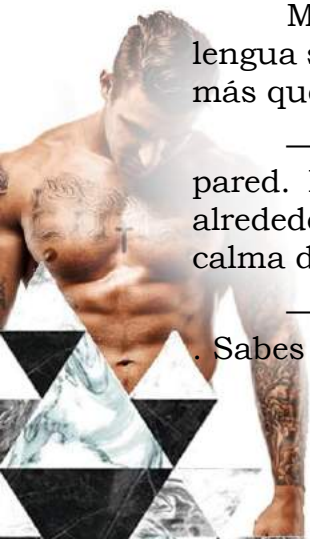
Negué con la cabeza.

—No, solo necesito...

Me acercó a él y sus labios colisionaron con los míos forzosamente. Su lengua se abrió paso al interior de mi boca y su mano recorrió mi cuerpo. Estaba más que borracha, pero sabía con total claridad que no quería aquello.

—Aléjate de mí. —Lo empujé. Me tomó de los brazos y me apoyó contra la pared. Nadie miró siquiera en nuestra dirección. La multitud se congregaba alrededor de la barra, gritando sobre la música ensordecedora. La sensación de calma de antes había desaparecido.

—Estoy listo para divertirme contigo —dijo, frotándose contra mi cuerpo—. Sabes que quieres hacerlo.



—No. No quiero.

Sus labios volvieron a chocar con los míos, y su mano se coló bajo mi camiseta. Apoyando las manos sobre sus hombros, apunté mi rodilla hacia sus bolas, pero me bloqueó con una mano. Lo pisé, pero mis sandalias bajas no le causaron demasiado daño.

—¿Quieres jugar, Evie, cariño? —Presionó su cuerpo contra el mío.

—Aléjate. De. Mí —dije entre dientes. Lo empujé, y Adam salió disparado hacia atrás con más fuerza de la que esperaba. Mi visión se aclaró, y vi la razón. Incluso a través de la neblina causada por mi ebriedad, pude ver que Killian estaba furioso, su rostro tenso e inflexible y terrorífico mientras sostenía a Adam por el cuello en una llave.

—¿Qué diablos, hombre? —gruñó Adam—. Quítame las manos de encima.

Me apoyé contra la pared para mantenerme de pie, con la boca muy abierta. Killian hizo que Adam se diera la vuelta y lo empujó contra la pared, sosteniéndolo en el lugar. Me moví de allí, poniéndome de pie a un lado de Killian.

—Dijo que no. ¿Eres sordo, o solo estúpido? —dijo Killian, con su rostro muy cerca del de Adam—. Te dije que mantuvieras las manos lejos de ella. —Su voz era baja, pero oí la dureza corriendo bajo la superficie.

—Quítame las malditas manos de encima —dijo Adam, empujando a Killian, quien no se movió un centímetro.

Adam me miró con los ojos entrecerrados.

—Creía que habías dicho que no era tu novio.

—Solo quiero irme a casa —dije, cansada, derrotada, y a punto de llorar. Tomé a Killian por el brazo—. Killian. Déjalo. No vale la pena.

Me miró, y luego a Adam.

—No se te ocurra volver a tocarla. Si te veo cerca de ella, o del bar, no volverás a librarte de mí tan fácil.

—Vete. A. La. Mierda —dijo Adam. Killian le propinó un empujón y luego me tomó de la mano.

—Te llevaré a casa —dijo.

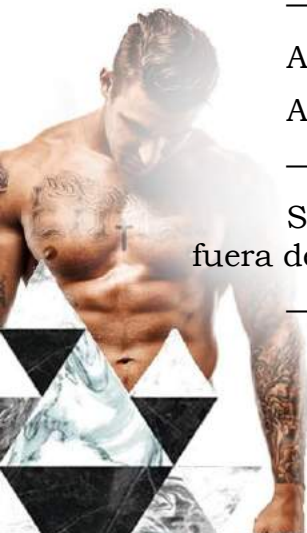
Asentí. Eso era lo único que quería.

Adam soltó una risa áspera.

—¿Vas a dejar que él te lleve a casa?

Su comentario pasó desapercibido porque Killian me estaba arrastrando fuera del bar.

—Espera. Hailey. Tengo que...



No se frenó ni aminoró el paso, simplemente siguió caminando conmigo detrás de él. La gente se apartó de su camino para dejarlo pasar. Era como si el Mar Rojo estuviera abriéndose para permitirle el paso. Era eso, o les pasaría por encima. Cuando llegamos al elevador, Killian apretó el botón con fuerza.

—Necesito volver por Hailey. No puedo dejarla.

—Quédate aquí —dijo Killian, sin soltar mi mano. Tomó el móvil de mi bolso, introdujo mi contraseña, y se deslizó por mis contactos hasta encontrar el de Hailey. Sostuvo el móvil contra su oreja y aguardó a que respondiera—. Soy Killian. Llevaré a Eden a casa. ¿Necesitas que te lleve? —Esperó una respuesta—. Encuéntrate con nosotros en el piso de abajo. —Cortó la llamada y echó el móvil dentro de mi bolso, volviendo a pulsar con fuerza el botón. Killian golpeó la puerta del elevador con la palma de su mano, frustrado cuando no se abrió ante su pedido.

—¿Cómo sabías mi contraseña?

—Tu cumpleaños.

—Pero nunca te dije...

—¿Estás lo suficientemente bien para ir por las escaleras? —Sin darme tiempo a responder, se dirigió hacia el cartel de *Salida* sobre las escaleras, conmigo tras él.

—Eve.

Adam intentó tomarme del brazo, pero Killian me apartó de su camino y me puso detrás de él, manteniéndome en el sitio con un brazo.

—¿Qué acabo de decirte? Mantén las manos lejos de ella.

No podía ver bien porque estaba detrás de Killian, mi espalda contra la puerta que dirigía hacia las escaleras, pero sentí el impacto del cuerpo de Adam, o su puño, o algo, colisionando contra Killian. Todo duró tal vez dos minutos, y Adam no tuvo oportunidad alguna contra Killian, a pesar de que seguía atacándolo, echando puñetazos, y forcejeando con él. Vi a Adam ponerse de pie, limpiándose la sangre de la boca con el dorso de la mano, sus ojos fijos en Killian mientras avanzaban hacia él.

Sin pensarlo, salté frente a Killian y todo se volvió negro.



15

Eden

Killian me sostenía entre sus brazos, acariciando mi cabello, su tacto tan dulce que creí estar imaginándolo.

Presionó su frente contra la mía.

—¿Por qué hiciste eso, nena?

¿Acaba de llamarme nena? ¿Estaba sentado en el suelo? ¿Con su frente sobre la mía? Mm, olía bien.

—No quería que te lastimara —murmuré.

Se alejó y observó mi rostro.

—Puedo soportar un puñetazo. Tú no.

¿Me dieron un puñetazo? Froté mi cabeza y sentí un bulto bajo mis dedos.

—Me duele la cabeza.

—Lo siento. —Su voz se quebró al pronunciar la última palabra, y me sostuvo con más fuerza—. Lo siento tanto, maldición.

—¿Pero qué...? —Dirigí la vista hacia los dos oficiales de policía que acababan de llegar. Una pequeña multitud se había congregado, y todo el mundo hablaba al mismo tiempo. ¿Por qué se hallaba aquí la policía?

—Killian —dijo uno de los oficiales, como si se conocieran—. ¿Debemos llamar a tu padre?

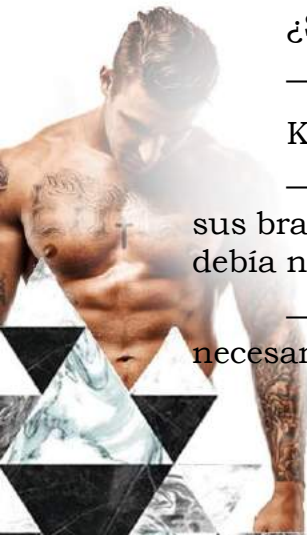
¿Su padre?

—A él no —dije, sin pensarlo.

Killian me dio un apretón.

—Shhh. No pasa nada. —De alguna manera, todavía sosteniéndome entre sus brazos, Killian se puso en pie. No podía siquiera imaginar cuántos músculos debía necesitar para realizar tal maniobra con tanta facilidad.

—No —dijo Killian, sacudiendo su cabeza en dirección al policía—. No será necesario.



—¿Está bien, señorita? —preguntó el otro oficial.

—Estoy bien. —No tenía idea de cómo estaba, además de ebria y confundida y en los brazos de Killian, en los cuales me sentía segura.

—No está bien —dijo Killian—. Necesita un paramédico. Se cayó y se golpeó la cabeza.

—Los paramédicos están de camino —dijo alguien.

—¿Puedes contarme lo que sucedió? —me preguntó el policía—. ¿Cómo te golpeaste la cabeza?

—No lo sé.

—Nos dijeron que hubo una pelea.

Hailey se apresuró a acercarse, poniéndose de pie a un lado del policía.

—Yo lo vi. Killian intentó alejar a Eden, porque el chico... —Hailey señaló a algo o a alguien que no podía ver—. Adam. Atacó a Killian. Y ella saltó delante de él para... no sé qué hacía. Pero ese tipo le habría dado un puñetazo si Killian no la hubiera quitado de en medio. Hemos estado bebiendo, así que se tropezó y cayó —dijo Hailey, como si eso lo explicara todo.

Ay, Dios mío. Era una idiota. Cerré los ojos. Lo único que quería hacer era dormir.

—Tienes que mantenerte despierta, nena. —La voz de Killian llegó a mis oídos desde algún lugar lejano—. Abre los ojos.

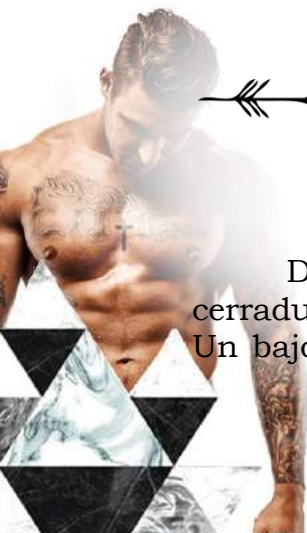
Nena. Ahí otra vez. ¿Estaba soñando?

—Pero estoy cansada —balbuceé—. Muy cansada.

—Lo sé. Pero mantente despierta, por mí. *Por favor* —dijo, con una desesperación en un tono de voz que nunca antes había oído.

—Por ti... —Me obligué a abrir los ojos y me acurruqué contra su pecho. No era un mal lugar en el que estar. Para nada malo—. Me mantendré despierta.

Los paramédicos llegaron y me llevaron al hospital en una ambulancia, a pesar de mis protestas de que me encontraba bien. Porque Killian insistía en que no lo hacía.



Desperté al oír el sonido de una puerta cerrándose y el sonar de las cerraduras, aún mareada, con la boca seca, y un martilleo dentro de la cabeza. Un bajo golpeteo provino de la puerta de mi habitación, seguido de la misma

abriéndose. Killian llevaba una bolsa de papel y dos cafés, uno de ellos helado, con la cantidad exacta de crema que me gustaba.

Alcé la sábana por sobre mi cabeza y oí a Killian reír.

—Sé que estás ahí, Sunshine.

Sunshine. En este momento, me sentía como una nube de tormenta. ¿Qué estaba sucediendo? Sus apelativos cariñosos se repetían en mi mente, junto con otro millón de cosas que prefería no recordar, y algunas que realmente había olvidado. Mi noche aún contaba con lagunas que no podía llenar.

—Estoy muy avergonzada. No puedo salir.

—¿Ni siquiera para beber café? ¿Con dos de azúcar?

Bajé la sábana. Me comportaba como una idiota, lo cual parecía ser normal en mi vida últimamente. Presionó la fría taza contra mi mano.

—Gracias —dije, incapaz de mirarlo a los ojos.

Apoyó la bolsa sobre mi mesita de noche y sacó mis llaves del bolsillo, dejándolas a un lado de la bolsa. Supuse que las había tomado de mi bolso.

—¿Qué hay en la bolsa?

—Tu amigo barista me dijo que te gustaban los rollos de canela. Pero también te compré una ensalada rica en nutrientes.

Opté por el rollo de canela, y pareció decepcionado con mi elección.

—Puedes comer la ensalada después —dijo.

No tenía el suficiente valor para decirle que la ensalada parecía tan apetitosa como una ensalada rica en nutrientes podía parecer. Muchos coles y... ni siquiera podía identificar la mitad de los ingredientes, ni quería hacerlo.

Killian se dirigió hacia mi armario, blanco y minimalista, y observó las fotos enmarcadas en cuadros plateados... Sawyer y yo en Lejeune cuando nos graduamos del campamento de entrenamiento físico, toda mi familia en Stone Harbor, algunas otras de vacaciones familiares sin mamá, y una en la que aparecíamos solo ella y yo. Un cuadro enmarcado que había pintado mi madre, del hoyo al que íbamos a nadar cuando éramos niños, colgaba sobre mi armario. El agua verde y translúcida, más oscura hacia el centro, donde era más hondo, y salpicada por la luz del sol. El camino arbolado que llevaba hacia las rocas desde donde solíamos saltar, tirándonos al agua como bolas de cañón o haciendo volteretas en el aire. De pie allí arriba solía parecer imposiblemente alto. Cuando mis pies se separaban del borde, solía pensar que me alzaría sobre los árboles.

—¿Tuya? —preguntó Killian, refiriéndose a la pintura.

—De mi madre.

Sentada con las piernas cruzadas sobre mi cama, con la espalda contra la cabecera, bebí mi café y comí el rollo de canela. Killian se sentó en el suelo, su

espalda apoyada contra la puerta de mi armario mientras se bebía su café. Los eventos de ayer por la noche desfilaban por mi cabeza mientras comía y bebía. Lamentablemente, nada había sido un sueño. Killian había sido detenido para ser interrogado, así que Hailey había subido a la ambulancia conmigo. Cuando Killian llegó al hospital, envió a Hailey a casa en un taxi. Se había vuelto un poco loco y había persuadido al doctor de que me hiciera todas las pruebas posibles. Habían demostrado que me encontraba bien, y que el golpe en mi cabeza no era una contusión, pero ni siquiera las garantías del doctor de que me encontraba bien tranquilizaron a Killian.

Había estado hecho un desastre, más preocupado de lo que la situación requería. El hecho de que hubiera terminado en el hospital era tan mortificante que aún no le había dicho nada al respecto. Había pasado toda la noche en Urgencias, y su ceño había estado arrugado todo el tiempo a causa de la preocupación. Cuando finalmente me habían dejado ir, me llevó a casa, e insistió en dormir en el sofá en caso de que lo necesitara. No lo necesité. Me dormí en cuanto mi cabeza hizo contacto con la almohada, lo cual insistí que no había podido hacer en el hospital, y ahora se encontraba sentado en mi habitación, que se sentía repentinamente pequeña y muy estrecha.

—¿Cómo está tu cabeza? ¿Te sientes bien? —preguntó, aquella preocupación volviendo a invadir su voz.

—Estoy bien. Excepto por la resaca y la vergüenza. Lo siento. Anoche... todo lo que pasó... fue mi culpa.

—Te empujé. Por eso te lastimaste.

—Para que Adam no me diera un puñetazo. Por eso lo hiciste. Oí cuando Hailey se lo contó a la policía. —Y lo recordaba vagamente.

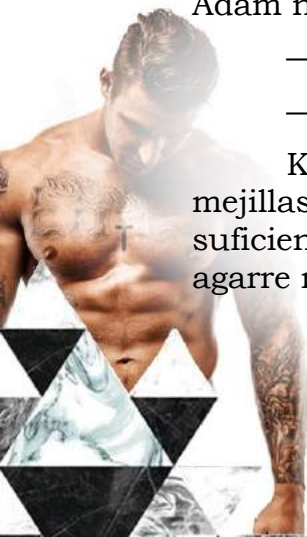
Negó con la cabeza y exhaló, como si no me creyera, y podía ver la culpa escrita en su rostro. La noche anterior Killian había bajado la guardia e incluso mi maltrecha mente había sido capaz de ver sus emociones expuestas.

»No fue tu culpa. Fue la mía por emborracharme. Y fue culpa de Adam por comportarse como un imbécil. Tratabas de ayudarme. Fue él quien te siguió, buscando pelear. Tú solamente intentaste protegerte, a ti y a mí. No querías pelear. —Lo cual era cierto. Killian había intentado alejarse, y lo habría hecho si Adam no lo hubiera atacado.

—Quería matarlo.

—Me alegro de que no lo hicieras. No vale una sentencia de prisión.

Killian alejó el rostro y tensó la mandíbula, con los músculos de sus mejillas contrayéndose. Sostenía el cartón del recipiente de café con fuerza suficiente para que sus nudillos estuvieran blancos, y me sorprendí de que su agarre no rompiera el vaso y lo convirtiera en polvo.



—¿Estaban en una cita? —preguntó, haciendo el esfuerzo consciente de mantener su voz neutral. Si hubiéramos estado hablando por teléfono, lo habría creído, pero podía ver la tensión de su cuerpo.

—No. Adam y su amigo simplemente aparecieron mientras Hailey y yo estábamos allí. Y se sentaron con nosotras.

—Imbécil.

—Lo sé —dije, agradecida de que no me dijera *Te lo dije*. Adam tenía dos caras, y había decidido que ninguna me gustaba.

—¿Sabías que Adam consumió cocaína anoche? —preguntó Killian, estudiando mi rostro.

—No. No tenía idea. —Vaya. Hablando de gente estúpida. Ni siquiera lo había notado. Era probablemente por eso que se había puesto tan agresivo—. ¿Por qué estabas en *The Rooftop*?

—Me llamaste.

No recordaba llamarlo ni hablar con él.

—Ah. ¿Y... hablamos? —Estaba muy borracha. Repudiaba la idea de siquiera pensar en lo que le había dicho. Se frotó la nuca, y mi cuerpo se contrajo. Tal vez debería volver a esconderme bajo las sábanas. Lo que fuera que le hubiera dicho lo había incitado a salir del trabajo e ir a *The Rooftop*. Pero, fuera lo que fuere, no me lo iba a contar. Probé con otra táctica—. ¿Por qué te fuiste del trabajo? —Según Louis y todo el mundo, Killian nunca salía temprano ni se tomaba una noche libre.

Exhaló el aire que contenía dentro de sus mejillas.

—Estaba preocupado por ti. Me preocupo por ti todo el maldito tiempo. — Parecía furioso por verse forzado a admitirlo.

—No quiero que te preocupes por mí.

—La próxima vez que aparezca alguien buscando pelea, mantente lejos, ¿está bien? —dijo, su expresión más dulce de lo que jamás la había visto.

—Intentaba frenarlo.

—¿Cómo? ¿Haciendo que te golpeará? —preguntó con incredulidad.

No había sido una de mis mejores ideas, podía admitir aquello.

—Parecía una buena idea en el momento.

—¿Cuánto tequila habías bebido para creer que eso era una buena idea? Froté mi adolorida cabeza y solté un quejido.

—Demasiado. No volveré a beber jamás.

—Lo que dice todo el mundo.



—Sí. —Lo miré de reojo. Se bebía su café, observándome sobre el borde del vaso. Debería haberme quedado bajo las mantas. No quería imaginarme cómo lucía ahora mismo, después de mi noche de ebrio libertinaje y estupidez. Con una camiseta manchada de pintura y unos shorts de algodón puestos. En un intento por lucir más presentable, recorrí mi enredado cabello con los dedos, pero me rendí. Incluso mi cabello dolía.

—Hablé con tu padre —dijo casualmente, como si fuera totalmente normal.

Mis ojos se abrieron de par en par, y abrí la boca, la resaca olvidada por el momento.

—¿Qué? Nooo. ¿Llamaste a mi padre? Ay, Dios mío. ¿Qué le dijiste?

Killian soltó una risa, lo cual no parecía ser la respuesta apropiada.

—Que te caíste y golpeaste tu cabeza.

—¿Le diste detalles?

—Eso te lo dejaré a ti.

Bueno, eso era algo, al menos.

—¿Por qué lo llamaste?

—Necesitaba la información de tu seguro para hacer el papeleo.

Cerré los ojos. —¿Qué dijo?

—No le sorprendió escuchar que estabas en Urgencias. Aparentemente se pasó toda tu niñez llevándolos a ti y a tu hermano al hospital.

Solté un suspiro sonoro, incapaz de discutir.

—¿Creíste que saltar desde la ventana de un segundo piso hasta un trampolín terminaría bien? —preguntó, sonando divertido.

Mi padre no hablaba mucho. Me sorprendía que le hubiera contado aquella historia a Killian. ¿Se habían vuelto cercanos contándose historias sobre las travesuras y heridas de mi niñez?

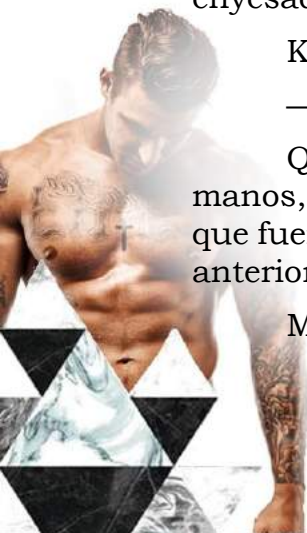
—Lo que no sabe es que logré hacerlo cuando volví a probar. Con mi brazo enyesado.

Killian negó con la cabeza y exhaló.

—Eres un imán de problemas. ¿Qué voy a hacer contigo?

Quería decirle exactamente lo que podía hacer conmigo y, otra vez, sus manos, boca y cuerpo estarían bastante involucrados en el proceso. Pero no creía que fuera el momento correcto para hacerlo. No después del desastre de la noche anterior. Sin mencionar cómo se había estado comportando.

Mi teléfono sonó, y un vistazo a la pantalla me dijo que era papá.



—Ugh. Necesito algo que contarle. —Tomé el móvil de la mesita de noche, y Killian se puso en pie para irse. Alcé una mano y le hice ojitos—. Espera. No te vayas aún.

—¿Que espere?

Asentí.

—Apoyo moral. —Contesté al teléfono y cerré los ojos, mordisqueando mi labio inferior—. Hola, papá. ¿Qué tal?

—¿Cómo terminaste en Urgencias? —preguntó, yendo directo al grano.

—Ah, bueno, no fue nada. —Aclaré mi garganta y miré a Killian, que estaba apoyado contra el marco de la puerta de mi habitación, con una expresión de diversión en el rostro. Apuesto a que no podía esperar a oír cómo me libraría de esta—. Me tropecé y caí y me golpeé la cabeza. Lo de la ambulancia y la Sala de Urgencias era absolutamente innecesario. —Gesticulé con una mano a pesar de que no podía verme.

—Ajá. ¿Cuánto alcohol tenías en sangre?

—¿Alcohol en sangre? —Puse los ojos en blanco, pero incluso eso dolía—. Pareces la policía. Solo bebí un par de margaritas. —Crucé los dedos, ignorando a Killian cuando alzó las cejas—. Debe haber sido el sol. Estábamos sentadas fuera. Y cuando entré para ir al baño, estaba algo oscuro y no vi un escalón y tropecé. Fue una cuestión de salud y seguridad, en realidad. —El pecho de Killian temblaba con carcajadas silenciosas y, aun así, proseguí, cavando un hoyo cada vez más grande—. De hecho, debería dejar una queja. Lo haré hoy. Los mandaré al infierno.

—Soy tu padre desde hace veintidós años. ¿Crees que no reconozco cuando estás mintiendo?

—¿Me estás llamando mentirosa? —pregunté, indignada. Soltó un gruñido. Como si fuera un hombre de las cavernas. A estas alturas, debía hablar fluidamente el lenguaje—. Da igual. La cuestión es que estoy bien, y siento que hayan tenido que llamarte. Fue bueno hablar contigo. Apuesto a que estás ocupado.

Volvió a gruñir.

—¿Segura de que estás bien?

—Segura. Tengo un cráneo fuerte. Difícil de romper.

Papá rio.

—Eso es cierto. —Hizo una pausa, y oí un anuncio de fondo. Probablemente estuviera en Lowe's, comprando más herramientas o carbón para la parrilla—. ¿Quién es Killian?

—Ah... eh, Killian... es... mi jefe. O, ya sabes, uno de mis jefes. Trabajo para él. ¿Cómo está Kate? ¿Ya la invitaste a salir? —Solté una carcajada.

ahogada—. Deberías, en serio. Le gustas un montón. Y es preciosa, papá. Apúrate antes de que algún doctor se te adelante. Vas a necesitar una enfermera cuando seas viejo.

Mi padre murmuró algo incomprensible, y luego regresó al tema de antes, sin inmutarse ante mi intento de hablar de otra cosa.

—Killian estaba preocupado por ti.

—Ah, bueno... probablemente no quiere que falte al trabajo. Nos tiene como esclavos. Y ya sabes que puedo cuidarme sola. No hay nada de qué preocuparse.

Killian y mi padre rieron al mismo tiempo. Puse los ojos en blanco. Lo que sucedió ayer no apoyaba mi afirmación. En absoluto.

—Emborracharte no hará que te sientas mejor. Olvida a ese Luke —dijo mi padre, con brusquedad.

Mordisqueé mi labio inferior.

—Ya lo superé.

—Bien. Te mereces algo mejor. —Su voz volvía a sonar brusca. Papá no era bueno hablando de emociones, o exteriorizándolas, pero siempre había estado de mi lado, y nunca había dudado que me amaba—. Llámame si me necesitas, pequeña.

—Adiós, papá.

Colgué y lancé el teléfono sobre la mesita de noche. Killian seguía de pie a un lado de la puerta.

—No se lo creyó.

—Eres una mentirosa terrible.

—Lo sé. Es un arte que nunca he dominado.

—Eso es bueno. Tu padre parece un buen tipo.

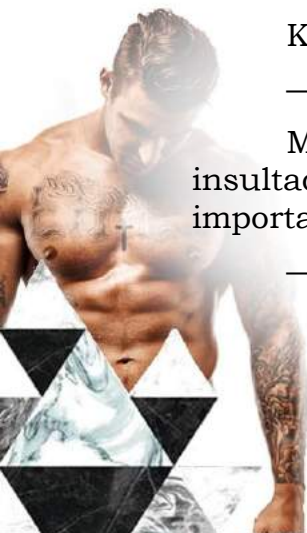
—Sí. Es el mejor. —Killian me dedicó una sonrisita. Algo que un policía había dicho anoche vino a mi mente—. ¿Por qué quería ese policía llamar a tu padre?

Killian se frotó la nuca.

—Está en el Departamento de Policía de Nueva York. Es jefe de policía.

Mi mandíbula cayó abierta. ¿El hombre que había entrado en el bar e insultado a Killian era un policía? Y no solo un policía, sino uno de los más importantes.

—Vaya. Eso es...



—Brody te cubrirá esta noche —dijo Killian, interrumpiéndome. Obviamente no quería hablar de su padre, y no podía culparlo—. Y tu *jefe* se irá ahora.

¿Qué se suponía que dijera que era?

—Estoy bien, pudo trabajar —protesté, siguiéndolo a la sala de estar, sostenida sobre piernas inestables.

—Descansa un poco —dijo, abriendo la puerta de mi apartamento—. Necesitarás energía si quieres pintar la pared del patio.

¿La pared? Intenté comprender lo que había dicho. Y entonces caí en la cuenta. ¿Le había enviado un mensaje preguntándole si podía pintar la pared y había dicho que sí? Me paré ante la puerta abierta.

—¿En serio? —pregunté, apenas capaz de contener mi emoción—. ¿Me dejarías hacerlo?

—Claro. ¿Por qué no?

Le ofrecí una gran sonrisa.

—Gracias. Por todo.

—No es nada. —Estiró una mano, como si fuera a tocarme para luego arrepentirse, y sentí una punzada ante la pérdida de algo que no había llegado a tener.



16

Killian

—Oye, Killian —exclamó Zeke mientras cruzaba el patio con la gaveta de la caja registradora encima. Si nunca más tuviera que estar encerrado con Louis en una oficina, haciendo malabares con gavetas, no lo extrañaría en lo más mínimo—. ¿Saldrás con nosotros esta noche?

¿Nosotros?

—¿Vas a salir con Zeke? —le pregunté a Eden, devolviendo la gaveta a la caja registradora.

—Sí. Solo a jugar al billar.

Eden pasó la vista de Zeke a mí, sin duda confundida por el hecho de que Zeke estuviera tan entretenido con la mueca en mi rostro.

—Ya terminamos aquí. Solo tengo que cambiarme la camiseta y cepillarme el cabello, que está lleno de pintura —dijo—. Ya vuelvo.

—Oye, Eden —la llamó Zeke—. Dile a Hailey que salga con nosotros.

Ella se dio la vuelta y caminó hacia atrás, con una gran sonrisa en su rostro.

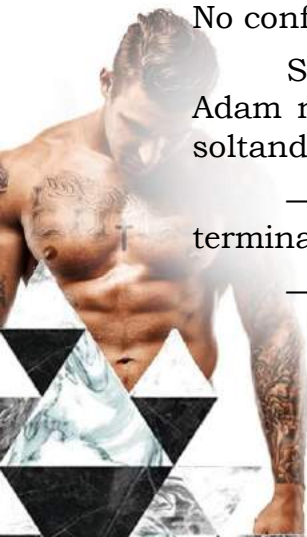
—Le enviaré un mensaje. —Eden redirigió su sonrisa hacia mí—. Deberías venir con nosotros. Quiero decir... si quieres.

Después de lo que había pasado con Adam la otra noche, no tenía intención alguna de dejar a Eden ir a un bar a las dos de la madrugada sin mí. No confiaba en la capacidad de Zeke de protegerla de imbéciles borrachos.

Si aquella noche en *The Rooftop* hubiera sucedido hacía algunos años, Adam no se habría librado de mí tan fácilmente. Habría ido directo a por él, soltando puñetazos, y habría tenido suerte si podía salir del bar arrastrándose.

—¿Adónde irán? —pregunté a Zeke, que buscaba algo en su mochila, terminando por sacar de ella una camiseta limpia.

—Al *Fat Earl's*.



Diablos. No. La última vez que había estado allí, tenía doce. Era media tarde de un día de enero y Connor y yo no habíamos ido a la escuela por la nieve. El *Fat Earl's* se hallaba casi vacío, solo Seamus y un par de tipos sentados a la barra. Él devolvía el Jack Daniels, yo jugaba al billar en el cuarto trasero, y Connor se encontraba sentado en el rincón de atrás, dibujando superhéroes en una pila de posavasos de cartón que había tomado del bar. Tuve la brillante idea de terminar una cerveza abierta que había encontrado bajo la mesa de billar. No tenía burbujas y estaba caliente y sabía a mierda, pero la había bebido igualmente, disfrutando de cómo los bordes de mi visión comenzaban a emborronarse más con cada trago.

Sabía perfectamente que sobrepasaba los límites y que pagaría por ello. Pero no tenía idea de cuánto. ¿Por qué no me había mantenido escondido, apartado, como Connor? Era un maldito idiota, metiéndome en la boca del lobo, pero no había árbol que pudiera escalar y ninguna manera de escapar a mi castigo... rápido, brutal, y sangriento. Tal vez, en su enceguecida furia, avivada por tanto whiskey, no había caído en la cuenta de lo que había hecho hasta que era demasiado tarde. ¿Quién sabe? Nunca hablamos de ello, ni entonces ni en los años que le siguieron.

—Oye, Killian —dijo Zeke, alejándose de mis recuerdos—. ¿Vienes con nosotros?

Observé las palomas explotando de la granada que había comenzado a pintar Eden en la pared. Me dejaba atónito el hecho de que pudiera crear algo tan hermoso con solo un pincel y algo de pintura. Esta mañana, cuando la llevé a la tienda de arte favorita de Connor en Bushwick, era como si hubiera soltado a un niño en una tienda de dulces. Observar su rostro, tan lleno de alegría y emoción, me había hecho feliz. Estar con ella me hace feliz, y la idea de algo malo sucediéndole me revuelve el estómago.

—Sí. Iré.

—Genial. Entonces, ¿qué pasó con Eden la otra noche? —preguntó, mientras entrábamos al bar.

Apreté los labios y me mantuve en silencio. Ya debería saber que raramente hablaba de mí mismo, y mucho menos de alguien más. Otra vez, Zeke rio sin razón aparente.

—Hailey dijo que se encontrará con nosotros allí —dijo Eden, dirigiéndose hasta nosotros desde el pasillo, con su cabello suelto y cayendo sobre sus hombros. Se había puesto una camiseta sin mangas con vaqueros y Converse. No importaba qué llevara puesto. Eden siempre lucía hermosa. Y al diablo. La deseaba, y tenía que hacer algo al respecto. Esta noche.

—¿Cómo irá Hailey hasta allí? —pregunté.

—Eh... —Se mordisqueó el labio inferior, un mal indicador—. Dijo que solo eran diez minutos caminando.

Solté una exhalación exasperada. ¿Por qué se arriesgaban estúpidamente? ¿Realmente creían que nada malo podría pasarles en Williamsburg?

—Llámalas. Dile que no salga. Iremos a buscarla.

En el camino hacia *Fat Earl's*, el interior del Jeep se llenó del ruido de la conversación, pero no tenía ni idea de qué hablaban Zeke, Hailey y Eden. Estaba muy ocupado intentando tranquilizarme.

Cuando era niño, la mayoría de las cosas malas venían de mi propia casa, y no tenía otra opción que no fuera vivir allí, así que esto no era nada importante. Era mejor enfrentarte a tus miedos que huir de ellos. Ya no tenía doce años. No tenía que comenzar a recordar cosas que no quería, lo cual raramente hacía.

En cuanto franqueamos la puerta principal, el aroma familiar de comida frita y cerveza rancia invadió mis sentidos, haciendo que el estómago me diera un vuelco. Música country provenía de la rocola y, a pesar de que el dueño y la gente que concurría a él había cambiado, el lugar parecía el mismo, hasta por las luces de navidad que colgaban sobre la barra todo el año.

Fue hace mucho tiempo. Es solo un bar. Deja de ser un maldito cobarde.

Respiraciones profundas.



17

Eden

*F*at Earl's tenía todos los requisitos de un bar que abre hasta tarde. Los pisos estaban pegajosos, música country sonaba desde la rocola, y una capa de grasa cubría cada superficie. Pero era un buen lugar para observar a la gente, y la multitud era más diversa que en cualquier otro bar de Pennsylvania en el que hubiera estado. Moteros, hipsters, algunos tipos que lucían como estrellas de rock y, por lo que Hailey me dijo, muchas de las personas aquí trabajaban en otros bares y restaurantes.

Ella y yo estábamos metidas en una esquina cerca de la rocola y Zeke se había ido a poner nuestros nombres en la lista para una mesa de billar. Killian no había progresado mucho. Seguía en la puerta de enfrente, hablando con Jared, y no paraba de frotarse la nuca. Incluso desde el otro lado de la habitación, podía ver la tensión emanando de él. Había bebido su primer whisky, un doble, en dos segundos, y trabajaba en el segundo.

—Este se conoce como un bar para tomar malas decisiones —dijo Hailey, tomando un sorbo de cerveza. Habíamos hecho un pacto de limitarnos a una botella de cerveza, y yo cuidaba la mía. No necesitaba volver a hacer el ridículo.

Le di un codazo al brazo de Hailey.

—Vamos a ser inteligentes esta noche, ¿recuerdas?

—Absolutamente. Me patearon el culo en la cocina esta noche. Sudé cubos. Ni siquiera estoy segura cómo sigo de pie.

—Conozco el sentimiento. —Ambas bostezamos al mismo tiempo, como para demostrarlo.

—A este ritmo, estaremos durmiendo en la esquina antes de que termine esta triste canción country —dijo Hailey—. No es de extrañar que siempre estén llorando sobre su whisky. Si cantas así, mereces que tu mujer salga corriendo y te deje.

Ambas nos reímos de eso.

—La música country es importante de dónde vengo. En el oeste de Pensilvania, todos los sureños circulan en camionetas en busca de cosas para

disparar —dije—. Después se sientan el sofá de su porche y se emborrachan con cerveza PRB y bourbon Wild Turkey.

—De donde yo vengo, hacemos nuestro propio whisky —dijo Hailey, refiriéndose a su educación en el medio oeste—. Después de una gran noche de sábado de conducir en el tractor de tu novio y hacerlo en los campos de maíz o rodando por el heno del granero, todos van a voltear vacas para divertirse.

—No puedes voltear a una vaca

Ella rio.

—Lo sé. Pero nunca evitó que lo intentáramos.

Miré a un chico que llevaba una chaqueta de cuero negra y pantalones tan ajustados que parecían pintados y tantas perforaciones faciales que perdí la cuenta.

—Ya no estamos en Kansas, Dorothy.

—Beberé por eso. —Chocó su botella contra la mía, y bebimos en salud de ello.

—Zeke es el que sugirió que te invitara.

—¿En serio? —preguntó Hailey sorprendida.

—Tal vez deberían intentar ser amigos primero. Es un buen chico.

—¿Crees que estará dispuesto a estar en zona de amigos?

—Él y yo solo somos amigos, así que es capaz de ser amigo de una chica.

—Tal vez. —Tomó un sorbo de su cerveza y examinó la habitación—. Killian no para de mirarte. Como, un montón.

Seguí la dirección de la mirada de Hailey. Los ojos de Killian se encontraron con los míos, y tomó un sorbo de su whisky, todavía mirándome. Estaba haciendo esa cosa que hacía, ahogarme con nada más que sus ojos hasta que sentía que apenas podía respirar.

—¿Qué pasa entre ustedes? —preguntó Hailey.

—Si supiera qué pasa, te lo diría. —En los cuatro días desde esa noche en *The Rooftop*, Killian no lo había mencionado. Hacía dos noches, habíamos ido a un restaurante de veinticuatro horas después del trabajo. Éramos yo y otros tres chicos apretados en una cabina. Killian se sentó junto a mí, su brazo cubriendo la parte de atrás de mi asiento, su muslo presionado contra el mío. Como si estuviera marcando territorio, pero sin hacer ningún movimiento sobre ello. Hoy, cuando me llevó a la tienda de arte, me trajo café helado y un rollo de canela. Hablamos y reímos todo el camino y se había reído mucho con mi entusiasmo en la tienda de arte. Pero sí, no tenía idea de lo que sucedía entre nosotros.

—Esa noche en el hospital fue tan abrumadora —dijo Hailey—. Se encargó de todo, y lo hizo por ti.

—Sí, bueno, es un fanático del control. Fue un poco exagerado.

—Me encantaría que un tipo fuera exagerado por mí. Y, si ese chico luciera como Killian, estaría en el séptimo cielo.

—Oye —dijo Zeke, interrumpiendo nuestra conversación—. Nuestra mesa está lista. —Me agarró del brazo—. Pídele a Killian que sea nuestro cuarto.

Fui a través de la multitud y me detuve frente a Jared y Killian. Después de saludar a Jared, le pregunté a Killian si quería jugar al billar con nosotros.

—¿Billar? —preguntó, como si el concepto fuera extraño para él.

—¿Necesitas otra bebida? —preguntó Jared.

Killian bajó la mirada a su vaso vacío como si estuviera sorprendido de verlo vacío y negó con la cabeza.

—No, estoy bien. —Miró de reojo las mesas de billar y tomó profundas respiraciones por la nariz, como si se estuviera preparando para algo monumental—. Hagamos esto.

—Está bien —dije lentamente, observando su rostro—. ¿Estás...?

Agarró mi mano y la sostuvo con la suya. Mientras caminábamos por el bar, bajé la mirada a nuestras manos juntas. La suya cálida, fuerte, callosa, su palma presionada contra la mía, mi mano encajando perfectamente en ella hizo que mi estomago se llenara de mariposas.

Lo miré al rostro. Era inexpresivo, su mandíbula tensa, el músculo de su mejilla prominente.

Zeke y Hailey se emparejaron, y ella parecía toda animada ahora, como si hubiera tenido una segunda oportunidad. Killian dejó ir mi mano y no estaba segura de cómo me sentía. Toda temblorosa y confundida, como era normal.

Entizamos nuestros tacos y lanzamos la moneda que decidió que Zeke y Hailey iban primero.

—¿Qué tal se te da el billar? —me preguntó Killian.

—No me llaman Tiburón por nada. —Le guiñé un ojo. Qué idiota. Killian rio entre dientes—. ¿Qué tal se te da a ti?

—Tengo habilidades —dijo con una sonrisa sexy.

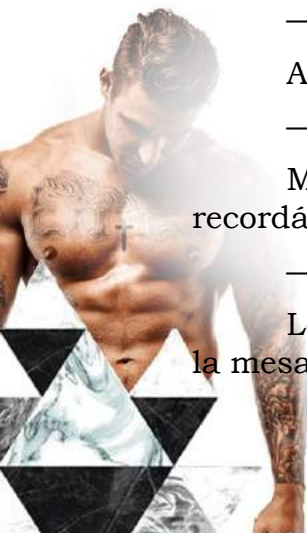
Agarré mi labio inferior entre los dientes.

—Apuesto a que las tienes.

Me dio un codazo en el brazo y apuntó con la barbilla a la mesa de billar, recordándome la razón por la que estábamos aquí.

—Te toca. Déjame ver que tienes, Tiburón.

Lo que tenía era un pulso acelerado y un corazón que martilleaba. Miré a la mesa de billar. ¿Éramos rayas o lisas?



—Rayas —dijo Killian, su voz llena de humor mientras contestaba la pregunta que ni había hecho.

—Sí, lo sabía. —Caminé alrededor de la mesa. Mi papá nos había enseñado a mí y a mis hermanos a jugar al billar en una mesa en el sótano. Solo concéntrate, me dije a mí misma. Alinea el tiro. No muevas tu taco. Me incliné sobre la mesa y alineé un tiro fácil hacia la esquina y metí una bola naranja a rayas.

Zeke y Hailey eran buenos. Killian era mejor que bueno. Y yo tampoco era mala al billar.

—¿Necesitas algún consejo? —bromeé con Killian mientras se inclinaba sobre la mesa, buscando su tiro.

—¿Que recomiendas, Tiburón?

—La verde en la esquina.

—Demasiado fácil. La dejaré para ti.

Le golpeé el hombro y reí.

—Hazte a un lado —dijo—. Te mostraré cómo se hace. —Y lo hizo.

—Presumido —bromeé.

Me guiñó un ojo y decidí que me gustaba este divertido y arrogante Killian, un gran cambio del estresado Killian de más temprano. Mientras el juego de billar continuaba, fue divertido y sexy y coqueto, y se lo devolví de inmediato.

—Este es por el triunfo —dijo, mientras ambos estudiábamos la mesa, decidiendo la dificultad. No era un tiro fácil, pero me sentía confiada. O arrogante.

—Lo tengo. —Me incliné sobre la mesa y coloqué mi taco. Killian estaba mirándome el culo, no la mesa—. ¿Disfrutando de la vista?

—Oh, sí —dijo. Con otra sonrisa sexy. Esos hoyuelos en exposición.

Honestamente, no sabía cómo seguía en este juego o cómo sería capaz de concentrarme en mi siguiente tiro.

—Hazte a un lado, timador —dije—. Te enseñaré como se hace.

Por milagro, logré el tiro. Miré la mesa un par de segundos, atónita.

—Ganamos.

—Buena esa, Tiburón. —Killian y yo chocamos los cinco.

—Dejen de regodearse —dijo Zeke, pero no creo que le importara.

Decidí ser sensata y acabar la noche. Hailey y Zeke decidieron quedarse un rato, y Killian dijo que caminaría a casa conmigo. Mientras nos estábamos yendo, una morena de vestido negro y tacones de aguja plateados entró por la puerta. Vestida demasiado elegante para este bar, parecía una modelo de

Victoria Secret. Y Adam iba justo detrás de ella. Agarré el brazo de Killian. Los ojos de Adam se encontraron con los míos y le dijo algo al oído a la chica.

—Mierda —murmuró Killian.

Mierda era correcto. Ni siquiera sabía la mitad de ello.

—Killian —dijo la chica, deteniéndose enfrente de nosotros—. ¿Ya conociste a mi hermano, Adam? —Le sonrió a Killian, y entonces entrecerró los ojos hacia mí—. Tú debes de ser Eden.

Asentí como una idiota. ¿Qué pasaba aquí?

—Soy Joss. La ex follamiga de Killian. Y hermana de Adam. ¿Pequeño mundo, no? —rio con dureza, y su hermoso rostro se volvió feo.

Miré a Adam. Tragó con fuerza, sin hacer contacto visual conmigo.

Killian me tomó de la mano y me llevo a la puerta. Sorprendentemente, Adam se hizo a un lado y nos dejó pasar. Cuando estuvimos afuera, respiré profundamente.

Escuché la puerta abrirse, dejando salir el sonido de la música country y miré sobre mi hombro para ver a Joss.

—Te amaba, idiota —gritó.

Killian paro de caminar. Se frotó la nuca y se giró hacia ella.

—Ni siquiera me conocías —dijo, sonando cansado.

Ella cerró la distancia entre nosotros, y sus ojos se entrecerraron hacia mí de nuevo.

—¿Es ella tu nueva follamiga? ¿Te llama por sexo y luego se va? Nunca se quedó una noche. —Ahora estaba llorando, su máscara dejando rastros negros por sus mejillas—. ¿Qué es tan genial sobre ella que Adam y tú se pelearan por ella?

Joss se abalanzó contra Killian y lo abofeteo en el rostro, el sonido llenando en el aire. Levantó la mano para hacerlo de nuevo, pero Killian envolvió su mano alrededor de su muñeca para detenerla.

—Ya tuviste tu única oportunidad.

—Que te jodan —dijo, estallando en lágrimas de nuevo.

Adam dio un paso atrás, observando todo el desastre.

—Vamos, Joss. Salgamos de aquí.

Ella nos miró antes de girarse y alejarse caminando. Killian me tomó de la mano de nuevo y comenzamos a caminar. Algo duro se estrelló contra mi hombro. Ay.

Me giré mientras Joss se desabrochaba su otro tacón. Killian lo bloqueó con su cuerpo.

—Joss —dijo a través de dientes apretados. Se acercó a ella y Adam y se plantó las manos en las caderas—. Mantente. Lejos. De. Eden. —Killian se inclinó y le dijo a Adam algo en voz baja que no alcance a escuchar.

Levanté los zapatos de Joss y los arrojé en su dirección. Adam los levantó y agarró el brazo de Joss y la alejó.

Killian se mantuvo firme, con las manos en la cintura, y los observó hasta que se hubieron ido. No sabía qué decir o hacer sobre esto, así que comencé a caminar. Killian me alcanzó, pero ninguno de los dos dijo una palabra.

Cuando llegué a mi edificio, me detuve al principio de las escaleras.

—Ni siquiera sé qué decir sobre eso.

Me quitó algo del hombro.

—No la he visto en meses. Nunca fue mi novia.

—Sí, me di cuenta de eso. Solo eran follamigos.

El inhaló aire a través de sus dientes.

—Fui honesto con ella. Nunca fingí ser algo que no era.

—Parece pensar que está enamorada de ti.

—Es la hermana de Adam. ¿Qué puedes esperar? —preguntó, intentando hacer una broma. Fue un poco gracioso, pero algo jodido, y no me pude reír.

Extendió la mano y colocó un mechón de cabello detrás de mi oreja. Sus nudillos rozaron de nuevo mi piel y donde sea que tocara se volvía eléctrico.

—Killian —susurré—. ¿Qué estás haciendo?

Acunó mi rostro con las manos y bajo la cabeza, sus labios rozando los míos en un casi beso. Envolví los brazos alrededor de su cuello y su mano se deslizó por mi cabello, sosteniendo mi nuca. Su otro brazo se enredó alrededor de mi cintura y me besó, sus labios suaves y cálidos, el rastrojo de su mandíbula áspero contra mi piel. Mis labios se abrieron y lo dejaron entrar, nuestras lenguas bailando juntas, explorando la boca del otro, buscando y explorando. Mis dedos se cerraron en su cabello, suave y más sedoso de lo que hubiera imaginado. Sabía como algo exótico que nunca antes hubiera probado. La dulce fruta prohibida o una droga que ansiaba sin saberlo, hasta ahora.

Nos besamos con una necesidad ferviente y urgente, como si fuera el aire que necesitábamos para respirar. Mi cuerpo temblaba por la adrenalina y ajustamos nuestros cuerpos hasta que no hubo espacio entre nosotros, sin manera posible de estar más cerca. Mi cadera se presionó contra su longitud y gimió en mi boca, un bajo y gutural sonido que envió calor entre mis muslos.

Me estaba deshaciendo. Nunca había sido besada así antes, con tanta hambre e intensidad y tanto de todo. El suelo debajo de mí no se sentía sólido. Pero no sabía con seguridad que Killian fuera alguien a quien debería desear. No sabía con seguridad qué tipo de juego era este, o qué pasaba entre nosotros.

Con esos pensamientos invadiéndome el cerebro, me alejé de él e intenté recuperar el aliento. Temblaba de la cabeza a los pies, y ese beso nos dejó a los dos en mal lugar. Se ajusto dentro de los pantalones y se pasó una mano a través del cabello, dejando salir una respiración. Me alejé de él sobre mis inestables piernas y me senté en un escalón, enfrente de mi edificio. Abrazándome, cerré mis ojos. Se sentó junto a mí, lo sentí ahí, sentí el calor de su cuerpo incluso aunque no nos tocábamos. Lo sentía con mis labios y, con cada respiración que tomaba, inhalaba su esencia.

Un beso y se había metido bajo mi piel. Me hizo añorar algo que no sabía con seguridad que pudiera darme: más de sí mismo.

—Killian... ¿qué somos? Porque no estoy... siento que solo estás confundiéndome.

—Déjame subir las escaleras contigo.

—¿Para qué? ¿Para que puedas meterme en la cama? —pregunté con ligereza.

—Si solo quisiera sexo, te lo diría.

No es como si hubiera funcionado con Joss. Ella obviamente quería más.

—¿Qué quieres de mí?

Se frotó la mandíbula y miró a la distancia. Esperé a escuchar lo que saldría de su boca y esperaba que fuera una respuesta real. Habíamos estado haciendo esto mucho tiempo y este tira y afloja me estaba volviendo loca.

—No puedo sacarte de mi mente. Pienso en ti todo el tiempo.

No respondió mi pregunta, pero sentía lo mismo sobre él. Me sorprendía que él lo admitiera. Nos sentamos en silencio, y repetí la noche en mi cabeza.

Soy Joss. La ex follamiga de Killian.

Era ingenuo pensar que Killian vivía como un monje, pero prefería que sus ex conquistas quedaran sin rostro y sin nombre. Preferiría no saber que solo la había usado por sexo y se había ido después.

Kilian dijo que no me quería solo por sexo, y todavía no tenía idea de dónde nos dejaba eso, pero yo era la tonta que siempre se precipitaba al peligro. Esta vez no era la excepción.

Golpeé su hombro con el mío.

—¿Quieres subir para *no* tener sexo?



18

Eden

*E*n el camino hacia arriba, pidió ver el boceto que hice de él. Nunca antes lo había mencionado, y lo había entendido como que no le importaba.

Lo dejé en la sala de estar y saqué el boceto del cajón de mi mesita de noche. Me hundí en la cama y miré el boceto entre mis manos. Si no hubiera sido la artista y viera este boceto colgando en un muro, sabría que es él. Pensaría que es guapo. La clase de oscuridad que te hace mirar dos veces, detenerte y mirarlo si lo ves por la calle. Sí que me detuve y lo miré la primera vez que lo vi. Lo había hecho muchas veces desde entonces. Robando miradas, buscándolo por la habitación cuando trabajaba. Pero, en una inspección más cercana, vería cómo miraba al artista con ojos entrecerrados. ¿Me había dado cuenta antes de cómo me miraba? Debía haberlo hecho. Y vería cómo la artista lo veía. Ahora entendía por qué nunca pidió verlo. El boceto era demasiado revelador.

120

Regresé a la sala de estar con manos vacías. Miro mis manos y levantó las cejas. Me encogí de hombros.

—No pude encontrarlo.

Su boca se torció en diversión y después rio.

Cuando terminó de reír, puse los ojos en blanco y tomé asiento en el sillón.

—¿Qué es tan divertido?

—Tú.

Sí, sabía que mentía. Mi rostro dejaba ver todo. Me recosté contra el sillón y levanté la mirada al techo.

—Mi novio me engañó —dije, de la nada—. Dejó embarazada a mi mejor amiga y ahora están viviendo en mi ciudad natal. —Killian se sentó junto a mí y se deslizó por el sofá para estar a mi nivel. Giré mi cabeza y lo miré. Después fijé mi mirada en el techo de nuevo y le conté la historia de Luke y Lexie y cómo me traicionaron.

—¿Debería golpearlo? —preguntó.



Reí.

—Me encargué de eso. Quiero decir. No lo golpeé. Solo su auto. Fui a por él con un bate de béisbol. —Después del incidente con Joss, mi reacción violenta era probablemente algo que no debería confesar.

Killian rio.

—Eso es fantástico.

—Me hizo sentir un poco mejor en ese momento. Pero después me sentí terrible otra vez. Luke y yo comenzamos a salir en el penúltimo año de secundaria y fuimos a la universidad juntos y todo. En vez de aplicar a la escuela de arte en la ciudad que quería, fui a la misma universidad a la que fueron mis padres. La misma universidad a la que fue mi novio. Todo el tiempo que estuve en Penn State, traté de convencerme de que era algo que quería.

—¿Pero no lo era?

—No. Lo sentía como una continuación de la secundaria —admití—. No lo sé... tal vez tuviera razón sobre mí. Dijo que soy demasiado de todo. Solía decirme que debería atenuarlo. Creo que quería una novia trofeo. Alguien que fuera guapa pero que no peleara. Que no discutiera. Que no tuviera tantas opiniones. Que no dejara que mi temperamento le hiciera decir cosas estúpidas de las que se arrepintiera. —Lo intenté.

—¿Por qué?

—¿Por qué? —repetí

—¿Por qué cambiarías algo sobre ti misma por ese idiota?

—No lo hice, realmente, solo lo intenté, pero normalmente fracasaba. No siempre fue un idiota, o nunca habría estado con él. Antes de que pasara todo con Lexie, era todo lo que podrías querer en un novio. A todos les agradaba... —Me devane los sesos tratando de recordar las cosas que me gustaban sobre Luke. Solía ser tan fácil de definir y, si me pidieras que nombrara el chico menos probable de engañar a su novia, habría sido Luke. Pero ahora los únicos puntos fuertes en los que pensaba eran una lista de cosas que sonarían bien en un currículo. Equipo de béisbol, mariscal de campo, presidente de la clase. Mejor nota media. Buen aspecto. Todo americano. Un político de ciernes.

Lo que lo hizo tan duro de aceptar era que Luke actuaba como el novio perfecto. Nunca se olvidaba de un cumpleaños o celebración. Era amable, con buenos modales. Abría las puertas del auto y respetaba a las figuras de autoridad. Los profesores lo amaban porque siempre seguía las reglas. Nunca se tuvo que sentar en detención ni tuvo una multa por pasar el límite de velocidad. Una vez le pregunté si se sentía tentado a romper las reglas y rebelarse contra algo. Pacientemente me explico sus puntos de vista en las leyes y su lugar en la sociedad. Luke no era un anarquista o un rebelde. Era un pilar en la sociedad. Aunque resultó ser un mentiroso, tramposo y cobarde.

Nunca le dije a nadie que sentía que Luke estaba tratando de contenerme, tratando de hacerme menos de lo que era, pero ahora todas las palabras brotaban.

—Solía decir cosas de una manera pasivo-agresiva, y en ese momento solo las ignoraba. En vez de hacerme frente o pelear cuando discutía con él, solo me decía que está siendo irrazonable y que no iba a discutir nada conmigo hasta que me calmara y dejara de actuar como una niña.

—¿Decía eso? —preguntó Killian. Enfurecido en mi nombre.

—Sí. Usaba esta voz como si fuera el adulto y yo la niña, lo que me hacía enfurecer aún más.

—Estás mucho mejor sin él.

—No tenía mucha opción. Todavía duele cuando pienso sobre ello — admití—. Me hizo sentir como que me faltaba algo, de alguna manera, y que Lexie le había dado algo que yo no podía. Me sentí tan estúpida de que eso sucediera a mis espaldas y yo ni siquiera lo supiera. Pero debería haberme dado cuenta. Hacia el final, nunca teníamos sexo. A menos que yo lo iniciara. — Después de que las palabras salieran, me cubrí el rostro con las manos y gemí—. No puedo creer que acabo de decir eso. Y ni siquiera estoy borracha. Ahora piensas que soy patética.

—No. No lo hago. Me gustas tal y como eres.

Aparté las manos de mi rostro. Y lo miré de reojo. Me dio una pequeña sonrisa.

—¿Sí?

—Es un idiota si no pudo apreciarte. ¿Y engañarte? Eso es simplemente malo.

Suspiré. Nos sentamos en silencio un rato, y estaba feliz de que se quedara, feliz de que no se apresurara a salir por la puerta. Algo había cambiado entre nosotros, no solo por ese increíble beso, sino porque le dije cosas que jamás le había dicho a nadie. Y había escuchado, se había quedado, y había dicho exactamente las cosas correctas. Tal vez Killian fuera la última persona en la que debía confiar, y tal vez mi compás moral se hubiera dañado, pero no fingía ser alguien que no era. Killian no era un hablador que usaba su encanto como Luke. No era un gran hablador, pero decía lo que quería decir, y lo decía en serio. Tal vez es por eso por lo que creía todo lo que decía.

—¿Me cuentas algo sobre ti?

—¿Qué quieres saber? —preguntó, sonando cauteloso.

—Algo que nunca le hayas dicho a nadie.

Se quedó en silencio tanto tiempo que no creí que lo haría. Mantuve mis ojos pegados al techo porque pensé que tal vez le sería más fácil hablar si no lo

miraba. Podría a ver dicho que no o haberse ido o decirme algo sin importancia, pero no hizo ninguna de esas cosas.

—Mi mamá se fue cuando yo tenía siete y mi hermano tres. Connor ni siquiera la recuerda. Pero yo recuerdo todo. El día que se fue... sus maletas empacadas, esperando en la puerta. Me dio un beso de despedida y me dijo que cuidara de mi hermano. La perseguí, rogándole que no se fuera. Iba descalzo, pero perseguí al taxi por la calle. Lo perseguí hasta que lo perdí de vista. Ni siquiera miró atrás. Ni una vez. Cuando llegué a casa, tenía los pies cortados y sangrando y dejé un rastro de sangre a través del piso de la cocina. Todo lo que podía pensar era que mi madre estaría molesta. Le gustaba la casa limpia. Me puse calcetines y limpié el piso con Pine-sol. Pensando que, si dejaba todo agradable y limpio, regresaría. Siempre que huelo Pine-sol, pienso sobre ese día. Odio el olor del Pine-sol, joder.

Oh, Killian.

Extendí la mano para tomar la suya y tomó la mía, entrelazando nuestros dedos. Dejó salir una exhalación como diciendo que esa historia le había costado mucho. Mientras hablaba, su voz no había tenido emoción, pero sabía que la sentía profundamente. ¿Cómo podría no hacerlo? ¿Qué clase de madre dejaría a dos pequeños chicos para cuidarse ellos mismos?

—Gracias por decírmelo. Y lo siento.

—Fue hace mucho tiempo. —Lo descartó como si no significara anda, como si no lo hubiera roto. El corazón me dolía por él. Imaginé a un Killian de siete años persiguiendo el taxi y frotando el piso. Tenía el corazón roto, y le habían asignado cuidar de su hermano, pero ¿quién estuvo ahí para él? No me daba la impresión de que su padre fuera el buen tipo que era mi padre. ¿Quién arrojaba a Killian por la noche, lo besaba, horneaba galletas cuando tenía un mal día?

Después de que mi mamá muriera, mi papá estuvo ahí para nosotros. No siempre lo hacía bien, empujábamos los límites de su paciencia más frecuentemente de lo que deberíamos, pero mi papá nunca se rindió, nunca nos dejó, nunca vaciló en su impulso de tener éxito. Y me di cuenta de que de eso están hechos los héroes de la vida real. Aparecen, día tras día, y hacen el trabajo pesado para que las personas a su alrededor se sientan a salvo y amadas y seguras sabiendo que esos hombros fuertes pueden llevar la carga. Incluso cuando sus propios corazones se están rompiendo.

Si la madre de Killian le pidió que cuidara de su hermano, estoy dispuesta a apostar que Killian intentó protegerlo de cada tormenta. Era su naturaleza proteger a las personas, ser su roca, pelear contra los abusadores de este mundo, asegurarse de que nadie hiriera a las personas por las que se preocupaba. De alguna manera me había convertido en una de esas personas.

Afuera sonó una sirena, pero, dentro de mi blanca sala de estar, aún seguía en silencio, la cálida brisa de julio entraba a través de mis ventanas

abiertas. Killian y yo nos sentamos ahí un largo rato, lado a lado, sosteniéndonos las manos, con nuestros dedos entrelazados. Tenía el mismo sentimiento que cuando lo había conocido, como si nada malo pudiera pasarme si me encontraba con él. Killian sabía cómo encargarse de las cosas. Tenía astucia y era un reparador. Sabía cómo reparar todo lo que estaba roto en el bar: baños, grifos con goteras, ventiladores rotos, losas agrietadas en el patio. Su lista de quehaceres medía un kilómetro y se había vuelto una broma entre el personal.

Luke era inteligente de libros, pero no era un reparador. Una vez, Sawyer me dijo que no puedes confiar en un chico que no conoce el motor de un auto. Cuando reí, se extendió, y sacó una lista de cosas que todo hombre que se respete debe saber hacer.

—*Luke no sabría qué hacer con una llave inglesa, aunque le pegara en la cabeza. Si se le pinchara una llanta, te pediría que la cambiaras* —dijo Sawyer. Mi padre me enseñó como cambiar una llanta, pero, cuando Luke tuvo una llanta pinchada, llamó a asistencia vial para que se encargaran. Yo no me encontraba ahí, o me habría ofrecido a hacerlo.

Luke decía que, si estuviera destinando a ser un plomero o un mecánico, no malgastaría el dinero de sus padres en su educación.

—*¿Pero no quieres aprender cómo se hacen ninguna de esas cosas?* —pregunté.

Luke me miró como si tuviera dos cabezas.

—*No cuando puedo pagarle a alguien para que lo haga por mí* —se burló.

—Si tuvieras una llanta pinchada, ¿la cambiarías tú mismo? —pregunté. Fue un abrupto cambio de tema, considerando que nos habíamos sentado en silencio después de que Killian compartiera un pedazo de su alma conmigo.

—¿Quién más lo va a hacer?

Reí. —Yo podría hacerlo.

Resopló. —No.

—He estado pensado en proyecto de hazlo tú mismo —dije—. ¿En qué has estado pensado tú?

—Estaba pensando... —Miró a lo lejos, y pensé que iba a sorprenderme con algo profundo—. ¿Qué haría si se me pinchara una rueda de camino a casa?

Solté una carcajada.

—Espero que tengas una de repuesto en el maletero.

—Y una llave pesada. Es Brooklyn.

—El peligro acecha a cada esquina —bromeé.

—Los problemas nos encuentran, aunque no los estemos buscando.



Suspire. —Eso fue loco en todos sentidos.

Killian soltó el aire de sus mejillas.

—¿Cuáles eran las malditas posibilidades?

Si, Killian no conocía a Joss muy bien. Ni siquiera sabía que Adam era su hermano. Mientras tanto, sabía todo sobre mis hermanos y una vez incluso habló con mi papa por teléfono. Raro.

Dejé ir su mano y me levanté.

—Espera aquí. No vayas a ningún lado.

—Lo que digas, Sunshine.

—¿Porque me llamas Sunshine?

Inclinó la cabeza y cerró un ojo.

—¿Quieres otra confesión? ¿Dos en una noche?

—Así de codiciosa soy.

—Um, está bien. Eres como el resplandor del sol. Y para mí, hueles como el resplandor del sol. —Mordió el labio inferior entre sus dientes. No había esperado ese tipo de honestidad. O ninguna de las verdades reveladas esta noche.

—Es *Flor de Naranja* de Jo Malone. Es el nombre de mi perfume.

—Lo sé. Lo vi en tu vestidor.

Por supuesto que lo hizo. Hemos tenido dos noches locas llenas de drama.

Caminé en mi habitación, abrí el cajón de mi mesita de noche y saqué el boceto. Killian me observó mientras caminaba hacia él. Me senté junto a él y le di el boceto. Doblando mis piernas contra el pecho, las rodeé con los brazos. Estudió el boceto un largo rato antes de ponerlo en el sillón junto a sí.

—Tienes mucho talento.

Me encogí de hombros. Aceptar cumplidos sobre mi arte era difícil. Tal vez porque siempre había querido ser buena, pero nunca sentí que fuera lo suficientemente buena. El arte es subjetivo. Puedes llegar a un nivel de competencia técnica pero aun así fracasar en despertar emociones o incitar a detenerse sobre tu trabajo.

—¿Todavía quieres ir a la escuela de arte? —preguntó Killian.

—Realmente no quiero ir de nuevo a por otro título. Pero tal vez tomar algunas clases. O tal vez solo siga experimentando en paredes. Es mi culpa no haber aplicado para la escuela de arte. No puedo culpar a nadie más. Fue mi decisión. —Mientras lo decía. Sabía que era verdad. Pero ahora tomaba mis propias decisiones, audazmente dando un salto a lo desconocido. No siempre era perfecto, no por mucho, pero mudarme a Brooklyn había sido la decisión

correcta. No iba a dejar que una estúpida noche de borrachera eclipsara las cosas buenas de mi vida: mi trabajo, mis nuevos amigos, mi arte y, sí... Killian. Siempre Killian.

—¿Quieres ir a una cita conmigo, Eden? —preguntó Killian.

Una cita. Con Killian. Era tan inesperado pero un final perfecto para nuestra imperfecta, caótica y desastrosamente maravillosa noche. Mis labios se curvaron con una sonrisa

—Me encantaría ir a una cita contigo.



19

Killian

—Me siento como un papá orgulloso, enviando a mi chico a su primera cita —dijo Louis mientras cambiaba mi camiseta a una camisa negra con botones en la oficina.

—Lláname si me necesitas —dije, abrochando los botones. Era todo en pulgares.

—No te llamaré. No tienes permitido regresar para revisar las cosas. Nada de llamadas tampoco. ¿A qué hora es tu reserva?

—Nueve.

—Lo que necesitas hacer es preguntarle cosas sobre sí. Sé ese encantador Killian que sé que puedes ser y...

—Una idea. ¿Qué tal si vuelves a trabajar y me dejas en paz?

—¿Qué tal si dejas de actuar como un imbécil y escuchas algún buen consejo?

—Si quisiera tu consejo, te lo habría pedido.

—Pero tomaste mi consejo —dice Louis presumidamente—. O no estarías yendo a cenar con ella.

—¿Vas a tomar crédito por esto?

—Si no hubiera dicho nada, nunca habrías sacado la cabeza de tu trasero.

Eso era mentira. Nunca hacía nada que no quisiera. Si no quisiera esto, todos sus consejos habrían caído en oídos sordos. Él lo sabía. Pero, si necesitaba el crédito, lo dejaría.

—Tu trabajo aquí está hecho —dije—. Ahora vuelve a tu trabajo real.

Levantó las manos y salió de la oficina.

—Solo quería darte una despedida apropiada. Sé valiente, guerrero. —Se golpeó el pecho con un puño antes de finalmente dejarme solo.

Sé valiente, guerrero. Jesús.



Ava se paró en la puerta, sosteniendo un taco en un contenedor.
—Así que, gran cita, ¿eh?
—Es solo una cena.
—Ajá, lo que digas. —Me miró de arriba abajo mientras me doblaba las mangas—. ¿Eso es lo que vas a llevar?

Bajé la mirada a mi camisa y pantalones negros. Claramente era lo que llevaba, así que no requería respuesta. ¿Sabía todo el mundo que iba a llevar a Eden a cenar? La única persona a quien se lo había dicho era a Louis, y me arrepentía.

—Llevas eso todo el tiempo —dijo Ava—. Usas mucho negro. Deberías combinarlo con un poco de color de vez en cuando. —Miré los colores de su psicodélica minifalda. Era como una tira de tele sobre ácido. Solo mirarla hacía que me diera vueltas la cabeza—. Estarías realmente guapo con una camisa azul claro.

Todos tenían una opinión

—No tengo una camisa azul claro.

—Exacto. Pero deberías. Combinaría con tus ojos. Cuando Connor usa azul... —Paró de hablar y nos miramos unos segundos antes de que bajara la cabeza, pero vi las lágrimas que trataba de retener.

—Me tengo que ir —dije, pasando a su lado. No necesitaba un recordatorio de que Connor aún estaba ahí, en algún lugar, pero no tenía idea de dónde. Cada día me preocupaba recibir esa llamada por teléfono de un hospital o un oficial de policía, y cada día agradecía a Dios cuando no la tenía.

—Lo siento —dijo Ava, su voz sonando pequeña, pero aun así la escuché—. Estás guapísimo, Killian. En serio. Siempre estás guapo.

Levanté la mano en el aire y meforcé a seguir caminando hasta salir del bar a la calle. No me detuve o bajé la velocidad ni giré la cabeza para ver qué hacían los camareros. Progreso. Louis me acusaba de ser un fanático del control y un adicto al trabajo, pero sabía que la razón real era que necesitaba mantenerme ocupado, menos tiempo para pensar. Me gustaba hacerme cargo de los problemas que podía arreglar. En mi vida real, tenía toneladas de problemas que no podía arreglar.

Cuando salí, respiré a través de la nariz y lo dejé salir por la boca. Respiraciones profundas. De camino al apartamento de Eden, traté de calmarme. Solo era una cena. Tenía que relajarme, joder. Rodé los hombros. Incluso antes de una pelea, nunca me solía poner nervioso. Pero esto era territorio desconocido, y no quería joderlo.

Anoche, tuve un vistazo de Eden, y sabía que nunca sería suficiente. Nunca entendí el poder de un beso antes. No sabía a cenicero o lápiz labial o Martini sucio. Eden sabía a cálida miel. Olía a... flores de naranja, supongo.

Después de que me dijera la historia sobre su imbécil novio, no quería ser otro idiota que jodiera con ella. Quería ser alguien que valiera la pena. Quería ser alguien especial para ella, no solo algún chico que la follara y se fuera. Eso era *todo* lo que había hecho en el pasado, algo que tuvo que escuchar de Joss.

Debía saber que nada bueno pasa nunca en *Fat Earl's*. Estar en ese bar de nuevo retorció mi estómago en nudos. Eden se dio cuenta de que algo estaba mal. Siempre se daba cuenta. Pero me recompuse y para el tiempo que terminamos nuestro juego de billar, todo iba bien. Hasta que nos topamos a Joss y Adam.

Le dije a Adam que, si valoraba su vida, se quedaría a cien metros de Eden. Ni siquiera miraría en su dirección. Y que se asegurara de que Joss hiciera lo mismo. Adam sabía quién era yo y de lo que era capaz, y eso funcionaba a mi favor. No se metería con ella de nuevo.

Subí las escaleras hacia la puerta delantera de Eden y presioné el comunicador. La cerradura en la puerta no valía la pena. Debería hablar con su arrendador sobre esto. Retrocedí y miré sus ventanas. Cerradas. Sonreí cuando escuché su voz en el comunicador:

—¿Killian?

—Buenas tardes, *Madame*. Soy un testigo de Jehová y me gustaría hablarle sobre el trabajo de nuestro señor.

Rio, con esa risa ronca suya.

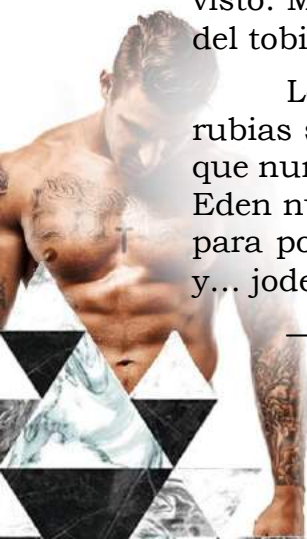
—El señor trabaja de formas misteriosas. Me encantaría escuchar más sobre ello. Bajo enseguida.

—Estaré esperando. —Intente que mi polla se comportara. Solo escucharla reír me ponía duro. Gemí y me froté el rostro con las manos.

La puerta se abrió detrás de mí, y me giré para mirarla. Se mordió el labio inferior entre los dientes y se pasó las manos por el vestido. Era blanco, o algo cercano al blanco. Las mangas alrededor de sus bíceps dejaban al descubierto sus hombros. Nunca podría pasar la cena. Quería saltarme la comida y llevarla de regreso escaleras arriba y devastar su cuerpo. El vestido era engañoso. Parecía dulce e inocente, pero, en ella, era el vestido más sexy que jamás hubiera visto. Mi mirada bajó a sus bronceadas piernas con sandalias atadas alrededor del tobillo. Quería romper los cordones con los dientes.

Levanté los ojos a su rostro. Llevaba el cabello suelto, una caída de ondas rubias sueltas. Me dijo que mantenía el cabello largo por su madre, que le dijo que nunca pensó que era vanidosa hasta que perdió todo su cabello. Espero que Eden nunca se corte le cabello. Me encanta que no use toneladas de maquillaje, para poder ver su rostro. Sus labios son naturalmente rosados y exuberantes y... joder. No había dicho una palabra desde que salió por la puerta.

—Te ves bien. —*Hermosa*.



Sonrió.

—Gracias, cambie mi atuendo como veinte veces. Pero termine usando mi primera opción.

Qué genial era que admitiera eso. Sin pretensiones. Sin motivos ocultos. Pura honestidad.

—Buena elección.

Eden me tomó de la mano y apreté la suya, más pequeña, con la mía, nuestras palmas presionadas juntas. Nunca había sido de los que sostienen manos. Cuando solía llevar a una mujer a mi habitación de hotel después de una pelea, siempre caminaba dos pasos por delante, como un idiota arrogante, y tenían que trotar un poco para alcanzarme. No sé qué pasaba con Eden, o por qué todo era tan diferente con ella. Sentía como que había estado viviendo en la oscuridad mucho tiempo, y ella encendió todas las luces dentro de mí. Como si el mundo no fuera un lugar tan jodido si ella se encontraba en él.

El restaurante era francés con carteles viejos en las paredes, pisos de madera y poca luz. La clase de restaurante donde vienes a una cena romántica. No muy elegante, pero pintoresco, supongo. Después de rechazar la primera mesa que intentaron darnos, justo enfrente, encima de todos los demás, y no donde quería estar; nos llevaron a una mesa iluminada con velas en la esquina trasera del patio cercado por paredes cubiertas de hiedra.

Pedí un filete y ensalada. Ella pidió pollo. Ordené una botella de vino rojo, después de preguntarle si le gustaba. Dijo que sí, pero necesitaría una servilleta como babero. Lo que me hizo reír.

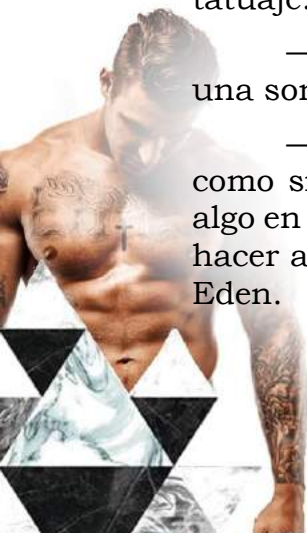
En la cena, habló sobre el artista Jean-Michel Basquiat, y cómo creció en Brooklyn y dejó la escuela. Cómo comenzó a ser un artista de grafiti antes de pasar a la pintura. Entonces murió joven, de una sobredosis de heroína. Como de normal, cada palabra que salía de su boca me fascinaba, aunque ya lo sabía todo sobre Basquiat. Era uno de los artistas favoritos de Connor. Desafortunadamente, Connor tenía más en común con Basquiat que solo el arte.

—¿Quieres ser un artista de grafiti? —le pregunté.

Tenía la misma mirada en el rostro que cuando consideraba hacerse un tatuaje. Sabía que diría que sí, incluso antes de que dijera las palabras.

—Sí, lo quiero. Si me arrestan, ¿me sacarías de prisión? —preguntó, con una sonrisa traviesa en si la idea le emocionara en vez de asustarla.

—No dejaría que te arresten. Sería el conductor de tu fuga. —Infierno, como si la dejara hacer eso ella sola. Bushwick era el mejor lugar para hacer algo en un muro. Connor solía hacerlo en la secundaria. Pero el grafiti se necesita hacer a altas horas de la noche, y no hay manera de que eso fuera seguro para Eden.



—¿Harías eso por mí? —preguntó, con los ojos brillando. Todo su rostro se iluminaba cuando era feliz.

No tenía idea de cuánto me encontraba dispuesto a hacer por ella. Hacerla feliz se había vuelto mi nuevo propósito en la vida. Tal vez no la mereciera, pero tampoco lo hacían Luke o Adam. Me gustaba quién era: talentosa, hermosa, fuerte, luchadora. Había sufrido su parte de pérdida y desamor, pero no estaba cansada o amargada. Me gustaba cuando presionaba y me cuestionaba, sobre todo. No podía pensar en algo que no me gustara de ella.

—Si, haría eso por ti.

—Seremos como Bonnie y Clyde —dijo—. Pero sin las armas y los robos a bancos.

—Entonces, nada como Bonnie y Clyde.

Rio. —Supongo que no.

El camarero se llevó nuestros platos y nos trajo los menús de postres. Ni siquiera miré el mío, pero Eden estudió el suyo como si tuviera los secretos del universo. Cuando el camarero regresó a tomar nuestra orden, aún estaba revisando el menú.

—¿Necesitas algo de ayuda ahí, Sunshine?

Bajó el menú y me sonrió.

—Eso es exactamente lo que necesito. Gracias por la oferta. —Eden se giró al mesero y pidió dos postres.

—Pedí el pastel de lava de chocolate y una tarta de manzana —me dijo, con una sonrisa petulante—. Así que voy a necesitar que me ayudes.

La ayuda consistió en que me alimentara a la fuerza porciones de cada uno.

—¿Te gusta, verdad? —preguntó, después de darme un pedazo de pastel de chocolate.

Cerré los ojos y gemí como si estuviera teniendo un orgasmo.

—Mm. Lo mejor que he probado. Necesito más.

Su rostro se sonrojó, y le sonreí.

Sostuvo un tenedor lleno de tarta de manzana frente a mi boca.

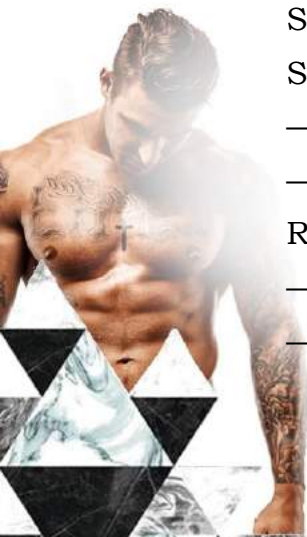
—¿Tarta?

—Y aquí yo pensando que eres dulce e inocente.

Rio. —Abre

—Oh. Se sigue poniendo mejor. ¿Qué me darás después?

—La noche aún es joven —dijo, con un brillo perverso en los ojos.



Abrí la boca y me alimento. Ocho años libres de postres y azúcar refinado, directos al infierno por la tentación al otro lado de la mesa. Ella me miraba la boca mientras masticaba, y su mirada caía a mi garganta cuando tragaba. De regreso a mi boca mientras me lamía los labios, sus ojos siguiendo el progreso de mi lengua. Levantó la mirada y sus ojos verdes se encontraron en los míos.

—Hiciste que esa inocente tarta pareciera francamente pecaminosa —dijo.

—Yo te doy el pastel de chocolate y puedes devolverme el favor.

Con sus ojos todavía atrapados en los míos, me dio el tenedor y empujó el pastel enfrente de mí. Desafío aceptado. El chocolate nunca había parecido tan pecaminoso. Extendí la mano a través de la mesa y lentamente corrí mi pulgar por su labio inferior, sintiendo el temblor atravesarla.

—Tienes un poco ahí.

Enredo su mano alrededor de mi muñeca y guio mi pulgar a su boca. Santa mierda. Sus labios se envolvieron alrededor de mi pulgar y lo succionó, con sus mejillas hundidas, su lengua moviéndose círculos, sus dientes arañando piel. Me ajusté por debajo de la mesa. Tenía todas las intenciones de dejarla y darle solo un beso de buenas noches y nada más. Por primera vez en mi vida, quería tomar esto lento y hacerlo bien. Pero estaba tirando por la borda todas mis buenas intenciones. Todo en lo que podía pensar eran esos labios alrededor de mi polla.

Eden liberó mi pulgar, con sus párpados medio abiertos.

—Sabes bien.



20

Eden

Sus manos agarraron mis caderas, y su boca tomó el mando de la mía. El pateo la puerta para cerrarla detrás de nosotros, nuestras bocas aun unidas, nuestros besos calientes, húmedos y frenéticos, me llevó contra el muro. Su mano en un puño en mi cabello y la otra acunando mi trasero, su duro cuerpo presionado contra el mío. Me beso como si estuviera hambriento y yo fuera su comida favorita. Lo bese de regreso de la misma forma. Todo había comenzado en el restaurante, el bulto en sus pantalones era difícil de ignorar, pero él no sabía que tan húmeda me había puesto durante nuestra demostración de porno suave, también conocido como postre. Intentó decir buenas noches con un beso y dejarme en la puerta como un caballero, pero le dije que viniera adentro, prácticamente deletreándolo para él. Sexo, sexo, sexo.

Mis manos hambrientas se clavaban en su espalda, mis dedos cavando en su camisa y músculos.

—¿Estás segura sobre esto? —preguntó roncamente.

Golpeé mis caderas contra él para que supiera cuan segura estaba. Lo quería. Dentro de mí. Encima de mí. Debajo de mí. Rudo y salvaje. Lento y gentil. En cada manera. Lo quería todo.

Su mano se deslizo en mis bragas, frotando entre mis pliegues. Gemí y golpeé contra su mano. Dos dedos se deslizaron dentro de mí, alcanzando y doblándose, frotando ese punto que tocaba cada nervio de mi cuerpo. ¿Como sabía exactamente donde tocarme?

Mis dedos desabrocharon los botones de sus pantalones, y mi mano fue al interior de sus boxers. Largo, grueso y duro como una roca, gimió profundo y gutural y tan erótico que resonó en mi núcleo. Deslice mi mano por su longitud dura, frotando la yema del pulgar alrededor de la pequeña hendidura en la punta.

—Joder —gruñó.

Me levantó del suelo, y mis piernas se enredaron alrededor de su cintura, me cargó a la habitación. Poniéndome al final de la cama, se arrodilló frente a mí para deshacer una sandalia y después quito la otra, no era como que

estuviera apresurado teníamos todo el tiempo del mundo ahora. Cuando llegué a él me dijo que me sentara y mantuviera mis manos para mí.

—¿Todavía dando órdenes? —pregunté.

—Todo para tu placer.

Y, oh sí, era *todo* para mi placer.

Sus cálidas y callosas manos en mis hombros desnudos, mis brazos, mi vestido meticulosamente deslizándose de mi cuerpo, sus dedos acariciando mi piel. Estiró la mano hacia mi espalda y expertamente desabrochó mi sostén, arrojándolo al suelo. Poniendo sus manos en mis brazos, me empujó de regreso a la cama. Mi vestido salió. Mis bragas fueron las siguientes. Estaba recostada en mi cama, los pies en el piso, desnuda para él. Me empuje en mis codos.

—Eres tan hermosa —dijo, en voz baja como si estuviera en una iglesia, aun arrodillado frente a mí, sus ojos adorando mi cuerpo. Empujó mis muslos separados y puso su cabeza entre ellos, agarrando mis caderas con sus manos. Mi espalda golpeo la cama. No podía sostenerme más tiempo. Me torturó con su lengua, persuadiendo y provocando, llevándome al borde y luego desacelerando el ritmo. Mis manos se apretaron en puños en las sabanas, y tiré tan fuerte que ambas esquinas se soltaron. Su mano se deslizó sobre mi vientre y apretó mi pezón entre sus dedos mientras seguía moviéndose y provocando.

—Killian —susurré. No estaba por encima de rogar—. Por favor.

Eso fue todo lo que tomó. Dedos, lengua, boca. ¿Qué clase de brujería era esta? Ni siquiera sabía que me estaba haciendo, pero nunca lo había sentido. Mi cuerpo entero estaba temblando.

Estaba tan... cerca. Mis ojos rodaron a la parte de atrás de mi cabeza. No tenía control sobre los sonidos saliendo de mi boca.

—Killian —dije, en una voz que apenas reconocí como mía. Me vine tan duro que prácticamente estaba llorando.

Todavía estaba cabalgando sobre la cresta de la ola cuando escuche sus botas contra el suelo. Abrí los ojos se estaba desabrochando su camisa, exponiendo su bronceada piel y músculos esculpidos.

—¿Me quieres? —preguntó, arrojando su camisa al suelo.

Mi mirada viajó de su pecho a su corte en V de sus abdominales y más abajo, hacia los desabrochados pantalones. Quería más. Quería que me llenara, me trajera sobre el borde de nuevo, sabía que él podía.

Asentí. *Si, si, si te quiero.*

—Necesito escuchar las palabras —dijo.

—Te quiero.

Se quitó los pantalones y su boxer y se paró frente a mi desnudo, en las sombras oscuras de mi habitación y oh por Dios, nunca había visto nada tan

perfecto como él. Cada musculo estaba claramente definido, su polla larga y gruesa e imposiblemente grande. Quería tocar cada centímetro de su piel y músculos, sentirlo en mis manos, mi cuerpo enredado en el suyo.

Acuné sus bolas en mis manos, sintiendo su peso, y les di un leve apretón. Él contuvo el aliento y agarró mis hombros, sus dedos cavando en mi piel. Deslice mi otra mano en su longitud, sintiendo la piel sedosa, fina y sus venas. Estaba tan duro que debía ser doloroso. Envolviendo mi mano en la base, lo provoqué con la punta de mi lengua, corriéndola a través de su longitud, y haciendo círculos con la lengua. Sus manos en mis hombros se apretaron, su respiración entrecortada cuando lo tome en mi boca.

Se alejó de mí.

—Necesito estar dentro de ti. —Sacando un condón del bolsillo de sus pantalones, abrió el paquete y lo puso en su erección.

Me levantó de la cama y puso sus brazos a cada lado de mí, bajando su cabeza y besándome duro. Me probé a mí misma en sus labios y lengua.

—Sabes tan dulce —dijo, en su caliente y grave voz—. Mejor que cualquier postre.

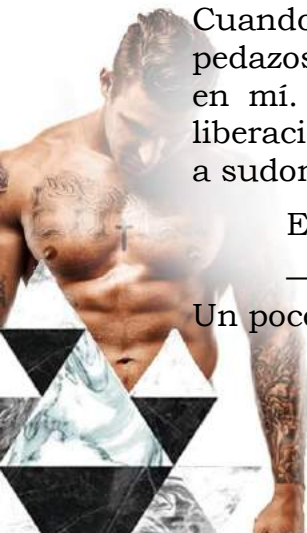
Arquee mi espalda, mis pechos presionándose contra su pecho, mis pezones poniéndose duros con el contacto. Soportándose a sí mismo con un brazo, frotó su punta contra mi clitoris, tensando los apretados nervios hasta que volví a sentir un calor resbaladizo entre mis piernas. Siguió besándome. Siguió provocándome hasta que todo lo que podía hacer era rogarle que entrara dentro de mí ya. Cómo ejercía tanto autocontrol, no tengo ni idea. Estaba ansiosa por otro orgasmo, y él ni siquiera había tenido el primero aún.

Se sentó y se arrodillo entre mis piernas, su mano acaricio mi muslo interno, envolvió mi pantorrilla y la puso sobre su hombro. Mi otra pierna envuelta en su muslo, cuando finalmente, entro en mí, sabía que nada, absolutamente nada, se había sentido así de bien. Observé su rostro fuera de guardia, el intenso placer escrito sobre todo él, sus labios ligeramente abiertos. Me emocionaba haber sido yo quien lo hizo poner esa cara.

—Quiero que te vengas —dijo, su dedo frotando mi clitoris. Yo era solo mi cuerpo. Piel, huesos, músculos. Estaba gimiendo. Y también estaba... tan cerca. Cuando me vine, estaba completamente abierta. Rompiéndome en miles de pedazos. Mis músculos se apretaron alrededor suyo mientras embestia profundo en mí. Una. Dos. Tres veces. Se desmoronó, su cuerpo se sacudió con su liberación, sus brazos a mi alrededor, sosteniéndome cerca de él. Olíamos como a sudor y sexo y sucios placeres.

Enterró su rostro en mi cabello.

—Te sientes jodidamente increíble, Sunshine. —Sonreí en la oscuridad. Un poco después, me preguntó—: ¿Funciona ese aire acondicionado?



21

Killian

Estaba tan ensimismado que no esperaba una esperanza del infierno. Una noche, y ya se había metido bajo mi piel. Esos fueron mis primeros pensamientos cuando desperté a la mañana siguiente, su cálido cuerpo curvado contra el mío. Mi siguiente pensamiento fue que estaba tan duro que mi polla dolía. Presionó su trasero contra ella y pensé que lo había hecho dormida, hasta que escuché su risa ronca.

—Maldita seductora —dije.

—Anoche me llamaste “sucio ángel”.

—Anoche te llamé un montón de cosas.

—Mmm, eres creativo. —Se giró en mis brazos para enfrentarme. Incluso en la mañana, sin maquillaje y con su cabello salvaje enredado, seguía siendo hermosa—. Buenos días.

Demonios si no era la mejor mañana que podía recordar. Nunca había dormido en la cama de una chica durante toda la noche. Nunca me desperté en una. No quería dejar esta cama con sus sábanas blancas como la nieve y su edredón suave. Las persianas estaban cerradas y el aire acondicionado bajo la ventana rechinaba y emitía un silbido, pero había cerrado la puerta de su habitación, lo había encendido y el dormitorio ahora se encontraba fresco y agradable. Se estiró y agarró un condón de la mesa de noche. Anoche, me había alegrado de ver que la caja seguía cerrada—. ¿Tercera ronda? —preguntó con un guiño.

—No lo sé. Eres una flor delicada. ¿Estás segura de que tienes ganas?

—Parece que tú tienes ganas. —Quitó las sábanas para revelar la evidencia—. Estoy segura de que puedo hacer el esfuerzo.

Agarró mi polla en un puño y observé cómo movía la mano arriba y abajo, ejerciendo la presión adecuada. Mis bolas estaban tan tensas que creí que explotarían en su mano.

—Oh... Dios —gemí.

—Puedes llamarme Eden.

Beneath
your

—Eden. Eden. Eden. —*¿Qué me estás haciendo?*

Mantuvo el agarre firme en mi polla y abrió el envoltorio del condón con los dientes. Se lo quité, lo rodé por mi erección y la acomodé sobre mí. Me tomó en su mano y me guio hacia su interior. Ya estaba mojada para mí. La tomé por las caderas, en un intento de controlar el ritmo. Si seguía moviéndose así no duraría ni dos segundos. Pero ella tenía otras ideas.

—Las manos detrás de la cabeza.

Deslicé las manos por sus costados y agarré sus pechos, pasando el pulgar por sus pezones endurecidos bajo mi tacto.

—Pero piensa en todo lo que pueden hacerte.

Agarró mis muñecas y colocó mis manos a ambos lados de mi cabeza.

—Déjame mostrarte lo que yo puedo hacer.

—Me encanta cuando hablas sucio. —Entrelacé los dedos detrás de mi cabeza y la dejé controlar la situación. Su idea de tomar el control se refería tanto a mí *como* a ella.

Fruncí el ceño.

—Ese es mi trabajo.

—Solo recuéstate y mira.

Oh, mierda. Lanzó la cabeza hacia atrás, acariciándose el clitoris, cabalgándome duro y apretándose el pezón con los dedos, su palma firme en mi pecho para sostenerse. Su largo cabello rubio, sedoso y suave, caía por su espalda y acariciaba mis muslos. Giré las caderas y dejó escapar un gemido que pondría en evidencia a cualquier estrella porno.

—¿Estás cerca? —pregunté, mi voz estrangulada. Apenas podía aguantar y, si no acababa pronto, lo perdería—. Nena...

—Killian —gritó. Cerró los ojos y abrió la boca, sus músculos se apretaron alrededor de mi polla. Me senté, envolví los brazos alrededor de su cuerpo tembloroso y exploté en su interior.

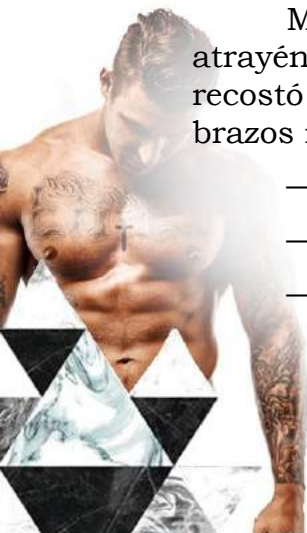
Nunca nada se había sentido tan bien.

Mi espalda colapsó contra la cama, mis brazos todavía sosteniéndola, atrayéndola conmigo. No podía hablar, no podía mover un solo músculo. Se recostó sobre mí, sus piernas temblando como si no pudiera controlarlas, sus brazos rodeando mi cuello, su rostro presionado contra mi hombro.

—No puedo moverme —murmuró.

—No lo hagas. Nos quedaremos aquí todo el día.

—Como Yoko Ono y John Lennon.



Me perdió allí. Me desmontó y me estiré para alcanzar el condón, pero ella apartó mi mano y se encargó de quitarlo.

—Dime que soy el mejor que has tenido —dije en tono bromista. Sin embargo, no estaba bromeando. Quería ser así para ella porque ella lo era para mí.

—Acabo de cabalgarte como una vaquera. ¿Qué más quieres?

Una respuesta.

La observé mientras caminaba por la habitación, desnuda, el condón colgando de sus dedos. Jesús. Me pasé las manos por el rostro. Una noche nunca sería suficiente.

—Eres el mejor que he tenido —gritó desde el pasillo antes de que la puerta del baño se cerrara detrás de ella.

Con una estúpida sonrisa en mi rostro, me vestí.

Me estaba poniendo las botas cuando regresó a la habitación usando una corta bata de seda verde que combinaba con sus ojos. Los celos me invadieron. ¿Su exnovio se la había regalado? ¿La usó después de tener sexo con él? ¿Cómo es que alguien podría pensar que hay algo mejor que ella? Había estado con demasiadas mujeres para contarlas, pero todas me habían dejado sintiéndome frío. O insensible. Pero no Eden. Ella me hizo sentir demasiado de todo. Arrastré una mano por su cintura y la atraje a mi regazo, envolviéndola con mis brazos.

—Escucha... sobre anoche...

Su teléfono sonó en la mesa de noche. Un número desconocido. Lo observó, mordiéndose el labio inferior antes de alcanzarlo y presionar el botón para silenciarlo.

—¿Era él? —pregunté. Mis brazos se tensaron a su alrededor como si fuera un escudo humano, protegiéndola de las fuerzas del mal.

—Sí. Pero nunca le respondo.

Eso me sorprendió. Eden no le temía a la confrontación y no era el tipo de mujer que se escondía o metía la cabeza en la arena. Me desafiaba en todo y no dudaba en ponerme los puntos o pedirme respuestas.

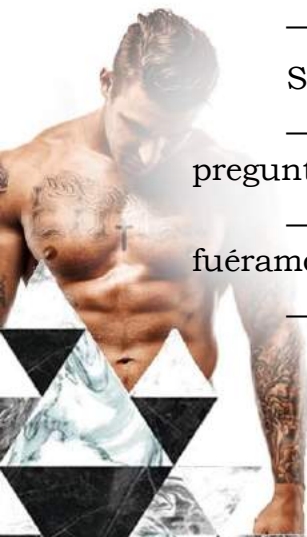
—¿Por qué no?

Se encogió de hombros.

—¿Por qué no respondes? —pregunté, queriendo saber. Quizás la pregunta era ¿por qué sigue llamando?

—¿Qué puede decir para justificar sus acciones? Nada. Y no es como si fuéramos a regresar. No sé por qué sigue llamando. ¿Cuál es el punto?

—¿Nunca hablaste con él después de que los atrapaste juntos?



—No —dijo, mordiéndose el labio inferior. Era lo suyo. Lo hacía cuando estaba nerviosa—. Pero lo haré. Con el tiempo.

No podía culparla por no querer hablar con él. ¿Qué podía decir? El idiota nunca la mereció. Había pasado cinco años en una relación comprometida con el chico, así que debía amarlo. Yo había pasado una noche con ella, y semanas más tarde seguía intentando convencerme de que no debería dejarla sola. Nada de lo que hice funcionó. Cuando cerraba los ojos, veía su rostro. Luego de que me ahogué en un par de vasos de Jameson, quise llamarla y oír su voz. Mi mano no satisfacía mis necesidades. Nada lo hacía. Pero ahora no podía imaginarme sin ella.

—¿Qué ibas a decirme? —preguntó, y sonó como si se estuviera preparando para oír malas noticias—. Porque no quiero que lo de anoche sea algo de una sola noche. Quiero seguir con esto. No necesitamos estar en una relación verdadera. Podríamos solo follar.

—¿Eso es lo que quieres?

—Sí. Es lo que quiero. —Pero pude oír en su voz que no era lo que quería—. ¿Qué piensas?

Pensaba queapestaba. Ni siquiera era suficiente. Se merecía algo mejor, y no estaba seguro de poder dárselo, pero quería hacerlo. Quería ser el chico que la llevara a cenar, le trajera flores y despertara con ella por la mañana. El pensamiento de otro haciéndolo revolvía mi estómago. Nunca antes había sido celoso, pero ahora sentía celos de cualquier tipo que estuvo antes que yo y de cualquiera que pudiera estarlo.

—Creo que es una mala idea.

Sus hombros cayeron.

—Oh. Está bien.

—Estás conmigo. Nadie más. No fue algo de una sola noche y no estamos solo follando.

—¿Qué? Pero acabas de decir... —Frunció el ceño. Era adorable. Todo lo que hacía era adorable. Sí, estaba jodido—. ¿Quieres una relación?

¿Eso era lo que quería? No podía lidiar con la alternativa. Dejarla ir. Asumir el riesgo de que encuentre a alguien más. O folle con tipos al azar. No. Eso no ocurriría.

—Sí, eso es lo que quiero. ¿Y tú?

Se tomó un minuto para pensar en ello y luego sonrió, envolvió un brazo alrededor de mi cuello y se acurrucó contra mi pecho.

—También. Follar me hace sentir un poco vacía.

Esta mañana, sentí muchas cosas. Vacío no fue una de ellas. Le doy un pequeño apretón.

—Entonces, ¿por qué dijiste que era lo que querías?

—No lo sé. Solo... no eres un chico de noviazgos.

—Tendrás que mostrarme cómo se hace —dije.

Giró su cuerpo hacia mí y me miró a los ojos, esos ojos verdes tan claros y brillantes, buscando la verdad. Queriendo confiar en mí, pero insegura de si podría hacerlo. Sabía lo que iba a pedirme antes de que lo dijera.

—Necesito que me prometas algo.

—No te engañaré —dije, ganándole de mano, mi especialidad.

—¿Lo prometes?

—Por mi vida. —Era un montón de cosas, no todas buenas, pero nunca me iría con alguien más a sus espaldas. No había mirado a otra mujer ni había alentado su avance desde que la conocí. Me miraba en el bar tanto como yo a ella, así que lo sabía—. Si hiciera algo así, tienes mi permiso para golpear mi auto y luego darme con el bate en la cabeza.

—Nunca te lastimaría, Killian —dijo suavemente.

La manera en que lo hizo casi me mata. Sabía que se refería a que nunca me lastimaría físicamente, y observó la cicatriz en mi cuello mientras lo hacía. La miraba mucho, sus ojos repletos de preguntas que no tenía la intención de responder honestamente. Pero no pude evitar sentir que hablaba de otro tipo de herida, y eso era una promesa que ninguno de los dos podía asumir. La vida era desordenada y complicada. Yo era desordenado y complicado. Cosas malas pasaban. Los corazones se rompían, intencionalmente o no. Siempre había resguardado el mío, lo había mantenido fuera de peligro al no dejar que ninguna mujer se acercara demasiado. El sexo ocasional había sido un estilo de vida para mí y nunca había tenido problemas para mantener los límites. *Hasta ella.*

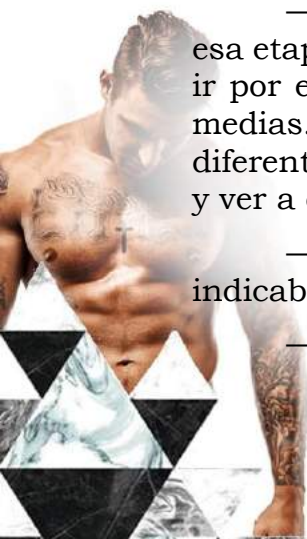
Estaba tan a su merced como ella lo estaba conmigo. Eso, eso mismo, era una mierda aterradora.

Levantándola de mi regazo, la coloqué en la cama junto a mí y me recliné para atar mis cordones. Cuando me puse de pie, se acercó a mí y me tomó ambas manos.

—Podemos ir despacio —dijo Eden, pero pensé que ya habíamos pasado esa etapa e íbamos en modo turbo. Ninguno de nosotros estábamos hechos para ir por el carril lento, y una vez que me comprometía a algo, nunca lo hacía a medias. Era todo o nada para mí, y tenía la sensación de que ella no era muy diferente. Pero no se lo dije. Todo lo que podíamos hacer era embarcarnos en ello y ver a dónde nos llevaba. Solo esperaba que todo terminara bien.

—¿Lista para irnos? —Eché un vistazo a su diminuta y sexy bata que me indicaba que no estaba lista para marcharse a ningún lado.

—¿Ir a dónde? —preguntó, frunciendo el ceño.



Reí. Había olvidado la idea de pintar la pared. Cuando finalmente se dio cuenta, se dio un golpecito en la frente y gimió.

—Dame dos minutos. —Sostuvo dos dedos en alto y voló hasta su vestidor. Luego de hurgar en los cajones, salió con unos shorts, una camiseta y un conjunto de sujetador y bragas a juego azul con un entramado en plateado. Ahora sabía lo que había debajo de su ropa. Pura y deliciosa tortura.



22

Killian

paradise books

Me tuvo esperando durante quince minutos, pero no me quejé. Me impresionó que se duchara, vistiera, se secara el cabello y estuviera en el Jeep con tanta rapidez. Usaba unos lentes de sol enormes, shorts diminutos y una camiseta de Ripcurl que dejaba ver su cintura y abrazaba su cuerpo en todos los lugares correctos. Lucía como una estrella de Hollywood. Un sucio ángel. Una surfista de California. Un cuento de hadas moderno. Eden Madley era sexy, dulce, hermosa y era mía. ¿Cómo demonios había ocurrido esto?

Mientras conducía, ella se acomodó el cabello en la parte superior de la cabeza, lo retorció una y otra vez y lo amarró en un nudo. Algunas hebras de su cabello se escaparon y volaron con la brisa que entraba por la ventana abierta. Con los pies descalzos apoyados en el tablero, golpeteó el marco de la ventana al ritmo de "When the Night Feels My Song" de Bedouin Sounclash. Tenía que acordar con la letra: era un día maravilloso. Un día ordinario, pero maravilloso. No sentía el peso del mundo sobre mis hombros. Me sentía feliz de una forma que hacía tiempo no me sentía. Quería disfrutarlo todo el tiempo que durara.

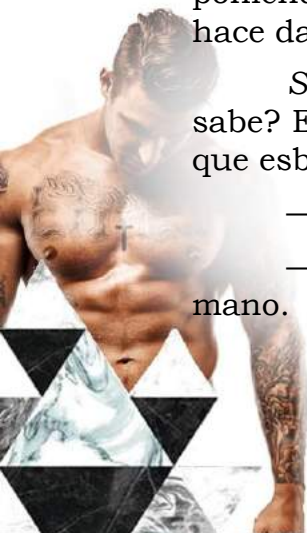
Recogimos café de su barista favorito que sumó dos más dos y obtuvo cinco.

—Entonces... ustedes dos, ¿eh? —Se llevó la mano al corazón y le dio unos golpecitos. Luego batió las pestañas hacia nosotros dos—. Sabía que había algo allí desde ese primer día. Se ven bien juntos. Solo para que quede claro —dijo, poniendo su mano en mi hombro—, sabía que eras heterosexual. Pero nunca hace daño mirar, ¿verdad?

Solo dame el café y ahórrame la charla. Quizás gruñí en respuesta. ¿Quién sabe? Eden me dio un empujoncito en el hombro, instándome a responder, así que esboqué una sonrisa e intenté ser amable.

—Cierto. No hace daño mirar.

—Ten un buen día —dijo Eden, con una gran sonrisa y un gesto con la mano.



Beneath
your

—Tú también —le respondió, guiñándonos un ojo como si hubiera sido personalmente responsable de que termináramos juntos.

—No vuelvas a jugar con mi cabeza, ¿de acuerdo? —dijo Eden cuando estábamos de regreso en el Jeep y mientras bebía su café con leche y azúcar. Guardaría su rollo de canela para más tarde, habiendo desechado mi sugerencia de que probara una de las ensaladas o el yogur griego.

Le eché un vistazo.

—¿Cómo es que juego con tu cabeza? —No estaba seguro de querer oírlo.

—¿No sabes cómo juegas con mi cabeza?

Estacioné frente al bar y dejé el motor encendido. Se quitó el cinturón de seguridad y se acomodó en el asiento para mirarme.

—Si vamos a hacer esto, tenemos que ser abiertos y honestos el uno con el otro. No puedo lidiar con esto si cambias de humor y no sé el motivo. Como después de la vez que hice un boceto de tu rostro, ¿por qué estabas tan cerrado? Fuiste muy frío.

Estaba esperando una respuesta, y sabía que no me dejaría ir hasta que la obtuviera. Rasqué mi nuca. Esto no sería fácil, pero si quería estar con ella, no podía caer ante el primer obstáculo. En verdad quería estar con ella. Pero no sabía cómo responder su pregunta.

—¿Es por eso, que saliste con Adam? —pregunté. Era un movimiento de imbécil y lo sabía. Como punto a su favor, no cayó en la trampa.

—Killian. Mirame.

La miré. Se colocó los lentes de sol sobre la cabeza y me observó de la forma que solo ella podía hacerlo. Como si fuera una excavadora cavando en mis secretos y mentiras y exponiéndolos a la luz.

»Si no estás listo para esto, dímelo ahora antes de que comencemos. No quiero que me tengas dando vueltas. Estoy trabajando en mí misma, y no necesito que nadie me haga sentir mal sobre mí. Me preocupo por ti y creo que tú también lo haces por mí. Pero tenemos que comenzar a comunicarnos mejor.

Como dije, era fuerte y valiente, y no le temía a la confrontación. Me preocupaba por ella, más de lo que probablemente pensaba. Lo último que quería era hacerla sentir mal sobre sí misma. Me recosté sobre el asiento y busqué en mi cerebro la respuesta correcta. El sexo era fácil. La intimidad era difícil para mí.

—Si rebuscas demasiado, si cavas muy profundo, no te gustará lo que encuentres y eso... me aterroriza. —Tragué con fuerza, inseguro de cómo toda esta honestidad me hacía sentir. Quería que se marchara para que yo pudiera ir a entrenar al gimnasio. Golpear una bolsa de cuero con mis manos desnudas hasta que mis nudillos estuvieran en carne viva y sangrando. Así era como me hacía sentir.

Se inclinó hacia adelante sobre la caja de cambios y envolvió una mano alrededor de mi nuca, atrayéndome hacia ella para un beso de despedida. Cerré los ojos y presionó sus labios suavemente contra mis párpados cerrados. Se sentía extraño, pero de una buena manera. Dulce, amable y cariñoso. Volvió a acomodarse en su asiento y me echó un vistazo, una pequeña sonrisa bailando en sus labios.

—¿Qué fue eso? —pregunté.

—Un beso de ángel. De un ángel sucio. Y me gusta lo que veo, incluso cuando cavo profundo. Déjame verte, Killian. No me dejes afuera. —Salió del Jeep y se despidió con la mano.

Síp. No me había buscado en Google. Mierda. ¿Qué pensaría de eso? No importaba que lo hubieran dictaminado como un accidente. O que hubieran afirmado que había afecciones médicas preexistentes. Mis manos fueron oficialmente armas letales. Era un hombre que buscaba la salvación y la redención, sin tener idea de cómo encontrarlas.

En mi camino al gimnasio, pensé sobre lo que me había preguntado en la cafetería el día que hablamos durante una hora. ¿Cuál sería mi primera elección de una carrera profesional? Durante años, todo lo que había conocido eran las peleas. Durante toda mi vida había peleado para sobrevivir, contra los abusadores, contra la autoridad. Cuando descubrí el jiu-jitsu brasileiro a los quince años, me enamoré. No solo me dio el entrenamiento de defensa propia que necesitaba, también me dio un objetivo y un propósito en mi vida. Las artes marciales mixtas habían sido mi pasión, mi arte, mi religión, mi vocación. Por primera vez en mi vida, había encontrado un hogar, un lugar a donde pertenecía. Amaba la descarga de adrenalina. Amaba a la multitud. Amaba a los fanáticos, en especial a los niños. Cuando me pedían un autógrafo y me decían que querían ser como yo cuando crecieran, que era su luchador favorito, su héroe, nunca me había sentido más humillado u orgulloso de cualquier logro en mi vida.

Pero esa vida se había terminado y no podía regresar a ello. Ahora, si pudiera elegir hacer algo, usaría mis manos para hacer el bien. Para crear algo hermoso. Para construir algo en lugar de golpear y destruir. Pero era inútil pensar en lo que *haría* cuando ya me había comprometido con el negocio del bar. Había peores maneras de ganarse la vida, y no lo odiaba. Solo que tampoco lo amaba.

Más tarde, la enormidad de lo que estaba ocurriendo me golpeó. De alguna manera, me había metido en una relación y estaba feliz con ello. Me apoyé contra el umbral de la puerta en el patio y la observé pintar la pared mientras hablaba con Zeke. Sabía que eran solo amigos y no necesitaba ser un idiota sobre ello. Eden dijo que necesita esforzarme y ser agradable con Zeke. Jesús. Esta chica estará gobernando mi vida pronto, como si ya no lo estuviera haciendo.

El mural se desplegó ante mis ojos mientras pintaba las flores rosas. ¿Amapolas? Su talento me asombró. Cuando vi el boceto que hizo de mí, sentí

como si estuviera viéndome de la forma que ella lo hacía, no de la forma en que era, sino mejor. Como si fuera alguien bueno.

Su arte era diferente al de Connor. Él era más gráfico, supongo. Le gustaban los mangas y el animé. En los primeros años de su adolescencia, había estado trabajado en un libro de comics, pero no supe qué ocurrió con él. Eché un vistazo a mi teléfono como si, al pensar lo suficiente en Connor, eso le enviara un mensaje telepático de que debería llamarme.

Mi teléfono siguió en silencio.

Desafortunadamente, Louis no lo hizo. Estábamos en la acera frente al bar, observando la construcción del techo en la que trabajaban los chicos. No es como si observarlos acelerara el proceso o redujera los costos. Éramos mariscales de campo un lunes a la mañana, criticando su trabajo y quejándonos de todo lo que podríamos hacer mejor. Tomé un sorbo de mi botella de agua y entrecerré los ojos al grupo de hombres con cascos protectores haciendo nada, según mi opinión.

—No ha levantado su trasero en veinte minutos —gruñó Louis—. ¿Qué demonios está haciendo?

—Tomando sol en nuestra playa de alquitrán. —El tipo en cuestión estaba sin camisa, con una barriga de cerveza y el rostro rojo que no se debía a un exceso de trabajo, a juzgar por la forma en que estaba sentado como una papa.

—Qué bueno que hayamos acordado el precio del trabajo —dijo Louis.

—Deberíamos haberlo hecho nosotros.

—Porque tenemos tanta experiencia en levantar techos —dijo Louis impávido—. Con tanto tiempo libre en nuestras manos.

Podríamos haberlo hecho, pero teníamos suficiente trabajo, entre la gerencia del bar y andar por ahí, haciendo nada, como ahora.

—Hablando de manos, ¿cómo estuvo tu cita? —preguntó Louis.

—Mantuve mis manos para mí mismo —sofoqué una risa, pensando en la orden de Eden de no utilizar mis manos esta mañana.

—Patrañas. —Me miró de reojo. Mi rostro no le dio indicios de apoyar su afirmación. A diferencia de Eden, había perfeccionado el arte de mantener una cara de póquer. Una vida de secretos y mentiras me enseñó a ocultar mis emociones—. ¿Ya le contaste? —preguntó Louis, rompiendo mi burbuja de felicidad.

Negué con la cabeza.

—Deberías —dijo. Eso era algo que ya sabía.

Ella lo averiguaría con el tiempo. Todos los camareros de Trinity Bar, excepto ella, habían descubierto con el tiempo lo que hacía para vivir. Les pedí que mantuvieran sus bocas cerradas, pero uno de estos días se les escaparía.

—Nadie te juzga tan duro como tú mismo —dijo Louis, intentando impartir algunas palabras de sabiduría.

Demasiado malo que fuera una mentira. Anna Ramirez me juzga y un día, cuando su hijo sea lo suficientemente mayor para comprender, él también lo hará y me odiará por lo que le he robado. Algunas veces, intenté consolarme sabiendo que Johnny amaba las artes marciales mixtas tanto como yo lo hacía. Comía, dormía y respiraba el deporte. Había recibido demasiados golpes en la cabeza, había sufrido demasiadas concusiones, supuestamente. Si ese hubiera sido el caso, ¿por qué lo dejaron pelear contra mí? Las lesiones eran un riesgo que asumíamos cada vez que entrábamos a la jaula. Si te preocupabas por lo que podría pasar o dejabas que el miedo se meta en tu cabeza, ya habías perdido la pelea antes de que empezara. Para ganar, necesitabas ser mentalmente fuerte y estar confiado. No hay lugar para las dudas. Johnny estaba considerado física y mentalmente apto. Incluso después de ese golpe en la cabeza durante nuestra pelea, había pasado los exámenes de su equipo médico y lo enviaron de regreso por dos rondas más.

—Si por algún golpe horrible del destino no pudiera seguir peleando, ya no sería Johnny Ramirez —me dijo una vez después de una sesión de entrenamiento—. Estaría enojado con el mundo, odiaría mi vida y sería insoportable.

—¿Más que ahora? —bromeé, pero había comprendido lo que decía porque sentía lo mismo.

—Tú tampoco eres un día de playa, Vincent.

—¿Es por eso, que siempre intentas ser mi amigo?

—Dejaremos nuestro bromance afuera del octágono. Cuando debo pelear contigo, cualquier cosa puede pasar.

—No pelearé contigo. —Johnny era cinco años mayor que yo; era mi compañero de equipo, mi mentor, mi amigo y un contrincante en mí misma categoría. Su carrera comenzó a ascender mientras que la mía apenas empezaba. Nosotros no elegíamos a nuestros oponentes. Los promotores lo hacían. Pero los compañeros de equipo que peleaban entre sí era algo polémico, que no quería hacer. Irónicamente, Johnny no tenía problema con ello.

—Tu estrella está en alza. Todos están invirtiendo en la marca Killian Vincent —había dicho—. Si sigues así, nuestra hora de la verdad llegará.

—Lo rechazaremos.

—A la mierda. Somos luchadores. No solo es lo que hacemos, sino lo que somos. Estamos en la UFC porque queremos pelear con los mejores. Si ese día llega, pelearé contra tu trasero lamentable por el título. Después de que gane, nos daremos un apretón de manos y te compraré un whiskey para que puedas ahogar tus penas en él.

Por un golpe horrible del destino, no sucedió de esa manera.

Peleamos para ganar. No para matar. No para acabar con otra persona. No éramos gladiadores en el Coliseo, luchando por nuestras vidas. Creímos que éramos hombres de orgullo y honor. Competidores en el octágono, amigos fuera de él.

Hace mucho tiempo, fui campeón. ¿Quién, o qué, era ahora?



23

Eden

*Z*ona de amigos —dijo Zeke. Estaba recostado en una silla del patio, absorbiendo los rayos de sol y bebiendo un Gatorade mientras yo pintaba mi campo de amapolas.

—Te envíe a la zona de amigos y eso está resultando bien.

—Sin ofender, pero *yo* te envíe a *ti* a la zona de amigos. Killian me dio instrucciones estrictas de que estabas fuera de los límites. Quiero mantener mi trabajo. Es agradable.

—¿En verdad dijo eso? ¿Por qué? —Me giro para mirar a Zeke, cuyos ojos están cerrados.

—Probablemente porque sabe que soy un gigoló. —Zeke sostuvo sus manos en alto—. Ni siquiera me disculpo por eso.

—No puedo creerlo de Killian. Esa debería haber sido mi decisión, no suya. —Lo que era cierto. ¿Pero él sintió que había una conexión desde la primera vez que nos vimos? Nunca había tenido sexo de esa manera. Fue tan intenso, tan extraordinario, tan todo. Sabía cómo jugar con mi cuerpo, cómo hacer que rogara por más. Con él, tenía la sensación de que siempre querría más. Pero anoche fue más que sexo. Me sostuvo entre sus brazos durante toda la noche, mi espalda contra su pecho, y se sintió tan bien y tan correcto. Era difícil creer que habíamos tomado tantos desvíos para llegar a este lugar. Pertenece a sus brazos, de una forma que nunca me había sentido antes, ni siquiera con Luke.

—¿Hubieras ido por mí? —preguntó Zeke.

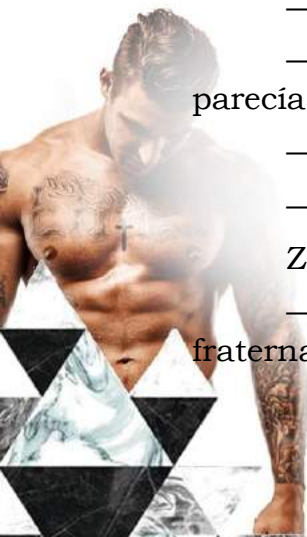
—No. Te pareces demasiado a mi hermano Sawyer. —En realidad no se parecía a Sawyer, pero Zeke no me atraía y no quería herir sus sentimientos.

—Tu hermano debe ser un semental —dijo Zeke.

—A él le gustaría pensar eso.

Zeke resopló con disgusto.

—Mi ego está siendo aplastado y molido. He sido relegado al amor fraternal. Y a la zona de amigos. ¿Qué demonios?



—Solo acepta el desafío. ¿No te aburres de ir de chica en chica?

—Nop. Todas las mujeres son diferentes. Eso es lo divertido. Me gusta mantener mi vida simple. Sin emociones complicadas que me la dificulten. Si Hailey cree que soy profundo, lamentablemente está equivocada.

—¿No temes que descubra que eres solo una cara bonita? —bromeé.

—Oye. Eso no es justo. También tengo un cuerpo asombroso. Mi cuerpo es mi templo y ella debería adorarlo en lugar de tratarme como un... *amigo* —dijo, como si la palabra “amigo” fuera algo horrible.

—Entonces olvídate de Hailey. Nadie te obliga a ser su amigo.

—Sé que tú la convenciste de esto.

Me encogí de hombros.

—Solo lo sugerí. Fue la decisión de Hailey.

Zeke suspiró.

—Como dije, mi reputación me precede.

Di un paso atrás para estudiar mi campo de amapolas rosadas abstractas.

—Tu mural se ve increíble.

No estaba tan segura, pero era bueno escucharlo.

—Gracias.

—Debo irme —dijo Zeke, tomando su patineta—. Te veo más tarde.

—Nos vemos.

Unos minutos más tarde, miré dentro del bar y vi a Zeke hablando con Killian. Sonreí para mí misma cuando los oí reír.

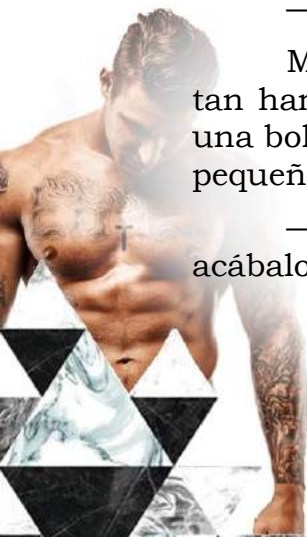
Me coloqué los auriculares y regresé a mi mural. El ladrillo estaba agrietado en algunas partes, la pared derruida en otras. Me gustaba que no fuera perfecto y que mi mural pareciera un grafiti. Cuando lo terminara, trabajaría en mi próxima pieza: arte callejero.

—Es hora de un descanso —gritó Ava desde la puerta.

—Tengo que terminar.

Me alejé de allí y me obligó a comer con ella. No me di cuenta de que estaba tan hambrienta hasta que desenvolvió los sándwiches de fiambre y me arrojó una bolsa de patatas fritas. Compró suficiente comida para alimentar a un país pequeño. Le ofrecí dinero, pero lo rechazó.

—Killian y Louis me dieron dinero. Se comerán la mayor parte, así que acábalo antes de que lleguen.



Sabía lo que era pelear por la comida en una casa de hombres así que, después de revisar la selección, tomé un sándwich de pavo y queso suizo y abrí la bolsa de patatas.

—¿Quieres hacer mitad y mitad? —preguntó Ava, sosteniendo la mitad de su sándwich.

—¿De qué es?

—Atún y queso fundido.

Cambié la mitad de mi sándwich por la mitad del suyo y le di un gran mordisco al sándwich de pavo.

Killian y Louis salieron con botellas de agua y Killian se sentó a mi lado. Louis lo hizo junto a Ava. La mano de Killian encontró mi muslo bajo la mesa y la reposó allí, sobre mi piel desnuda, como si su mano perteneciera a mi muslo. Una pequeña emoción vibró a través de mí. Me encantaba que su mano perteneciera allí.

—¡Sí! —dijo Ava, alzando un puño al aire en señal de victoria—. Mi cita para un café funcionó.

Louis soltó una risita.

—Fue un esfuerzo conjunto.

Killian resopló. Me concentré en mi comida, pero con la mano de Killian acariciando mi piel, no era una tarea fácil. Mi pulso comenzó a acelerarse y mi estómago se revolvió mientras me atiborraba de comida que ya no deseaba comer.

Miré de reojo a Killian. *¿Sabes que tu mano está provocando un incendio en mi interior?*

Sonrió. *Sí. Sé lo que te estoy haciendo.*

Intenté no pensar en su cuerpo desnudo o lo que podía hacerme. Su mano viajó al interior de mi muslo y se movió unos centímetros hacia arriba. Me retorcí en mi asiento y aparté su mano.

—¿Patatas? —preguntó Ava, balanceando la bolsa frente al rostro de Killian.

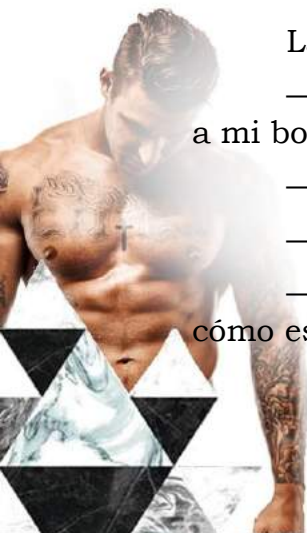
Las descartó. Arqueó las cejas hacia mí, como si dijera “te lo dije”.

—¿No comes patatas? —pregunté, tomando una de la bolsa y arrojándola a mi boca.

—Ni patatas —dijo Louis—. Ni galletas, dulces, pasteles, brownies...

—Entendió el punto —dijo Killian.

—Incluso tiene un problema con los sándwiches —comentó Ava—. Mira cómo escogió los que tienen pan de semillas y vegetales crudos.



Eché un vistazo a sus elecciones. Por supuesto, había elegido dos que yo había descartado. Uno tenía pan con semillas y el otro era un burrito de vegetales crudos y coles de Bruselas.

—Casi no los pido —dijo Ava—. En señal de protesta.

—Ahorra tu energía para algo que importe —le aconsejó Killian, mientras su mano regresaba a mi muslo. Sus dedos trazaron el contorno de mi ropa interior y se deslizaron dentro, hurgando entre mis pliegues. Casi me ahogué con mi sándwich y comencé a toser, mis ojos llenándose de lágrimas. Sacó su mano para darme unos golpecitos en la espalda.

—Bebe un poco de agua —dijo Killian, todo inocente, ofreciéndome su botella con agua. Tosí un par de veces y luego le di un sorbo a mi Coca Cola, mirándolo. Fingió acobardarse. Qué cómico.

—El sándwich de pavo puede ser peligroso —dijo Louis, arqueando las cejas. Sabía lo que ocurría debajo de la mesa.

—En especial cuando queda atorado en tu garganta —dijo Killian, haciéndolo sonar sucio.

—Incluso un *pequeño* sándwich de pavo puede generar un daño corporal —añadió Louis.

—Solo piensa lo que podría hacer uno *grande* —continuó Killian.

—Ahogarte —dijo Louis—. Qué bueno que tú no tienes ese problema.

—Exactamente —respondió Killian—. No como sándwiches de pavo. ¿Algo que necesites compartir, Louis? ¿Carmen sabe sobre esto?

Puse mis ojos en blanco.

—¿Ya terminaron de comparar el tamaño de sus penes? —dijo Ava.

—¿De qué está hablando? —le preguntó Louis a Killian.

El aludido se encogió de hombros.

—*Alguien* tiene una mente sucia. —Me dio un apretón en el muslo y le aparté la mano. Se rio.

Ava y yo negamos con la cabeza mientras nos levantábamos de la mesa.

—Dejaremos que sigan compitiendo por el resto de mi sándwich de pavo.

—Qué mal que no sea un sándwich de salchicha gorda —dijo Ava.

Reí. —O un perrito caliente largo como un pie.

Regresé a mi mural, partiéndome de la risa por la estúpida conversación en la mesa de picnic.

Horas más tarde, di un paso atrás para evaluar el producto terminado. Las palomas emergían de una granada y volaban a través de la ventana rota de un almacén en ruinas y hacia el cielo azul cerúleo. Había pintado un paisaje, una

pequeña parte de Brooklyn, pero lo combiné con un campo abstracto de amapolas. Un alambre de púas zigzagueaba por toda su extensión. No sé qué me había llevado a pintar esta pared de paz o si incluso tenía sentido.

—Es un tema de conversación —dijo Brody, almacenando el hielo en la barra exterior.

—Sí, pero no sé cómo lo interpretará la gente —dije.

—Esa es la belleza del arte. Pueden interpretarlo de la forma que quieran —opinó Brody—. Es genial.

—Gracias, Brody. —Él era agradable. La semana pasada, trabajamos juntos y me contó sobre sus viajes a lugares remotos, buscando centros de buceo en aguas profundas. Le pregunté si toda la cosa de respirar lo asustaba. Dijo que solo calmarte y dejarte llevar.

—Tienes que firmarlo, Picasso —gritó Zeke mientras tomaba fotos.

¿Picasso? Ojalá.

Firmé con mi nombre en letras minúsculas en el rincón derecho. No necesitaba gritarlo al mundo. Cuando me enderecé y di unos pasos atrás, golpeé una pared de ladrillos. Los brazos de Killian me encerraron y me atrajeron hacia él.

—Es asombroso —murmuró en mi oído, enviando escalofríos por mi espina dorsal. Las cejas de Zeke se dispararon hasta la línea de su cabello, pero fingí no notarlo. Me acribillaría a preguntas más tarde. Estaba segura.

—Oye, Killian —lo llamó Zeke.

Killian le echó un vistazo.

—¿Sí? —dijo, como si sostenerme en sus brazos fuera lo más normal del mundo. No pude ver la mirada en el rostro de Killian, pero probablemente no estaba abierto a preguntas. Zeke rio y negó con la cabeza.

Killian me llevó más cerca del mural y estudió cada detalle.

—Pintar así... es un don.

—Gracias. Tú también eres bastante talentoso.

—Ah ¿sí?

—Mmm —murmuré—. Tienes habilidades.

Acarició mi cuello con su nariz.

—Las usaré esta noche.



24

Eden

-¿

—¿Esto? —pregunté, acomodando mi obra de arte enrollada bajo mi brazo. Me estiré hacia la parte trasera para agarrar mi bolso de mano y Killian tomó la cubeta con pegamento de mi mano. Lo había llevado entre mis pies en el camino a Bushwick.

—Nací listo —dijo Killian, cerrando la escotilla.

—¿Cómo sabía que dirías eso?

Me dio una palmada juguetona en el trasero.

—¿Qué necesitas que haga?

—Solo vigila. Lo tengo.

Se apoyó contra la pared del almacén en ruinas que había considerado perfecto para mi arte luego de que lo hice conducir por Bushwick hasta encontrarlo, sus brazos cruzados sobre el pecho, las botas en sus pies cruzadas a la altura del tobillo.

—Deja de distraerme —dije, poniéndome los guantes de látex porque este pringue era un asco. Estaba vestida toda de negro, como un ninja en una misión secreta. Killian estaba vestido todo de negro porque ese era su atuendo habitual—. ¿Por qué eres tan sexy?

Killian sonrió, sosteniendo una mano sobre su frente como si fuera una visera, y miró a ambos lados de la calle.

—No hay moros en la costa, Doctora Madley. ¿Está preparada para la cirugía?

Resoplé, riendo, y mantuve mis manos en alto, las palmas hacia mí.

—Estoy en ello.

Rio entre dientes mientras yo sumergía mi pincel de mango largo en la cubeta de pegamento que había mezclado más temprano en la cocina y lo aplicaba en la pared con largas y extensas pinceladas. ¿Quién diría que hacer un grafiti con Killian a las tres de la mañana sería tan divertido? ¿Quién diría que Killian podía ser tan divertido?

Beneath
your

En las tres semanas desde nuestra cita, todo había cambiado. Para alguien que nunca antes había estado en una relación, Killian asumió el rol de novio con facilidad. Pasamos la mayoría de las noches juntos, y su talento en la cama era un premio extra. Mi vida sexual nunca antes fue tan activa o buena. Pero sus talentos iban más allá de la cama. El Señor Arregla-Todo reparó cosas en mi apartamento que no sabía que estaban rotas o necesitaran reparación. Las bisagras de mis puertas ya no chirriaban, e hizo algo con el cabezal de la ducha que aumentó la presión del agua. Reparó el cuarto quemador de mi estufa que nunca me había molestado en usar porque no encendía. La semana pasada, lo arrastré a un viaje de compras y regresé a casa con una alfombra vintage excesivamente colorida y algunos cojines pequeños que le dieron vida a mi sala de estar.

El mismo día que me picó el bicho de la diseñadora de interiores, Killian me llevó a la tienda de arte y me abasteció con papel de carnicero, marcadores acrílicos y cuchillos bisturí X-ACTO.

Ahora trabajaba con rapidez, sería un fiasco que nos atraparan. Mi padre no estaría impresionado. Sabía lo que pensaba sobre los grafitis. Los consideraba vandalismo, no arte. Desenrollando mi arte, me paré sobre las puntas de mis pies para pegar la parte superior con el pegamento. Killian me hizo a un lado.

—Oye.

—Pondré la parte de arriba. ¿Lo quieres aquí? —No necesitaba ponerse de puntillas. Era un gigante entre los hombres.

—Sí. Solo pasa las manos por la parte superior para quitar las burbujas y... —No necesitó más instrucciones. Era bueno con las manos. Cuando aseguró la parte superior, trabajamos en conjunto con el resto hasta que toda la pieza quedó adherida a la pared. Con suerte, lo habíamos pegado derecho. Este pegamento se secaba rápido, y rasgaría el papel si intentaba moverlo. Luego de bosquejar y pintar las dos piezas por separado, las cortaría meticulosamente y las pegaría superpuestas, buscando un efecto 3-D.

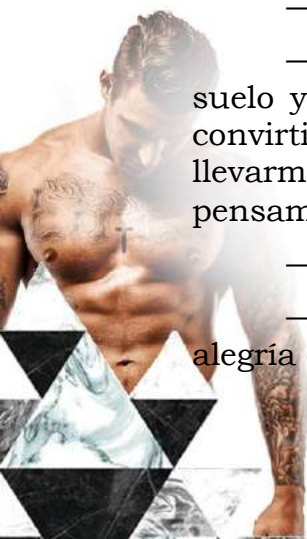
Di otra mano de pegamento a la parte superior para sellarla y listo. Saqué la cámara de mi bolso de mano. Killian me lo arrebató y guardó todos los suministros en la parte trasera del Jeep.

—Oculté la evidencia —dijo, uniéndose a mí en la acera.

—Eres el mejor. —Me estiré hacia adelante para besarlo. Me levantó del suelo y lo envolví con las piernas, aferrándome a su cintura. Este se estaba convirtiendo rápidamente en mi medio de transporte favorito. Si Killian pudiera llevarme a todas partes, probablemente lo haría. Solté una risita ante el pensamiento.

—¿Qué es tan divertido, Risitas?

—Tú. Lo hicimos. —Estaba tan nerviosa que apenas podía contener la alegría que burbujeaba en mi interior.



Qué. Adrenalina.

—Tú lo hiciste. Y es asombroso.

Salté al suelo.

—Tengo que tomar unas fotos.

No solo estaba emocionada por haberme salido con la mía, sino que ahora mi arte formaba parte de esta pared, esta calle, la fábrica de este vecindario. El papel se pelaría con el tiempo. Los elementos lo atacarían. Recordatorios de que nada es para siempre. Pero, ahora, mi mamá en tamaño gigante vive en una pared de Bushwick.

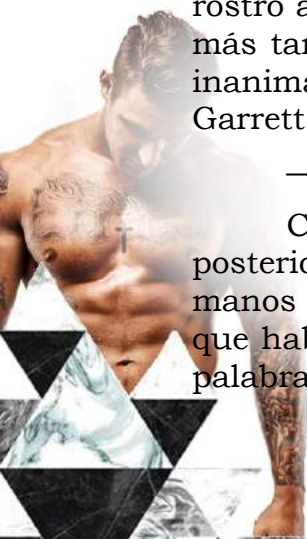
No tenía idea de lo que se sentía al ver tu obra de arte exhibida en una galería, pero no estaba segura de cómo podía compararse con esto. Muchos artistas callejeros sobre los que leía dijeron que hacen lo que hacen no solo por el golpe de adrenalina, sino porque el arte debería ser accesible para todos. El arte es subjetivo, por lo que sería engreído pensar que todos apreciarán lo que puse en esta pared. Plasmar a mi madre allí fue algo tan personal. Pero elegir hacerlo público fue un riesgo que decidí tomar. Sin importar qué ocurriera, no me permitiría lamentarme.

Tomé fotos, haciendo zoom para poder obtener toda la pieza completa en una foto. Mi madre usaba una pañoleta azul, sosteniendo un pincel fino equilibrado sobre la flor de loto rosa oscuro del mándala, como si estuviera poniéndole los toques finales. Pasé la mayor parte del tiempo trabajando en sus manos, para asegurarme de hacerlas bien: los dedos largos y delgados, las venas, las uñas en forma de medialuna. Sus ojos verdes eran vívidos y una sonrisa adornaba sus labios, sin estar completamente formada. La delgadez de su rostro hacía que sus pómulos se vieran prominentes, y recuerdo pensar, en los momentos posteriores a su muerte, que nunca se había visto más hermosa. Como si estuviera en paz.

Estábamos todos allí cuando murió, reunidos alrededor de la cama del hospicio y, por algunos momentos, una calma escalofriante me había invadido. Sentí como si estuviera sosteniéndome la mano y susurrándome en el oído que todo estaría bien. Físicamente, ya se había ido, pero sentí su presencia en la habitación como una fuerte vibración que me rodeaba. Me bastó una mirada al rostro afligido de Sawyer para saber que él no sentía lo mismo que yo. Minutos más tarde, Sawyer se puso de pie y pateó su silla. Pateó y golpeó cada objeto inanimado de la habitación antes de anunciar que se iría a casa y dar un portazo. Garrett intentó ir tras Sawyer, pero mi padre lo detuvo.

—Déjalo. El luto es diferente para todos.

Cuando llegamos a casa desde el hospicio, me dirigí al bosque en la parte posterior. Lo encontré recostado sobre las hojas muertas, mirando el cielo, las manos apretadas en puños. Todavía estaba enojado y maldecía a un Dios en el que había dejado de creer. Me recosté a su lado y ninguno de los dos dijo una palabra. Para ese entonces, aquellos pocos momentos de energía positiva luego



de la muerte de mi madre habían desaparecido y habían sido reemplazados con la realidad: mamá había muerto y no regresaría. Tuve un abrumador sentimiento de pérdida y tristeza.

—¿Estás bien? —preguntó Killian, sacándome de mis recuerdos.

—Sí. Solo pensaba en mi madre.

Me atrajo frente a él y me abrazó por la cintura.

—Eres muy parecida a ella. Era hermosa.

—Gracias.

—Tu arte también lo es.

—¿Eso crees?

—No lo creo, lo sé. Está tan repleto de color. Como tú. Pero también es pacífico. Así es como me haces sentir a veces.

Estaba tan feliz de hacerlo sentir así que casi lloro. Killian había cambiado mucho, y no sabía si era porque habíamos declarado verbalmente nuestra relación, pero ahora hablábamos con mayor libertad. Ya no se encerraba en sí mismo como antes, no ocultaba tanto sus sentimientos, y me encantaba.

—¿Tienes hambre? —preguntó.

—¿Es una pregunta engañosa?

—Tú y tu mente sucia. ¿Te gustan las empanadas?

—Nunca comí una.

—Oh, hombre. Eso no está bien.

—Tendrás que enseñarme.

156

Lo monté a horcajadas y presioné mis labios contra la cicatriz de su cuello. Su respiración se atascó, y pude sentir su pulso latiendo salvajemente contra mis labios. Tensó los brazos a mi alrededor mientras trazaba un sendero de besos suaves como una pluma, siguiendo el patrón de la cicatriz, pero no me apartó ni intentó detenerme.

—¿Cómo te la hiciste? —pregunté.

—Una botella rota.

—¿Qué ocurrió?

—Me metí en una pelea con un drogadicto. —Su respuesta salió con tanta simpleza, tan bien ensayada, que sabía que era la respuesta que le daba a todos los que preguntaban. También sabía que estaba mintiendo, pero no lo presioné

Beneath
your

por la verdad. Al igual que nunca le pregunté qué tipo de luchador era o lo que hacía antes de comenzar a dirigir el bar, o cómo era la relación con su padre. Decidí que algunas cosas debían provenir directamente de él. Cuando estuviera listo, y sin que lo presionara, esperaba que confiara en mí y me dijera la verdad. Tenía la sensación de que las cosas que había mantenido ocultas habían estado allí por un largo tiempo, y su dolor estaba muy arraigado.

Me giró sobre mi espalda y puso los brazos a ambos lados de mi cuerpo.

—¿Me deseas?

—Siempre.

Killian sostuvo su peso sobre un brazo y deslizó dos dedos en mi interior.

—Siempre estás tan mojada.

—Solo para ti.

Buscó un condón en la mesa de noche. Envolví mis brazos alrededor de su cuello y atraje su cabeza hacia mí.

—No lo necesitamos. Estoy tomando la píldora —murmuré contra sus labios.

—Nunca lo he hecho sin condón.

—Bien. Puedo ser tu primera

—¿Estás segura?

—Sí. Nunca la olvido. Lo prometo. Quiero sentirte dentro de mí.

Retrocedió y estudió mi rostro. Le ofrecí una sonrisa tranquilizadora y rodeé su cintura con mis piernas. Siguió observando mi rostro mientras entraba en mí. Solo la punta. Luego se deslizó dentro. Tan. Lentamente. Como si no tuviera prisa. Cerró los ojos mientras empujaba toda su longitud y se detuvo.

—Jesús. Te sientes tan bien. —Contraí los músculos a su alrededor—. Esto es... mieceerda.

Empujé mis caderas, pero él controlaba el ritmo, deslizándose todo en mi interior y luego saliendo casi hasta el final como si quisiera que durara para siempre. Era lento, pero tan poderoso, tan gentil. Abrió los ojos y encontró mi mirada. En las tenues sombras de mi habitación, vi sus emociones crudas, su vulnerabilidad, su necesidad por mí y algo más que no pude identificar. Me pregunté si veía lo mismo en mi rostro. Si estaba desnuda, más desnuda de lo que nunca había estado con él.

Bajó la cabeza y me besó, nuestras lenguas entrelazándose, nuestros cuerpos moviéndose en una danza grácil. Lenta y rítmica, casi como si estuviéramos en trance. Mis brazos y piernas lo mantenían cerca, mis senos presionados contra su pecho duro. Nuestro ritmo se aceleró y embistió con más fuerza y rapidez, mis caderas chocando contra las suyas, desesperados por conseguir la dulce liberación.

—Killian —grité.

Acabamos al mismo tiempo. Onda tras onda, mi cuerpo convulsionó contra el suyo. Me llenó por completo, y era todo y nada a la vez. Abrumada por las emociones, las lágrimas sin derramar se alojaron en mi garganta. Me asustó lo rápido y profundo que me había enamorado, y cómo ya no podía imaginar mi vida sin él.

Me aferré a él, sosteniéndolo cerca, amando la sensación de su peso sobre el mío y de tenerlo en mi interior.

—Me estás matando, nena —dijo, su voz baja y ronca.

Nena. Me encantaba la manera en que sonaba rodando de su lengua.

—Amablemente, espero.

—A veces es la peor manera.



—Dos margaritas —gritó una morena por encima de la música del DJ. La miré dos veces. La chica se parecía mucho a Joss. Alta y esbelta, con pómulos definidos y senos que sobresalen de su escote bajo. Afortunadamente, no era ella—. Y un Cosmo.

—Quizás tomaré una piña colada —dijo su amiga.

—Mi margarita que sea sin sal —dijo la otra amiga.

—Yo quiero un té helado Long Island.

—Dos margaritas, uno sin sal. Un Cosmopolitan. Una piña colada. Y un té helado Long Island —repetí.

—Espera —dijo la morena—. Esos son... —Frunció el ceño en concentración—. Seis tragos.

—Son cinco —dije.

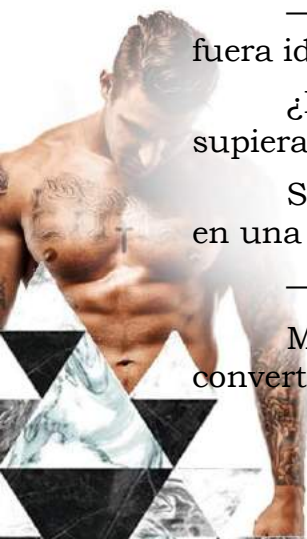
—Eh, o sea. —Se echó el cabello hacia atrás e hizo una mueca como si yo fuera idiota—. Somos cuatro.

¿Eh, o sea? ¿Habíamos regresado a la secundaria? No era mi culpa que no supiera contar.

Se giró para preguntarle a sus amigas lo que querían, pero se distrajeron en una conversación sobre la cera brasilera. Eso fue todo para ellas.

—Es lo mejor. Conozco el mejor lugar en...

Me moví hacia un chico que me pidió tres cervezas artesanales sin convertirlo en un debate impresionante. Facilitó mi trabajo. Sin problemas, sin



quejas, sin preguntas estúpidas. No podía contar la cantidad de veces que las personas se habían parado frente a los grifos claramente etiquetados y me preguntaban qué cervezas teníamos.

Serví las cervezas, las coloqué sobre la barra y acepté el dinero del chico. Cuando regresé con su cambio, la mujer que se parecía a Joss me gruñó.

—Yo estaba primero.

—¿Qué puedo conseguirte? —pregunté con calma. A veces los camareros teníamos la paciencia de un santo.

—Quizás una camarera decente.

Apreté los dientes e intenté no mostrarle que estaba poniendo a prueba mi paciencia limitada. Estaba a punto de saltar la barra y abofetearla. No es que lo hiciera. Pero estaba tentada.

—Haz tu pedido y te serviré los tragos. —Forcé una sonrisa tan falsa como sus tetas. Ahora estaba siendo malvada. Pero en verdad pensaba que eran falsas. No pasaban desapercibidas y desafiaban la gravedad.

—Un Cosmo. Dos té helados Long Island. Y una margarita. ¿Crees que puedes con ello?

Lo que no podía era lidiar con su tono brusco. Respira profundo. Mantén la calma. La violencia física no resolvería el problema. Tampoco lo haría una mala actitud. Le repetí el pedido con mi voz más profesional y pregunté:

—¿Quieres la margarita con o sin sal?

—Como sea. —Hizo un ademán con su mano con manicura, desechándose. Depositó los vasos sobre el individual de la barra. Haría la mitad del trago con sal y la otra mitad sin ella. Si se quejaba por ello, tendría que aguantársela. Si no tuviera que preocuparme por el trato con los clientes y el profesionalismo, la pondría en su lugar.

—Abre una cuenta —dijo, cuando coloqué los tragos frente a ella, luego me dio la espalda.

—Necesitaré tu tarjeta.

Volvió a girarme e hizo una mueca.

—Como si alguna vez pagáramos nuestras propias bebidas.

—No puedo abrir una cuenta sin una tarjeta —dije con firmeza.

—Perra —siseó, rebuscando en su bolso y arrojándose dos billetes de veinte dólares sobre la barra.

Louis rio entre dientes mientras apretaba cada elemento de la pantalla táctil con más fuerza de la necesaria.

—Supéralo —dijo, algo así como un lema para él.



—Me dijo perra —murmuré—. En verdad quiero golpearla.

Volvió a reír y me dio un apretón en el hombro.

—Haz arte, no la guerra.

Suspiré. —Lo intentaré.

Por algún motivo, el clon de Joss había elegido ser la pesadilla de mi existencia esta noche. Cuando coloqué el segundo Cosmo frente a ella, giró rápidamente y lo volteó con su codo.

—Oh, Dios mío —gritó—. ¿Cuál es tu problema?

Una vez más, apreté los dientes y me mordí la lengua mientras arrojaba toallas de papel para embeber la bebida derramada. Estaba tomando una fuerza sobrehumana no ser cruel con ella. Limpié su vaso ahora vacío y arrojé las toallas al cesto de basura.

—Me debes una bebida —dijo mientras limpiaba la barra pegajosa.

—Tú la derribaste con tu codo. —Le recordé—. Así que te costará diez dólares. —Le ofrecí una gran sonrisa y enrosqué mi cabello en un dedo. No podía superarlo. Había regresado a la secundaria y me estaba poniendo a su nivel.

—No soy buena en matemáticas. Pero creo que son veinte dólares si quieres otra bebida.

Me miró con furia.

—Eso es todo. Estoy harta de tu actitud. Tengo que hablar con... —Sus ojos se ampliaron—. Oh. Dios. Mío. Es Killian Vincent.

Seguí su mirada. Killian y Mitch, uno de los porteros, escoltaban a dos tipos fuera del bar.

—Oye, hombre, él comenzó —dijo uno de ellos.

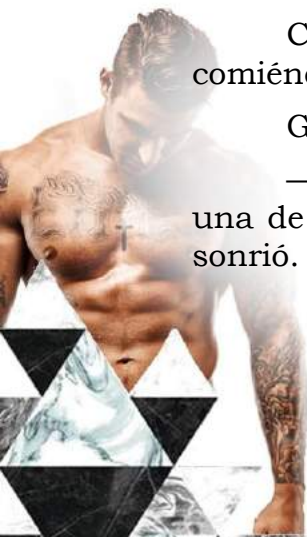
—Me importa una mierda quién comenzó —dijo Killian—. Ambos, afuera.

Con eso, cerró la puerta tras ellos. Minutos más tarde, Killian regresó solo y fue detrás de la barra para hablar con Louis. Mientras tanto, el clon de Joss había arrojado veinte dólares sobre la barra como si pagar por sus bebidas nunca hubiera sido un problema.

Coloqué su nuevo Cosmo frente a ella, pero estaba demasiado ocupada comiéndose a Killian con los ojos para notarlo.

Gritó su nombre y él giró la cabeza en su dirección.

—Soy Darcy. Estaba en Las Vegas en una despedida de soltera. Fuimos a una de tus peleas y más tarde... ¿recuerdas? Fue una noche increíble... —Le sonrió. *Sonrió.*



Mi mandíbula cayó al suelo. ¿Durmió con ella? Killian se pasó la mano por el cabello y murmuró algo bajo su aliento. ¿Qué demonios? Tenía ganas de vomitar.

Killian agarró mi antebrazo e intentó atraerme cerca.

—Eden...

Nop. No podía ir allí ahora. Lo deseché.

—Estoy ocupada.



25

Killian

paradise books

✓ ine con ella a la costa con el pretexto de ver el amanecer. Ella sabía que era una mentira y que no estaba tratando de ser romántico. Estaba buscando una ubicación neutral. Nos sentamos en un banco de madera en el paseo marítimo, las torres de vidrio y acero detrás de nosotros y una vista sin obstáculos del horizonte de Manhattan frente a nosotros, el cielo azul oscuro veteado de rojo. Acercó las piernas al pecho y las abrazó.

—Realmente eliges a las ganadoras —dijo—. Primero Joss y ahora... Darcy. —Hizo una mueca como si solo diciendo el nombre la enfermara del estómago.

Louis me contó más tarde mientras contábamos el efectivo de la caja registradora en la oficina. Apparently, esta chica Darcy había sido malvada con Eden. Solo tenía un vago recuerdo de Darcy. Ni siquiera recordaba su nombre, pero dudaba que mencionar eso ayudara a mi causa.

Darcy no mencionó a Johnny, afortunadamente. En cambio, no paraba de hablar sobre la increíble noche que compartimos. Para entonces, ella me había seguido fuera del bar donde yo estaba trabajando, por lo que Brody había conseguido un sermón, pero Eden no tenía que escuchar nada al respecto.

—¿Le dijiste a Darcy que era tu novia? —preguntó Eden.

—Sí, le dije.

Eden se encogió de hombros.

—Supongo que eso es algo, al menos.

—No tienes nada de qué estar celosa.

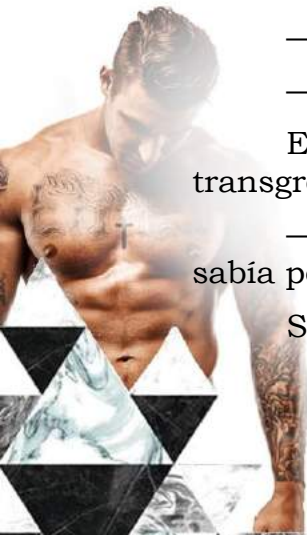
—Parece que tienes un tipo y yo no lo soy.

Estaba concentrada en la aventura de una noche, que era la menor de mis transgresiones.

—No significa nada para mí. Fue una noche, hace casi dos años. —Solo lo sabía porque Darcy me lo contó todo—. Mucho antes de conocerte.

Sus hombros cayeron.

162



*Beneath
your*

—Lo sé. Es solo que... ugh. Odio pensar en ti con alguien más.

Conocía el sentimiento.

—No pienses sobre eso. Te dije que nunca te engañaría. —Al menos esa era una promesa que podía cumplir. No podía imaginar atrapar a Eden con otro chico. Ni siquiera quería hacerlo. *Nunca* le haría eso a ella. Casi me destruyó cuando vi a mi madre con otro hombre. Era demasiado joven para entender lo que estaban haciendo, pero sabía que estaba mal. Nunca le había dicho una palabra a nadie. Ni siquiera a Connor.

Ella apoyó la barbilla sobre las rodillas. Casi podía ver las ruedas en su cabeza girando.

—Tu papá mencionó algo sobre pelear... la noche en que entró. Me preguntó si era una de tus fans.

Maldito Seamus.

»Estaba esperando que me lo contaras tú mismo. Por eso nunca pregunté.

Miré hacia el horizonte, a las luces que nunca parecían apagarse, en oficinas y edificios de apartamentos. Todas esas personas, viviendo sus vidas, con sus propios dramas y dificultades.

Mierda. Esto era muy difícil de decir. Nunca se lo dije a nadie. Nunca dije las palabras en voz alta. Todos los que habían estado en mi vida ya lo sabían, y nadie más necesitaba saberlo. Hasta ahora. Necesitaba escucharlo de mí, no de otra persona.

—Solía ser un luchador de MMA. Estaba en la UFC.

—¿Qué pasó?

Tenía que ir justo al punto, exponer los hechos y terminar de una vez. Arrancar el maldita curita.

—Mi última pelea fue contra Johnny Ramírez. Era mi compañero de equipo, mi amigo... un gran luchador. Uno de los mejores. —Tragué y me obligué a seguir—. Lo golpeé en la sien. Por lo general, trataba de evitar golpes en la cabeza. Yo no estaba... —Para matarlo. Me había tenido sobre la colchoneta, con las piernas bloqueadas. Había sido un gancho salvaje desde una posición sumisa. No había pensado que acumularía tanto poder—. El equipo médico le dio permiso para seguir luchando. Fuimos dos rondas más y gané. Después, estaba enojado porque perdió, pero parecía estar bien de otra manera. Caminando y hablando. Más tarde esa noche, se quejó de que estaba mareado y cansado, y lo llevaron a la sala de emergencias.

»Fue un hematoma subdural. Lesión cerebral traumática. Le realizaron una craneotomía de emergencia y estuvo en estado de coma. Tres días después, murió. —Mi voz sonó automatizada, como si no me importara una mierda. Como si las palabras que estaba diciendo no me afectaran, no tuvieran nada que ver conmigo.

—Killian —dijo, su voz suave—. No fue tu culpa.
Negué con la cabeza y solté una risa áspera.
—Fue completamente culpa mía. —Alcé las manos y las flexioné—. Lo maté.

—Fue un accidente. Un horrible accidente No puedes culparte a ti mismo.
Podía, y lo hacía.

—Tenía una esposa y un hijo que nació después de su muerte.

Eden se sentó a horcajadas sobre mí en el banco y rodeó mi cuello con sus brazos. Mis brazos rodearon su cintura. Ella no podía hacer ni decir nada para mejorarlo, pero de alguna manera, lo hizo. Solo por estar aquí. La tensión en mis músculos se relajó y la respiré.

Se echó hacia atrás y sostuvo mi rostro en sus manos.

—Lo que me dijiste no cambia lo que siento por ti.

Cerré mis ojos.

—Eden. —Presionó sus labios contra los míos. Ninguno de nosotros intentó convertirlo en un beso. Era casi más íntimo que un beso.

Cuando nuestros labios se separaron, se bajó de mí y se sentó a mi lado. Envolví mi brazo a su alrededor y apoyó su cabeza sobre mi hombro. Nos sentamos en silencio mientras los azules y rosas del crepúsculo se convertían en un resplandor anaranjado que se reflejaba en los edificios del horizonte de Manhattan.

—Es un nuevo día —dijo en voz baja—. Un mundo de posibilidades. ¿Crees eso?

—No lo sé. —*Pero me gustaría.*

No dijo nada durante unos minutos.

—¿Killian? ¿Qué habría hecho Johnny?

—¿Qué?

—Si los roles hubieran sido al revés... ¿qué habría hecho Johnny? ¿Habría llorado tu pérdida y seguido luchando? ¿Habría renunciado a algo que amaba?

No tenía una respuesta porque Johnny no estaba aquí para preguntarle.

—Una vez me dijo que, si tuviera que dejar de pelear, ya no sería Johnny Ramírez.

—¿Es así como te sientes?

—A veces. —*Todo el tiempo*—. Pero esa vida ha terminado. No puedo volver a eso.

—Sawyer sigue volviendo a las zonas de combate.

—No tiene otra opción.

—Tuvo una opción. Se volvió a alistar.

Ella no podía entender eso, pero yo entendía de dónde venía Sawyer. No lo conocía, pero tenía la sensación de que estar en una zona de combate era su nueva normalidad. La gente vuelve a lo que conoce. Nunca había estado en la guerra, pero a veces sentía que había vivido una, así que entendí por qué no hablaba de eso. No era el tipo de cosas que compartías con personas que no habían estado allí.

—¿Killian?

—¿Sí? —pregunté, esperando que lo dejara estar. Estaba hecho. Le dije lo que necesitaba decirle y ahora quería dejarlo atrás. Seguí imaginando el rostro del bebé Leo, sus grandes ojos marrones tan confiados. Todavía no entendía el dolor y el sufrimiento. No sabía que el mundo no era justo o que la gente que amas podía ser arrebatada en un instante. Quería protegerlo de este universo irracional. Irónico, de verdad. Yo era el villano en el cuento de hadas de Leo.

—¿Fue tu pasión la MMA? ¿Lo que debías hacer?

Sí. Y no. Me había costado todo.

—Solía pensar así.

—Si no puedes volver a pelear, necesitas encontrar una nueva pasión. Es importante.

—No es una necesidad vital.

—Quizás no para todos, pero lo es para ti. Porque lo encontraste una vez y te lo quitaron.

—No me lo quitaron —dije, con los dientes apretados. Ella no hizo caso de la advertencia en mi voz.

—¿Crees que Johnny se estaría castigando a sí mismo? ¿O reconocería que fue un accidente y seguiría haciendo lo que amaba? ¿Crees que esto es lo que él querría para ti? Saber que renunciaste a algo...

—Eden —dije, con voz dura—. Detente. No tienes ni idea de lo que estás hablando. —Froté mi nuca, lamentando haberle dicho alguna vez. Me puse de pie y me alejé sin esperarla ni mirar atrás para ver si me seguía. Seguí caminando hacia North Sixth Street, con la intención de subirme a mi maldito auto y alejarme.

Me alcanzó, pero se quedó dos pasos atrás. Hice sonar mis cerraduras y abrí la puerta del conductor. Agarró mi brazo para detenerme.

—¿Qué estás haciendo? ¿Huyendo cuando las cosas se ponen difíciles? Eso no es lo que eres. No es lo que haces.

—¿Cómo demonios sabrías quién soy o qué hago? —Quitó su mano de mi brazo y me subí al asiento del conductor.

Bloqueó la puerta con su cuerpo.

—No te estas yendo. No así.

Apreté la mandíbula. —Hazte a un lado.

—No. —Eden se cruzó de brazos, sin moverse—. Quiero que vengas a casa conmigo. A Pensilvania.

En tres días, Sawyer regresaba a casa con permiso y no quería perderse su regreso a casa. Le ofrecí mi Jeep, pero ahora ella también me quería. Nunca antes me habían llevado a casa para conocer al padre de nadie. Y este parecía un momento de mierda para mencionarlo.

Se mordió el labio inferior.

—¿Lo harías? A mi padre y a mis hermanos realmente les gustarás. Y quiero celebrar tu cumpleaños contigo.

Mi cumpleaños. ¡Hurra! Malditos cumpleaños. A la mierda todo. Puse mi llave en la ignición.

—No actúes como un imbécil. Te necesito.

Te necesito. La miré a su rostro.

—¿Por qué?

—Simplemente... lo hago. Killian, te pedí que no me dejaras afuera. Lo que me dijiste fue difícil para ti. Sé eso. Pero estaba tratando de decirte que mereces ser feliz.

—Sí, recibí el mensaje. No eres tan sutil.

—Nunca dije que lo fuera. Tal vez deberías pensarlo. Y tal vez la próxima vez que me digas algo importante, podrías considerar mis sentimientos.

—¿Tus sentimientos?

—Me preocupo por ti. ¿Qué tan claro necesito hacerlo? ¿Debo pintar las palabras en las paredes de Bushwick? ¿Al otro lado del puente de Brooklyn? Tus palabras y acciones también me afectan. Lamento que hayas tenido que renunciar a algo que amabas. Lamento que tu amigo se haya ido. Desearía que hubiera algo, cualquier cosa, que pudiera hacer para mejorarlo. Pero a veces lo único que puedes hacer es estar allí para la otra persona. Y estoy aquí para ti. Tal vez nunca tuviste eso antes, así que no sabes cómo funciona. En una relación, somos dos. Estamos en el mismo equipo. Siempre estaré en tu esquina...

Agarré la parte de atrás de su cabeza y la atraje hacia mí para un beso, encerrándola efectivamente. Me devolvió el beso, sus labios suaves y cálidos. Ella dio, y yo tomé. Saboreando su dulzura, su cuerpo cedió ante mí cuando me puse de pie y la acerqué, mi mano se enredó en su suave y sedoso cabello. Era un nuevo día. Un mundo de posibilidades. Y yo era un idiota porque esta chica... era la mejor cosa que me había pasado.

—Me besaste para acallarme —dijo cuando nuestros labios se separaron.
La atraje hacia otro beso.
—Lo que sea necesario.
—¿Eso significa que vendrás conmigo?
Sonreí contra sus labios.
—Lo que sea que quieras, Sunshine.
—Te quiero a ti.
La acompañé a la acera, mis manos recorrían las curvas de su cuerpo.
—Pero primero necesito mostrarte el error de tus maneras —dijo, mientras subíamos los escalones hasta su puerta principal, su cuerpo pegado al mío.
Eso debería ser divertido.
—¿Qué más me vas a mostrar? —Tomé las llaves de su mano para abrir la puerta.
—Ugh. —Plantó sus manos en sus caderas—. Soy capaz de abrir mi propia cerradura.
—Pero no es necesario porque me tienes a mí para hacerlo por ti.
—¿Lo hago? ¿Tenerte? —preguntó, camino al tercer piso.
—Me tienes. ¿Cómo puedo probarlo?
—Arrastrarte sería un buen lugar para comenzar.
—Si te pones sobre tus manos y rodillas por mí, me arrastraré.
—Trato. —Escondí mi sorpresa. No esperaba que se rindiera tan fácilmente. Pero entonces, ella esperaba que me arrastrara—. Mejor que sea bueno.
—Mis pensamientos exactamente. Dime qué me vas a hacer —dije mientras abría la puerta de su apartamento.
Esperó hasta que la puerta estuvo cerrada y bloqueada detrás de nosotros para decirme. Cuando llegamos a su habitación, estaba tan duro que mi polla se sentía como el concreto.

167

Horas después, me desperté con sus dedos trazando las líneas del tatuaje del fénix en mi hombro y espalda. Rodé sobre mi costado, y plantó un suave beso en la parte superior de mi espalda, luego me rodeó con el brazo y moldeó su cuerpo contra el mío. Si estaba yendo a casa con ella, tenía que decírselo a Louis. Tomé mi teléfono de su mesita de noche, pero Eden me lo quitó de la mano.

—Todo está arreglado —dijo—. Hablé con Louis.

Me reí por lo bajo. Además de sus otros talentos, estaba leyendo mi mente y arreglando mi vida para satisfacer sus necesidades.

—¿Cuándo hiciste esto?

—Hace dos noches. —Me podía imaginar, sin girarme a mirar, que su sonrisa satisfecha coincidía con su voz—. Le pedí que no te lo dijera.

—¿Cómo sabías que estaría de acuerdo?

—Soy la optimista en este dúo.

No podría discutir con eso. Incluso cuando sucedían cosas de mierda, su vaso estaba medio lleno.

—Todavía no te has arrastrado. —Me recordó.

—Me distraje con la nena caliente que pidió nalgadas.

—Excusa verosímil —dijo, y miré por encima del hombro porque sabía, solo sabía, que se sonrojaría. Sí. Dios, me encantaba eso. Podía hablar sucio, tener sexo al estilo perrito, pedir nalgadas y aún sonrojarse. Eso es lo que la hacía tan especial. Era tantas cosas, todo en un paquete perfecto: traviesa y agradable, dulce y sensual, sucia e inocente.

Me di la vuelta para mirarla y apoyé mi cabeza en mi mano, trazando las curvas de su rostro con la punta de mis dedos.

Levantó las cejas.

—Todavía estoy esperando que cumplas con tu parte del trato. Quid pro quo.

—Mírate a ti y a tu Latín elegante.

Eden puso los ojos en blanco.

—Deja de posponer.

—¿Cómo funciona esta cosa de arrastrarse?

—Te disculpas profusamente. Pero debe ser sincero y genuino.

Sincero y genuino.

—Lamento haberme alejado.

Hizo un gesto con la mano para que continuara.

—Lamento haberte alejado cuando solo estabas tratando de ayudar. Y lamento haber herido tus sentimientos.

Su rostro se iluminó con una sonrisa.

—Nada mal para un novato.



En mi vida, rara vez me disculpaba por algo, a pesar de que hubo cientos de veces en las que debería haberlo hecho. Ahora entendía cómo una mujer podía poner de rodillas a un hombre. Si tuviera que hacerlo, gatearía hacia ella, arrastrándome, solo para poner esa sonrisa en su rostro. ¿Cómo se había infiltrado en todas las facetas de mi vida tan rápido?

—Solo para que conste, antes de conocerme... tenías un pésimo gusto en mujeres.

—Podría decir lo mismo sobre tu gusto por los hombres —respondí.

Agarró mi dedo índice, lo guio a su boca y me mordió con fuerza. Reí.

—Diabla.

—Dime que soy lo mejor que has tenido.

—Eres lo mejor que he tenido. —No era una mentira. Era la mejor, en todos los sentidos.

—¿Alguna vez podremos volver a hablar de esto?

Sabía a qué se refería, Johnny, mi culpa, su búsqueda para ayudarme a encontrar una nueva pasión en mi vida.

—Algún día. Pero no hoy.

Sus ojos buscaron mi rostro y luego sonrió.

—Bueno. Algún día suena bien.

El hecho de que incluso hubiera usado la palabra algún día implicaba que teníamos un futuro. Y en tres días conocería a su papá. Jesús. Sé valiente, guerrero.

Esa noche, tenía una sorpresa para ella. A juzgar por la expresión de su rostro cuando entró en la oficina, no fue buena.

—Te cortaste el cabello —gritó. Pensé que iba a estallar en lágrimas—. Te ves como... un modelo GQ ahora.

—Lo odia —dijo Ava, deteniéndose en la puerta. Le ofreció a Eden un Twizzler para aliviar su dolor.

—Voy a necesitar más de una tira de regaliz para superar esto —murmuró Eden, rasgando el regaliz con los dientes y masticando furiosamente, sus ojos aún pegados a mi cabello corto.

Ava le arrojó todo el paquete, y Eden lo atrapó con una mano, sin apartar sus ojos de mí. Habilidades.

—Está... bien —dijo Ava, retrocediendo—. Creo que me necesitan en el patio.

Me pasé la mano por el cabello. No había pasado tanto tiempo desde mis días de MMA, lo que significaba que lucía más a lo que solía ser cuando era un

luchador. No estoy seguro de que eso funcione a mi favor. La idea era hacerme ver más respetable. No tenía idea de cuán conservador era su padre, pero él era un agente estatal y vivían en un pequeño pueblo. No podía hacer mucho por la cicatriz o los tatuajes. Probablemente todavía parecía un matón que creció en el lado equivocado del bien.

—¿Vas a dejar mi trasero en Brooklyn, nena? —Todavía me estaba mirando, sin palabras.

—No. Tu trasero viene conmigo. Pero quiero que te dejes crecer el cabello. Reí y me recosté en la silla giratoria.

—Eres tan superficial. Si hubiera sabido que solo estabas conmigo por mi cabello...

—Cállate. —Vino a pararse entre mis piernas—. No estoy solo contigo por tu aspecto o tu cuerpo, aunque... bueno, son una buena ventaja. Sigues siendo hermoso. Es solo que... te ves muy diferente.

Capturé sus manos en las mías y la acerqué más.

—¿Me llamaste hermoso? No soy una niña. Soy un hombre. Toma asiento en mi regazo. Te mostraré que sigo siendo el hombre que era antes de que me cortaran el cabello.

Puso los ojos en blanco, pero no pudo ocultar la sonrisa.

—Necesito ir a trabajar. —Puso sus manos sobre mis hombros y me besó—. Mi jefe se enojará si me aflojo en el trabajo.

—Tu jefe podría darte unas nalgadas —murmuré contra sus labios.

Sus dedos tentativos se cernieron sobre mi cabello.

—No hay mucho para aferrarse.

—Tengo muchas cosas a las que puedes aferrarte. Eres bienvenida a todos ellos. —Guie su mano hacia mi entrepierna donde, como siempre, estaba dura para ella—. Esto está así por ti. Todo. El. Tiempo.

—Suenas como un problema. Deberías revisar eso.

Palmeé su trasero.

—Ponte a trabajar antes de que cierre la puerta y te tome aquí mismo. Ahora mismo.

—Te veré aquí al final de la noche —dijo con un guiño. Luego salió de la oficina y me dejó preguntándome cómo pasaría las siguientes nueve horas con una furiosa erección. Estaba empezando a sentirse como una adicción. Eden era mi crack. Lo que me hizo pensar en Connor. Lo que me sacó de la oficina y detrás de la barra donde podía estar ocupado y no tener que pensar en nada.



26

Eden

Distinguí el camuflaje del desierto haciendo su lento y tortuoso camino por la escalera mecánica en el aeropuerto de Pittsburgh. Estaba detrás de dos tipos enormes que vestían camisetas y gorras de béisbol, sorbiendo bebidas de gran tamaño. Sawyer bajó por la escalera mecánica y me dio una gran sonrisa que me recordó al niño que solía ser. Me apresuré y envolví mis brazos alrededor de él, prácticamente derribándolo. Sus brazos rodearon mi cintura para estabilizarnos a ambos.

—¡Oh! Tranquila chica. Uno pensaría que estuve en la guerra o algo así.

—Cállate. Eso ni siquiera es gracioso.

Abracé todo su metro ochenta y dos centímetros, de músculo sólido demasiado fuerte y por demasiado tiempo. Me devolvió el abrazo sin quejarse ni alejarse. Cuando estuve segura de que era real y sólido, lo solté y le di un pequeño golpe en el hombro.

—Debería haber traído globos y una banda de música —bromeé.

—Estoy contento de que no lo hicieras. Pero podrías haber traído a las porristas. Dame una bienvenida adecuada. —Meneó sus cejas.

Resoplé.

—Eres un perro con cuernos.

Rio, pero no se molestó en negarlo.

—Es bueno tenerte en casa. —Miré sus ojos verdes, muy parecidos a los míos, pero no me gustó lo que vi en ellos.

—Es bueno estar aquí —dijo, pero sabía que estaba mintiendo. Estar en casa ya no se sentía como un hogar para él.

Nos dirigimos a reclamo de equipaje y nos detuvimos frente al carrusel para esperar su mochila.

—Entonces... conocí a alguien —dije, porque nunca le había contado de mi vida amorosa. O a cualquiera de mi familia—. Es copropietario del bar donde trabajo y nos está esperando afuera. Se quedará con nosotros unos días.

Sawyer rio entre dientes.

—¿Sabe que se está quedando en la antigua habitación de Garrett?

Puse los ojos en blanco.

—Tengo veintidós años y vivo sola. Papá no nos hará dormir en habitaciones separadas.

—Lo hará totalmente.

Cada vez que Luke entraba, si estábamos allí, tenía que mantener la puerta de mi habitación abierta. Como de costumbre, mi padre hacía la vista gorda cuando Sawyer y Garrett traían chicas a la casa. Otro ejemplo más de la desigualdad de sexos, que siempre discutí. Y no me había llevado exactamente a ninguna parte.

—No es otro riquillo, imbécil titulado, espero.

—Ni siquiera cerca. —Aclaré mi garganta como si estuviera haciendo un anuncio importante—. Su nombre es... Killian Vincent.

Lo miré para ver si el nombre sonaba como una campana. Lo hizo. Sawyer era fanático de las Artes Marciales Mixtas. Igual que Garrett. Igual que mi papá. Todavía no les había dicho el apellido de Killian, así que sería una sorpresa. ¡Hurra!

—¿Killian “La Muerte” Vincent? ¿Como la superestrella de UFC Killian Vincent? —Fue divertido. Sawyer parecía impresionado por una pequeña estrella. Muy pocas personas impresionaban a Sawyer, pero por la expresión de su rostro, creo que la destreza de lucha de Killian era impresionante.

¿La muerte? Ugh.

—Uh, sí, ese es.

—Bueno, maldición —dijo Sawyer, y luego se echó a reír. Una gran carcajada. Era un buen sonido, pero sentí que era la peor parte de una broma que no había escuchado.

—¿Qué es tan divertido? —pregunté, plantando mis manos en mis caderas.

Negó con la cabeza, todavía riéndose demasiado fuerte para responder.

»Eres un idiota. —Puse los ojos en blanco y crucé los brazos, esperando que se recuperara.

—¿Sabe “La Muerte” que está saliendo con *Chicken Little*?

—No lo llares “La Muerte” —murmuré—. Ya no es un luchador.

Su humor se desvaneció.

—Lo sé. Vi esa pelea. Aunque era bueno. Uno de los mejores.

—Era... se siente culpable, como si fuera su culpa.



—No fue su culpa. Pero eso no hace que esa mierda sea más fácil.
—No vi la pelea —dije—. O cualquiera de sus peleas. Nunca lo he buscado en Google.

—¿Me estás jodiendo?

Me encogí de hombros.

—No. Nunca sentí la necesidad.

—Tú eras la que solía husmear buscando los regalos de Navidad.

Cierto. La anticipación solía matarme. Mi papá siguió encontrando lugares nuevos y creativos para esconder los regalos. Un año, puso una trampa explosiva. Cuando bajé la escalera del desván en el garaje, me mojó con un balde de agua fría.

Sawyer se estaba riendo, probablemente recordando lo mismo que yo.

—Eso fue divertido como el infierno —dijo Sawyer.

La bolsa de marine de Sawyer cayó por la rampa y la agarró de la cinta transportadora y se la colgó al hombro. Caminaba alto y orgulloso, con los hombros cuadrados, la cabeza en alto y mucha arrogancia.

Salimos a través de las puertas corredizas de vidrio hacia un deslumbrante sol. Deslicé mis gafas de sol desde la parte superior de mi cabeza hasta mi rostro y Sawyer se puso un par de aviadores.

—Es el Jeep Wrangler. —Señalé el Jeep de Killian estacionado en el área de recogida donde se suponía que nadie debía estacionar y esperar, pero lo hicimos de todos modos.

Killian nos recibió en la acera y Sawyer me sorprendió al darle a Killian un abrazo de chicos, combo de apretón de manos. Raramente era demostrativo. Ese abrazo en el aeropuerto había sido un esfuerzo de su parte. Nunca le había dado la mano a Luke, pero aquí estaba volviéndose muy amable con un perfecto desconocido.

—Encantado de conocerte, hombre —dijo Sawyer.

—Igualmente —dijo Killian, abriendo la escotilla y Sawyer guardó su bolso dentro. Los miré uno al lado del otro, con complexiones poderosas y similares, todo músculo sin grasa, y Killian era tal vez una unos centímetros más alto, pero apenas se notaba.

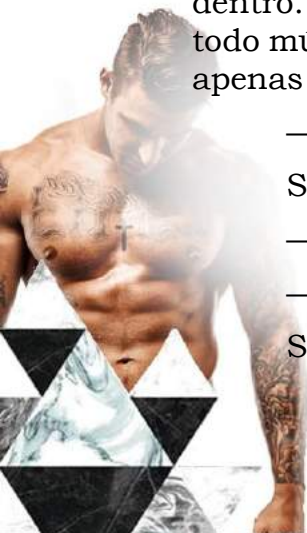
—Oye, Killian —dije—. Dame las llaves. Yo conduciré.

Sawyer resopló.

—¿Qué tan valiente te sientes hoy?

—¡Oye! Eso me molesta —dije—. Soy una excelente conductora.

Sawyer negó con la cabeza.



—Ella es una conductora de mierda —dijo, subiéndose al asiento del pasajero. Sin importar quién conducía, Sawyer ya había reclamado el lugar del copiloto. Típico. En realidad, eso no era cierto. Cada vez que íbamos juntos a algún lado, Sawyer reclamaba el asiento del conductor.

Ignoré el comentario de Sawyer y moví los dedos para que Killian me entregara las llaves.

—Has estado conduciendo durante seis horas y dormí la mayor parte del camino. Apenas dormiste anoche.

—¿De quién fue la culpa?

Envolví mis brazos alrededor de él, endulzando la oferta.

—Puedes dormir en la parte de atrás. La tendrás toda para ti y no te perderás nada. Es un viaje aburrido. Y es posible que necesites tu energía para más tarde. —Le guiñé un ojo como si fuera una promesa de cosas buenas por venir.

Dio la vuelta a sus llaves, lo que me sorprendió: debe haber estado más cansado de lo que pensaba.

—Eso fue fácil. —No pude resistirme a decirle.

—Soy como Sansón. Toda mi fuerza estaba en mi cabello.

Solté una carcajada.

—Eso me hace tu Dalila —dije sobre mi hombro. Me gustaba como sonaba eso. Y me estaba acostumbrando a su cabello. Todavía se veía hermoso, más adulto, su rostro más cincelado.

Me subí al asiento del conductor y lo ajusté para acomodar mis piernas más cortas. Sawyer ya estaba comiendo el emparedado de *Panera Bread* que le habíamos traído. Y le había dejado un té dulce en el portavasos.

—No digas que nunca te di nada.

—¿Tienes una cerveza fría para acompañar esto? —preguntó.

—No tienes tu suerte.

—¿Cómo está tu seguro de vida? —preguntó Sawyer a Killian mientras me alejaba de la acera.

Le di el dedo a Sawyer y Killian se echó a reír. Hablaron entre ellos por un tiempo, y me hizo feliz que se llevaran bien, como sospechaba que lo harían. Quince minutos después, se quedó en silencio, y revisé el espejo retrovisor.

—Está fuera —dijo Sawyer—. Debes haberlo agotado con todo lo que hablas.

—Dormí la mayor parte del camino. —Salir de Brooklyn a las siete de la mañana no era mi idea de diversión, especialmente después de dos horas de sueño.

Escuché la música, entrando y saliendo del tráfico de la tarde mientras Sawyer comía su sándwich y bebía su té. Tan pronto como salimos del túnel, Sawyer apagó el aire acondicionado y ambos bajamos las ventanas.

Se pasó una mano por el cabello rubio, corto en la parte superior y afeitado a los lados. Odiaba su corte de cabello militar. Odiaba la forma en que su rostro se veía más duro y sus ojos parecían atormentados, como si hubiera visto demasiado, y no pudiera sacudir las imágenes.

—¿Te ofreciste para esta última misión? —pregunté.

—Soy un marine, Eden. Voy a donde me dicen que vaya. Voy cuando me dicen que vaya.

No sabía cómo operaban los infantes de marina, pero estaría dispuesta a apostar las propinas de una semana a que se presentó voluntario para este último despliegue.

—Nadie se despliega de manera consecutiva así. Solo tuviste unos pocos meses entre... —Dejé que mi voz se apagara. Habían pasado cinco meses, para ser exactos, entre él perdiendo a su mejor amigo y enlistándose de nuevo. Pero no sabía nada sobre lo que hicieron y no hicieron los marines. Hicieron lo que quisieron. Increíblemente, después de cinco años en el Cuerpo y tres despliegues, Sawyer todavía estaba bebiendo *Kool-Aid*. Este era el tipo que solía creer que las reglas se hicieron para romperlas. Había pasado tanto tiempo en la oficina del director que la secretaria hizo una etiqueta y la pegó en una silla: Reservado para Sawyer Madley.

Sawyer miró hacia el río y los puentes de *Pittsburgh*, y me pregunté qué tan diferente le parecería el mundo ahora. Después de recoger su envoltorio de emparedado vacío y arrojarlo en la bolsa, sacó mi teléfono de mi bolso e ingresó mi contraseña, dándole acceso total a toda la información en mi teléfono celular. Necesitaba mejorar la seguridad. Todos, como Killian y Sawyer, conocían mi contraseña y no tenían miedo de usarla.

Vi de reojo como Sawyer se desplazaba por las fotos de mamá en mi muro.

—La próxima vez agrégle cabello —dijo.

—La próxima vez tendrá alas.

—Papá, ¿vio esto? —preguntó

—No. Estaría enojado.

—En secreto, él pensaría que lo hiciste bien.

Sabía que esa era la forma en que Sawyer me decía que pensaba que lo hacía bien. *Secretamente, también amo tus agallas, Sawyer.*

Continuó viendo algunas fotos sinceras de Killian que tomé la semana pasada y algunas *selfies* de nosotros juntos. Killian odiaba que le tomaran una foto, pero me siguió la corriente. Uh oh. Sawyer había encontrado mi muro de la paz. Seguí mirándolo furtivamente, tratando de evaluar su reacción.

—¿Dónde está?

—En el bar de Killian. En el patio.

—El mundo es un lugar jodido —dijo, sonando cansado y mucho más viejo que sus veintitrés años. Si pudiera reemplazar su dolor con alegría, lo haría. Haría cualquier cosa para ver sus ojos brillar con picardía o iluminarse de felicidad como solían hacerlo. Pero no tenía ese tipo de poder. No sabía cómo hacerlo para Sawyer o para Killian. Tal vez por eso sentí que entendía a Killian tan bien. Había visto algo en él que me recordaba a Sawyer, y me hizo querer calmar su alma torturada.

Arrojé mi teléfono en mi bolso y se recostó contra el asiento, con los brazos cruzados sobre el pecho. Nos quedamos en silencio, perdidos en nuestros propios pensamientos mientras conducía en piloto automático. ¿Por qué el mundo era un lugar tan jodido?

Tomé la salida de la Avenida Wayne, un camino que conocía muy bien, pero Indiana, Pennsylvania, me parecía muy diferente ahora. No tenía la determinación ni el factor genial ni la arquitectura de Brooklyn. Todo parecía estéril. Fabricado. Aburrido.

Por encima de la música que salía de los altavoces, escuché una sirena. Revisé mi espejo retrovisor y gemí. El policía estatal estaba justo detrás de mí, las luces parpadeaban.

—Debe ser tu comité de bienvenida —grité sobre la música.

—Sí, es bueno estar en casa —dijo Sawyer. Nos lanzamos una sonrisa, y esta vez creí que lo decía en serio.

Me detuve en el arcén, apagué la música y miré por el espejo lateral al oficial que se acercaba. Nos paró a dos millas de casa. ¿No fue siempre de esta manera?

—¿No tiene nada mejor que hacer?

—Vive para esta mierda. ¿Habías acelerado? —preguntó Sawyer, no particularmente preocupado.

—No tengo idea de lo rápido que iba.

Sawyer se encogió de hombros. Ninguno de nosotros estaba prestando atención al velocímetro. Los dos teníamos pies de plomo.

El oficial se detuvo afuera de mi ventana abierta, y le di una gran sonrisa. Me frunció el ceño.

—Hola, oficial. ¿Hay algún problema?

Se puso las manos en las caderas.

—¿Sabe lo rápido que iba?

—No lo suficientemente rápido —dije—. Me atrapó.

Sawyer resopló y Garrett nos dirigió una mirada severa que nos hizo reír.

—Necesitaré ver su licencia y registro.

—¿En serio? —Lo miré. O hablaba en serio o era bueno en el juego de roles porque no había roto el personaje. Se parecía a papá: cabello castaño, mandíbula cuadrada con una hendidura, ojos color avellana. Mi hermano Garrett se parecía a Superman y nada parecido a Sawyer y a mí.

—Estás llevando esto demasiado lejos.

Extendió la mano y meneó los dedos para que yo entregara los documentos. Puse los ojos en blanco mientras recuperaba la licencia de mi bolso y Sawyer me entregó el registro de la guantera. El registro de Killian, podría agregar.

—Ponle a un chico el uniforme, y se le va directo a la cabeza —murmuré.

—Eden Madley. Dame una buena razón por la que no debería ponerte una multa hoy. —Ni siquiera se molestó en inspeccionar la licencia o el registro.

—Hmm... déjame pensar. —Chasqueé los dedos—. Te daré dos buenas razones. Este no es mi auto, así que no soy responsable del exceso de velocidad. —Sawyer rio—. Y nuestro rebelde está de regreso. Entonces, tenemos que llegar a casa y comenzar la fiesta. —Me deslicé las gafas de sol por la nariz y le guiñé un ojo.

—Una fiesta no es una fiesta hasta que aparecemos —alardeó Sawyer, y me giré en mi asiento para chocar los cinco.

Garrett negó con la cabeza a nuestra exhibición. Nada había cambiado. Siempre fue el sensato. Mamá solía decirnos que se sentía excluido, que tres son una multitud. Pero Garrett era cuatro años mayor e infinitamente más sabio, y nunca mostró ningún interés en unirse a nuestras travesuras, como las llamaba.

—Tienes mucha suerte de que fuera yo.

—Oh por favor —me burlé—. Te vi a una milla de distancia. Papá es mucho mejor que tú. —No era broma. Nuestro padre nos detuvo a Sawyer y a mí más veces de las que queríamos recordar. Nunca vi a Garrett, pero no iba a mencionar eso—. Si intentabas esconderte y atrapar víctimas desprevenidas, hiciste un trabajo de mierda.

—Cuida tu boca, niña. Estás hablando con un oficial de la ley.

—Parece que tienes un palo en el culo con ese uniforme —dijo Sawyer.

—Buen corte de cabello —dijo Garrett—. ¿Alguien te persigue con una sierra circular?

Iban y venían, compartiendo su propia forma de amor fraternal. Cuando agotaron su arsenal de insultos, Garrett me señaló con el dedo como el severo hermano mayor que me castiga con el infierno

—No deberías ir tan a tanta velocidad. ¿De quién es este auto?

—¿Nos detuvieron, Sunshine? —preguntó Killian. Los tres nos giramos a mirarlo mientras se sentaba, pasando una mano por su cabello mucho más corto.

—Pfft. Sucede todo el tiempo en este pedazo del bosque —dije, quitándole importancia—. Este oficial es demasiado entusiasta. Necesita cumplir con su cuota semanal.

Killian bajó la ventanilla y miré a Garrett, cuya mandíbula casi se había caído al suelo.

—¿Killian “La Muerte” Vincent?

—Culpable —respondió Killian, estrechando la mano que Garrett ofreció a través de la ventana trasera.

—No lo llares *La Muerte* —murmuré, pero nadie me estaba prestando atención. Garrett estaba demasiado ocupado presentándose, estrechando la mano de Killian y dando vueltas sobre él.

—¿Te llamó Sunshine? —preguntó Sawyer, mientras Garrett repasaba algunos de los aspectos más destacados de la carrera de Killian, como si Killian no estuviera al tanto de sus estadísticas. No tenía idea de que Garrett era tan fanático o tan bien informado sobre el tema, pero, lamentablemente, lo estaba.

Asentí. —Soy el Sunshine de Killian.

Sawyer resopló una carcajada.

—Eres más como un huracán o un tornado.

Mi puño conectó con su bíceps. Sin embargo, rebotó y Sawyer rio de mí.

—Buen intento, *Chicken Little*.

—Sí, como en los viejos tiempos.

Pero me hacía feliz cuando Sawyer actuaba como un idiota adolescente.

—¿Podemos irnos ahora, oficial? —pregunté, tamborileando con los dedos en el volante.

—Conduzca con cuidado —dijo Garrett—. No más velocidad.

—Atrápame si puedes —grité por la ventana antes de salir del arcén e incorporarme por la carretera. Pero solté el acelerador y me mantuve en el límite de velocidad. Si Garrett me atrapaba de nuevo, no me dejaría ir fácilmente. Mi padre nunca lo hizo, por lo que Garrett tenía zapatos grandes que llenar.

Me detuve en el camino de entrada de nuestra casa de dos niveles de ladrillo y paredes blancas con el césped perfectamente cuidado. Papá se enorgullecía de sus habilidades para cortar el césped. Las líneas eran tan rectas como siempre. Sawyer miró la bandera de estrellas y rayas, balancearse con la brisa en la asta en nuestro patio delantero. Me preguntaba si estaba tentado a saludarla.

emery rose Beautiful

beautiful #1

Salté del Jeep y envolví mis brazos alrededor de Killian.

—¿Estás preparado para esto?

Me besó en los labios. —¡Vamos!

paradise books

179



Beneath
your

27

Eden

—¿Estás decente? —Sawyer gritó al otro lado de la puerta de mi dormitorio mientras me daba un vistazo en el espejo de cuerpo entero en la parte de atrás de la puerta de mi armario. Mi padre siempre daba una fiesta de bienvenida a casa para Sawyer y esta noche no fue la excepción. Sawyer entró en mi habitación sin esperar una respuesta, una cerveza abierta en la mano y dos latas más en los bolsillos de sus pantalones cortos. Sus ojos estaban brillantes, y me preguntaba cuánto había bebido.

Me lanzó una cerveza y yo la atrapé con una mano y golpeé la parte superior antes de abrirla, atrapando la espuma en mi boca. Sawyer se desmayó en mi cama, sin prisa por unirse a esta fiesta. Miré por la ventana de mi dormitorio hacia el patio trasero, nuestra propiedad de dos acres se extendía hasta el bosque, donde solíamos pasar mucho tiempo cuando éramos niños.

Mi papá y sus amigos estaban reunidos alrededor de la parrilla en la terraza debajo de mi ventana, el humo se acumulaba en el aire, el aroma de hamburguesas asadas y perritos calientes entraba por la ventana de mi segundo piso. La música rock clásica de papá estaba sonando por los altavoces y *Springsteen* estaba cantando sobre cómo salir de la escuela y no rendirse. Kate, bonita y pequeña con un vestido amarillo, su cabello oscuro, liso y brillante, le tocó el hombro. Cuando la vio, la sonrisa en su rostro era igual a la de ella. Envolvió el brazo alrededor de su cintura y la besó en la boca. Me alejé de la ventana, con una pequeña sonrisa.

Me refugié en mi gran sillón estilo *puff* y tiré del dobladillo de mi mini vestido de algodón azul.

—¿Has visto a Killian? —Como se predijo, Killian había sido instruido para quedarse en la antigua habitación de Garrett. Cuando llegamos, tomamos siestas por separado y no lo había visto desde entonces.

—Está en la ducha —dijo Sawyer, bebiendo su cerveza como si estuviera en una misión para ver qué tan rápido podía emborracharse. Bajó su cerveza y tiró la lata vacía en la papelera al lado de mi cómoda y luego abrió otra cerveza.

—¿Lo amas?

Amor. Esa es una gran palabra. Pero sentí que podía amarlo. Killian sería fácil de amar. Es fácil para mí amar.

—No lo sé. Pero estoy loca por él. Me siento como...

Sawyer y yo nunca habíamos hablado de nuestras vidas amorosas. Tan cerca como siempre, esa era un área en la que nunca nos aventuramos.

—Sobre el papel, Luke era perfecto, ¿sabes? Pero con Killian, siento que me acepta por lo que soy, mis defectos y debilidades, y no está tratando de cambiarme.

—Bueno, tú eres su Sunshine.

Sonreí. —Exactamente.

—Me alegro que seas feliz —dijo roncamente.

—Gracias. ¿Estás...?

—¡Juju! —escuché al otro lado de mi puerta y luego Cassidy estaba en mi habitación, con Brianna y lo que parecía ser el resto de mi antiguo equipo de porristas.

—Oh. Dios mío —susurró Brianna con los ojos muy abiertos—. ¿Quién es este?

Miré a Killian de pie en la entrada. Sin camisa.

—¿Dónde está tu camisa?

—En la habitación.

—Ve a ponértela. —Lo eché por la puerta con las manos, aunque yo estaba al otro lado de la habitación, todavía metida en mi sillón.

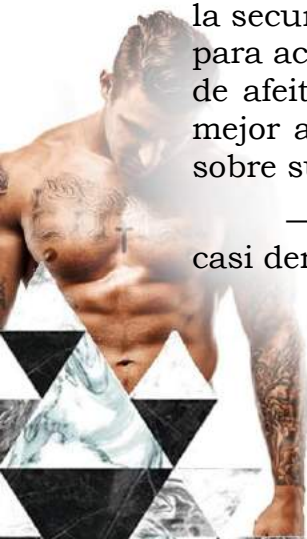
Rio y se pavoneó por el pasillo. La mitad del equipo de animadoras giró sus cabezas para vigilarlo. La otra mitad miró a Sawyer tumbado en mi cama, y Brianna se tiró encima de él.

—Hola, nene —dijo Bri, dándole un gran beso en los labios—. Te extrañé.

—¿Ah, ¿sí? ¿Quieres mostrarme cuánto?

Me quejé, y segundos después un grupo de chicos del equipo de fútbol de la secundaria de Sawyer se metieron en mi habitación. Era demasiado pequeño para acomodar todo el sudor y hormonas, sin mencionar la loción para después de afeitarse que alguien había usado en exceso. Cameron, el ex defensa, y el mejor amigo de Sawyer de la secundaria, me levanto de mi sillón y me arrojó sobre su hombro.

—Bájame. —Lo golpeé la espalda. Estaba construido como un refrigerador, casi demasiado ancho para pasar por mi puerta.



Este era uno de sus trucos de fiesta. No me sacrificaría hasta que estuviera fuera en el patio trasero, después de haber hecho la vuelta de la victoria. Esta solía ser mi vida. Suspiré.

—Killian —grité mientras Cameron pasaba trotando por la vieja habitación de Garrett—. Rescátame de este bruto. —Dado que estaba riendo, no creí que Killian se lo tomara en serio.

Cameron giró en círculo. Levanté la cabeza y miré por encima del hombro a Killian de pie en la entrada. Me alegró saber que se había puesto una camiseta.

—Mierda —dijo Cameron—. Soy un gran fan, amigo.

Me quejé. Killian lograba evitar esto en Brooklyn, pero unas horas en el oeste de Pensilvania y estaba siendo sometido a su peor pesadilla. La fiebre de Killian Vincent había alcanzado un nivel muy alto. Pero vi mi estrategia de salida, y como era una oportunista, la tomé.

—Cam, bájame. Te lo presentaré.

Cameron me bajó sin luchar y Killian me arropó a su lado. Sentí que él necesitaba el apoyo más que yo.

Hice las presentaciones y Killian conoció al equipo de fútbol y a las animadoras. Ambos se lo comieron con los ojos de igual manera.

—Yo fui su primer beso —le dijo Cameron a Killian cuando todos salimos, con cerveza en la mano.

—El beso más incómodo del planeta —dije.

—Está exagerando. —Cameron me guiñó un ojo—. Pero no por mucho.

Todos bebimos y bromeamos, hablamos y nos reímos, y todos superamos el hecho de que Killian era un ex luchador de la UFC. Nadie mencionó a Luke o Lexie o al bebé que ya debía haber nacido.

Killian puso un brazo alrededor de mi hombro y lo miré con una gran sonrisa en el rostro.

—Es tan raro verte aquí. Pero en el buen sentido.

Desde la cubierta, los acordes de apertura de “Bleed It Out” de Linkin Park se dispararon desde el sistema de sonido. Cameron estaba a cargo de la música y bombeaba en el aire.

—Sintoniza —gritó, apuntando con su brazo a Killian.

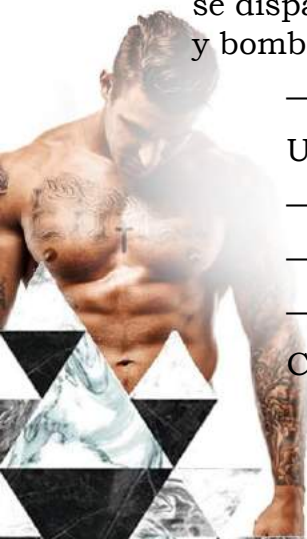
Una mirada pasó entre Sawyer y Killian que frotaba su nuca.

—Cámbialo, Cam —ordenó Sawyer.

—Está bien —dijo Killian.

—Cámbialo —dijo Sawyer otra vez.

Cam parecía perplejo, pero cambió la música.



—¿Qué tiene de malo esa canción? —pregunté a Killian.

—Era mi canción de salida. No es gran cosa.

Puse un brazo alrededor de su cintura y tomé un sorbo de mi cerveza.

—¿Esto es difícil para ti?

Me besó en los labios. —No.

Pero no le creí. Todo el mundo le recordaba la vida que había tenido antes, una vida que había amado, pero a la que no podía volver porque se sentía demasiado culpable. Si, por alguna razón, no pudiera hacer más mi arte, estaría un poco perdida. Tal vez no era lo mismo, y no se podía comparar, pero el arte era mi pasión de la misma manera que las MMA lo había sido para Killian. Desde que me mudé a Brooklyn, se había vuelto aún más importante en mi vida. Jared me pidió que pintara un mural en el costado de su tienda de tatuajes cuando volviera a Brooklyn. Sabía que fue idea de Killian, y que le había preguntado a Jared si yo podía hacerlo. Solo lo sabía porque Jared me lo dijo. Quería encontrar una manera de ayudar a Killian a encontrar una nueva pasión, pero no tenía idea de cómo hacerlo.

Me puso delante de él y me envolvió con sus brazos, mi espalda contra su pecho.

—Deja de preocuparte —murmuró en mi oído.

Me recosté contra él y hablamos y bromeamos con mis viejos amigos y mis hermanos.

—Eden era la abeja reina de nuestra secundaria —dijo Cassidy, y capté un tono en su voz que cruzó la línea de amistoso. Obviamente estaba en el campamento de Lexie ahora.

—Bueno, sí —dijo Brianna, en mi defensa—. Eden es lo máximo.

—Lo hicimos genial juntas —dije.

—Sí, lo hicimos, cariño. —Me sonrió y luego movió la cabeza hacia Cassidy, levantando las cejas.

Me encogí de hombros. Sawyer y Garrett contaron unos cuantos cuentos estúpidos de la infancia, todos a mi costa, que nos hicieron reír y disiparon la tensión que Cassidy había creado.

—Era un infierno sobre ruedas —dijo Sawyer a Killian—. Espero que sepas en lo que te has metido.

—Me he calmado mucho. Ahora soy una adulta madura y responsable.

Sawyer y Killian se rieron por eso, aunque yo no había estado tratando de ser graciosa. Le di un codazo a Killian en las costillas.

—Solo por eso, comerás pastel mañana.

—No hay pastel.

Reí.

—Vas a recibir el especial de cumpleaños de Eden Madley.

Se inclinó y me susurró al oído.

—¿Tu cuerpo desnudo envuelto en un lazo?

—Eso se puede arreglar.

—Tú eres el regalo que no se devuelve.

—Y no lo olvides.

Más tarde esa noche, sola en mi habitación, vi a través de mi ventana abierta como Sawyer y Killian desaparecieron en el bosque detrás de nuestra casa, con una botella de Jack Daniels en la mano de Sawyer. Se habían unido como yo esperaba que lo hicieran.

Me puse una camiseta sin mangas y shorts para dormir y me acosté en mi cama como una estrella de mar, mi cuerpo pegajoso por el calor y la humedad de agosto. Estaba tan tranquilo aquí. Echaba de menos el ruido de la ciudad, la canción de cuna que ahora me hacía dormir, los camiones de basura de la madrugada, las sirenas y el constante zumbido de las voces y el tráfico. Extrañaba el olor de Brooklyn, el penetrante aroma de queso de la tienda frente a *Brickwood Coffee*, el cerdo tostado del camión de tacos de Jimmy, la basura y el asfalto, el olor del pan recién horneado en *Greenpoint* los domingos por la mañana temprano, cuando me quedaba en casa de Killian.

Por mucho que ame a mi familia, estar aquí me hizo darme cuenta de que Brooklyn es mi hogar ahora. Estaba agradecida de no estar atrapada en un pueblito de Pensilvania, viviendo con los padres de Luke, cuidando de un bebé a la edad de veintidós años.

Luke fue una mierda y me había hecho daño, pero mi corazón no estaba roto como yo creía. Quería ser una chica diferente, expandir mis horizontes y explorar el más allá, pero con Luke me mantuve en un patrón de espera, sin crecer o cambiar. Me había aferrado mucho a él, confinada a esa caja en la que me había encerrado.

Con Killian, había sido yo misma desde el principio, sin retener nada. Y yo le gustaba tal como era.



Por supuesto, me colé en la habitación de Garrett y me quedé con Killian. Lo que mi padre no supiera no le haría daño. Desafortunadamente, una llamada de atención a las seis y media de la mañana llegó en forma de Sawyer golpeando la puerta de la habitación. Me escondí bajo las sábanas cuando la puerta se abrió de golpe. La privacidad, en nuestra casa, era una broma.

Algo golpeó mi brazo, forzándome a descubrir mi escondite que no me había escondido en absoluto. Bajé las sábanas, agarré la zapatilla de Sawyer y se lo arrojé a la cabeza. Él se agachó y golpeó la puerta del dormitorio con un golpe.

—Esto es la guerra —declaré—. Tú te lo buscaste.

Sawyer rio de mi ridícula declaración, y también Killian. Miré a uno y luego al otro antes de tirar las sábanas, salté de la cama y volé hacia Sawyer, tratando de derribarlo. No había ninguna posibilidad de que eso sucediera. Me arrojó sobre su hombro y me depositó en la cama.

Caí de nuevo sobre la cama. Esto era demasiado para esta hora de la mañana. Apenas había luz afuera. Olfateé el aire.

—¿Eso es tocino?

—Papá está de servicio en KP —dijo Sawyer y luego miró a Killian—. ¿Listo para esa carrera?

—Dame dos minutos —dijo Killian.

—Nos vemos en la parte de atrás.

—¿Hicieron este plan sin mí? Voy contigo —dije, aunque correr a esta hora era lo último que quería hacer.

—¿Qué te dije? —preguntó Sawyer, y Killian río, compartiendo una broma interna que yo no conocía—. Odia que la dejen fuera de *todo*.

—Dímelo a mí —dijo Killian.

Después de que Sawyer se fuera, le di un codazo a Killian en las costillas.

—Estás en mi equipo. No desertando al Equipo Sawyer.

—Lo que tú digas, Sunshine.

—Feliz cumpleaños, nena.



28

Killian

—¿Cómo te gusta la carne, hijo? —preguntó Jack Madley, mientras encendía la barbacoa. Una bandeja apilada con cinco de los filetes más grandes y gruesos que había visto se encontraba en el estante al lado de la parrilla.

Miré a Sawyer que estaba cargando una hielera en la terraza y luego a Garrett que estaba entretenido en su teléfono. Ninguno de los dos respondió.

El papá de Eden rio entre dientes.

—Sé cómo les gustan sus bistecs. Yo esta...

—A Killian le gusta su bistec casi crudo —dijo Eden, colocando una ensalada en la mesa y haciendo una mueca—. ¡ugh!

No era un gran fan de los bistecs, pero habían elegido el menú, diseñado específicamente para mí. Estaba recibiendo el tratamiento especial de cumpleaños de Eden Madley, y los hombres Madley estaban más que felices de aceptarlo. Les encantaba el bistec, cuanto más grande el hueso, mejor.

—Lo siento, señor, pensé...

—Es Jack —gruñó. Me corrigió varias veces, pero seguí recurriendo a señor, por razones que no podía entender. Nunca había llamado a nadie señor en toda mi vida, pero el hombre merecía mi respeto. Jack Madley me había abrazado como el novio de su hija, sin juzgarme. No sabía cómo manejar eso, como tampoco sabía cómo manejar toda esta situación. Eden podría haber querido alejarse de su casa, y pude entender por qué ella no quería vivir en un pueblo pequeño o en cualquier lugar cerca de ese imbécil, pero esta casa era un hogar. A los pocos minutos de conocer a su familia, estaba claro que todos la tenían cubierta y que había sido criada con amor.

Estaba tomando una cerveza fría en la terraza a la luz del sol de la tarde porque me habían dicho que los cumpleaños son especiales en la casa de los Madley, lo que significaba que no se me permitía levantar un dedo para ayudar. Miré la extensión verde de su patio trasero y los bosques donde había pasado el rato con Sawyer anoche después de que Eden se hubiera acostado, un plan astuto para que pareciera que estaba cumpliendo los deseos de su padre.

—¿Alguna vez cuando estás rodeado de gente que se divierte sientes que realmente no estás allí? ¿Cómo si estuvieras entumecido? —Me había preguntado Sawyer.

—Sí, conozco ese sentimiento.

—Tendré veinticuatro en octubre, pero siento que soy mayor que los chicos con los que crecí por décadas.

—Conozco ese sentimiento.

—Pensé que lo harías —Tomó un trago de whisky y miró la botella en la mano—. Mi segundo despliegue... estábamos patrullando, cruzando un campo. Mi amigo Casey y yo teníamos detectores de metales, escaneando el área. Estábamos a punto de cruzar un camino de tierra. Parecía que habían desenterrado algo en la tierra aun fresca, así que le dije a Casey y Jonesy que se quedaran atrás y que yo lo inspeccionaría. Lo siguiente que supe fue que volé como loco. Desperté en el campo y contemplé el sol abrasador. Por un minuto, pensé que estaba muerto. Estaba tan jodidamente tranquilo. Pero entonces escuché voces y supe que no estaba muerto. El IED había volado un cráter en la carretera. Salté y lo primero que vi fue una pierna. Entonces vi a Jonesy. Le arranco las dos piernas, pero él hablaba sobre el auto que planeaba comprar cuando llegara a casa. Sus piernas habían desaparecido, y él estaba hablando de un auto mientras yo le decía que todo iba a estar bien. "Conseguirás ese auto". Algunos chicos llegaron para ayudar. En mi cabeza, me decía a mí mismo que Casey O'Malley estaba en algún lugar de ese campo. Y que estaba bien. Pero vi su bota sobresaliendo de la tierra y comencé a sacarlo...

Mientras me contaba la historia, usó la misma voz automatizada que usé cuando le conté a Eden mi historia de Johnny Ramírez.

—Llevamos a Casey de regreso al campamento base en una bolsa negra para cadáveres. Mi mejor amigo estaba muerto, a Jonesy le volaron las piernas y yo terminé con un tobillo torcido y algunos rasguños. He repetido esto muchas veces en mi cabeza y siempre me pregunto qué podría haber hecho de otra manera. ¿Dispare esa IED? ¿Por qué les sucedió eso a ellos y no a mí?

Jesucristo. ¿Cómo vivía con esas imágenes? Cerré los ojos y me recosté contra el tronco del árbol.

—No fue tu culpa —dije finalmente, y lo dije en serio.

Eché la cabeza hacia atrás y miré las estrellas tambaleándose en el cielo nocturno. Era increíble que el mundo siguiera girando. Las estrellas aún salían por la noche. El sol salió y se ponía todos los días en este universo irracional.

—Nunca le conté esa historia a mi familia o amigos —dijo Sawyer en voz baja.

—¿Por qué me lo dijiste? —Aunque tenía una idea.

—Parece que has ido al infierno y regresado.

—Me veo tan bien, ¿eh? —bromeé.
—Como si te hubieran montado duro y te guardaron mojado —bromeó de vuelta a mí.
—No deberías hablar de tu hermana de esa manera.
Levantó la mano. —Ahórrame los detalles.
—No ibas a conseguir ninguno.
—Ella cambió, eso es malditamente cierto —dijo Sawyer.
—¿Es él tan imbécil como creo que es?

Sawyer me pasó la botella de whisky y tomé un trago. El Jack Daniel's, no es mi favorito. Se la devolví y crucé los brazos sobre mi pecho, esperando una respuesta.

—Nunca me gustó. Todos en este pueblo lo trataban como si fuera el regalo de Dios. Los llamaron a Luke y Eden la pareja dorada, pero era una mierda de secundaria. Luke es superficial. Nunca conoció a la verdadera Eden. Mi hermana es un dolor en el culo, pero es genial como la mierda.

Ya sabía eso.

Eden colocó una carga de regalos envueltos frente a mí. Oh diablos, no.

—¿Qué es esto? —pregunté.

—¿Cómo se ven? Tus regalos de cumpleaños.

—Te dije que no me compraras nada.

—Sí, bueno, no eres mi jefe, así que te ignoré.

Sawyer y Garrett resoplaron y se sentaron a la mesa.

—Acostúmbrate —dijo Jack Madley, arrojando los bistecs a la parrilla—. Ha estado ignorando mi buen consejo durante veintidós años.

Eden puso los ojos en blanco.

—Tengo una acusación falsa por aquí. —Me golpeó en el hombro—. Abre tus regalos. No son solo míos.

—La camiseta es mía —dijo Sawyer.

—El whisky es mío —dijo Garrett.

—Ustedes son los peores —resopló Eden—. Se supone que es una sorpresa.

Se encogieron de hombros y se acomodaron con sus cervezas. Eden se sentó frente a mí y tomó una foto. Levanté la mano.

—No.

Más resoplidos al unísono de los hombres Madley.



—Bien. —Arrastró su silla a mí—. Abre tus estúpidos regalos.

Abrí el Jameson y le agradecí a Garrett que me informó que Eden le dijo qué comprar. Abrí la caja con una camiseta negra de Harley Davidson y agradecí a Sawyer.

—Lo elegí por mi cuenta —afirmó.

Como habíamos pasado todo el día haciendo "cosas de hombres" y comprando la nueva motocicleta de Sawyer, me resultó difícil de creer. Como regalo de cumpleaños, me dejó llevar su Kawasaki Ninja en un alegre paseo. Solía tener una Ducati, una de las pocas cosas que me había comprado, pero la vendí después de la muerte de Johnny.

—Esa se parece mucho a la camiseta que te compré para tu cumpleaños de hace dos años —dijo Eden.

Sawyer rio.

—¿Regalaste algo que yo te regalé? —preguntó Eden.

Le arrojé la camiseta a Sawyer. La atrapó y me la arrojó.

—Es una camiseta genial —dijo, para suavizar el golpe—. Pero tengo un millón de camisetas y no tengo tiempo para usarlas.

—Se verá mejor en Killian, de todos modos. —Eden se cruzó de brazos y se dejó caer en su asiento.

El siguiente regalo que abrí fue una herramienta multiuso Leatherman de acero inoxidable.

—Papá, te di eso para Navidad —dijo Eden.

—No necesitaba dos de ellas, chica.

A estas alturas, los chicos y yo estábamos muriendo de risa. Eden levantó los brazos.

—Ustedes no tienen esperanza.

Quedaban dos regalos sin abrir: un cilindro largo y una caja pequeña.

—Apuesto a que ella enrolló mis viejos carteles de chicas desnudas y los volvió a regalar —dijo Sawyer mientras desenvolvía el cilindro de cartón.

—Como si quisiera que Killian cubriera sus paredes con carteles de chicas desnudas —se burló.

Abrí la tapa de plástico. Sabía lo que había allí, y casi no quería sacarlo. Pero ella me lo dio y quería que lo tuviera, así que lo saqué, lo desenrollé y miré la pintura que había visto en su caballete la noche en que dibujó mi rostro.

—Puedes guardarlo en tu armario —dijo, mordiéndose el labio inferior.

La rodeé con el brazo y la besé en la mejilla.

—No va en el armario. Me encanta. Gracias.

—De nada. —Me dio una gran sonrisa feliz—. Cuando lleguemos a casa, puedo estirarlo y ponerlo en un marco. Si tú quieres.

—¿Puedes hacer eso?

—Sí. Es fácil.

El último regalo fue un llavero: un globo plateado. Lo giró en mi palma hacia el lado liso, para que yo pudiera leer el grabado: *Cada nuevo día es un mundo de posibilidades*.

—Sé que es totalmente cursi. —Se encogió de hombros—. Pero me decidí con esa frase. Tenían que hacer la escritura pequeña para que quepa todo. Siempre tengo mucho que decir.

—No me digas —dijo Sawyer.

No tenía nada que decir. Ni una maldita cosa. La tortura de un especial de cumpleaños de Eden Madley continuó. Después de la cena, llevó a cabo el pastel, encendió las veintisiete velas y me cantó feliz cumpleaños, insistiendo en que su padre y sus hermanos se unieran.

Cuando la canción finalmente terminó, me dio un codazo en el brazo, riendo.

—Parece que estas sufriendo.

Froté mi rostro con las manos. Estaba sufriendo. Nadie había hecho esto por mí. Observé el pastel, la cera de las velas goteando, luego su rostro, todo iluminado por el resplandor, sus ojos verdes brillando. Tan hermosa.

—Necesitas pedir un deseo y apagar las velas, cumpleañosero.

Un deseo. La miré de nuevo e hice mi deseo. Quería que cada nuevo día la incluyera. Ella era un mundo de posibilidades y era un mundo en el que quería vivir.

Al día siguiente, antes de que nos fuéramos, Jack Madley preguntó si podía hablar conmigo. Estaba tan estúpidamente nervioso de que me diera un infierno por acostarme con Eden bajo su techo después de que me había dado instrucciones de que durmiera al otro lado del pasillo. Lo seguí hasta la cubierta y esperé a que se lanzara sobre mí. Nos paramos uno al lado del otro, de frente al bosque. Estaba tan tranquilo aquí. Podía escuchar los pájaros cantando desde el roble en su patio trasero y el zumbido de un cortacésped en la distancia.

Jack me puso una mano en el hombro y me sobresalté. Rio entre dientes.

—No te creí del tipo nervioso.

Reí.

—No lo soy habitualmente. —Dejó caer el brazo a su lado. Me limpié el sudor de la frente con el dorso del brazo. Eran solo las nueve de la mañana, pero el calor y la humedad ya eran sofocantes.

—No me convenció su idea de mudarse a Brooklyn sola.

—Puedo entender eso.

—Podrías pensar que ya ha crecido, pero siempre será mi niña.

Lo miré de reojo. ¿Me iba a decir que me mantuviera alejado de ella?

—Cuidala —dijo—. Asegúrate de que se mantenga fuera de problemas.

Mis hombros se relajaron. —Lo haré.

Asintió y me pidió que guardara su número. Lo ingresé en mi teléfono y lo guardé en el bolsillo.

—Con suerte, no la llevaras a la sala de emergencias pronto. Pero en caso de emergencia, asegúrate de llamarme. Criar a una hija es muy diferente a criar hijos. Me preocupo más por su seguridad. Siempre lo he hecho. —Negó con la cabeza—. Ella me llamaría sexista por decir eso.

Reí, recordando la vez que me acusó de lo mismo.

—No dejaré que nada le pase.

—Bueno. Me aferraré a eso. Y no menciones que hemos tenido esta pequeña charla o estaré escuchando mucho tiempo sobre ella.

—Lo guardaré para mí.

—Y la próxima vez que nos visites, tus puertas serán trampas explosivas. Nada como un cubo de agua helada cayendo sobre tu cabeza en medio de la noche.

Me mordí el labio inferior para no reírme. Dios, amaba a esta familia. Eran todo lo que nunca había tenido, pero siempre había deseado. Apoyo. Diversión. Amor. Protección. Lealtad. Aunque la madre de Eden había muerto demasiado joven, esta familia no se desmoronó. Su padre no se había emborrachado para ahogar sus penas. Se mantuvo fuerte, como ese roble en el patio trasero. Y había transmitido esa fuerza a sus hijos.

Aspiraba ser un hombre como Jack Madley.

Algún día.

Tal vez.



29

Eden

Iared quería una calavera, rosas y alas, así que eso es lo que estaba pintando al costado de su edificio de ladrillo de dos pisos que albergaba el salón de tatuajes en el primer piso y su departamento en el segundo piso. Era el martes después del Día del Trabajo, pero todavía parecía verano en Brooklyn. El sudor goteaba entre mis omóplatos y fantaseaba con una ducha fría cuando Zeke me gritó.

—Oye, ¿qué pasa, Picasso?

Miré a Zeke desde mi lugar en la mini torre de andamios. Llevaba una camisa hawaiana de flores, bermudas a cuadros y zapatillas, su patineta debajo del pie. De alguna manera, hizo que el atuendo loco funcionara para él. Acababa de regresar de unas vacaciones de una semana en “El Viñedo de Martha” con su familia, y lucía un bronceado dorado, con el cabello teñido más claro por el sol y el agua salada. Dejé mi pincel y bajé del andamio para darle un fuerte abrazo.

—Te extrañé —dije, abrazándolo con mi yo sudoroso y sucio.

Zeke sonrió.

—También te extrañé. ¿Te llegó mi postal?

—Ojalá estuvieras aquí —cité, que era todo lo que decía la postal, y descubrí que envió el mismo mensaje a todos los camareros, incluida también Ava, ya que envió todas las postales al bar y comparamos las notas—. ¿Buen viaje?

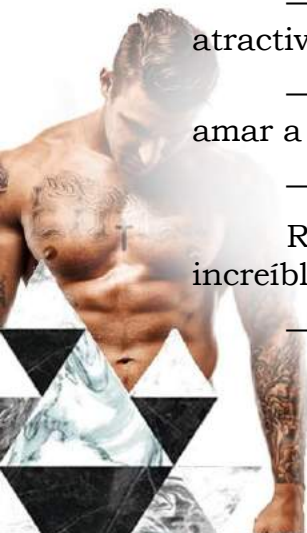
—Excelente. Pasé tiempo con la familia. Me enganche con una chica atractiva. Navegué un poco. La vida es buena en el mundo de Zeke.

—¿Alguna vez es malo el mundo de Zeke? —bromeé. Era imposible no amar a Zeke. Seguía esperando atraparlo de mal humor, pero nunca lo hice.

—No. Mi vida es asombrosa.

Reí y negué con la cabeza, pero en este momento, mi vida también era increíble.

—Hablando de increíble —dijo Zeke—. Este muro es la bomba.



Retrocedí en la acera para ver lo que había hecho hasta ahora. La semana pasada, Killian había lavado la pared y me ayudó a pintar la capa inferior porque era el maestro de todos los oficios. Mi cráneo tenía tres metros y medio de alto, con rosas en las cuencas de los ojos, también alrededor de la base, y una pancarta debajo con el nombre de la tienda de tatuajes de Jared: *Forever Ink*. Las alas, en las que estaba trabajando ahora, se extendían desde cada lado del cráneo y abarcaban el ancho de la pared.

—Gracias, Zeke.

—¿Quieres que te compre algo de almorzar y te lo traiga? —preguntó Zeke justo cuando Killian se detenía en la acera. Apagó el motor y salió del Jeep, dándole un vistazo rápido a Zeke. Su mirada se giró hacia mí y me dio una gran sonrisa como si estuviera feliz de verme y hubiera pasado mucho tiempo. Cuando en realidad, nos despertamos juntos hace unas pocas horas y me dejó aquí con un café helado, un panecillo y botellas de agua para mantenerme hidratada. Había pasado un rato hablando conmigo y Jared mientras pintaba.

—Hola, nena —dijo, tirando de mí a sus brazos.

—¡Hola! —Me incliné hacia él y le di un beso—. Estoy toda caliente y sudorosa. —murmuré contra sus labios.

Acarició mi cuello.

—Me encanta tu sudor. —Me acurrucó a su lado y nos acercó a Zeke, que tenía una gran sonrisa en su rostro.

—¿Cómo estuvo Hawái? —preguntó Killian. Le di un codazo en las costillas.

—El viñedo de Martha —dijo Zeke con una sonrisa—. Todo estuvo bien. —Meneó las cejas—. Pero siento que me he perdido mucho... viviendo en la zona de amigos permanentes.

Killian giró su llavero globo alrededor de su dedo.

—Espero que estés disfrutando de tu estadía.

—Como si tuviera otra opción.

—Siempre hay otra opción —dijo Killian—. Tomaste la correcta.

—Un montón de peces en el mar de Zeke. —Zeke nos sonrió, luego volteó su patineta—. Voy a pescar. Te veo luego.

—Adiós Zeke —grité mientras se dirigía calle abajo con el brazo en alto.

Killian negó con la cabeza.

—¿Qué demonios lleva puesto?

Me eché a reír.

—Su atuendo de pesca. Obviamente. Deberías ser más amable con él.



—Ese, fui yo siendo amable. Si quisiera ser malo, le habría preguntado qué demonios llevaba puesto.

Observé los shorts de cargo de Killian y la camiseta gris.

—Su guardarropa tiene más colores que el negro, blanco, gris y caqui.

—¿Quieres que use diferentes colores?

—No. Me gustas tal como eres.

Tirando de mí contra él, tomó mi trasero en sus manos.

—Me gustan estos shorts naranjas y esta blusa azul. Y todos los colores de tu piel.

Reí. Mis shorts eran color coral, mi camiseta sin mangas era azul marino, y mis brazos y piernas estaban salpicados de puntos de pintura. Killian tiró de mi labio inferior entre sus dientes y lo chupó. Gemí y presioné mi cuerpo contra el suyo y envolví mis brazos alrededor de su cuello.

—Mmm. —Mordí su labio y apreté mi cuerpo contra el suyo. Nos hizo retroceder, por lo que estaba apoyado contra la puerta de su Jeep—. Sabes tan bien. Quiero comerte para el desayuno, el almuerzo y la cena.

—Me encanta cuando hablas sucio —dijo, pasando sus besos por mi cuello.

—Aprendí del mejor.

—¿Quieres escuchar lo que te voy a hacer después?

—Sí.

Alguien se aclaró la garganta y me di vuelta para mirar a Ava.

—¿Interrumpo?

—Sí —dijo Killian, dándome la vuelta en sus brazos para que estuviera de pie frente a él, con la espalda contra su pecho. Lo más probable es que cubriera la erección que estaba luciendo. Empujé mi trasero contra él y reí cuando gimíó.

—No sé cómo Eden hace el trabajo con todos sus visitantes —se quejó Killian.

Ava le sonrió con suficiencia.

—No la distraemos tanto como tú.

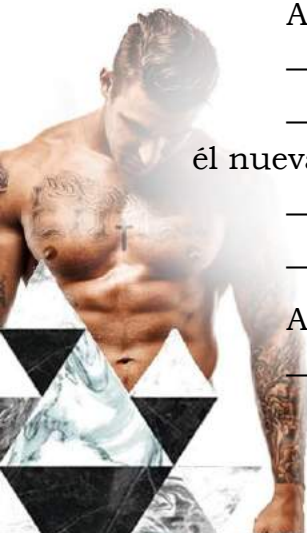
—Doy la bienvenida a todas las distracciones. —Meneé mi trasero contra él nuevamente.

—Vas a pagar por esto más tarde —susurró en mi oído.

—Lo espero con ansias.

Ava aplaudió.

—¿Quién está preparado para almorzar?



—Killian está preparado para cualquier cosa —dije.
—Apuesto a que lo está —dijo ella, arqueando las cejas—. ¿*Shake Shack*? Hamburguesas, papas fritas y batidos.

—Es un día de ensalada —dijo Killian, alejándose de mí. Abrió la escotilla y saco una bolsa que sin duda contenía recipientes *Tupperware* llenos de ensaladas. Él me había estado trayendo el almuerzo todos los días, y así fue como aprendí que era un loco por la salud. Proteína magra, muchas verduras y granos de los que nunca había oído hablar, todo preparado por él en su cocina.

En el menú de hoy, una ensalada de quinua con pollo, pistachos, arándanos secos y menta. Y una ensalada verde con toneladas de verduras crudas y un aderezo de vinagreta de mostaza. Ayer comimos cuscús con verduras asadas. El día anterior fue una ensalada de arroz salvaje con salmón. El día anterior fue una ensalada griega.

Ava puso los ojos en blanco mientras desempacaba las ensaladas.

—Sabía que las galletas eran únicas —se quejó.

—La próxima vez hornearé brownies y podremos comerlos todos —le dije. Ella chocó los cinco conmigo.

—Ahora estamos hablando un idioma que entiendo.

Nos sentamos en el suelo con la espalda apoyada contra la pared y comimos nuestras ensaladas al aire libre que se habían convertido en nuestra pequeña rutina. Ava arrugo la nariz ante las ensaladas, pero se quedó y habló mientras Killian respondía llamadas telefónicas relacionadas con bares y yo enterré el rostro en el recipiente porque me encantaban sus ensaladas.

—Te recojo a las cuatro —dijo Killian, dándome un casto beso de despedida. Algo más comenzó un incendio dentro de mí, y necesitaba concentrarme en pintar mi pared. Sin mencionar que necesitaba conservar mi energía para trabajar esta noche. El sol, el calor y Killian me convirtieron en un fideo flojo.

Después de que se fueron, volví a subir al andamio y volví al trabajo. Mientras pintaba, traté de recordar un momento en que fuera así feliz y no pude. A menos que volviera a la infancia, pero ese era un tipo de felicidad completamente diferente. Mi vida era tan buena ahora que daba miedo.

Cualquier sentimiento que había albergado por Luke había desaparecido. Finalmente hablé con él por teléfono e intentó explicar su versión de la historia. Mientras hablaba, esperé a que el dolor cavara sus garras. Cuando no lo hizo, sonreí al teléfono, agradecida de haberlo dejado atrás y seguir adelante.

Ahora estaba pintando una pared en Williamsburg, tenía un trabajo de barman que amaba, amigos geniales y lo mejor de todo, tenía a Killian. Es difícil de creer que alguna vez hayamos hecho ese estira y afloja porque ahora estábamos dentro.

Estaba acostada desnuda en la isla de la cocina de Killian, mi cabello se abría a mi alrededor como una sirena en la playa, mis piernas sobre sus hombros desnudos. Mi cuerpo era su banquete para deleitarse y yo era Lady Bountiful.

Un remix de David Guetta estaba sonando en su sistema de sonido, el ventilador de techo giraba sobre mí. Una brisa fresca soplaba sobre mi piel, y un delicioso escalofrío recorrió mi cuerpo. Sin embargo, no tenía frío. Yo era un infierno furioso.

Su lengua rodeó el borde de mi ombligo y se sumergió dentro. Vueltas y vueltas. El calor se acumuló entre mis piernas. Mis músculos se apretaron, y un gemido bajo escapó de mis labios. Su lengua se deslizó por mi vientre, lenta y tortuosamente. El rastrojo en su mandíbula arañando mi piel, haciendo que todas las neuronas en mi cuerpo se dispararan en todas las direcciones. Su lengua rodeó mi pezón y se burló de él. Se deslizó sobre el oleaje de mi pecho y pasó al siguiente, donde continuó torturándome.

Mi espalda se arqueó y estaba gimiendo, retorciéndome. Me está volviendo loca. No era suficiente. Era demasiado.

—Tienes que parar —gemí.

—¿Quieres que pare? —preguntó, levantando la cabeza para mirarme.

—Sí. Quiero decir, no. Quiero... más de lo que me estás dando.

Rio entre dientes.

—Tan codiciosa e impaciente.

Estaba tratando de matarme, estaba segura de eso. Su lengua se deslizó por mi muslo interno. Avanzando poco a poco hasta donde lo quería. Mi cuerpo temblaba, mis palmas estaban sudorosas. Se detuvo cerca de la marca y comenzó con la otra pierna. La punta de su lengua encontró mi clitoris y lo golpeó una vez. Mi cuerpo se contrajo. Lo hizo de nuevo. Y otra vez. Dos dedos se deslizaron dentro de mí, curvándose, alcanzando, frotando contra el lugar que no necesitaba un mapa para encontrar. Tenía todas las terminaciones nerviosas y el calor resbaladizo. Palpitante, pulsante, de dolorosa necesidad.

—Yo. Quiero. Tú... —gruñí.

Retirando la mano, frotó la punta entre mis pliegues.

Levanté la cabeza para mirarlo. Sus ojos estaban en mi rostro, sus labios ligeramente separados mientras se guiaban dentro de mí. Despacio. Despacio. Cerré los ojos y todos los pensamientos se evaporaron cuando entró y salió llenándome. Otra vez. Y otra vez. Empujó profundamente dentro de mí.

—Oh... Dios —grité con voz ronca.



Mi cuerpo explotó, mis músculos se apretaron alrededor de él, las convulsiones sacudieron mi cuerpo. Como si fuera de algún lugar lejano, escuché su respiración irregular. Sus manos se apretaron en mis caderas, los dedos se clavaron en mi carne, mientras se corría. Presionó un beso en mi vientre, el rastrojo en su mandíbula arañó mi piel, antes de salir de mí.

Mis piernas se sentían como de goma cuando me bajó al suelo, y me vestí con mi camiseta sin mangas y ropa interior.

Me tomó de la mano y me llevó escaleras arriba a su habitación. A diferencia de mí, no se había molestado en ponerse la ropa. Le eché un buen vistazo a su trasero perfecto, firme y redondo, merecedor de una foto pegada en el Puente de Brooklyn. En vallas publicitarias, en todo el país. Era tan bueno. Mi mirada viajó hacia los hoyuelos en su espalda baja y al tatuaje del fénix.

—¿Cómo vas a hacer tus ensaladas en esa isla ahora? —pregunté.

—Las ensaladas de mañana serán más saladas.

—Oh Dios —dije, riéndome.

Nos turnamos en el baño y nos encontramos en su cama. No había visto la habitación de Connor, pero la de Killian era pequeña, con dos ventanas que daban al patio trasero. Su habitación era limpia pero básica, con una cama tamaño *queen*, una cómoda y mesitas de noche. Me recosté en sus sábanas verde bosque y miré mi pintura en la pared. Estiré el lienzo sobre un marco de madera y lo colgó frente a su cama, por lo que sería lo último que vería antes de irse a dormir y lo primero cuando se despertara.

Killian se deslizó debajo de las sábanas, apagó la lámpara y tiró de mi espalda contra su pecho. Dobló las rodillas, trayendo las mías con ellas, y me acurruqué en la curva de su cuerpo. Su mano encontró la mía y entrelazó nuestros dedos. Así es como nos dormimos todas las noches. No nos despertamos de esta manera. Killian dormía boca abajo, con los brazos alrededor de la almohada. Usualmente me despertaba de costado, con el brazo debajo de la almohada, frente a él. Pero así era como nos quedábamos dormidos y me encantaba.

—Buenas noches nena.

—Buenas noches, Killian. —Apenas había pronunciado las palabras antes de quedarme dormida con una sonrisa en mis labios.

La mañana siguiente me despertó una lengua que se arremolinaba alrededor de mi pezón. Veinte minutos después, salimos juntos de la ducha, una nube de vapor ondeando detrás de nosotros.

Quince minutos después, íbamos de camino a la tienda de tatuajes de Jared, con un café helado en la mano. Me había trenzado el cabello mojado y me vestí valientemente con shorts blancos y una camiseta azul claro porque tenía problemas para lavar la ropa, ya que necesitaba llevar toda mi ropa sucia a la

lavandería. Lo cual, lamentablemente, plané hacer esta noche, en mi noche libre.

—Lo recogeremos ahora —dijo Killian, cuando lo mencioné.

—¿Por qué?

—Lo llevaré a mi casa.

—¿Por qué? —pregunté, aún sin darme cuenta.

—Tengo una lavadora y secadora. Pondré tus cosas mientras preparo el almuerzo.

—No puedes lavar mi ropa, preparar mi almuerzo, manejar el bar, llevarme por toda la ciudad y... —Todavía protestaba cuando se detuvo frente a mi edificio de apartamentos.

—Ve. Estás perdiendo el tiempo.

—¿Perdiendo el tiempo?

Golpeó el volante con los dedos.

—Tengo mucho que hacer.

—Exactamente ese es mi punto —dije, sin hacer un movimiento para irme—. No tienes tiempo para hacer todas estas otras cosas. Compraré el almuerzo en la tienda hoy. Y si me dejas pasar el rato en tu departamento esta noche, lavaré mi ropa y te estaré esperando cuando llegues a casa.

Se animó ante esa sugerencia.

—¿Desnuda?

—Tal vez.

—Desnuda —repitió.

—Bueno. Bien. —Aunque no tenía intención de sentarme desnuda en su casa—. Y también cocinaré la cena. Podemos comer a las dos de la mañana.

—¿Sí?

—Sí. Pero tendrás que comer lo que yo cocine.

Sonrió.

—Trato. —Se inclinó sobre mí y abrió mi puerta—. Consigue tu ropa.



30

Killian

paradise books

Connor estaba en casa. Llegó al bar esta tarde, apareciendo en la puerta como si nunca se hubiera ido.

—¿Dónde diablos has estado? —rugí cuando abrí la puerta y lo vi de pie al otro lado, con una bolsa de lona colgada sobre su hombro, con un maldito bronceado. ¿Un bronceado? ¿Había estado tumbado en la playa todo este tiempo?

—Miami.

—Miami —repetí, mirándolo a los ojos. Estaban claros. Enfocado. Se veía bien, como si hubiera ganado algo de peso y músculo—. ¿Cómo llegaste allí y regresaste?

—Greyhound.

Que mierda. Su Harley todavía estaba estacionada en el patio trasero, cubierta con una lona. Pero su modo de transporte era la menor de mis preocupaciones.

—¿No tienen teléfonos en Miami? —Inspeccioné sus brazos en busca de nuevas marcas. No había ninguna.

—Estoy limpio. Lo he estado por seis meses. No tomé ninguna droga después de salir de la rehabilitación.

Eso no tenía sentido. Si había estado limpio todo este tiempo, ¿por qué se había alejado tanto tiempo?

—Entonces, te fuiste de vacaciones y a la mierda con todos los demás. ¿Es así?

Miró por encima de mi hombro.

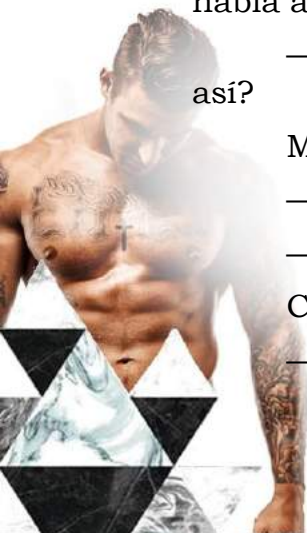
—¿Ava está aquí?

—No.

Connor bajó la cabeza y se frotó la nuca, dejando escapar un suspiro.

—¿Me vas a dejar entrar?

199



Beneath
your

—¿Me vas a decir qué demonios has estado haciendo durante cinco meses? Me empujó más allá. Cerré la puerta de golpe y lo seguí al patio.

—El lugar se ve bien. ¿Ava hizo eso? —preguntó, señalando con la barbilla la madreselva que trepaba el enrejado de madera en la pared lateral.

Ava lo plantó, junto con la menta y la lavanda que seguían siendo pisoteadas por borrachos y regadas con cerveza y cócteles. Pero solía hacerlo todos los días. Al igual que Eden, Ava era optimista.

—Sí.

La mirada de Connor giró hacia la pared que Eden pintó. Vi su rostro mientras observaba todos los detalles. Cruzó el patio y se agachó frente a la pared, estudiando su mural de cerca y a nivel de los ojos. Connor miraba el mundo a través de los ojos de un artista. Se daba cuenta de cosas que yo no podía, pero también se perdió mucho. Cuando éramos niños, vivía dentro de su cabeza, un mundo de ensueño que había creado para escapar de la realidad.

A veces pensaba que se necesitaban pelotas para drogarse justo debajo de la nariz de Seamus Vincent, pero otras veces lo reconocí por lo que era, otra forma de Connor para escapar del mundo real. Cuando estaba drogado, no le importaba a quién lastimaba o a quién decepcionaba. Todo lo que le importaba era perseguir su próximo subidón. Me había robado, mentido y pedido ayuda. Siempre había llegado a Connor antes que Seamus, lo cual era un milagro. Pero entonces, obtuve toda la atención de Seamus, y Connor no recibió ninguna. Yo era el escudo humano de Connor, su capa de invisibilidad.

—Ahora que he vuelto, comenzaré a ir a las reuniones de NA —dijo Connor mirando el muro—. Y conseguiré un patrocinador.

—Te estoy dando una última oportunidad, Connor. Si metes la pata otra vez, no puedo ayudarte más. —¿A quién estaba engañando? Le seguiría dando oportunidades hasta que lo haga bien. Pero si desaparecía de nuevo o volvía a las drogas, no quería volver a pasar por eso. Le ayudé a desintoxicarse en casa hace unos años. Me había quedado con él toda la noche. Sostuve su cuerpo en mis brazos para tratar de detener el temblor. Limpié su vómito. Lo ayudé a entrar en la ducha, aferrándome a su brazo para que no se cayera y se abriera la cabeza. Lo había convencido de que no quería suicidarse cuando todo lo que quería era morir. Horrible ni siquiera comenzó a describir esos espantosos días y noches en los que lo había vigilado. Finalmente, lo había llevado a una clínica de desintoxicación y lo habían dosificado con metadona, algo que debimos haber hecho desde el principio. Un mes después, después de ir al infierno y volver, empezó a tomar drogas de nuevo.

Asintió. —Lo sé. Es algo que debo hacer por mí mismo.

Tal vez debería haber cuestionado su respuesta, pero era la primera vez que reconocía que era su responsabilidad. Quería creer en él. Necesitaba creer en él. Cuidar de Connor era mi trabajo, y odiaba haberle fallado.

—Haré todo lo que esté en mi poder para apoyarte —dije.

—Siempre lo haces —dijo, sin dejar de mirar la pared de Eden—. No sé cómo lo haces, Killian.

—¿Hacer qué?

—Ser tú. —Se dio la vuelta para mirarme—. No sé cómo lo haces. ¿Apagas un interruptor? ¿Bloquearlo? ¿Cerrarlo? ¿Está todo por dentro, comiéndote? ¿O golpeaste y le diste una patada?

Apreté la mandíbula

—Tengo cosas que hacer. No tengo tiempo...

—No soy el único con un problema de adicción.

—No tengo un problema de adicción.

—Eres adicto al dolor.

—Jódete. —Lo dejé en el patio, caminé por el pasillo hasta la oficina, cerrando la puerta detrás de mí.

Eres adicto al dolor.

¿Quién te hizo esto, Killian?

Nunca te haría daño, Killian.

La puerta se abrió y Connor llenó la entrada

—No me iré de nuevo. Ya terminé de correr. —No respondí—. ¿Me has oído?

—Te oí. ¿Quieres una medalla? ¿Debería organizar una fiesta?

—¿Quién pintó la pared? —preguntó—. ¿Quién es Eden?

¿Quién es Eden? Ella es todo. Pero ella todavía no tenía idea de lo jodido que estaba. Todos los días me hacía más feliz que el día anterior, y todos los días me preocupaba que nos arruinara. Que un tipo como yo no estaba preparado para una relación saludable y funcional. No tenía pautas, ningún plan a seguir, ni modelos a seguir que emular. Todo lo que tenía era mi instinto que me decía que esto era real, que era bueno y que nunca había tenido algo así. Quería aferrarme a ello todo el tiempo que pudiera antes de que el castillo de naipes se derrumbara.

—La contraté en junio —dije—. Ella es un barman.

—¿Un barman?

Como si fuera una señal, sonó mi teléfono celular.

—Hola, nena —respondí, sin pensar.

—Hola nene de vuelta para ti.

—¿Todo bien?



—Simplemente tomando un descanso para tomar agua. Alguien me dijo que necesito mantenerme hidratada.

—Alguien te está dando buenos consejos.

—Siempre los tomo también.

Reí. —No, no lo haces.

Ella rio. —Generalmente.

—¿Cuántos visitantes desde la última vez que te vi? —Los amigos siempre se detenían a pasar el rato con ella: Hailey, Ava, Chris, Brody, Zeke... incluso su barista favorito que repartía su café. Sin mencionar que Jared y los otros tatuadores salieran a charlar.

—No tantos. Casi termino.

—Llámame cuando termines. Te recogeré.

—Está bien —dijo—. Me tengo que ir. Jared está aquí para inspeccionar el daño.

—No es el daño. La pieza maestra.

—Me quedo con la corrección.

—Hasta pronto —dije.

—No puedo esperar.

Cuando corté la llamada, Connor me sonrió.

—Mierda. No puedo creer lo que acabo de escuchar. ¿Killian Vincent, la pareja ambulante de una noche, tiene *novia*?

Entrecerré mis ojos hacia él.

—No digas esa mierda delante de ella.

—Whoa. Hablas en serio sobre esta chica. ¿Es fanática de las MMA?

—No.

—Ella es una barman. Y un artista —adivinó—. ¿Eden?

—No me jodas esto, Connor.

—Actúas como si no quisiera que fueras feliz.

—¿Por qué iba a pensar eso? ¿Tus actos de desaparición? ¿El dinero que me robaste? ¿Las mentiras y las drogas? Tienes un don, Connor. Tuviste una beca para la escuela de arte. Y tuviste a Ava. Tuviste todo. Pero lo tiraste todo por la borda.

—Te lo dije. Estoy arreglando las cosas. Y voy a pagar cada centavo que te debo.

No me importaba el dinero. Necesitaba respuestas.

—¿Qué estabas haciendo en Miami?

—Trabajando en un salón de tatuajes.

Esto no estaba cuadrando. ¿Por qué fue a Miami cuando tenía un trabajo aquí? Un trabajo que amaba.

—¿Por qué no me llamaste?

—Estaba trabajando en algunas cosas y necesitaba espacio —dijo, sin mirarme a los ojos. Estaba mintiendo sobre algo, pero no sabía qué o por qué—. Necesitaba tiempo. Pero lo juro por mi vida, todo será diferente ahora. Voy a hacer mi trabajo. Sé que mi palabra ya no es buena. Pero te lo voy a demostrar. Un día a la vez. Solo te pido que tengas un poco de fe en mí.

Un poco de fe. Sí, supongo que eso era lo que necesitaba tener. No importaba lo que hiciera, seguía siendo mi hermano, y no había nada en este mundo que no hiciera por él. Él lo sabía.

—Necesito hablar con Jared —dijo—. A ver si me quiere de regreso.

—Lo hará. Eden está allí ahora.

—¿Ella también es tatuadora?

Me encontré con su mirada. —No.

—El muro de Jared —dijo Connor, apretando su mandíbula.

Eso es lo que sucede cuando te vas de la ciudad.

Se suponía que era la pared que Connor iba a pintar. Jared quería esperar a que Connor regresara. A pesar de todas las drogas que Connor había tomado a lo largo de los años, de alguna manera había logrado mantener su trabajo. Por la forma en que Jared habló de Connor, uno pensaría que era un prodigio. Un genio artístico. Brillante con una racha de locura. Jared lo llamó un espíritu libre. Drogadicto fue la palabra que dejó fuera.

Convencí a Jared para que dejara que Eden pintara la pared. No habría dicho que sí, si no creyera que era buena, pero Eden no necesitaba saber que Jared prometió el muro a Connor. Jared le pidió que pintara un cráneo, rosas y alas, la idea de Connor. Pero Connor nunca esbozó nada de antemano, así que Eden podría hacer su propia versión de ella.

—Ella es buena —dijo Connor.

—Lo sé.

—Killian —grito Ava—. He estado en la tienda...

—Ava Blue —dijo Connor

La llamaba Blue por Bluebird. A Connor le encantaban los pájaros. No hay misterio allí.

—Connor —dijo ella, en voz baja.



La envolvió en sus brazos, y se veía tan pequeña y tan frágil.

—Te odio —susurró.

—Lo sé.

Desaparecieron e hice un pedido al distribuidor de cerveza. Se arregló un dispensador de jabón roto en el baño de hombres. Realicé un inventario en la sala de licores. Anote una lista de tareas para Ava. Conocía el ejercicio. Sería un desastre durante los próximos días, y su cerebro organizado sería arrojado al caos. Después de la charla de hoy, se negaría a hablar con Connor. A veces eso continuaba durante semanas o incluso meses. Se habían separado hace más de tres años, justo cuando Connor se había limpiado la primera vez, pero yo había renunciado a tratar de entender su relación.

Eden llamó para decirme que había terminado, así que me fui. No sabía por qué pasaba tanto tiempo trabajando en el bar, asumiendo todos los problemas. Louis dijo que yo era adicto al trabajo. Connor dijo que era adicto al dolor. Eden dijo que todos tenían sus propios mecanismos de supervivencia. Mantenerme ocupado, ocuparme de los problemas que podía solucionar, era lo que hacía.

—Espera —dijo Connor, mientras salía por la puerta—. Iré contigo.

Condujimos en silencio. Lo observé de reojo, tratando de medir su estado de ánimo. No podía pensar en nada que decir que no saliera sonando enojado, así que mantuve la boca cerrada. Más adelante, vi a Eden cruzando la calle desde su pared, tomando fotos. Por la forma en que el sol la golpeó, ella brillaba como el oro, lo juro por Dios. Solté el acelerador cuando nos acercamos. Si fuera artista o fotógrafo, me gustaría capturarla en este mismo momento.

—Jesucristo —dijo Connor—. ¿Es ella?

—Esa es ella.

Me detuve en un lugar más arriba de la calle, para no arruinar sus fotos y apagué el motor. Bajó la cámara y miró al Jeep, sus labios se abrieron en una sonrisa. Su mirada se dirigió al asiento del pasajero y su boca formó una O.

—¿Sabe ella de mí? —preguntó Connor.

Asentí. Eden no lo sabía todo. Pero sabía sobre las drogas y la rehabilitación, y sabía lo preocupado que había estado de que no me hubiera contactado.

—Ella es hermosa —dijo Connor.

—Si, lo es.

—¿Eso es una sonrisa? —preguntó—. Mierda. Es una sonrisa ¿Puedo obtener una foto?

Golpeé su brazo, me devolvió el golpe y nos sonreímos como dos idiotas. Luego salimos del Jeep y nos unimos a Eden en la acera. Siendo Eden, lo recibió

con los brazos abiertos y le dijo lo feliz que estaba por regresar a casa. Ella dijo todas las cosas que quería decirle a Connor, pero no pude, simplemente no podía.



Abrí la puerta principal y entré. La risa y la música salieron de la cocina y me detuve en el pasillo, escuchando. No sabía lo que cocinaba Eden, pero fuera lo que fuera, hacía que esta casa de mierda oliera a hogar. Se sentía como un hogar. Todo porque Eden estaba en ella. No sabía qué hacer con este sentimiento, así que salí por la puerta por la que acababa de entrar y me paré en los escalones de la entrada. Los almacenes se alineaban en la calle frente a mí, sus puertas de metal corrugado cerradas por la noche. La vieja torre de agua se alzaba detrás de ellos, al lado de un almacén abandonado de ocho pisos con ventanas quemadas. Aquí, olía a goma quemada y aceite de motor. Por dentro, olía a hogar.

Respiré hondo y volví a entrar.

—¿Killian? —llamó Eden. Caminó hacia el pasillo, descalza con un pequeño vestido azul de algodón, sus ondas sueltas de cabello rubio cayendo sobre sus hombros. Su rostro se iluminó con una sonrisa solo para mí, y sentí como si alguien me hubiera dado un puñetazo en el estómago. Saltó a mis brazos y la atrapé, agarrándome con fuerza mientras envolvía sus piernas alrededor de mi cintura. Eden sostuvo mi rostro en sus manos y lo miró, viendo demasiado, como siempre—. Oye. ¿Estás bien?

—Sí. —Forcé una sonrisa. No estaba bien, pero no sabía cómo articular lo que sentía. No entendería por qué la felicidad me asustaba. En mi vida, cuando algo había salido bien, siempre estaba esperando que cayera el otro zapato. Siempre lo hacía. Pero tal vez esta vez sería diferente. Connor estaba en casa, no estaba consumiendo, y Eden y yo íbamos camino a algo tan bueno que no tenía una palabra para eso.

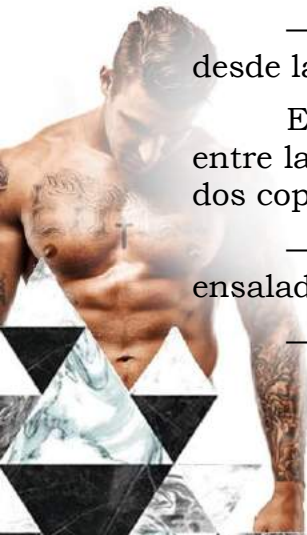
—Espero que te guste la lasaña —dijo—. También hice ensalada y brownies, pero Connor se comió la mitad de la bandeja de brownies.

—No me dejaba tocar la lasaña hasta que llegaras a casa —gritó Connor desde la cocina—. Entonces, mete tu trasero aquí. Estoy hambriento.

Eden rio y me besó en los labios. Se deslizó de mis brazos, tomó mi mano entre las suyas y me llevó a la cocina. La isla estaba preparada para cenar con dos copas de vino y agua para Connor.

—Eden lavó toda la ropa. —Connor tomó una rodaja de pepino de la ensalada y se la echó a la boca.

—¿Qué quieres decir con toda la ropa? —pregunté.



—Suya, mía, tuya. Todo ello.
—No quiero que laves nuestra ropa.
—Siéntate y cállate —dijo Eden, sirviendo la lasaña.
Acerqué un taburete frente a Connor.
—¿Qué estabas haciendo mientras ella cocinaba y lavaba toda la ropa?
—Connor me ayudó —dijo Eden, poniendo un plato de lasaña frente a mí.
Connor negó con la cabeza.
—Tú llevaste las bolsas de la compra. Y me ayudó a comprar. Y me hiciste compañía.
—Y se comió la mitad de los malditos brownies —me quejé.
—Ni siquiera comes brownies —dijo Eden, sentándose a mi lado.
—No es la cuestión.
—Nadie se ha ocupado de Killian. No sabe cómo manejarlo —dijo Connor, mientras se metía una enorme mordida de lasaña en la boca.

No mentía sobre las drogas. Cuando Connor consumía drogas, no comía como si se estuviera muriendo de hambre. Y tenía razón. No sabía cómo manejarlo.

Eden vertió vino en mi copa y le dio a Connor una sonrisa de disculpa.
—Te dije que estaba bien —dijo—. De verdad. Ni siquiera me gusta el vino. Probablemente era cierto. El alcohol nunca había sido su problema.
Eden me dio un codazo en el brazo.
—Come tu cena y bebe un poco de vino. Y acostúmbrate a ello. Me gusta hacer cosas por ti.
Connor me sonrió.
—Eden es lo mejor que te ha pasado.

Ella rio como si fuera una broma, pero Connor no estaba bromeando. Era la verdad.

Después de la noche que ella cocinó para mí y Connor, Eden vivía prácticamente con nosotros. Su champú, acondicionador y gel de ducha vivían en nuestra ducha, su cepillo de dientes en el soporte, su maquillaje y perfume en la parte superior de mi tocador, su ropa en una bolsa de lona en el piso de mi habitación. Después de cuatro días de verla hurgar en su bolso para encontrar ropa, abrí espacio en mi armario y le di uno de mis cajones. Ella desempacó sus cosas y las guardó. Nunca habíamos discutido este nuevo arreglo de vivienda, pero sabía que me preocupaba dejar a Connor solo cada noche y quería pasar mis noches con ella.

—¿Ya se cansaron de mí? —preguntó un lluvioso y perezoso domingo por la tarde, aproximadamente una semana en este nuevo arreglo de vivienda mientras estábamos viendo una de las películas *Rápidos y Furiosos*. Connor nos pidió que la pausáramos mientras él hacía sus palomitas de microondas. Eden y yo estábamos en el sofá, con la cabeza apoyada en mi regazo, y bajé la barbilla para mirarla a los ojos.

—No creo que alguna vez me canse de ti —dije, y lo dije en serio. No podría imaginar un día en que no quisiera ver su rostro, escuchar su conversación, solo estar con ella.

Sonrió. —Es agradable verte relajado.

—Me dijiste que era obligatorio.

—¿Alguna vez te asustas?

Envolví un mechón de su cabello alrededor de mis dedos.

—¿De qué?

—Nosotros. Es solo que... todo es tan bueno entre nosotros. Se siente tan bien.

Miré a la esquina, a la obra de arte que estaba enrollada cuando no estaba trabajando en ella. Quería pegarla en la torre de concreto en la parte superior del almacén quemado de ocho pisos. Hasta ahora, había esbozado el rizo de la ola con una chica surfista dentro del barril. Parecía que la ola estaba a punto de chocar sobre su cabeza. O, si fueras optimista, la chica la montaría. Eden lo llamó: Encontrar la paz en el caos.

—¿Eso te asusta? —Me sorprendió que ella tuviera los mismos temores que yo.

—A veces. Ahora que te tengo, no quiero perderte. Creo que... —Se mordió el labio—. Mi corazón en verdad se rompería.

Jesús.

—No me vas a perder. Estás atrapada conmigo. —Esperaba que fuera una promesa que pudiera cumplir.

—¿Palomitas de maíz? —preguntó Connor, extendiendo el tazón. Eden se sentó y hundió su mano en el tazón, saliendo con un gran puñado.

—Gracias Connor.

Negué al tazón desde lejos. Connor siempre derretía toneladas de mantequilla y a veces rociaba azúcar y canela.

—Mmm, dulce y mantecoso —dijo Eden—. Esto es tan bueno.

Connor me sonrió y se derrumbó en su silla, dejando el tazón en la mesa de café para que él y Eden compartieran. Se acercó más para tener un mejor



acceso a las palomitas de maíz y presioné reproducir en el control remoto y fingí ver la película.

Antes de Eden, no sabía cómo se sentía el amor. Ahora lo hacía.

31

Eden

paradise books

Los créditos rodaban y me acurruqué contra el lado de Killian. Connor estaba dormido en la silla, sus largas piernas estiradas frente a él, los brazos cruzados sobre su pecho. Parecía la versión más joven de Killian. Cabello oscuro corto a los lados y puntiagudo en la parte superior, y los mismos ojos azul eléctrico. Nariz recta. Mandíbula cincelada. Igualmente, bello. Con un hoyuelo, en lugar de dos.

La manga del tatuaje en su brazo izquierdo era de pájaros en vuelo y peces que encajaban como un rompecabezas entintado en azul y negro.

—M.C. Escher —había dicho Connor, cuando me sorprendió mirando su manga de tatuaje el día que nos conocimos—. Se basa en el cielo y el agua.

Killian apuntó con el control remoto al televisor y lo apagó, dejando la habitación en silencio.

—He estado pensando en hacerme otro tatuaje —dijo.

Me animé con eso. Me había convertido en una gran fanática de la tinta, especialmente en el cuerpo de Killian. Tenía el lienzo perfecto para trabajar.

—¿Dónde?

Tomó mi mano entre las suyas, las cerró en un puño y las sostuvo sobre su corazón.

—¿Lo diseñarás?

Mi respiración se detuvo en la garganta. Un tatuaje sobre su corazón, y me estaba pidiendo que lo diseñara. Eso es algo enorme. Giré la cabeza para mirarlo al rostro.

—¿Qué quieres?

—Lo que sea que diseñes. Connor puede trabajar desde tu boceto.



Un tatuaje diseñado por mí y entintado por su hermano. Sabía que Connor había diseñado todos los tatuajes de Killian. También sabía que se suponía que Connor debía pintar la pared de la tienda de Jared. Jared lo había dejado pasar. El otro día, cuando estaba a solas con Connor, hojeando sus cuadernos de bocetos, le pregunté si estaba de acuerdo. Sentí que había robado algo que le habían prometido. Connor me aseguró que estaba bien con eso, y que era culpa suya por dejar la ciudad.

—Se suponía que Connor debía pintar la pared —dije.

—¿Te dijo eso?

—No. Jared lo hizo.

—Se suponía que no debías saber sobre eso.

Pasé mi mano por su pecho.

—Tenía razón. Debajo de ese exterior resistente, eres un malvavisco.

—¿Cómo imaginas eso?

—Estabas tratando de proteger mis sentimientos. —Puse mis dedos sobre sus labios—. Ni siquiera trates de negarlo.

Gruñó y mordió mi dedo.

—Subamos las escaleras. —Antes de que pudiera responder, él estaba fuera del sofá, levantándose y arrastrándose escaleras arriba.

—Me sorprende que no me hales por el cabello.

—¿Te gustaría eso?

Reí. —No.

Cerró la puerta de un puntapié, me levantó y me arrojó sobre la cama. Luego estuvo encima de mí, su cuerpo cubriendo el mío. Con los brazos envueltos alrededor de mí, rodó sobre su espalda, llevándome con él. El aire fresco y húmedo entró por las ventanas abiertas de su habitación. Afuera, los cielos eran grises y la lluvia se había reducido a llovizna, pero el patio trasero parecía un pozo de barro.

Me di la vuelta y tiré del dobladillo de su camiseta.

—Quítatela.

Sus labios se arquearon con diversión, pero sacó la camiseta sobre su cabeza y la arrojó al suelo. Mis dedos bailaron sobre su pecho desnudo como si estuviera tocando un piano, un instrumento finamente afinado. Estudié los tatuajes en la parte superior de su brazo e imaginé el diseño extendiéndose a su pecho izquierdo. Deslicé mi mano por su pecho, sobre las crestas de sus músculos, su piel suave y cálida.

Apoyando la cabeza en mi mano, tracé las curvas de su rostro con la punta de mis dedos. Conocía su rostro y su cuerpo de memoria ahora. Si me vendaran

los ojos y tuviera que identificarlo solo con el tacto, sabría que era él. Pensé que me había traído aquí para tener sexo, pero ahora me doy cuenta de que era más que eso.

Rodó sobre su costado para mirarme.

—Eden, lo que dijiste antes... no quiero romperte el corazón. No quiero hacer nada que arruine lo que tenemos.

—No lo permitiré —dije.

—¿Me lo prometes?

—Prometido. Te amo, Killian.

Sus ojos buscaron mi rostro y contuve el aliento. No había planeado decir eso, aunque lo sabía por un tiempo. Rodó sobre su espalda y miró al techo. La habitación estaba tan quieta y silenciosa, el aire cargado aún con mis palabras colgando entre nosotros.

—Yo también te amo —dijo tan suavemente que casi no lo escuché—. Tú me posees, Eden. Cuerpo, corazón, alma. Soy tuyo.

Casi lloré por sus palabras. Giró la cabeza para mirarme.

—Eso bastante profunda para un domingo de flojera.

Reí, y me tiró encima de él, envolviendo sus brazos alrededor de mí, mi mejilla presionada contra su pecho, justo encima de su corazón.

—Entonces, ¿qué será este tatuaje? —preguntó unos minutos después. Acababa de acostarme encima de él, respirándolo, perdida en mi propia burbuja de amor feliz mientras sus manos masajeaban mi espalda, haciéndome ronronear como un gatito.

—Mi nombre —bromeé.

—¿Sí?

Reí. —No. Te daré algo mejor que eso.

—Puedes trabajar en el diseño.

—¿Te tatuarías mi nombre sobre tu corazón?

—Me encanta tu nombre, así que... sí.

Guau. Simplemente guau. La tinta era para toda la vida. Esto fue casi más monumental que escucharlo decir "Te amo". Escucharlo decirme que lo poseía. No pensé que nadie hubiera sido dueño de Killian. Levanté la cabeza y él bajó la barbilla para mirarme.

—Killian —susurré.

—Lo sé. —Apoyó la cabeza sobre la almohada—. Esto es todo tipo de locura. —Comenzó a reír, su pecho retumbó debajo de mi cuerpo, el sonido llenó la habitación silenciosa. Me reía con él y no tenía idea de por qué, pero me sentía

bien de ser tan feliz. Mi corazón se infló como un globo, llenándose tanto que pensé que podría estallar de alegría.

Nuestra risa fue interrumpida por un golpe en la puerta. Connor gritó escaleras arriba que lo conseguiría. Escuché que se abría la puerta, seguida de una voz que conocía muy bien, a pesar de que habían pasado meses y solo habíamos hablado durante unos minutos en un ruidoso bar.

—¿Qué quieres? —preguntó Connor, sonando tanto como Killian.

—Quédate aquí —dijo Killian, dirigiéndose a la puerta.

—¿Dónde has estado, pedazo de mierda? —preguntó Seamus a Connor.

Abajo, escuché una pelea, seguida de un gruñido.

—Quítale las manos de encima —rugió Killian.

Salté de la cama y me paré en la puerta abierta, escuchando, con el corazón acelerado.

—Al igual que en los viejos tiempos —dijo Connor—. ¿Por qué lo haces, Killian? ¿Por qué siempre necesitabas ser el héroe?

—Cállate, Connor —advirtió Killian.

—Cállate, Connor. Escóndete en el armario hasta que vaya por ti, Connor —remedó Connor.

—¿Por qué estás aquí? —preguntó Killian.

—Te dije que me llamaras cuando tu hermano regresara. Tuve que escucharlo de otra persona. Respóndeme. ¿Dónde has estado?

—¿Realmente no tienes idea? —preguntó Connor.

—No juegues conmigo, muchacho. ¿Dónde has estado?

—Simplemente hice un viaje por carretera a ningún lugar especial. Viajé alrededor. Seguí moviéndome.

Connor estaba mintiendo, pero Killian no lo negó. No entendí la respuesta de Seamus, pero escuché la siguiente parte fuerte y clara.

—Te vi a ti y a tu pequeña novia el otro día en el salón de tatuajes —dijo Seamus, y me tensé—. ¿Qué te pasa, muchacho? Los artistas están jodidos. Mira a tu hermano aquí. Arruinado de la cabeza. Tiene todos los cables cruzados.

—Cualquier juego enfermo y retorcido que estés jugando, déjalo fuera de él —dijo Killian.

—Tú eres el que está jodido de la cabeza —dijo Connor—. ¿Qué hizo Killian para molestarte tanto que lo atacaste con una botella rota? Había tanta sangre. Estaba inconsciente.

Mi mano voló a mi boca. Oh Dios mío. No. ¿Su padre le hizo eso?

—Cállate —advirtió Killian.

—Eso no fue lo que pasó, muchacho —gruñó Seamus—. Fue ese drogadicto. Tú lo sabes.

—Tenía doce años —dijo Connor—. Le hiciste creer a todos que fue ese drogadicto. Guardamos tus secretos. Mentiras contadas para protegerte. Killian escondió todos sus moretones, y todos pensaron que era otra pelea callejera. Tenía miedo de que nadie le creyera si decía la verdad. Asustados, iríamos a hogares de acogida y nos separaríamos. Por eso lo tomó. Una y otra vez. ¿Cuántos golpes recibiste, Killian? ¿Cuántas veces te noqueó? ¿Rompió tus costillas? ¿Dejarte inconsciente en el piso de la cocina?

—No sabes de qué estás hablando —dijo Seamus—. Has tomado tantas drogas que tu cerebro está enredado.

Mis pies me llevaron a las escaleras sin mi permiso. Me senté en el escalón superior y apoyé mi hombro contra la pared, obteniendo una vista clara del pasillo y los tres hombres parados en él.

—Intentaste romperlo, pero no pudiste —dijo Connor—. Nunca te perdonaré por lo que le hiciste a él, y nunca lo olvidaré. Puedes irte a la mierda.

Seamus se abalanzó sobre Connor, pero Killian lo bloqueó y clavó a Seamus contra la pared, justo frente a su rostro.

—Tocas a mi hermano o te acercas a esta casa o a mi novia, y te arrepentirás.

—¿Es eso una amenaza? —preguntó Seamus.

—Es una promesa.

Seamus empujó a Killian y miró hacia las escaleras. Nuestros ojos se encontraron por una fracción de segundo. Esperaba que él pudiera ver cuánto lo odiaba.

—Piensa mucho antes de meterte conmigo, muchacho —amenazó Seamus antes de salir y cerrar la puerta detrás de él.

—Killian —dijo Connor.

Killian levantó la mano. —No me hables.

—Tenía que decirlo —dijo después de Killian, que ya estaba subiendo las escaleras, con su rostro asesino—. No puedes seguir fingiendo que nunca sucedió.

—Ninguna. Otra. Maldita. Palabra.

Me hice pequeña para dejar pasar a Killian y miré por las escaleras a Connor. Agachó la cabeza y se apoyó contra la pared. Estaba dividida entre querer mejorarlo para Connor y perseguir a Killian. Elegí a Killian y me quedé en la puerta, mirándolo.

—¿Estás lista para el trabajo? —preguntó, poniéndose una camiseta negra.

—¿Trabajo? —repetí.

—Tienes cinco minutos. —Sacó unos vaqueros del cajón. Calcetines. Sus botas de combate del armario.

Me quedé allí, mirándolo, con los pies clavados en el lugar mientras él se vestía como si nada hubiera pasado. Su rostro estaba cerrado, y ahora entendía por qué había perfeccionado el arte de bloquearlo. Mi corazón se estaba rompiendo por el niño que había sido, por el hombre en el que se había convertido, enterrando todo el dolor, las mentiras y los secretos en el fondo.

—Killian.

—Me voy en tres minutos —dijo bruscamente.

Miré el reloj en su mesita de noche.

—Son solo las tres cuarenta y cinco.

Sacó su billetera, dejó un billete de veinte dólares en el tocador y se sentó en el borde de la cama para ponerse las botas.

—¿Para qué es eso?

—Dinero para el taxi.

—No necesito tu dinero. Tenemos que hablar de esto.

—O vienes conmigo o tomas un taxi. Tú eliges. Se puso de pie, y cerré la puerta de golpe, bloqueando su salida con mi cuerpo.

—No estoy hablando del taxi y lo sabes.

Cruzó los brazos sobre el pecho.

—Te dije que te quedaras en la habitación. No lo hiciste. Te dije que te preparararas para el trabajo, así podría darte un maldito aventón. Tampoco estás haciendo eso.

—¿Por qué no me lo dijiste? —Lágrimas silenciosas corrieron por mi rostro—. Dices que me amas, pero me ocultaste este gran secreto y...

—No tengo tiempo para esta mierda. —Me levantó del suelo, me dejó a un lado, luego abrió la puerta del dormitorio y salió. Escuché sus pasos en las escaleras, sus botas golpeando cada paso en un ritmo como si estuviera corriendo por ellas.

—Si te vas ahora, empacaré mis cosas y me iré —dije lo suficientemente fuerte como para que él lo escuchara. No quería que se fuera, y tampoco quería dejarlo. Sus pasos se detuvieron, luego comenzaron de nuevo—. Por favor, vuelve —susurré, envolviendo mis brazos a mi alrededor.

La puerta principal se abrió yforcé los oídos, escuchando. Ahí estaba... el sonido de la puerta cerrándose detrás de él y las cerraduras haciendo clic en su lugar. Me dejé caer al suelo, acerqué mis piernas a mi pecho y envolví mis brazos alrededor de ellas, las palabras de Connor resonaban en mi cabeza.

¿Cuántos golpes recibiste, Killian? ¿Cuántas veces te noqueó? ¿Rompió tus costillas? ¿Te dejó inconsciente en el piso de la cocina?

Intentaste romperlo, pero no pudiste.

Mis lágrimas silenciosas se convirtieron en sollozos que sacudieron mi cuerpo.



32

Eden

*E*scuché pasos en las escaleras, más lentos y cuidadosos que la forma en que él había descendido y luego estaba parado frente a mí. Me levantó y me rodeó con sus brazos, abrazándome. Killian siempre me había hecho sentir segura. Pero nunca había estado a salvo, ni siquiera en su propia casa. Quería ser fuerte por él, pero fui yo quien rompió a llorar, llorando por la infancia perdida de Killian, y fue él quien me mantuvo estable.

¿Cómo podría alguien lastimar a un hermoso Killian? Su padre era un monstruo.

Tomé un respiro tembloroso.

—Lo odio por lo que te hizo.

—Fue hace mucho tiempo.

No importaba cuánto tiempo hubiera pasado. Había sucedido, y su padre se había salido con la suya. Killian no había querido que escuchara nada de eso, al igual que nunca quiso que escuchara la conversación con su padre en el bar. Si Connor no hubiera dicho algo hoy, ¿Killian me lo habría dicho alguna vez?

—No te enojas con Connor —dije—. Él te quiere mucho.

Killian exhaló bruscamente.

—Debería haber mantenido la boca cerrada.

—Él tiene razón. Tenía que ser dicho.

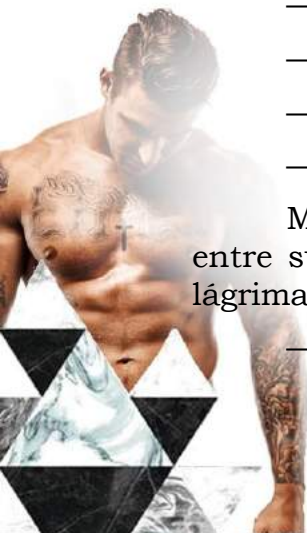
—¿Cómo puede ayudar el desenterrar una historia del pasado?

—No lo sé. Solo que... debería hacerse responsable de sus acciones.

—Fue hace mucho tiempo —dijo Killian, sonando cansado.

Me aparté un poco de él y puse mis manos sobre su pecho. Tomó mi rostro entre sus manos y pasó los pulgares por debajo de mis ojos, secándome las lágrimas.

—No llores por mí —dijo besando suavemente mis labios.



—No puedo evitarlo. —Mis dedos trazaron la cicatriz en su cuello. Envolvió su mano alrededor de mi muñeca y retiró mi mano. Durante quince años, había vivido con este recordatorio. Durante quince años, había estado mintiendo sobre cómo lo consiguió.

—Estoy bien —dijo.

No sabía cómo eso podría ser cierto. Pero lo amaba aún más ahora que antes. Lo amaba por sus cicatrices, sus heridas y su corazón maltratado, por su fuerza y su lealtad a Connor, y ahora entendía el significado del ave fénix tatuada en su espalda. Killian se había levantado de las cenizas y había hecho algo de su vida, a pesar de la vida que le habían dado.

—Desearía poder mejorar las cosas para ti.

Sus manos se movieron a un lado de mi cuello.

—Ya lo haces. —Y luego me estaba besando, sus dedos deslizándose por mi cabello, su mano sosteniendo la parte posterior de mi cabeza. Tiró de mis pantaloncillos y ropa interior. Salí de ellos y los pateé a un lado, desabrochándole los vaqueros. Nos separamos el tiempo suficiente para arrojar el resto de nuestra ropa a toda prisa. Killian me acompañó hacia atrás, sus labios sobre los míos, nuestras lenguas girando juntas, hasta que la parte posterior de mis piernas golpeó el costado de su cama.

Me deslicé en la cama y me acosté en su almohada, y me cubrió con el peso de su cuerpo. Le di mi cuerpo, mi corazón y mi alma. Le di todo de mí. Por un momento, el mundo desapareció, y solo éramos nosotros dos viviendo en un hermoso momento. Sin pasado, lágrimas, tristeza ni dolor. Éramos nuestros cuerpos: piel, músculos, huesos. Éramos nuestros corazones: fuertes, resistentes, latiendo constantemente. Éramos nuestras almas: puras, anhelantes, conectadas. Éramos todo.

Luego, nos abrazamos y el mundo volvió de repente.

—¿Estás bien ahora? —preguntó.

—Sí. —No estaba cien por ciento bien, por todo lo que había escuchado abajo. Pero estaba bien porque él regresó y no escapó de mí, aunque quería. Significaba algo para él. Mis sentimientos le importaban. Después de que todos sus secretos habían sido revelados, se quedó. Para mí. Pero, aun así, no podía dejarlo ir.

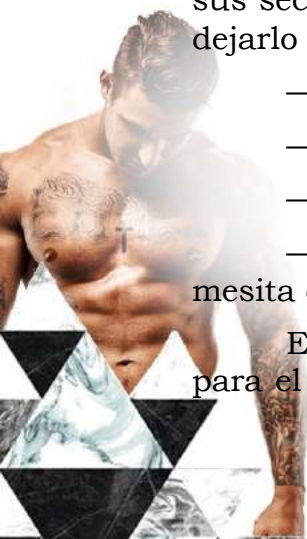
—¿Estás escondiendo algo más de mí?

—¿Estás buscando sacudir más esqueletos en el armario?

—¿Hay alguno?

—No. —Levantó la cabeza y miró por encima de mi hombro el reloj en su mesita de noche—. Tenemos que irnos.

Estaba vestido y listo en dos segundos. Mientras terminaba de prepararme para el trabajo, él se recostó en la cama, haciendo algo en su teléfono. Lo más



probable es que estuviera consultando a Louis para asegurarse de que todo estuviera bien sin él. Me puse unos vaqueros, una camiseta del Trinity Bar y mis botas moteras. Me cepillé el cabello, apliqué algunas capas de rimel, me coloqué rubor en las mejillas y me apliqué un poco de brillo rosado. Estuve lista en cinco minutos. Nada mal.

Killian seguía descansando en la cama, con los dedos entrelazados detrás de la cabeza, mirándome.

—¿Qué?

Negó con la cabeza. —Nada. ¿Lista?

—Nací lista. —Le di un guiño coqueto, pero su rostro era serio. Me preguntaba si estaba pensando en lo que sucedió antes con Seamus, o si estaba haciendo un mal viaje por el carril de los recuerdos.

—¿En qué estás pensando? —pregunté, sabiendo que los chicos odiaban esa pregunta. Mis hermanos me dieron pistas hace años. Garrett me dijo que a veces los chicos no piensan en nada, pero las chicas siempre asumen que están pensando en algo denso, profundo y real. Sawyer nunca se molestó en explicar nada. Usualmente me decía que no me entrometiera en sus asuntos, o simplemente se marchaba sin responder.

—Tú —dijo Killian—. Estaba pensando en ti.

—¿Cosas buenas o malas? —pregunté mientras bajábamos las escaleras. La televisión sonó en la sala de estar, y sonó como una película de acción con cosas explotando.

—Buenas.

—Adiós, Connor —grité en la sala de estar.

—Adiós, Eden. Te veo luego, Killian.

Killian no respondió. Le di un codazo en el brazo, pero me guió por la puerta sin decir adiós.

—Quedémonos en tu casa esta noche —dijo.

—Pero Connor...

—Es un niño grande. No necesita una niñera.

Me subí al Jeep y me abroché el cinturón de seguridad.

—Necesitas hablar con él —dije, atreviéndome a aventurarme en territorio peligroso—. Es tu hermano. Estaba tratando de defenderte y...

—No *necesito* a nadie que me defienda. —Killian se apartó de la acera, con la mandíbula apretada. Suspiré fuerte. Subió el volumen de la música para cortar cualquier conversación. Rápidamente lo apagué. Me fulminó con la mirada. Lo ignoré.

—Esto es lo que haces —dije—. Te cierras y excluyes a la gente.



—¿Te dejé fuera?

—Lo intentaste. —Me senté en silencio por unos segundos, tratando de encontrar las palabras correctas, pero tal vez no había ninguna. Solo necesitaba compartir mi opinión—. Lo que te sucedió cuando estabas creciendo fue horrible...

—Pensé que habíamos terminado de hablar de eso.

—Solo déjame terminar. Fue horrible para ti, pero también debe haber sido horrible para Connor. Se siente culpable por eso. Nunca lo dejas...

—Maldito infierno, Eden. Estaba tratando de protegerlo. ¿Se supone que debo sentirme mal por eso?

—No. Eso no es lo que estoy diciendo. Te ama por protegerlo, por estar siempre ahí para él, pero quiere encontrar una manera de compensarte.

—¿Lo conoces... hace cuánto... una semana?

Once días, pero da igual.

—Hablamos las noches que trabajas. —Connor se sintió culpable por las drogas y todas las veces que Killian tuvo que limpiar su desorden, pero ahora sabía que era algo más profundo.

—Hablan —dijo Killian sarcásticamente—. Por supuesto que sí. Probablemente derrama todos sus pensamientos y sentimientos. Apuesto a que te encanta eso. Lamento decirte que no soy Connor. No me siento a analizar cada detalle de mi vida y me organizo una fiesta de lástima como él lo hace.

Respiré profundamente para calmarme.

—Connor no...

—A la mierda Connor. Dijiste que estábamos bien. ¿Por qué estamos hablando de él?

—Porque no quiero que lo excluyas. Se necesitan el uno al otro. Él es la única familia real que tienes. Sé que lo sabes, así que no necesito decírtelo...

—Pero me lo estás diciendo de todos modos.

Me encogí de hombros. —Sí.

Estacionó calle abajo del bar y apagó el motor.

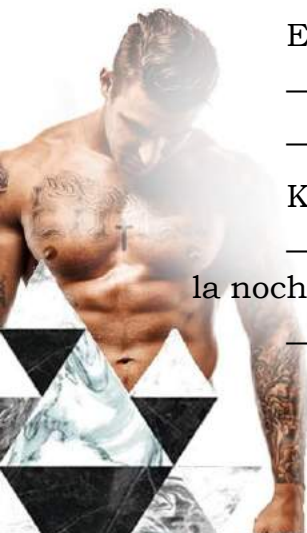
—¿Algo más?

—Creo que es todo.

Killian se mordió el labio superior.

—He estado así la mayor parte de mi vida, así que no esperes milagros de la noche a la mañana.

—No lo haré. Pero estás mejorando.



Rio entre dientes y negó con la cabeza.

—¿Tú crees?

—No lo creo. Lo sé.

Killian se giró en su asiento para mirarme.

—¿Cómo tienes siempre las cosas correctas para decirme? Y todas las cosas que haces... solo por mí... Eden, ¿qué hago por ti?

—¿No sabes lo que haces por mí?

—Aparte de ser un dolor de cabeza y hacerte llorar... estoy en blanco.

Hablaba en serio. Giré mi cuerpo, descansando mi hombro y mi mejilla contra el asiento.

—Me devolviste mi arte. El día que entré, pidiendo un trabajo, no había pintado ni dibujado algo en meses. Después de que sucedió todo lo de Luke, yo solo... no sé, me di por vencida. Tal vez me retraje porque no quería sentir. Me preguntaste si el arte era mi terapia, pero no había recurrido a mi arte. Solo comencé a pintar nuevamente después de la primera noche que trabajé contigo. Porque incluso entonces, me hiciste sentir mucho de todo. Es difícil de explicar...

—Inténtalo —suplicó, y sabía que esto era importante para él, así que traté de ponerlo en palabras.

—Cuando estoy contigo, incluso en días malos, incluso en días perfectamente normales, no hay otro lugar en el que prefiera estar. Eso nunca me ha pasado antes. Pasé la mayor parte de mi vida soñando con lugares en los que preferiría estar. Pero contigo, me di cuenta de que no tiene nada que ver con la ubicación... sí estoy contigo, no importa en dónde estemos. Cuando estoy contigo, veo todos los colores. Y no le tengo miedo a la oscuridad, porque también hay mucha luz dentro de ti. Cuando me dejas verte, realmente te veo, no hay nada en este mundo más hermoso que tú, Killian.

—No es hermoso dentro de mí. Es un lugar jodido para vivir.

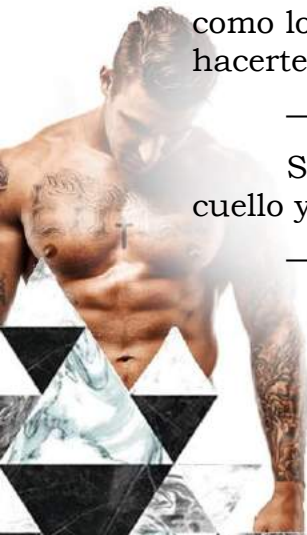
—Prefiero vivir allí, contigo, que en cualquier otro lugar del planeta. Desearía que pudieras verte como yo.

—Desearía que todas las personas en el planeta pudieran mirar el mundo como lo haces tú. No sé qué hice para merecerte, pero haré todo lo posible para hacerte feliz.

—Ya lo haces —dije.

Se inclinó sobre la caja de cambios, envolvió su mano alrededor de mi cuello y me besó suavemente en los labios.

—Eres hermosa, Sunshine.



33

Eden

El viernes por la tarde, estaba sentada en un taburete en *Forever Ink*, mirando a Connor tatuar el pecho de su hermano. Vine a ofrecer mi apoyo moral que Killian probablemente no necesitaba de todos modos. Dos horas después de su sesión de tatuajes, y Killian ni se inmutó por las agujas que perforaban su piel. No se inmutó y apenas movió un músculo. No había estado bromeando sobre la piel dura, pero, supongo, había pasado por un dolor peor que esto.

Pasaron unos días antes de que Killian volviera a hablar con Connor. Pero como había llegado a aprender, Killian tenía un gran corazón y una vez que dejaba entrar a alguien, era generoso con ello. A pesar del dolor y la preocupación que Connor había causado a Killian a lo largo de los años, Killian seguía dándole oportunidades de hacerlo bien porque quería a Connor en su vida.

Observé la concentración en el rostro de Connor mientras tatuaba la piel de Killian. Connor no quería estropearlo, pero sabía que no lo haría.

—Tienes tu cara de artista serio —bromeó Killian.

—Eden me golpeará si me equivoco —dijo Connor.

—Ella es bastante feroz —dijo Killian.

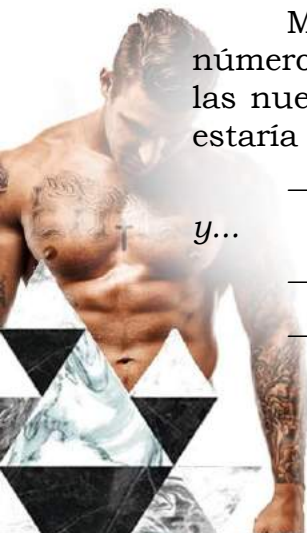
Mientras bromeaban, pensé en su madre y me pregunté qué pensaría de los hombres en los que se habían convertido. Buenos hombres, desde mi perspectiva. ¿Cómo podía dejar a sus dos hijos atrás?

Mis pensamientos se dirigieron a Anna Ramírez. Hace unos días, tomé su número del teléfono de Killian y la llamé cuando estaba en el trabajo. Pensé que las nueve y media sería un buen momento, no demasiado tarde, pero el bebé estaría dormido para entonces.

—Hola Anna. Me llamo Eden. No me conoces, pero soy la novia de Killian y...

—¿Killian tiene novia? —preguntó, incapaz de ocultar su sorpresa.

—Um, sí. No sabe nada sobre esta llamada telefónica.



Ella permaneció en silencio, así que me apresuré:

—No puedo pretender saber por lo que has pasado, y tal vez si estuviera en tu lugar, nunca podría perdonar a la persona responsable... pero Killian amaba a Johnny. Se siente tan increíblemente culpable. Fue un horrible accidente, y lamento muchísimo tu pérdida. Y por la pérdida de tu hijo. Pero Killian necesita tu perdón. No tienes idea de cuánto significaría para él si pudieras... perdonarlo.

Una vez más, ella guardó silencio. Revisé mi teléfono para asegurarme de que nuestra llamada seguía conectada.

—¿Anna?

—¿Amas a Killian?

—Sí. Lo amo. Es un buen hombre. Quiero decir, a veces actúa como un imbécil, pero, ya sabes, en su mayor parte... es genial.

Ella rio un poco. Me hizo sonreír y me dio esperanza, así que seguí adelante.

»Te llamé porque me preocupo por él. Mucho. Y si hay algo que pueda hacer para mejorar su vida, lo haré.

—Así me sentía por Johnny.

—Entonces sabes cómo se siente... —Dejé que mi oración se desvaneciera, sin estar segura de si estaba diciendo todas las cosas correctas o todas las incorrectas—. ¿Al menos lo considerarás? Significaría el mundo para él si tú...

—Tengo que irme —dijo, interrumpiéndome—. Me alegra que Killian haya encontrado a alguien que se preocupe por él.

Anna cortó la llamada y miré a Connor que estaba parado en la puerta abierta de la habitación de Killian.

—Ni siquiera te escuché volver a casa.

—Me muevo como un ninja —bromeó. Se pasó la mano por el cabello y dejó escapar un suspiro irregular—. ¿Qué dijo ella?

No tenía sentido fingir. Obviamente había escuchado el final de mi conversación.

—No estoy segura de que ella lo perdone.

Cruzó la habitación a grandes zancadas y se sentó a mi lado en la cama.

—Creo que necesita encontrar una manera de perdonarse a sí mismo. Las personas no siempre actúan de la manera que queremos. No siempre dicen las palabras que queremos escuchar. A veces... solo necesitas encontrar una manera de hacer las paces con eso.

El rostro de Connor estaba triste, contemplativo. Estaba hablando por experiencia. Estos muchachos nunca lo habían tenido fácil. Abandonados por su madre. Abusados por su padre. Instintivamente, alcancé su mano. Me puso de pie y me abrazó.

—Lo haces feliz y le has dado algo que nunca ha tenido —dijo, soltándome—, no subestimes el poder del amor. Estará bien.

Mi teléfono sonando interrumpió mis pensamientos.

—Calificación de resaca en la escala del uno al diez —dijo Hailey cuando respondí.

—La mía está en el espectro bajo. Iré con un tres. —Anoche, Hailey, Ava y yo tuvimos una noche de chicas. Comenzó con una barbacoa en un garaje convertido y terminó con bebidas en un bar que tocaba *hip-hop* de los noventa. A las dos de la mañana, Killian nos encontró en el bar y nos llevó a casa. No hubo incidentes importantes que reportar, afortunadamente—. ¿Cómo está la tuya?

—No está mal —dijo, sonando sorprendida.

—Eso es porque fuimos inteligentes esta vez. La clave es comer costillas de cerdo y todas esas partes que comimos. Absorbió todo el alcohol. Somos muy sensibles. Deberíamos ser elogiadas, de verdad.

Killian resopló. Lo fulminé con la mirada.

—Nena, estabas perdida.

—No lo estaba —dije indignada.

—¿Siempre vienes a casa cantando *Nasty Girl*? —preguntó Connor.

—Por supuesto. Todo el mundo ama a The Notorious B.I.G.

Hailey rio de nuestras bromas.

—¿En dónde estás?

—*Forever Ink*. Killian necesitaba a alguien para sostener su mano. Sabes qué es un bebé grande.

Eso me ganó más resoplidos por todas partes.

—¿Ya has tenido noticias de Ava? —preguntó.

—Eh, no. —Miré a Connor que estaba demasiado ocupado sudando y concentrándose en su obra maestra para darse cuenta—. Probablemente no esté en el extremo inferior de la escala.

—Sí, estaba bastante borracha —dijo Hailey—. ¿Connor está tatuando?

—Sí.

—Bueno. Hablaré contigo más tarde. Necesito prepararme para el trabajo.

Después de colgar, envié un mensaje rápido a Ava, preguntándole cómo se sentía. Anoche, pasó de borracha feliz a borracha llorona en un nanosegundo, así que tal vez debería repensar la parte de que no hay incidentes mayores. La razón de sus lágrimas estaba sentada directamente frente a mí, su mano firme sosteniendo una máquina de tatuaje.

Dos minutos después, sonó mi teléfono, y esta vez era Ava.

—Hola, Ava. ¿Estás bien?

Gimió. —Deja de hablar tan alto.

—Lo siento —susurré, pero ella probablemente no pudo escucharlo por el zumbido de la máquina de tatuajes y la música rock.

—¿En dónde estás?

—Mmm, *Forever Ink*.

—Oh. —Ava se quedó en silencio por unos segundos—. En ese caso, hablaré contigo más tarde.

—Puedo salir, si quieres.

—Ava —dijo Connor—, deja de ignorarme.

—¿Escuchaste eso? —le pregunté a Ava.

Ella suspiró.

—Dile que es un imbécil. No tiene idea de lo que nos hizo pasar a Killian y a mí. Nunca volveré a hablar con él.

—Si ella dice que nunca volverá a hablarme, dile que...

—Suficiente —dijo Killian, interrumpiéndolo—, tú y Ava lo solucionan a su propio ritmo. Deja de poner a Eden y a mí en medio de tus problemas.

—Supongo que también escuchaste eso —le dije al teléfono.

Ella suspiró de nuevo.

—Alto y claro. *Imbécil*.

—No, no lo es —dije, saltando en defensa de Killian.

—Lo siento —murmuró, y pensé que se despediría, pero en el siguiente latido preguntó—: ¿De qué es el tatuaje?

Estaba bastante segura de que estaba allí anoche cuando Hailey preguntó, pero tal vez no lo había escuchado. Miré el pecho de Killian, como si necesitara recordarlo.

—Bueno, son... alas. Con dos hileras de plumas y un contorno de estrella a cada lado de las puntas de las alas... —Era difícil describir el diseño. Era tinta oscura, como alas de ángel oscuras que cubrían su pecho superior, que no era mi plan original. Inicialmente, dibujé un ala para que su lado izquierdo pasara por encima de su corazón, pero Killian dijo que, si iba a hacerlo, estaba todo adentro, así que volví a hacer mi boceto y ahora aquí estábamos, mirándolo venir a la vida—. Sin embargo, es muy varonil. No hay alas de ángel débiles para Killian.

Killian rio entre dientes.

—Es increíble —dijo Connor, lo suficientemente fuerte como para que Ava lo escuchara.

—Connor es un increíble artista del tatuaje —dijo, pero no lo suficientemente fuerte como para que él lo escuchara.

—Sí, es bastante impresionante —conteste. Killian levantó las cejas y yo sonreí—. Igual que tú —dije.

Ava y yo nos despedimos y corté la llamada.

—¿Dijo que era increíble? —preguntó Connor, su voz esperanzada.

Repetí lo que Ava me dijo y él sonrió, sintiendo que había logrado una pequeña victoria, sin duda. Si repitiera todo lo que dijo anoche, él no estaría muy feliz, así que prometí mantener esa conversación para mí.

—¿Qué más dijo ella? —preguntó Connor.

Killian apretó la mandíbula.

—No respondas eso.

No respondí a eso. Killian tenía razón: Ava y Connor necesitaban hablar entre ellos.

Connor levantó la máquina y se recostó.

—Amigo, tienes que quedarte quieto.

—Estoy sentado quieto.

—Estás flexionando tus pectorales.

Me froté los dedos índices.

—Chico travieso. Flexionando tus pectorales. Deberías estar avergonzado.

—Dile a Connor que deje de estresarme.

—Connor, deja de estresarlo.

—¿Cómo te estoy estresando? —preguntó Connor.

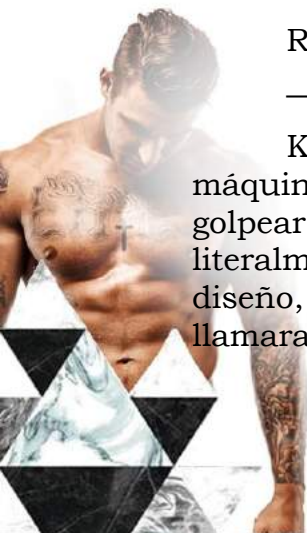
Killian levantó la mano.

—Necesitas hablar a través de Eden. Ella transmitirá el mensaje.

Reí. Connor negó con la cabeza.

—Tienes un punto —dijo, volviendo al trabajo.

Killian tomó mi mano y la sostuvo en la suya, y sobre el zumbido de la máquina de tatuaje y *Rock and Roll* de Led Zeppelin, pude escuchar mi corazón golpear contra mi pecho. Había caído rápido, y había caído con fuerza, y estaba literalmente entintado en su piel de por vida. El tatuaje en su pecho era mi diseño, mi nombre estaba en él y había sido inspirado por el hecho de que me llamara un ángel sucio. Pero también fue porque quería darle alas a su corazón,



en lugar de apuñalarlo con una daga. No le expliqué el simbolismo, pero tal vez lo entendió sin que tuviera que decírselo.



Los domingos se habían convertido oficialmente en nuestro día de descanso, aunque Killian y yo salimos a correr esta mañana y él fue al gimnasio, pero solo por una hora. Estaba en el piso de su sala de estar con mi pieza de chica surfista extendida frente a mí. Killian había retirado los muebles y había apilado la mesa de café en el sofá para acomodar mi obra de arte callejero de doce pies de largo. Cuando dibujé esta pieza, fue como si mi cerebro me dijera que hiciera una cosa, pero mi mano estaba haciendo algo completamente diferente. Pero pensé que mi chica surfista cabalgando dentro del túnel de la ola estaba resultando ser algo bueno.

Desde la cocina escuché el zumbido de la licuadora. Oh, oh. *No otra vez. No pruebes mis reflejos nauseabundos con otro batido saludable.* Estaban locos. No es broma. El delicioso brebaje de ayer fue la col rizada y Dios sabía qué más. Tomé un sorbo y un sorbo fue demasiado.

—¿Cómo está? —preguntó.

Me obligué a tragar, aunque quería escupirlo en el fregadero.

—Terrible. Sabe a... barro... y hierba. Ugh.

Mantuve la cabeza baja y pinté mis ondas psicodélicas, esperando que él bebiera toda la porción.

No tuve tanta suerte.

—Te va a encantar este —afirmó, entrando en la sala de estar.

—Pasaré.

—Lo hice especialmente para ti.

Ugh. ¿Por qué tenía que sonar tan dulce?

Mi mirada recorrió sus pantorrillas esculpidas, sus shorts de camuflaje y su pecho desnudo, mi tatuaje entintado en su piel y hasta su rostro bien afeitado. Me encantaba su rostro con barba, me encantaba liso, me encantaba enmarcado por el cabello corto o el cabello más largo. Especialmente me encantaba con esa adorable sonrisa. ¿Quién podría decir que no a esos hoyuelos? Yo no, al parecer.

Colocó un vaso gigantesco de algo verde y espumoso en mi mano y observó mientras tomaba un pequeño sorbo. Frunció el ceño ante mi patético intento de calmarlo, así que tomé un sorbo más grande. Al menos no activó mi reflejo de arcadas. No estuvo mal. Otro sorbo confirmó que era bastante bueno.

—¿Y bien? —preguntó, incitándome a entregar mi veredicto.

—No es tan bueno como... digamos, panecillos de canela o brownies... pero es bebible. Lo cual es una gran mejora con respecto a las últimas que trataste de imponerme. —Suavicé el golpe con una sonrisa.

—¿Bebible? Admítelo. Te encanta.

Tomé otro gran trago. Encantar era exagerado, pero me *gustó* y era bebible.

—Mmm. Ya me siento más saludable.

—Es una buena proteína —dijo bajándose de una silla en la mesa de la cocina en la que nadie comía. Probablemente porque estaba en la sala de estar y cubierto con los cuadernos de bocetos de Connor, una pila de libros de bolsillo de Connor, una laptop y un montón de billetes que Killian estaba clasificando.

—¿Qué contiene? —pregunté.

—Col rizada, espinacas, pepino, manzana verde, semillas de cáñamo, mango, aceite de coco... —Lo miré mientras continuaba diciendo una lista de aproximadamente seis mil ingredientes, y recordó mencionar cada uno de ellos.

—Bueno. Te lo compro. —Porque, en realidad, cualquiera que se haya tomado tantas molestias para obtener algo saludable en mi cuerpo merecía un poco de respeto por sus esfuerzos. Lo menos que podía hacer era beber el batido, así que me recosté en el sofá y lo bebí mientras miraba por la ventana el almacén quemado.

Ayer, Killian y yo habíamos recorrido el perímetro, cubriéndolo. El lote adyacente al almacén está cercado con un eslabón de cadena, pero encontramos un espacio entre las dos barras de metal de la puerta con candado como si alguien lo hubiera separado.

—Se supone que debe ser así —dije, emocionada de haber encontrado un punto de entrada que no requería más infracciones de la ley. Pero como nos habíamos ido durante el día y el letrero decía claramente: "Prohibido el paso", no habíamos intentado entrar. Todavía. Una vez que terminara esta pieza, estaríamos entrando al amparo de la oscuridad. Si lo sacábamos, sería una carrera aún mayor que la primera pieza.

Terminé mi batido, deleitándome con el calor y el sol que entraba por las ventanas. Las temperaturas habían rondado los treinta durante los últimos tres días y, aunque era otoño, parecía un día de verano. Mi teléfono sonó con un recordatorio para asistir al festival de frío de Zeke, como él lo llamó. Siguiendo rápidamente eso, mi papá me envió un mensaje para asegurarme de que estaba vivo y bien. Ava envió un mensaje para preguntar si Killian y yo iríamos a la fiesta de Zeke y, de ser así, ¿podría llevarla? Luego, Hailey envió un mensaje para preguntarnos si íbamos a la fiesta de Zeke y, si no era demasiado problema, ¿podría darle un aventón?

Cuando busqué a Killian para informarle sobre nuestros planes, tenía la cabeza atrapada en el gabinete debajo del fregadero de la cocina y estaba haciendo algo que requería una caja de herramientas y mucha flexión muscular.

No era una mala vista, su torso desnudo estaba en exhibición. Salté a la encimera para mirar mientras lo ponía al día.

—Saldremos de aquí a las dos, recogeremos a Ava primero, y luego a Hailey, que está un poco fuera de nuestro camino, pero no mucho, y pasaremos el rato en la fiesta de Zeke y Brody durante un par de horas. Zeke no está trabajando esta noche, pero podemos darles un empujón a Brody y Chris para que trabajen cuando nos vayamos.

—¿Qué? —preguntó, desde el interior del gabinete. Hubo un ruido metálico allí abajo, así que probablemente se perdió cada palabra que dije.

Suspiré.

—A la una cincuenta y cinco, debes ponerte una camisa y zapatos. Te daré más instrucciones entonces.

—Nena, escuché lo que dijiste. Soy multitarea, ¿recuerdas?

—Sí, lo recuerdo. Pero no estabas escuchando porque preguntaste.

—¿Qué?

Su cabeza se asomó, y se puso de pie y abrió el grifo. Aparentemente, había solucionado cualquier problema que no había notado que existía porque cerró el agua y empacó sus herramientas, satisfecho con su trabajo. Llegó a pararse entre mis piernas y pasó sus manos por mis muslos. Observé que sus ojos azules se oscurecían mientras sus manos continuaban su viaje, olvidando toda la plática sobre la fiesta. Envolví mis brazos alrededor de su cuello y le pedí que repitiera lo que dije. Lo hizo, y lo hizo bien, pero usó menos palabras para transmitir el mensaje.

—Entonces, ¿por qué te hiciste al tonto? —pregunté.

—No lo hice. Nunca me hablaste de esta fiesta. Tampoco Zeke o Brody.

—Es una cosa improvisada. Decidieron anoche. Me dijeron que te dijera.

Levantó sus cejas. —¿Y tú?

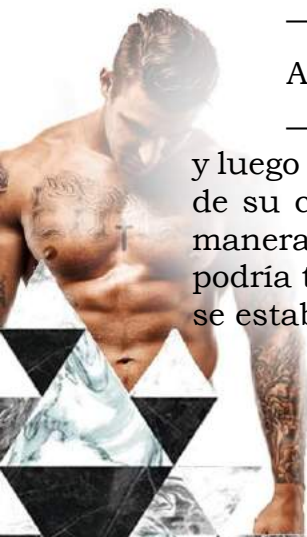
Ups. —Oh, oh. Cinco minutos antes.

—Suenas como un colapso en la comunicación.

—Mmm. ¿Cómo puedo compensarte?

Acaricié mi cuello y murmuró:

—Estoy seguro de que pensarás en algo. —Rozó un beso en mi mandíbula y luego sus labios se encontraron con los míos. Mis piernas se cerraron alrededor de su cintura cuando profundizó el beso, y mi cuerpo respondió de la misma manera que siempre lo hacía con él. Lo ansiaba como una droga de la que nunca podría tener suficiente. Estaba empezando a entender la adicción porque Killian se estaba convirtiendo rápidamente en la mía.



—Finjan que no estoy aquí —dijo Connor. Me aparté de Killian y miré por encima del hombro a Connor, que se pasó la mano por el cabello y bostezó. Connor dormía mucho, me di cuenta, y me preguntaba si tenía algo que ver con renunciar a las drogas. Al igual que Killian, no tenía camisa y no llevaba nada más que shorts de camuflaje. Después de estar en Florida durante cinco meses, su piel estaba bronceada más oscura que la de Killian. Tenía que decir que la vista del torso de Connor tampoco era mala.

Connor asomó la cabeza por el refrigerador, la cerró de golpe, abrió y cerró todos los armarios, y regresó al refrigerador, como si esperara que algo nuevo y diferente saltara sobre él. Podría evitarle la molestia de buscar algo rápido y fácil. Todo en esta casa era saludable y requería cocinar o prepararse. No había comida chatarra, ni carbohidratos vacíos, y nada con azúcar refinada.

Habiendo llegado a la misma conclusión, Connor tomó una botella de agua del refrigerador y la tragó.

—¿Qué están haciendo chicos? —preguntó, limpiándose la boca con el dorso de la mano.

—Vamos a un festival de frío improvisado. —Sin pensarlo bien, invité a Connor a unirse a nosotros.

—¿Ava va a estar allí? —preguntó.

Asentí. —Voy a ir.

Oh, oh.

Killian se dio la vuelta para mirar a Connor y cruzó los brazos sobre el pecho.

—Para que quede claro, no nos arrastres a Eden ni a mí a tu drama. —Connor abrió la boca para hablar, pero Killian levantó la mano para detenerlo—. Trabajo con estos muchachos. Así que mantén la boca cerrada sobre mi vida personal.

Connor adoptó la misma pose de brazos cruzados.

—Nunca le dije a nadie fuera de esta habitación una mierda, y lo sabes. Lo que sucedió con Seamus tardó en llegar y me disculpé con Eden y me disculpé contigo. Pero no lo siento, lo dije. Necesita que le recuerden lo que hizo. Si quieres pasar de algo, no puedes enterrarlo adentro. Necesitas iluminarlo. Necesitas resolverlo antes de dejarlo ir.

Eso era muy cierto, y pensé que Connor era valiente e inteligente por expresarlo. Me quedé quieta, apenas respirando, mientras se enfrentaban. Esto podría ir en cualquier dirección, pero ninguno de ellos retrocedió o se alejó, lo cual era una buena señal. Ninguno de los dos dijo una palabra por unos largos momentos tampoco. Los hombros de Killian estaban rígidos, y pude sentir la tensión alejándose de él.



—¿Aprendes esto en tus reuniones de Narcóticos Anónimos? —preguntó finalmente Killian.

—Sí.

Killian bajó la cabeza y frotó su nuca. —Bien.

Connor asintió. —Bien.

Y ese fue el final de esta. Habían hecho las paces, y Connor sacó una sartén del armario y los huevos del refrigerador. Metió pan de alpiste en la tostadora y nos preguntó si queríamos algo de comida, lo que rechazamos. Subí las escaleras para prepararme, y Killian encontró algunos trabajos extraños que hacer en la casa. A la una cincuenta y cinco, Killian se unió a mí en el dormitorio, se puso una camisa y zapatos, empacó una bolsa de lona con nuestra ropa de trabajo, y era hora de irnos.

Ningún drama importante ocurrió en el camino al festival de frío o en el festival de frío en sí. Pasamos el rato en el patio de Zeke y Brody, bebiendo los slammers³ especiales de sandía de Zeke en un soleado día de septiembre, con una banda sonora de *reggae* que le dio a toda la atmósfera un ambiente frío y feliz. La camiseta anaranjada de Zeke decía "La vida es buena", y mientras miraba a mis amigos, riendo y hablando, y a Killian, cuyo brazo estaba colgado sobre mi hombro mientras hablábamos con Brody sobre sus viajes por el mundo, no pude no estar más de acuerdo.

La vida era buena.

—¿Cuál es tu lugar favorito para unas vacaciones? —preguntó Killian más tarde, cuando estábamos detrás de la barra, cortando fruta.

—La playa.

—El mío también. ¿Has estado alguna vez en Montauk?

Negué con la cabeza. Había escuchado a gente en el bar hablar de eso, así que sabía que estaba en los Hamptons, pero eso era todo lo que sabía.

—Te encantará. Te llevaré allí —prometió, y supe que sucedería porque las promesas de Killian nunca eran vanas.

³ Bebida saludable hecha con vodka, frutilla de sandía, jugo de naranja, refresco de lima y limón.



34

Killian

Cuatro días después de su fiesta, Zeke me pidió que me reuniera para tomar un café.

—Las cosas que hago por ti —le dije a Eden, mi teléfono estaba pegado a mi oído cuando salía del bar para encontrarme con Zeke—. Si está usando esa camisa floreada, me voy.

Eden se echó a reír.

—Creo que es tierno. Tú y Zeke están estrechando lazos.

—Lo veré en el trabajo en menos de una hora —dije, caminando por South Fourth—. ¿Por qué tiene que llevarme a otro lado?

—Sé bueno.

—Sí, sí. ¿Qué llevas puesto?

—Estoy desnuda —dijo, con su voz sexy y sofocante.

—Jesús. No me digas eso. ¿Estás haciendo tu arte desnuda?

—Mmm. Estoy cubierta de pintura. *Todos los colores.*

—Me voy a casa. Al carajo el café.

Rio.

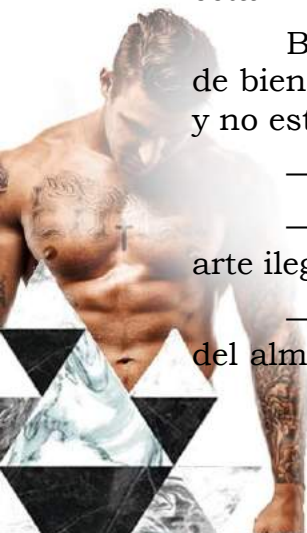
—Connor está aquí. ¿De verdad crees que andaría desnuda en tu sala de estar frente a tu hermano?

Buen punto. Será mejor que no. Me detuve frente a la oficina de un agente de bienes raíces y eché un vistazo a las fotos y listados. Ya sabía lo que quería, y no estaba en esta ventana.

—¿Estas por terminar con esa pieza?

—Espero terminarlo mañana. ¿Estarás listo para ir y ayudarme a pegar arte ilegal mañana por la noche?

—Creo que sabes la respuesta a eso. —Aunque, si la escalera de incendios del almacén no era lo suficientemente resistente, tendríamos que encontrar un



nuevo lugar. Aunque no mencioné eso. Tenía el corazón puesto en pegar esa pieza en la torre sobre la bodega.

Oí a Connor en el fondo preguntándole a Eden si quería pizza esta noche.

—Suenan bien. ¿Pepperoni?

—Demonios sí —dijo él—. Incluso te dejaré elegir la película.

—Eres demasiado bueno para mí. Es una cita.

—Oye —dije, llamando su atención—, recuerda para qué hermano te desnudas. El que te ama.

—Oh. Estás sacando la artillería pesada.

—Oh nena, lo sabes. El tamaño importa.

—No me había dado cuenta hasta que te conocí.

—¿Luke tenía una polla pequeña? —pregunté, para ayudarme.

—Bueno... era normal. No... ya sabes, como tú.

Maldita sea, deseaba poder ver su rostro. Apostaba a que se estaba sonrojando en este momento. Por mi parte, estaba estúpidamente feliz de haber ganado el concurso de la polla más grande.

—Solo por eso, voy a tratarte con el especial de Killian esta noche.

—¿Qué hay en ese menú? —preguntó.

—Postre. Un montón de eso. Estoy hambriento.

—No te gustan las cosas dulces.

—Me gusta *tu* cosita dulce. —Dejé escapar un gemido—. Sabes tan bien.

—Está bien, puedes parar ahora. Hace calor aquí.

Reí. Si no hubiera llegado a la cafetería, seguiría molestándola.

—Estoy en la cafetería. —Vi a Zeke a través de la ventana, ocupado haciendo algo en su teléfono.

—Dile hola a Zeke por mí, y si Daniel está ahí, dile que hoy lo extrañé.

Resoplé. Como si fuera a transmitir ese mensaje. Entré en la tienda, el timbre de la puerta lo alertó de mi presencia y la mirada de Daniel se giró hacia mí. ¿Era el único que trabajaba aquí?

—No soy tu secretaria —dije—. No tengo ese tipo de tiempo.

—Te amo —dijo.

—Igual.

—¿Igual? ¿Qué tipo de respuesta es esa?

—Estoy en la cafetería, parado frente a Daniel.



Daniel, que solo me guiñó el ojo y estaba haciendo un escaneo de todo mi cuerpo. Daniel cuyo nombre jamás conocí después de un año de haberle pedido café. Pero ahora lo sabía porque Eden era muy amistosa con él. Ella probablemente le daba actualizaciones sobre el progreso de nuestra relación.

—Está bien, no es como si tuviéramos que decirlo todos los días —dijo, pero escuché la decepción en su voz.

—Te amo, Eden —dije, alto y claro.

—Me desmayo —dijo Daniel, agarrando el mostrador después de que le dije adiós a Eden. Un poco exagerado, Daniel.

Exhalé fuerte. ÉL no recibió el mensaje. Siguió mirándome mientras hablaba sobre mi relación con Eden.

—Café. —Le recordé, sacudiendo la barbilla al café preparado detrás.

Me disparó con su dedo-pistola y me guiñó un ojo.

—Entendido.

Lo que me pareció un millón de años más tarde, tuve el café en la mano y me senté frente a Zeke.

—Gracias por reunirme conmigo —dijo, con más formalidad que le había oído usar antes. Inmediatamente me puso en alerta—. Quería verte a solas. Hay algo de lo que necesito hablar contigo.

Oh, mierda. Zeke y yo teníamos dos cosas en común: el trabajo y Eden. Solo discutía una de esas cosas con Zeke, y no era Eden.

—¿Eres infeliz en el trabajo?

Negó con la cabeza.

—No. En lo absoluto. Escucha, podría estar fuera de lugar, pero no creo que lo esté. Te conozco desde hace más de un año y...

—Zeke. —Le hice un gesto con la mano para que continuara con eso.

—Correcto. —Respiró hondo y lo dejó salir. Esto no se veía bien. Nunca había visto esta expresión seria en su rostro antes. Su pierna seguía rebotando arriba y abajo. Quería meterme debajo de la mesa y calmarla. En cambio, tomé un trago de mi café—. Está bien, aquí está el trato. Quiero ser socio en el bar.

—¿Perdón?

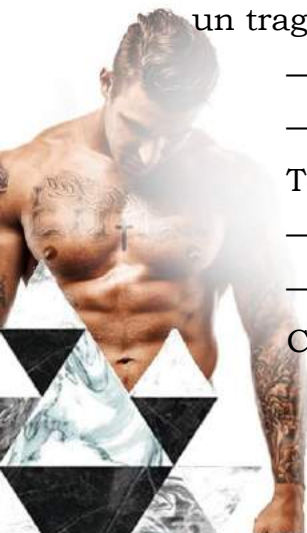
—Quiero invertir en el bar. ¿Qué piensas sobre eso?

Tenía muchos pensamientos sobre eso, pero expresé el más obvio primero.

—¿Por qué no está aquí Louis? Es mi socio.

—Sí lo sé. Pero si quieres salir, me gustaría comprar tu parte.

Crucé mis brazos y entrecerré mis ojos hacia él.



—¿Qué te hace pensar que quiero salir?

—Solo un presentimiento —dijo Zeke.

Solo un presentimiento. Correcto. En la forma de una conversación con Eden, sin duda. ¿Qué le había dicho a Zeke? Hablaré con ella sobre esto más tarde. Podría haberme advertido de antemano.

—Eden no dijo nada, por si eso es lo que estás pensando.

—¿Se te ocurrió esto por tu cuenta?

—Sí. —Me miró directamente a los ojos, con una rostro abierto y honesto. Nada que esconder. Zeke no me estaba mintiendo.

—Suponiendo que quisiera salir... —Quería salir, pero no tenía idea de lo que haría si no estuviera dirigiendo un bar. Había estado pensando en comprar un almacén en la costa de *Greenpoint* y convertirlo en un *loft*. Con dos habitaciones, Eden podría mudarse con Connor y conmigo, y dejar de pagar el alquiler en su lugar. Todavía tenía mucho dinero de mi carrera de luchador, pero siempre había sido un ahorrador. Si gastara el dinero en mi cuenta, me preocuparía no poder reemplazarlo.

—¿En dónde vas a conseguir esa cantidad de dinero? —pregunté, aunque no sabía por qué me molestaba. Su papi estaba forrado

—Mi papá está buscando hacer una inversión —dijo, confirmando mis sospechas.

—Correcto.

—Sé cómo te suena, pero dejó claro que esto sería un préstamo. Yo le devolvería el dinero. Con el tiempo.

Lo dejo pasar. No es de mi incumbencia.

—Pensé que no querías la molestia —dije—. O la responsabilidad.

—No. Pero las cosas han cambiado. Estoy listo para madurar.

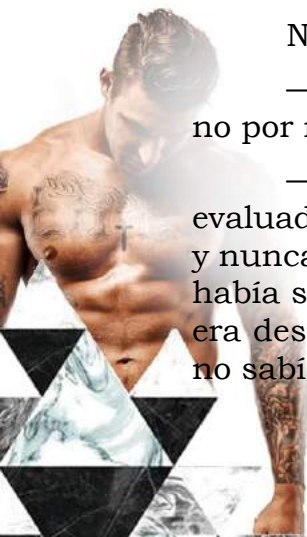
No me molesté en señalar que hacer que su papi invirtiera en su último capricho pasajero no era exactamente madurar.

—¿Cuánto fue tu inversión inicial? —me preguntó.

No respondí. Zeke no se dejó intimidar por mi silencio.

—¿Medio millón? —adivinó. Estaba bastante cerca. Estaba próximo, pero no por mucho.

—Lo suficientemente cerca. —Me recliné en mi silla y le di una mirada evaluadora. Zeke todavía parecía un niño rico que había vivido una buena vida y nunca le había faltado nada. Tenía solo dos años menos que yo, pero la vida le había sido fácil, por lo que la diferencia de edad parecía más una década. Zeke era despreocupado y relajado e incluso si considerara dejar que me comprara, no sabía qué tan bien manejaría la responsabilidad.



Una cosa era presentarse al trabajo a tiempo, seguir las reglas y hacer un buen trabajo, pero cuando la noche había terminado, también su trabajo. No tenía que preocuparse por renovar la licencia de licor, pagar los impuestos, hacer todo el trabajo necesario para mantener un bar funcionando día tras día. Louis estaba ahí ahora mismo, tratando con un distribuidor de cerveza que había subido los precios. Le dije al tipo que estábamos llevando nuestro negocio a otra parte. Louis dijo que había sido demasiado precipitado. Me gustaría ver que tan lejos llega "discutiendo la situación con calma". La opción era que, nos gustaría llevar nuestro negocio a otra parte.

Mientras pensaba esto, Louis me envió un mensaje: *Al carajo con él. Estoy llamando a otros distribuidores.*

Reí entre dientes y le envié una respuesta: *Buen plan. ¿Por qué no pensé en eso?*

—Hay algo que nunca te dije —dijo Zeke.

Oh Jesús. No necesitaba escuchar las confesiones de Zeke.

—A menos que esté relacionado con el trabajo, no necesito escucharlo.

—Es algo relacionado. He estado en muchas de tus peleas. Incluso te conocí una vez hace unos cinco años. Y te seguí en las redes sociales.

Lo miré fijamente. Qué diablos.

—Quería decirte durante nuestra entrevista, pero... no fue un buen momento para mencionarlo.

Por supuesto que no. Conocí a Zeke un mes después de que me fui. No era un buen momento para nada.

—¿Eres un fanático de MMA?

—La compañía de mi papá fue uno de tus patrocinadores. Tecnologías Sterling.

Fue el primer patrocinio que obtuve, y fue uno grande. Joder, no tenía idea de que el papá de Zeke era el dueño de esa compañía. Pasé mis manos sobre mi rostro. Esta reunión de café estaba llena de sorpresas, y no todas eran buenas.

—¿Qué quieres de mí?

—Tal vez deberías ver esto de manera diferente. Es lo que podría hacer por ti. —Levantó las manos—. Solo escúchame. Mi papá te eligió personalmente. De todos los luchadores que pudo haber patrocinado, te quería. No solo porque has ganado más que perdido. Sino porque tenías presencia dentro y fuera del octágono, e hiciste una impresión positiva en ambos lugares. Cuando nos conocimos, eras una persona diferente a la del tipo en las redes sociales, el tipo que conocí la primera vez y el que solía ser un luchador.

¿Por qué todos intentaban analizarme? Esta mierda se estaba haciendo vieja.

—Lo siento si te decepcioné —dije sarcásticamente.

—Lo que estoy intentando decir es que no perteneces al negocio de bares. Pero yo sí. Y no soy solo una cara bonita. Tengo un título en negocios de Columbia. Me llevo mejor con la gente que tú porque realmente me gustan las personas mientras que tú eres más... selectivo. Me doy cuenta de lo que está pasando a mí alrededor. Sé que tu distribuidor de cerveza te está estafando. Al igual que Chad. Y Ava merece un aumento de sueldo. Ella construyó el negocio a través de su conocimiento de las redes sociales, al igual que construyó tu marca en UFC⁴.

Levanté mis cejas.

—¿Como sabes eso?

—Acerté. No eres un fanático de la tecnología.

—Y supongo que tú lo eres.

—Supones bien.

Había subestimado a Zeke. De hecho, apenas reconocí al tipo que estaba sentado frente a mí. Si me hubiera dicho algo de esto hace unos meses, lo habría mandado al diablo en los primeros dos segundos. Pero ahora estaba escuchando sus opiniones. ¿Qué había pasado en el mundo? Estaba declarando mi amor en las cafeterías, considerando mudarme a un *loft* frente al mar para que Eden tuviera buena luz con buena seguridad. Había ido a comprar alfombras con ella y no me había quejado de eso. No me largue de mi casa cuando ella escuchó toda la mierda que había caído en mi vida. Hice las paces con Connor, aunque tuve la tentación de echarlo, darle un puñetazo en la cara o meterle la cabeza en la taza del inodoro para callarlo.

La casa de naipes se había derrumbado, pero todavía estaba de pie, y Eden todavía estaba de pie a mi lado. A pesar de todo, ella amaba a mí jodido yo y me aceptaba tal como era. Ya no tenía nada que ocultar y nunca había conocido este tipo de libertad. Ahora, estaba escuchando a Zeke. Increíble cuánto había cambiado mi vida.

—Solo piensa en ello. Eso es todo lo que pido. Esto podría ser una victoria para ambos. Le agrado a Louis. Estoy seguro que entraría en razón cuando descubriera que hablo en serio y que podría ser un activo para el negocio. No digo que no seas bueno. Eres muy bueno en lo que haces. Pero no es lo tuyo.

—No es lo mío.

Me dio una de sus sonrisas de mierda.

—No. Me estoy ofreciendo para aligerar tu carga. Libérarte para algo en lo que eres mejor.

⁴ Siglas en inglés de Ultimate Fighting Championship, la máxima empresa de artes marciales mixtas del mundo.

—¿Y qué es eso? —Jesús. ¿Estaba pidiendo su consejo ahora?

—Todavía tienes todas las habilidades de un luchador y tu nombre es dinero. Úsalo.

Sí, eso es lo que pensé. No va a pasar. Yo era un pony de un solo truco.

¿Cuándo vas a mejorar y volver a luchar? Es lo único en lo que eres bueno.

Pero le prometí a Zeke qué pensaría en su oferta. Mientras preparábamos el bar para abrir, pensé en ello. También pensé en lo que había dicho sobre mis habilidades de lucha. Nunca volvería a meterme en el Octágono, pero eso no significaba que no pudiera enseñar esas habilidades a otras personas. Mientras trabajaba junto a Zeke, sentí que algo se arraigaba, algo que no había sentido hace mucho, que casi no lo reconocía. Esperanza. Posibilidad. *Es un nuevo día y un mundo de posibilidades.* Estaba empezando a creer en este mundo de posibilidades.

A lo largo de la noche, mi convicción creció. Hasta que recibí la llamada de Eden que lo cambió todo.



35

Killian

paradise books

—Estos tipos están en la casa... dijeron... si vienen policías, matarán a Con... —Eden se detuvo en un sollozo.

Hielo congeló mi columna vertebral. Presioné el teléfono cerca de mi oreja.

—¿En dónde estás?

—Encerrada en el baño.

—Voy para allá. —Ignoré a los clientes y le tendí la mano a Zeke—. Tu teléfono.

—¿Mi teléfono?

Moví mis dedos. Me lo entregó, con una mirada perpleja en su rostro. No tuve tiempo para ser amable o dar explicaciones.

—Nena, vas a estar bien.

—Está bien —susurró.

Empujé a Louis y salí del bar. En el teléfono, escuché un golpe en la puerta y ella gimió. La voz de un hombre dijo:

—Llama a la policía, y puedes darte por muerta.

Mierda, mierda, mierda.

—Solo estoy usando el baño —dijo ella, con voz fuerte—. ¿Quién eres y por qué estás aquí?

Me subí a mi Jeep y metí mis llaves en la ignición, tratando de pensar rápido. El baño era la peor habitación para quedar atrapado. La única ventana estaba encima de la ducha. Demasiado alto para alcanzar y demasiada pequeño para salir.

—Nena, escúchame... no digas nada. Todo va a estar bien. Voy por ti. Si llegan a ti, usa todo lo que tengas a tu disposición... rocíalos con desodorante... cualquier cosa. Pon tu teléfono en el gabinete. Enciende la ducha y tira de la cadena. —¿Qué diablos estaba diciendo? Nada útil, eso era seguro. Hizo lo que

237

Beneath
your

le pedí, y esperé hasta que escuché correr el agua y la descarga del inodoro antes de llamar a Seamus en el teléfono de Zeke.

Era una mierda de padre, pero era un buen policía. Respondió al segundo timbre, y no perdí el tiempo con saludos.

—Te necesito. En mi casa. Tienen a Connor y a... Eden —dije, manteniendo mi voz baja.

No dudó, y por eso, estuve agradecido.

—¿Quién? ¿Cuántos?

—No lo sé.

—¿Armados?

—Sí. —Era una suposición, pero probablemente una buena—. Dijeron que nada de policías.

—Voy en camino. Espérame. No entres sin mí.

Corté la llamada y giré hacia la Avenida Kent, prestando atención a cualquier cosa que pudiera oír en el teléfono de Eden. El sonido era amortiguado, pero la oí gritar. La habían atrapado. Mierda, mierda, mierda. Por favor, Dios, no, no ella.

¿Qué hiciste, Connor?

No era el momento de pensar en el peor de los casos o perdería mi cordura. Necesitaba mantenerme enfocado. Por mucho que quisiera atravesar la puerta por mi cuenta, Seamus tenía razón. Necesitaba esperarlo.

Afortunadamente, no estaba muy lejos. Cuando me subí al asiento del pasajero de su camioneta negra y cerré la puerta, olí el whisky en su aliento. Mierda.

—Póntelo debajo de tu camiseta —vociferó, entregándome un chaleco antibalas.

El chaleco era ligero, Kevlar supuse. Con eso ya puesto, me entregó una Glock 17.

—¿Recuerdas cómo usarla? —preguntó.

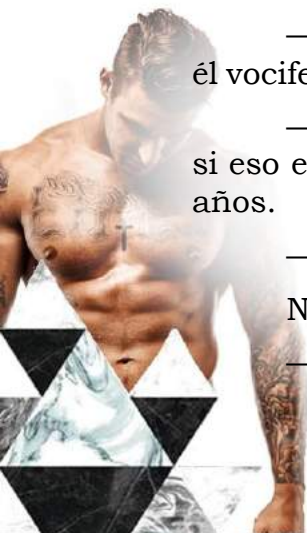
—Sí. —Revisé el seguro antes que la metiera en la cintura trasera mientras él vociferaba más instrucciones. Todo se reducía a seguirlo y no perder mi mente.

—Deja tus emociones fuera de la puerta —dijo, y me pregunté brevemente si eso era lo que solía hacer cuando regresaba a casa por la noche, hace tantos años.

—Si los ayudas, haré lo que me pidas. Lo que quieras... lo haré.

No respondió hasta que estuvimos a dos puertas de mi casa.

—Perdóname —dijo con voz ronca.



Le di una mirada. Hablaba en serio. Diría cualquier cosa ahora mismo, hacer un trato con el diablo si eso significara que me ayudaría.

—Hecho.

Seamus asintió una vez para indicar que me había escuchado. No tuve tiempo para pensar en lo que me había pedido o en lo que le había concedido. En la SUV, dijo que teníamos suerte: si los hombres hubieran sido inteligentes, habrían llevado a Connor y Eden a un lugar remoto. Todavía no sabíamos lo que querían, pero ambos sospechábamos que estaba relacionado con las drogas e, independientemente de lo que Connor había estado haciendo en Florida, el problema lo había seguido hasta aquí.

Estos hombres podían ser idiotas, pero eso no los hacía menos peligrosos.



36

Eden

Cuando recobré el conocimiento, estaba tendida en el suelo de la sala de estar, acurrucada de lado, con los tobillos atados, los brazos detrás de la espalda y las muñecas atadas. Mi cabeza demasiado pesada para levantarla del suelo. Intenté enfocar mis ojos. Todo estaba borroso. Connor. Oh Dios Mío. Desearía haber permanecido inconsciente. Tenía el torso desnudo y estaba atado a una silla de la cocina, su rostro era casi irreconocible: carne desgarrada y tanta sangre. Se me revolvió el estómago y vomité en el suelo. Nadie se dio cuenta. Estaban demasiado ocupados golpeando para preocuparse por mí.

—Ya no luces tan guapo, niño bonito —dijo un hombre de cabello oscuro y barba. Otro hombre pelirrojo estaba detrás de Connor—. ¿Sabes lo que le hacemos a los soplones? Los cortamos y con eso alimentamos a los peces.

El hombre con barba abrió de golpe una navaja y le hizo un corte en el pecho a Connor. Oh, Dios mío, no.

La cabeza de Connor se inclinó hacia un lado. No hizo ningún ruido mientras el hombre tallaba su pecho con la hoja de un cuchillo. Recé, por su bien, había perdido el conocimiento y no podía sentir el dolor. Oí pasos en mi dirección. Cerré los ojos y fingí inconsciencia. Estaba acostada en un charco de mi propio vómito.

—¿Qué vamos a hacer con ella? —preguntó la voz de un hombre—. Es una cosa bonita.

—Tiene vómito sobre ella. Odio el vómito —dijo el otro hombre. Reconocí su voz. Fue el que pateó la puerta del baño.

—¿Qué le hiciste a su cabeza?

—La golpeé con la culata de mi arma.

—¿Por qué hiciste eso? Nadie dijo nada de la chica.

—Ella me cegó con un desodorante y me dio una patada en las nueces.

—Perra.



Alguien levantó mi cabeza por el cabello y me arrastró por el suelo.

—Es una pena estar en el lugar incorrecto, en el momento equivocado.

Soltó su agarre, y mi cabeza golpeó el suelo con un golpe.

—Tal vez deberíamos tener nuestra diversión con ella antes...

Abrí los ojos y gruñí—: Aléjate de mí.

—¿O qué? —se burló, agachándose delante. Él no era el tipo que derribó la puerta del baño. Este parecía un gran oso de peluche con cabello castaño claro, barba y cálidos ojos marrones. Tal vez podría apelar a su lado más suave.

—Pareces un buen tipo. No quieres lastimar a nadie. ¿Cómo te metiste en todo esto?

—Cállate, perra —dijo el otro tipo.

—¿Quiénes son ustedes? ¿Y por qué están aquí?

El tipo delante extendió una mano y metió mi cabello detrás de mi oreja.

—Déjame ir —susurré—. No diré ni una palabra a nadie...

—Te dije que cerraras la boca —dijo el otro tipo. Me levantó. No lo vi venir. Su puño se estrelló contra mi pómulos. Mi cabeza voló hacia atrás y golpeó la pared detrás. Lágrimas brotaron de mis ojos y los apreté.

Me dejé caer al suelo, incapaz de reunir la energía para mantenerme erguida.

—No te saldrás con la tuya —dije, apretando los dientes. Me dio una patada en el estómago, sacando todo el aire de mis pulmones. Gemí y puse mis rodillas en mi pecho. Se me revolvió el estómago y volví a vomitar. Tosiendo y con náuseas por la bilis amarga, lo único que queda en mi estómago.

El tipo se agachó, poniéndose justo en mi rostro.

—¿Te vas a callar ahora?

Usando cada onza de fuerza que quedaba en mi cuerpo, levanté mi cabeza del suelo y escupí en su rostro. Sus manos grandes se envolvieron alrededor de mi garganta y apretaron. Así era como terminaría. Así era como iba a morir, pensé, mientras las estrellas bailaban detrás de mis ojos cerrados.

—Quita tus malditas manos de ella —rugió Killian.

Killian vino por nosotros.

El cuerpo del hombre fue arrancado de mí. Tosí y tomé grandes bocanadas de aire. Connor y yo estaríamos a salvo ahora. Killian se aseguraría de ello.

Los disparos sonaron y meforcé a abrir los ojos.

Una bala golpeó a Killian en el pecho. Se tambaleó hacia atrás, y otra bala le atravesó el pecho. Estaba gritando, pero los disparos ahogaron mi voz.

Cerré los ojos con fuerza y me acurruqué en una bola mientras el mundo explotaba a mí alrededor.

Desde algún lugar lejano, escuché las sirenas de la policía, gritos y pasos pesados.

Dejo que la oscuridad me arrastre.

Killian estaba muerto.



37

Killian

La bala salió de mi arma y lo golpeó en el pecho. Sus ojos se abrieron de sorpresa cuando cayó al suelo, aterrizando sobre el cuerpo enroscado de Eden. Por un segundo, me congelé y miré el arma en mi mano.

—¡Dije sin policías! —gritó un hombre. Giré mi mirada hacia él. Sostuvo su arma contra la cabeza de Connor—. ¡No! —rugí. Me abalancé por él y lo desestabilicé, mi arma cayó al suelo. Estaba a punto de terminar el trabajo, pero alguien me agarró por detrás. Me sujeté a su pierna con el pie, me giré y lo tiré al suelo. Los disparos sonaron detrás. El hombre que tenía una pistola en la cabeza de Connor se tambaleó y cayó. Seamus se acercó y se colocó encima, poniendo otra bala en el pecho del hombre.

—Policía. Suelten sus armas.

Las palabras apenas salieron cuando se disparó otro tiro. Y otro. Uno golpeó a Seamus en el cuello, y el otro en la cabeza. Miré al hombre con cabello oscuro y barba, el último de pie, el que había tirado al suelo. Encontró mi mirada y sacó su pistola. Estaba a un metro de distancia, y yo estaba desarmado. Lentamente, levanté mis brazos en el aire. El cabrón me disparó en el pecho. Todo el aire salió de mis pulmones. Asombrado por el golpe, caí al suelo cuando las balas acribillaron el cuerpo del hombre.

Todo a mí alrededor se desarrolló en cámara lenta cuando me puse de pie, respirando con dificultad y agarrando mi pecho. Los oficiales y los paramédicos entraron en acción mientras permanecía inmóvil en medio de la destrucción y el caos. Mis ojos se encontraron con Deacon Ramsey al otro lado de la habitación. Me hizo una pequeña inclinación de cabeza, reconociendo que me había salvado la vida, antes de agacharse detrás de la silla de Connor y cortar las ataduras que lo ataban.

Saqué el cuerpo del hombre muerto sobre Eden y revisé su pulso. Era débil. Presioné mi oído contra su corazón, necesitando escuchar que aún latía. Estrechándola en mis brazos, me senté en el suelo, abrazándola. Mire hacia abajo a su rostro. Moreteado y maltratado. Con el cabello enredado en la cabeza, el vómito se aferraba a sus mechones dorados.

Sus párpados se abrieron de golpe.

—¿Killian? —Su voz era ronca y muy tranquila, me esforcé por escucharla—. ¿Estamos muertos?

A nuestro alrededor había un mar de sangre y cadáveres.

—Nena... —Oh Dios—. Todo estará bien. Todo estará... —Mi voz se quebró. Ella cerró los ojos. Apoyé la cabeza contra la pared y lloré como un maldito bebé. Había llorado dos veces en mi vida antes de esto. El día que mi madre se fue, y el día que Johnny fue declarado muerto. Todas esas veces que Seamus me había golpeado, nunca derramé una lágrima. Pero ahora sentía que nunca dejaría de llorar.

Una oficial se agachó y puso su mano en mi hombro. La conocía. Oficial Healey.

—Killian, vamos a llevar a Connor al hospital. —Observé a los paramédicos poner a Connor en una camilla, su rostro tan ensangrentado y maltratado, que parecía como si hubiera sido el saco de boxeo de Mike Tyson, y la palabra SOPLÓN grabada en su pecho—. Necesitaremos tu declaración... —continuó, pero solo escuché la mitad de lo que dijo mientras cortaba los amarres de Eden. Froté las muñecas y las manos de Eden, tratando de recuperar la circulación—. Los paramédicos se encargarán...

—Yo la cuidaré en la ambulancia.

Ella estudió mi rostro, luego asintió.

Hice una mueca cuando me puse de pie, luchando para que entrara suficiente aire en mis pulmones. Recibir un disparo a corta distancia duele como un hijo de puta. Al principio, la adrenalina había bloqueado el dolor, pero ahora me estaba golpeando.

La oficial Healey miró mi camiseta, llena de agujeros de bala. Me habían disparado tres veces, pero había tenido tanta suerte que habían ido por el pecho cada vez.

—Ellos te revisarán en la ambulancia —dijo—, probablemente te rompiste algunas costillas.

Cuatro, fueron al final. Con moretones por todo el pecho. Aparte de vendarme mis costillas, no había nada que pudieran hacer. En el viaje al hospital, los paramédicos conectaron a Eden con una intravenosa, explicando que estaba deshidratada después de vomitar tanto y le hicieron una prueba de sus signos vitales. Lavé el rostro de Eden con un paño húmedo y traté de sacarle el vómito del cabello lo mejor que pude.

—¿Puedes decirme cuál es tu nombre? —le preguntó el paramédico a Eden. Iluminó una luz en cada ojo, comprobando sus pupilas.

—Eden —murmuró, cerrando los ojos.

—Bien. ¿Puedes decirme qué día de la semana es?

Ella no respondió por unos segundos.

—¿Domingo?

Cerré mis ojos. Joder.

—Fuimos a la fiesta de Zeke el domingo. ¿Recuerdas?

—Sí —dijo, pero salió como si fuera una pregunta.

—Hace cuatro días. —Le recordé.

—Es miércoles. No... jueves. ¿Correcto?

—Correcto. —Miré al paramédico, preocupado de que fuera una mala señal que ella no supiera el maldito día de la semana. Continuó haciendo preguntas, su expresión facial no revelaba la gravedad de su lesión en la cabeza. No dio todas las respuestas correctas. Ni siquiera estaba segura de por qué estaba en una ambulancia.

—Es una amnesia postraumática —me dijo, como si esto me tranquilizara.

—Todavía puedo olerlo —ella susurró—. Me está sofocando.

¿Por qué no le había quitado el cuerpo de ese hombre de inmediato? La habían enterrado bajo el peso de un hombre muerto que pesaba por lo menos noventa kilos.

El moretón en su frente me asustaba muchísimo. Estaba inflamado e hinchado. Gimió mientras presionaba la bolsa de hielo sobre ella. Parecía como que alguien hubiera puesto su puño en su rostro, magullando su pómulo también. Y los paramédicos habían cortado la camiseta, exponiendo otro moretón en su estómago.

—Dígame que va a estar bien —le dije al paramédico cuando se hizo visible el hospital. Mi voz sonaba extraña. Como un hombre desesperado, pidiendo un poco de esperanza. Un rayo de sol en un día sombrío. Ella *era* mi rayo de sol. ¿No sabían que estaría perdido sin ella?

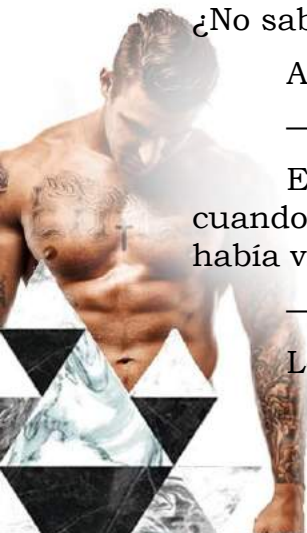
Abrió las puertas traseras de la ambulancia.

—Le haremos una resonancia magnética.

Eso no me tranquilizó. Los recuerdos de Johnny pasaron por mi cabeza cuando entré en la sala de emergencias, sosteniendo la mano de Eden. Nunca la había visto tan pálida. Todo el color había sido drenado de ella.

—¿Killian?

Le apreté la mano. —Estoy aquí nena.



Sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Te amo. Mucho.

—Yo también te amo.

Se aferró a mi mano como si fuera su tabla de salvación.

—No me dejes.

—No te dejaré.

Desafortunadamente, no pude cumplir mi promesa. Se llevaron a Eden lejos para realizar las pruebas, y me dijeron que a Connor lo habían llevado a una cirugía para reparar su fractura de mandíbula con placas de titanio y tornillos. Me dejaron para completar el papeleo de Connor y Eden. Después de llenarlo, incluida la información del seguro de Eden que había almacenado en mi teléfono, fui relegado a la sala de espera. Que olía a una mezcla entre mal olor y ambientador químico. Dos tipos sentados frente a mí estaban llenando sus bocas con McDonald's. El olor me hizo sentir náuseas en un día normal. Esta noche, quería quitarles la bolsa de las manos y lanzarla por la puerta. Me moví a la esquina más alejada de la habitación y me apoyé contra la pared. Llamé a Louis y luego a Ava. Les conté la misma historia. Que hubo un robo. Connor y Eden estaban ahora recibiendo tratamiento, pero estarían bien. Lo dije porque era lo que necesitaba creer.

—Estoy llamando a un Uber —dijo Ava, su voz temblorosa, al borde de las lágrimas. Ni siquiera le había dado los detalles todavía. Esperaría hasta que la viera en persona para tratar de prepararla para la sorpresa de ver a Connor—. Nos vemos.

Me quedé mirando el teléfono que tenía en la mano, sabiendo que necesitaba hacer otra llamada, pero lo temía. Cerré los ojos cuando sonó el teléfono. Una vez. Dos veces. Y luego su voz en mi oído.

—Killian.

—Hola señor. Es... Eden. —Tragué—. Ella va a estar bien —dije rápidamente, para tranquilizarlo.

Por favor, Dios, no me conviertas en un mentiroso.

—¿Qué pasó? —preguntó Jack Madley.

—Hubo un robo en mi casa. Eden estaba ahí con mi hermano, Connor. Yo estaba en el trabajo.

—¿Un robo?

—Aún no conozco toda la historia. Acabamos de llegar al hospital.

—Dime lo que sabes.

Le dije lo que sabía, manteniendo mi voz baja para que nadie más en la sala de espera de la sala de emergencias pudiera escuchar. Cuando dije las

palabras, sentí que estaba hablando de alguien más, no de mí. Había matado a un hombre. Cinco hombres estaban muertos, uno de los cuales era el hombre que me había criado. Jack escuchó sin interrumpir.

—Voy para allá —dijo cuando terminé mi historia—, envíame un mensaje con la dirección del hospital. Estaré ahí tan pronto como pueda.

Pellizqué el puente de mi nariz.

—Está bien.

—¿Y Killian?

—Sí.

—Lo siento por tu padre.

—Gracias.

—Como padre, es mi deber proteger a mi hija.

—Lo entiendo. —Había prometido mantenerla a salvo, pero había fallado. Todo lo que siempre quise era mantenerla a salvo, pero resultó que yo era el mayor peligro. Si nunca se hubiera involucrado conmigo, no estaría en el hospital.

—Bueno. Hablaremos de esto más tarde.

Cortó la llamada. Cerré los ojos y respiré hondo unas cuantas veces.

—Necesito obtener su declaración. —Abrí los ojos y miré a Deacon Ramsey. Nunca sabrías que había estado involucrado en un tiroteo. Ramsey se veía fresco, confiado e imperturbable. Incluso su cabello rubio oscuro parecía que lo había peinado para salir por la noche. Habíamos ido juntos a la secundaria. En ese entonces, él había estado más en fiestas y violando la ley que en hacerla cumplir. Verlo como policía de Nueva York todavía me sorprendía—. Parece que necesitas un café.

—Podría tomar algo mucho más fuerte que el café —dije.

Sonrió. —Dejé mi petaca⁵ en casa.

Caminamos hacia las máquinas expendedoras en el pasillo, y él introdujo dinero en la ranura. Observé cómo caía la taza y me llenaba de “café gourmet” según la máquina. Me entregó la taza y consiguió una para él.

—Recibir un disparo duele bastante —dijo, mirando mi camiseta rota mientras tomaba un sorbo de café.

Como ser golpeado en el pecho con un martillo.

—He tenido peores.

—Apuesto que sí. Qué lástima por lo de tu viejo —dijo, sin sonar apenado.

⁵ Botella plana y de pequeño tamaño que sirve para llevar licor.

Lo miré de reojo. Al escuchar hablar a la mayoría de los policías, uno pensaría que mi padre caminaba sobre el agua.

Dos niños y una mujer se pararon frente a las máquinas expendedoras, estudiando sus opciones. Ramsey sacudió su barbilla, haciéndome un gesto para que lo siguiera por algo de privacidad.

—¿Alguna idea de en qué estaba involucrado Connor? —preguntó cuando salimos, a una distancia considerable de las ambulancias estacionadas.

—No.

—¿En dónde ha estado durante los últimos meses?

—¿Has estado vigilando a Connor?

—Solo cuidando de él.

Antes de esta noche, la última vez que había visto a Deacon Ramsey, había sido en el accidente de motocicleta de Connor. Había sido un choque y huida, y no había sido culpa de Connor. Afortunadamente, no había conducido bajo la influencia de alcohol, pero había estado en posesión de drogas. Ramsey me había llamado, en lugar de acosar a Connor. Había llevado su culo a rehabilitación. Tres días después de que salió de ahí, Connor desapareció. Y ahora, seis meses después, estábamos aquí, fuera de un hospital, por la mierda que Connor hizo en Miami.

—Estaba en Miami —dije.

—¿Crees que estaba trabajando como informante?

—No lo sé. —Era lo que sospechaba. Lo que significaba que había sido arrestado por drogas y hecho un trato con la policía. Lo que también significaba que me había mentido.

—Dime lo que pasó esta noche.

Le conté todo, incluidos los detalles que había omitido cuando le di a Jack Madley un resumen.

—Tenía sus manos envueltas alrededor de su garganta —dijo Ramsey, tratando de aclarar sus hechos—. Y cuando lo arrancaste de ella, sacó un arma.

—Es correcto —dije, mirándolo a los ojos—. Me disparó dos veces. Le devolví el tiro.

Asintió.

—Fue en defensa propia. Pero podría volver para atormentarte.

Maté a un hombre, pero esta vez no sentía ninguna culpa. Lo haría de nuevo si tuviera que salvar a Eden.

—Gracias —dije, frotando la parte posterior de mi cuello—. Por lo que hiciste.

—Solo hacia mi trabajo.

Al hacer su trabajo, me había salvado la vida. Y Seamus había salvado a Connor. Había sido su último acto y ahora me preguntaba, si hubiera tenido la premonición de que iba a morir esta noche. ¿Por qué otra razón habría pedido perdón cuando nunca había mostrado signos de remordimiento? ¿Lo perdoné? Todavía no estaba listo para pensar en Seamus o en nuestra complicada historia. Tampoco estaba listo para desentrañar todas mis emociones enredadas.

En este momento, todo lo que necesitaba era saber que Eden y Connor iban a estar bien. De lo demás... me ocuparía después.



38

Eden

Me sentí como si estuviera bajo el agua tratando de nadar a la superficie. Abrí los ojos y parpadeé. Las luces fluorescentes hacían daño a mi cabeza. Bajé la mirada, a la intravenosa que tenía en el brazo y a la mano que sostenía la mía.

Giré mi cabeza para mirarlo. Sus ojos estaban enrojecidos como si hubiera estado llorando, y su rostro estaba devastado. Pero era él. Su hermoso rostro, su hermosa persona. Mi mirada se desvió hacia su pecho. La camiseta azul descolorida decía *Martha's Vineyard*.

—¿Por qué llevas la camiseta de Zeke? —pregunté, mi voz sonaba ronca como si no la hubiera usado en mucho tiempo.

—Porque... —Sus ojos buscaron mi rostro.

Cerré los ojos, recordando. Mis oídos zumbaban por los disparos. Me duele el estómago. Me duele la cabeza. Me duele todo.

—Te dispararon. Pensé que habías muerto.

—Llevaba un chaleco antibalas.

Gracias a Dios.

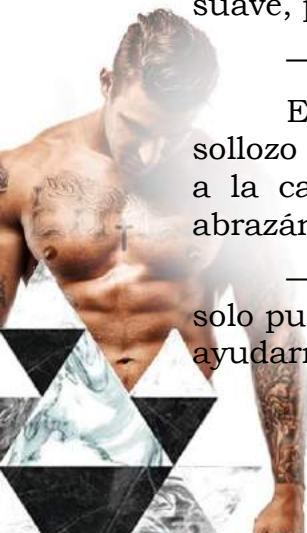
—¿Por qué estoy en el hospital?

Sus dedos rozaron mi pómulos y alejó el cabello de mi frente. Su toque era suave, pero hice una mueca.

—Tienes una conmoción cerebral.

Empecé a reírme, pero bordeaba lo histérico. Mi risa se convirtió en un sollozo que sacudió mi cuerpo e hizo que todo doliera aún más. Killian se subió a la cama y me sostuvo como lo hizo antes de irnos a dormir. Continuó abrazándome hasta que, finalmente, me calmé y mi respiración se regularizó.

—Estás en shock —dijo en voz baja, acariciando mi cabello—. El cerebro solo puede manejar una cierta cantidad de información... —Estaba tratando de ayudarme a darle sentido a algo que no tenía ningún sentido. Me quedé allí,



dejando que acariciara mi cabello y me abrazara. Escuchaba el sonido de su voz, pero no las palabras.

Presioné mi cuerpo más cerca del suyo. Se estremeció, conteniendo el aliento.

—Estás herido. —Recordé que mi padre y Garrett hablaron de eso una vez. Los chalecos resistentes a las balas podrían detener una bala, pero aun así dolería como el infierno.

—Estoy bien —dijo Killian. Sabía que diría eso, sin importar cuánto doliera. Alcanzó mi mano y entrelazó sus dedos con los míos.

—¿Connor... esta él...? —gemí.

—Estará bien.

—Pero él... qué...

—Señorita Madley, necesitamos hacerle algunas preguntas —dijo una voz de mujer. Dos policías estaban de pie junto a mi cama.

—Ella no está lista para hablar —dijo Killian.

—Lo siento —dijo la oficial—. Pero tenemos que hablar con ella.

—Está bien —dije.

La oficial hizo las preguntas y le conté lo que recordaba... que no era mucho. Pero quería ayudar a Connor, así que hice todo lo posible por recordar todo lo que pude.

—Estaba arriba, poniéndome una camisa limpia cuando llegaron. Había estado pintando... —Lo cual era totalmente irrelevante—. Connor estaba abajo. Estábamos a punto de ver una película... —Más información inútil—. Pensamos que había llegado la pizza. Antes de abrir la puerta, Connor preguntó quién era. Escuché al chico decir el nombre de la pizzería a la que habíamos ordenado... así que Connor abrió la puerta...

—Joder —murmuró Killian en voz baja.

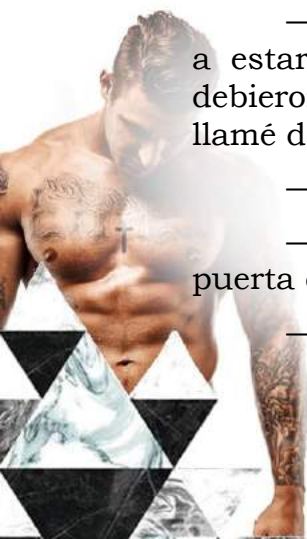
—¿Qué dijeron los hombres cuando entraron? —preguntó el oficial de policía.

—Lo llamaron soplón. Y dijeron... —respiré hondo. Connor estaba vivo. Iba a estar bien—... vinieron a matarlo. Escuché una pelea y ellos estaban... debieron haber estado golpeándolo. Estaba hablando por teléfono con Killian. Lo llamé de inmediato.

—Y, ¿dónde estabas exactamente? —preguntó.

—En el baño. Con la puerta cerrada. No sabía a dónde ir. Es la única puerta de arriba con cerradura.

—¿Y entonces?



—Escuché a alguien subir las escaleras, revisando las habitaciones. Él...
—Me detuve y tragué—. Derribó la puerta del baño. Rocié desodorante en sus ojos y eso lo aturdió. Luego le di un rodillazo en las bolas —dije, sintiéndome un poco orgullosa de mi trabajo. Killian rio por lo bajo, pero su humor duró poco. El oficial de policía me incitó a continuar.

Respiré hondo y solté el aire lentamente cuando los recuerdos se apoderaron de mí.

—Salí corriendo del baño, pero me atrapó y... —Todo mi cuerpo estaba temblando.

Los brazos de Killian se apretaron a mí alrededor.

—¿Qué te hizo? —preguntó Killian en un susurro.

—Él simplemente... —*El frío metal de la pistola presionó mi frente. "Boom" dijo, y se echó a reír*—. Me golpeó en la frente con su arma.

Le conté el resto de lo que había sucedido, lo que recordaba, y la oficial tomó nota de todo y dijo que se pondría en contacto conmigo si necesitaban más información.

—¿Cómo lo estás llevando, Killian? —preguntó ella.

—Excepto por que mi novia está siendo arrastrada por la tormenta de mierda de mi vida... genial.

—Lo siento por tu padre. Todos lo admirábamos.

Sentí que Killian asintió y cuando los policías salieron de mi habitación, pregunté:

—¿Qué le pasó a tu papá? —Ni siquiera me di cuenta de que había estado allí, lo cual demuestra cuánto me había perdido.

—Le dispararon —dijo Killian.

—Pero... también a ti.

—Le dispararon en la cabeza.

Oh Dios mío.

Odiaba a ese hombre, pero vino a rescatarnos, junto con Killian. Ahora estaba muerto. Me parecía extraño que nosotros hayamos sobrevivido, y que el jefe de policía hubiera muerto.

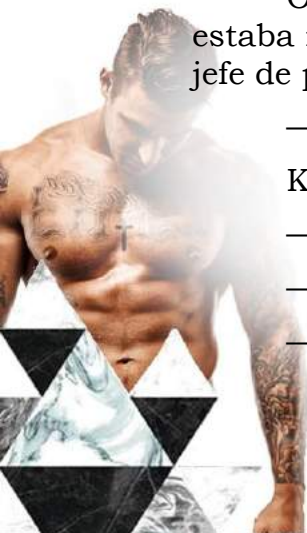
—Y... ¿qué pasa con esos hombres?

Killian tampoco lo sabía o no quería decirme.

—Ya no tienes que preocuparte por ellos.

—Y Connor... ¿no deberías estar con él ahora?

—Ava está con él.



Me sentí mejor sabiendo que no estaba solo. Intenté no imaginarme su rostro, la carne y la sangre, o el cuchillo que cortaba su pecho. ¿Qué hizo para merecer eso? Lo iban a matar cuando terminaran de torturarlo. También me iban a matar, probablemente. Lugar incorrecto, en el momento equivocado

—Te amo, Killian. Te amo mucho.

Dejó escapar un suspiro entrecortado.

—Yo también te amo.

—No me dejes.

—No voy a ir a ninguna parte.



39

Killian

Besbloquéé la puerta principal del Trinity Bar y la mantuve abierta para Jack Madley.

—Eden me dijo que lo tomas negro —dijo, dándome una gran taza de cartón de *Brickwood Coffee*.

—Gracias. —Ya había bebido tres cafés grandes hoy, pero tomé un sorbo del que me ofreció y cerré la puerta con llave—. ¿Cómo está Eden?

—Ava está con ella ahora.

Eso no me sorprendió. En los últimos tres días, Jack no se había movido del lado de Eden. Ella me había mandado un mensaje quejándose de su vigilancia excesiva. Él estaba durmiendo en un colchón inflable en el suelo de su sala de estar, asustado de perderla de vista. No podía culparlo. Si tuviera una hija, sería igual. Esperaba ser yo quien la ayudara a superar esto, pero no había estado ni cinco minutos a solas con ella desde que salimos del hospital.

—Se despierta con pesadillas todas las noches.

Bajé la cabeza y froté mi nuca. Eden no había mencionado eso. No paraba de decirme que se sentía bien y que no entendía por qué todo el mundo hacía tanto alboroto.

—Lo siento.

No respondió. Miró el interior del bar, asimilándolo todo. Él había pedido ver dónde trabajaba Eden, y su mural en la pared del fondo, así que lo llevé al patio exterior y me senté frente a él en una mesa de picnic, bebiendo mi café mientras estudiaba la pared. No sabía lo que estaba pensando. Ni siquiera sabía si le gustaba o pensaba que era bueno. Me molestó que no comentara sobre su mural, pero mantuve la boca cerrada y esperé a que revelara la verdadera razón por la que había venido.

—¿Cómo has estado? —preguntó, centrando su atención en mí.

—Bien. —*Como la mierda*. Esta mañana, me reuní con el abogado de mi padre para revisar el testamento. Seamus nos había dejado todo a mí y a Connor, para que lo dividiéramos en partes iguales, lo que me había sorprendido. Cuando

¿Cuánto dinero nos había dejado, casi me caigo de la silla. ¿Cómo es que un policía había acumulado tanto dinero? Era cierto que había estado en la fuerza durante treinta años con un salario de jefe durante los últimos cinco y toda su vida había sido frugal, pero eso aún no explicaba los tres millones de dólares en su cuenta. La casa estaba libre de hipotecas y, aunque era una casa de porquería, el agente de bienes raíces dijo que probablemente recibiríamos un millón por ella. Al parecer, era una buena casa familiar en un vecindario codiciado.

Después de dejar la oficina del abogado, me di cuenta. No sabía nada de Seamus Vincent.

¿Había sido un policía corrupto? ¿Había estado recibiendo sobornos? Su trabajo en la fuerza había sido la única cosa que lo había redimido ante mis ojos. Su sentido del bien y del mal cuando se ponía ese uniforme. Pero ahora, ni siquiera estaba seguro de que hubiera sido un buen policía.

—Eden y yo hablamos esta mañana —dijo Jack—. Me contó sobre tus antecedentes. Solo porque la presioné para que me diera respuestas. Ella no quería traicionar tu confianza.

Mi pecho se tensó. Había estado guardando esos secretos por tanto tiempo, de todo el mundo, y no era algo de lo que me sintiera cómodo hablando o incluso reconociendo. No me emocionó que el padre de Eden supiera de mis antecedentes. Sentí que las probabilidades estaban en mi contra. Después de todo lo que había pasado, y todo lo que sabía de mí, ¿cómo podía ser considerado un novio adecuado para la hija de este hombre?

—Crecí en un barrio difícil de Filadelfia —dijo—. Mi viejo era un estafador y un jugador.

Mis cejas se levantaron. No me lo esperaba. Jack rio de mi reacción.

—Solía estafar a las ancianas con sus ahorros. Todo un ejemplo. Llevaba las ganancias a Atlantic City y las gastaba en la mesa de dados. A veces él ganaba, y comprábamos juguetes nuevos y brillantes, y mi mamá recibía una pieza de joyería. Otras veces perdía. Y cuando perdía, perdía a lo grande. Las joyas de mi madre iban a la casa de empeño. Ella hacía horas extras en el trabajo, limpiaba casas, hacía lo que podía para poner comida en la mesa y un techo sobre nuestras cabezas. Ella siempre amenazaba con dejarlo. Pero nunca lo hizo. —Miró a lo lejos, atrapado en sus recuerdos.

»Toda mi vida quise ser todo lo que mi padre no era. Cuando fui a *Penn State*, me dije a mí mismo que eso era todo. Un nuevo comienzo. Pero quería divertirme e ir de fiesta, y todas las cosas que quería costaban dinero. Así que, se me ocurrieron todo tipo de planes. Solía conducir hasta Jersey o Nueva York. La edad para beber solo era de dieciocho años en esos estados en esa época. Cargaba la cajuela con licor barato, conducía de vuelta al campus y lo vendía con grandes ganancias. Resultó que también tenía un don para el póquer y el billar. Y yo era un maldito buen estafador. Para cuando estaba en el último año.

creía que era una leyenda. Entonces conocí a la madre de Eden. No nos movíamos exactamente en los mismos círculos, pero ella sabía quién era yo por mi reputación y no quería acercarse a mí. Pero, para mí, fue amor a primera vista y no iba a dejarla ir. Así que le dije que me enderezaría. No más tratos turbios. No más estafas. Eso funcionó muy bien durante un tiempo. Me quedé con la chica. En cierto modo yo le gustaba. Hasta su cumpleaños en abril. Nos graduábamos en un mes, y decidí darle un gran anillo de compromiso de diamantes. Pero necesitaba dinero. Así que volví a mis antiguas costumbres. Hice un montón de dinero, le compré un anillo grande y brillante, y la llevé a cenar. Le propuse matrimonio. Ella dijo que no.

Negó con la cabeza y rio.

—Esa mujer era testaruda. Y no te imaginas lo molesta que estaba.

Sonreí, pensando en Eden, que también era testaruda.

—Puedo imaginarlo.

—Sí, supongo que puedes. Eden se parece mucho a su madre.

—Entonces, ¿cómo ganaste a la chica? —pregunté, curioso a pesar de mí mismo. Me preguntaba si Eden había oído alguna vez esta historia. Me sorprendió que Jack Madley no siempre hubiera sido honesto, pero ahora lo respetaba aún más. Había dado un giro a su vida y había salido de la sombra de su padre. Construyó una buena vida para él y su familia.

—Por las malas. Perdí a la chica. Ella me dijo que no tenía dirección en mi vida y que necesitaba hacer las cosas bien. Se fue y consiguió un trabajo de maestra. Volví a Filadelfia y a juntarme con mis viejos amigos. Mi viejo murió. Ataque al corazón. Y pensé que no sentiría nada. Pero meses después, me golpeó como un tren de carga. Después de todo, él seguía siendo mi padre. Pero lo que más me afectó fue que me estaba volviendo como él. Así que puse mi culo en marcha y, milagrosamente, me aceptaron en la Academia de Policía. Ahora bien, uno pensaría que ella recibiría con los brazos abiertos. Pero no. Tuve que luchar para recuperarla. Esa mujer me hizo esperar hasta que me gradué de la academia antes de que, finalmente, decidiera que era digno. Fue lo mejor que pudo haber hecho por mí. Si me hubiera aceptado enseguida, nunca habría terminado lo que empecé.

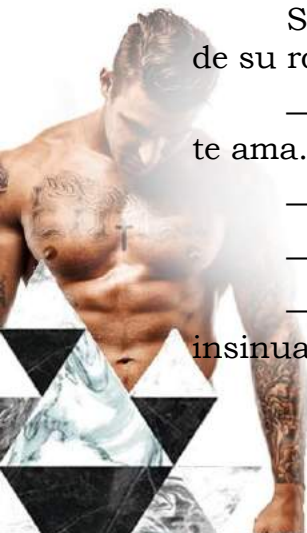
Se encontró con mi mirada al otro lado de la mesa, y supe por la expresión de su rostro que no me gustaría lo que estaba a punto de decirme.

—Esto no es personal, hijo. Me gustas. Y sé que amas a mi hija y que ella te ama. Pero tienes muchas cosas que resolver en tu vida.

—Me estás diciendo que tengo que ordenar mi mierda.

—Eso es lo que te estoy diciendo.

—Antes de que sea digno de Eden —dije, rellenando las palabras que había insinuado.



—No estoy diciendo que no la merezcas. Estoy diciendo que tienes mucho con lo que lidiar. Y no quiero que mi hija viva sola en Brooklyn. Aún no se lo he dicho, pero después del funeral, se viene a casa conmigo.

Mi estómago se anudó. No sonaba como si estuviera hablando de una visita corta. Sabía que esto iba a pasar. Era lo que temía desde que lo llamé desde Urgencias. Pero, aun así, tenía la esperanza de que me demostrara que estaba equivocado. Que, por una vez, no sucedería algo malo.

—Ella no estará contenta con eso.

—Tendrás que convencerla de que es lo mejor.

—Me estás pidiendo que renuncie a ella. —No me lo estaba pidiendo, me lo estaba diciendo.

—Si está destinado a ser, el tiempo separados hará su amor más fuerte.

Tiempos separados. No quería estar sin ella. Ni por un puto minuto. Los últimos tres días ya habían sido bastante duros para mí. Pero ese era yo siendo egoísta y no poniendo sus necesidades en primer lugar.

—Voy a ofrecerte a pagar por la escuela de arte —dijo Jack, suavizando el trato. Obviamente había pensado mucho en esto, probablemente lo solucionó todo en su viaje de quinientos kilómetros al hospital el jueves por la noche—. Tienen una buena escuela de arte en Pittsburgh. Puede vivir en casa y hacer algo que le guste.

Estuve tentado de darle un puñetazo. Llamar a Eden y decirle que compraríamos un apartamento y pagaría su matrícula en el Instituto Pratt. Ella no necesitaría trabajar más en el bar. Ni siquiera necesitábamos quedarnos en Brooklyn. Nos mudaríamos a las montañas o a la playa. A algún lugar con un buen medio artístico. Podríamos vivir donde ella quisiera. Pero este hombre era su padre. Era un buen hombre que solo quería lo mejor para su hija. Estaba haciendo esto por amor. ¿Cómo podría oponerme a eso? No podía hacerlo. No más de lo que podía mantenerla a salvo cuando le prometí que lo haría.

Asentí, con el corazón apesadumbrado. Quería que se fuera ahora, pero él se quedó, y siguió hablando, diciéndome más cosas que no quería oír.

—Estoy yendo a terapia —dijo Jack—. Y te recomiendo que hagas lo mismo. Has pasado por mucho. Ayuda hablar de ello con un profesional.

Volví a asentir, aunque no tenía intención de ver a un psiquiatra.

—Hablo en serio —dijo. Había estado perdido últimamente. Él había visto el escepticismo en mi rostro. Eso era lo que pasaba cuando le desnudabas tu corazón a la persona que amabas. Necesitaba empezar a cerrar mis emociones de nuevo, bloqueando el rostro para que nadie pudiera leerlo—. Le dije a Sawyer lo mismo. Tiene que lidiar con su estrés postraumático y tú también.



—De acuerdo —dije, para hacerlo feliz. Prefiero hacer nueve rondas con Mike Tyson con las manos atadas a la espalda que sentarme en la oficina de un psiquiatra y dejar que me analice.

—Bien —dijo, como si todo estuviera arreglado y estuviera satisfecho con el resultado—. Cuento contigo para que este plan funcione. Eventualmente, te darás cuenta de que esto es lo mejor que puedes hacer por ella.

Jack Madley era un hombre inteligente. Sabía cómo usar la artillería emocional de su armería contra mí. Estaba apelando a Killian el vigilante, no al novio que sentía que se arrancaría su propio corazón palpitante para dejarla ir. Nos pusimos de pie, nuestra conversación terminó. Jack, al menos, parecía contento con el resultado. Tuve esa sensación de adormecimiento en mi interior, esa nada que solía sentir antes de que Eden entrara en mi vida.

Antes de irse, Jack me dio una palmada en el hombro.

—Si alguna vez me necesitas, llámame. —Escuche la sinceridad de su voz. La oferta era genuina, como si realmente le importara—. No suelo hablar tanto, pero soy bastante bueno escuchando. Y siempre eres bienvenido a visitar Eden en Pennsylvania.

Jodidamente perfecto. Podría *visitar* a Eden y dormir al final del pasillo de su casa. Y se me había encomendado la tarea de convencerla de que era lo mejor. ¿Cómo puede pedirme tanto, y aun así actuar como si le importara un bledo?

—Gracias. —Traté de sonar como si lo dijera en serio, aunque no sentí ni una pizca de gratitud.

Pero necesitaba recordar por qué habíamos tenido esta charla en primer lugar. Si Eden no se hubiera involucrado conmigo, no habría estado en mi casa esa noche. No habría tenido un arma apuntándole a la cabeza. No habría sido noqueada, atada y golpeada. Y no se despertaría con pesadillas todas las noches. Jack Madley no era el malo en este escenario. Ese honor me correspondía a mí... y a Connor, a quien todavía no podía visitar. Si fuera a verlo ahora mismo, podría sentir la tentación de estrangularlo con mis propias manos.

No me arruines esto, Connor.

Actúas como si no quisiera que fueras feliz.

Si. ¿Por qué habría pensado eso?



40

Killian

—Qué amable de tu parte pasar por aquí —dijo Jared cuando abrió la puerta de su apartamento, su voz goteaba sarcasmo.

—He estado ocupado —dije, a pesar de que no sentía que le debía una explicación—. Alguien tenía que limpiar la casa de mi padre. Llamé a las hadas que limpian casas, pero no vinieron.

Me frunció el ceño.

—Ava y yo lo hemos estado cuidando. Él está en una dieta líquida. Pero tal vez ya lo sepas.

Lo sabía porque Ava me lo había dicho. Ella estaba furiosa conmigo por no "dar una mierda por mi propio hermano". Hasta el punto de odiarlo. Ava había estado a su lado desde que había llegado al hospital. Cada vez que la veía, estallaba en llanto. Jared miró la bolsa de traje que llevaba antes de pasar junto a mí.

—Puedes enviar un mensaje si me necesita. Su padrino, Tate, pasará en una hora para ver cómo está. —Estaba a punto de cerrar la puerta cuando Jared se giró y me miró—. ¿Cuál es el problema, hombre? Él te necesita a ti.

Cerré la puerta y puse el cerrojo, dejando fuera su rostro y sus palabras. El problema era que no había confiado en mí mismo para estar solo con Connor. Mi estado de ánimo había recorrido toda la gama esta semana. Enojado. Herido. Triste. Parte de mí quería destrozarlo de extremidad a extremidad y desahogar mi ira por su descuido. Su total desprecio por cualquiera, excepto él mismo. La otra parte de mí quería mejorar esto para él, protegerlo, ayudarlo a sanar. Había estado en guerra conmigo mismo y todavía no estaba seguro de cuál lado estaba ganando.

Tomando algunas respiraciones profundas, mis costillas gritando en protesta, subí las escaleras. Nunca había estado en el apartamento de Jared. Era más grande de lo que esperaba, abierto y ventilado con pisos de madera oscura y paredes blancas. Puse la bolsa del traje en el sofá de terciopelo azul oscuro al lado de Connor y me senté en una silla de cuero frente a él. Su rostro estaba hinchado, manchado de moretones de color amarillo verdoso, sus ojos

inyectados en sangre con círculos oscuros debajo como si no hubiera dormido en toda la semana. Aparté la mirada. No podía soportar verlo así. Apuntó con el control remoto al televisor y lo apagó, dejando la habitación en silencio.

—Te he traído un traje, una camisa, una corbata... para el funeral de mañana. —Hice un gesto hacia la bolsa junto a él como si no pudiera darse cuenta por sí mismo. Eché un vistazo a la pizarra y al marcador en la mesa de café—. ¿Puedes hablar?

—Duele —dijo, su voz más áspera de lo habitual. Escribió algo en la pizarra y lo sostuvo para que yo lo viera. *Lo siento*.

Lo siento, no era lo suficientemente bueno. No esta vez.

—Me *mentiste*. Pusiste a Eden en peligro... —Dejé de hablar y traté de contener mi ira. Intenté empujar los recuerdos de esa noche a la parte posterior de mi cabeza. Pero siguieron reproduciéndose, como una película en un bucle sin fin. Todavía podía oler el sabor metálico de la sangre. Escuchar las balas explotando. Ver la vida drenarse de los ojos de ese hombre cuando le disparé. *Maté a un hombre*. Vi morir a mi padre.

Envolví un brazo en mis costillas para protegerlas. Respirar dolía. Pensar demasiado dolía aún más.

—Necesito que me digas lo que pasó en Miami. No me engañes.

Escribió algo en la pizarra y la levantó. *Me arrestaron por hierba y éxtasis. Hice un trato con la policía*.

No me sorprendió, pero me decepcionó que mi suposición hubiera sido correcta.

—Me dijiste que estabas limpio. Me dijiste que no habías tocado las drogas desde que dejaste la rehabilitación. Háblame. Con palabras.

—No consumí drogas —dijo, obligando las palabras a salir. Hizo una mueca y supe que era doloroso para él, pero en este momento, no me importaba. Debido a sus acciones, demasiadas personas habían sufrido.

—¿Cómo puedes mirarme a los ojos y seguir mintiéndome? —pregunté—. Después de todo lo que sucedió, todavía estás mintiendo.

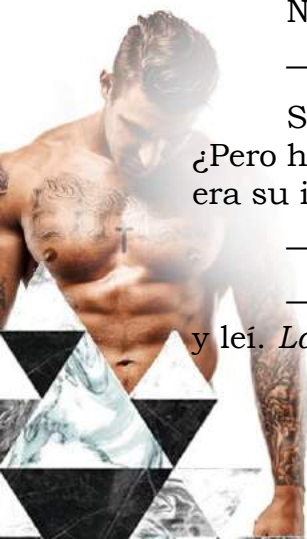
Negó con la cabeza.

—No miento.

Sí, claro, está bien. Compró drogas, fue arrestado y confiscaron las drogas. ¿Pero hierba y éxtasis? Esas ni siquiera eran sus drogas de elección. Tal vez esa era su idea de limpiarse. Joder si lo supiera.

—¿Quiénes eran esos tipos que vinieron a la casa?

—No lo sé. Nunca los vi. —Borró el pizarrón y escribió otra nota. Se lo quité y leí. *La policía mató al traficante de drogas en Miami. Confiscó suficiente coca y*



armas para darme la libertad. Me dijo que estaría a salvo. Nadie vendría detrás de mí.

—Los informantes *siempre* pagan el precio. Deberías haberlo sabido mejor. Si me hubieras dicho la verdad, habría intentado ayudarte. Y nunca hubiera dejado que Eden se quedara en esa casa si lo hubiera sabido. Todo esto, todo lo que sucedió, fue por tu adicción. No te importó nadie más. Todo lo que te importaba eras tú. Y las drogas.

—No. Te equivocas.

—Dime por qué me equivoco. Dame algo. Cualquier cosa —supliqué. Quería que dijera algo que mejorara esto. De algún modo. De alguna manera. Necesitaba que se redimiera.

Tragó, sin mirarme a los ojos. No podía darme lo que tan desesperadamente quería: una razón para creer en él.

—Solo necesitas confiar en mí. Nunca quise... lastimar a nadie. O involucrarte...

—¿*Confiar en ti?* No puedo confiar en ti. Y lastimaste gente.

Me obligué a mirarlo. Detrás de los moretones, vi al niño pequeño que había atendido mis heridas, yendo detrás de mí donde quiera que fuera. El chico dulce e inocente por el que habría hecho cualquier cosa para proteger. Ahuyenté a los monstruos cuando había tenido malos sueños. Lo relegué al armario para mantenerlo fuera de peligro. Vi a Connor a los dieciséis años, tan agradecido de que lo saqué de la casa de nuestro padre. Él solía limpiar el apartamento y cocinar nuestra cena porque yo entrenaba seis horas al día y hacía de barman por las noches para pagar las cuentas. Había conseguido un trabajo a tiempo parcial en la tienda de comestibles, abasteciendo estantes para poder ayudarme con los gastos. En el invierno, Connor compraba bufandas y mantas para las personas sin hogar porque no podía soportar ver sufrir a nadie. Había llenado las páginas de sus cuadernos con sus rostros. ¿Dónde estaba ese chico? ¿El artista que retrataba el sufrimiento humano y convertía lo feo en algo hermoso y digno? ¿El soñador que quería hacer del mundo un lugar mejor?

Frente a mí estaba sentado un hombre que apenas reconocía. Un mentiroso. Un adicto. Una persona cuyas acciones habían causado tanto daño que ni siquiera podía entenderlo. Nunca había sido un santo, pero nunca miraría a mi hermano a los ojos y le diría mentiras. Estaba pidiendo mi fe ciega, pero no podía dársela. Por primera vez en mi vida, necesitaba darle la espalda. Tal vez todos estos años lo había estado habilitando. Limpiando sus líos. Haciendo desaparecer sus malas decisiones.

—Estás solo, Connor. Tendrás mucho dinero en tu cuenta. Seamus nos dejó todo. —Escribí el monto en dólares en la pizarra y lo arrojé sobre la mesa de café. Ni siquiera lo miró. Nunca le importó el dinero, solo las drogas que podía comprar con él—. Puedes despegar e ir a donde quieras. Ya terminé de limpiar tus problemas. Endereza tu propia vida.

Me alejé, ese nudo en mi corazón apretando y retorciéndose. Me dolía tanto que apenas podía respirar. *¿Por qué, Connor? ¿Por qué nos arruinaste?* Al crecer, solo nos teníamos el uno al otro y siempre pensé que, si nos manteníamos unidos en las buenas y en las malas, todo saldría bien. Me había equivocado

Lo había perdido todo y a todos los que había amado. Mi madre. Mi carrera. Johnny. Mi hermano. Y estaba perdiendo a Eden. Jack Madley había estado en lo cierto. Necesitaba arreglar mi mierda. Necesitaba dejarla ir. Era lo mejor que podía hacer por ella. No tenía nada que ofrecerle excepto un montón de equipaje. Sentí que me estaba hundiendo bajo el peso de todo.



Señalé mi vaso vacío. *Sigue trayendo, amigo.* El barman me sirvió otro whisky. Debería ahorrarse el trabajo y dejar la botella. Nos conectamos. Se llamaba Ian. O a Liam. O Craig. Lo que sea. El bar estaba oscuro. Los clientes eran escasos. Y el whisky fluía. Tenía todo lo que necesitaba. La puerta se abrió y entró Louis.

Acercó un taburete a mi lado.

—¿Ahogando tus penas en un pub irlandés?

—Tienen whisky. Y *Flogging Molly*⁶ —le señalé—. Tienes que amar a *Flogging Molly*.

—¿Estás a punto de entrar en una plantilla de baile irlandés? ¿Volviendo a tus raíces?

Bufé y tomé un trago de mi bebida.

—Soy un árbol sin raíces. ¿Qué me hace eso?

—Un tronco muerto —dijo Louis. Me reí tanto que me lloraron los ojos. Esa era la belleza del alcohol. Estaba demasiado insensible para sentir el dolor en mis costillas. Louis negó con la cabeza—. Vine a llevar tu culo a casa.

No tenía un hogar.

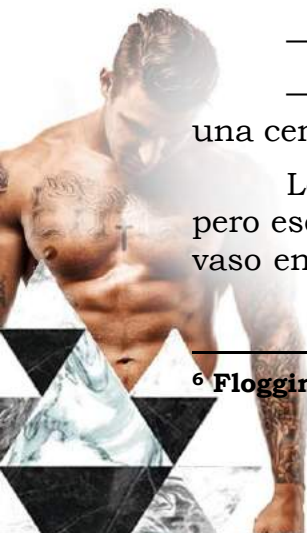
—Es temprano. Bebe conmigo.

—Son las dos y media de la mañana y tienes un funeral mañana.

—No seas aguafiestas. —Señalé a mi amigo. Ian-Liam-Craig. Louis pidió una cerveza—. Que sean dos cervezas y dos whiskys más —le dije al barman.

Louis murmuró algo por lo bajo. Podría haber captado la palabra idiota, pero eso no le impidió beber la cerveza y el whisky cuando se lo sirvió. Elevé mi vaso en el aire y canté el coro final de *The Cradle of Humankind*. Dos chicos al

⁶ **Flogging Molly:** Banda irlandesa estadounidense de punk celta.



final del bar levantaron sus cervezas y brindaron. Choqué mi vaso contra el vaso de Louis.

—Hasta el fondo. —Bebí mi whisky y golpeé el vaso vacío en la barra. Hice un movimiento giratorio con la mano. Ian-Liam-Craig entendió lo que estaba diciendo. Recarga lista. Este hombre recibiría una gran propina.

—Eden está preocupada por ti —dijo Louis. ¿Por qué siempre estallaba mi pequeña burbuja feliz? ¿No podía ver que era un hombre en una misión? El objetivo: emborracharme tanto que no recordaría el nombre de Eden. Su voz. Su sonrisa. Su... todo—. Dijo que hoy no respondiste sus llamadas.

Bebí un poco de cerveza.

—Es mejor de esta forma. No soy bueno para ella.

—Revolcándote en la autocompasión también. Estás al máximo esta noche.

—Hazlo a lo grande o vete a casa. Agarra unos cacahuetses. —Empujé el cuenco frente a él. Normalmente no los tocaría ni con un poste de tres metros. Todas esas manos con gérmenes cavando allí. Pero esta noche, los cacahuetses habían sido mi cena y habían sabido muy bien.

Louis y yo comimos cacahuetses y consumimos nuestra cerveza con whisky. Afortunadamente, bebió más de lo que habló, lo cual agradecí. A las cuatro de la mañana, encendieron las luces del bar y nos echaron. Tropezamos de regreso a la casa de Louis y caí en su sofá. Dormí con un pie en el suelo para evitar que la habitación girara.

Esta iba a ser mi vida ahora. Una vida sin sol.



41

Eden

Las calles eran un mar azul mientras nuestra limusina avanzaba lentamente detrás del auto fúnebre. Aunque era un funeral y la semana pasada me pareció una pesadilla, todavía podía apreciar lo guapo que se veía Killian con un traje oscuro, camisa blanca planchada y corbata azul marino. Su cabello estaba creciendo y se rizaba un poco en las puntas del cuello. Estaba sentado a mi lado, con mi muslo apretado contra el suyo, pero parecía que estaba a kilómetros de distancia.

Connor y Ava estaban sentados frente a nosotros, el brazo de Ava metido en el de él. Era difícil mirar el rostro de Connor, un recordatorio visual de lo que esos hombres le habían hecho. Sabía que, bajo el saco de su traje oscuro y su camisa de vestir azul, su pecho estaba tallado con letras. Su nariz estaba hinchada, y moretones amarillo verdosos moteaban todo su rostro. Una placa de metal y tornillos mantenían unida su mandíbula rota. No debería estar aquí, pero sentía que era su deber asistir. Más culpa sobre los hombros de los hermanos Vincent.

Killian se negó a mirar a Connor, y Connor no miró en la dirección de Killian. Debido a su distanciamiento y a la ocasión, fuimos hasta la iglesia en un silencio pétreo.

Killian se culpaba por mi presencia. Culpaba a Connor por ocultar la verdad.

Connor se culpaba de todo.

Culpé a esos hombres por ir tras Connor.

A mi padre no le impresionó nada de eso. Me amenazó con llevarme a casa, a Pensilvania, después del funeral. No me iba a ir de Brooklyn, y no había ninguna posibilidad de que dejara a Killian, así que mi padre tendría que lidiar con eso.

Nuestra limusina se detuvo frente a Nuestra Señora de los Ángeles en Bay Ridge. Miles de policías saludaron cuando el ataúd con la bandera fue retirado del auto fúnebre por la guardia de honor que había caminado a su lado.

La puerta de la limusina se abrió, y Killian salió, ofreciéndome su mano. Mientras seguíamos el ataúd, los oficiales se adelantaron, ofreciendo sus condolencias y estrechando la mano de Killian. Miré por encima de mi hombro a Connor. Su cabeza estaba inclinada como para ocultar su rostro, pero recibía los mismos apretones de manos y condolencias que Killian.

Los medios de comunicación no se enteraron de la verdadera historia. Debe haber sido un encubrimiento policial. Seamus Vincent, por supuesto, apareció como un héroe. Supuestamente, fue un robo que salió mal. Drogadictos buscando dinero rápido. Seamus habría apreciado esa historia.

La iglesia estaba repleta, perfumada con incienso y lirios, y la luz del sol entraba por los vitrales arqueados. Nos deslizamos en el primer banco, y me di la vuelta para mirar detrás de mí. Mi papá, que había conducido hasta aquí tan pronto como Killian lo llamó, y Garrett, que había llegado ayer, llevaban trajes oscuros.... y Sawyer ¿con su uniforme azul?

—Sawyer—susurré.

Me dio una pequeña sonrisa.

—Hola, *Chicken Little* —susurró. Las lágrimas me picaban los ojos ante la ternura de su voz y la expresión de su rostro.

Parpadeé para alejar las lágrimas.

—Te ves tan guapo. —Era verdad, y Ava apoyó eso.

—A las chicas les gusta. Pero me pica como el infierno —se quejó.

Ava y yo nos reímos. Típico de Sawyer. Killian se inclinó sobre el banco y atrajo a Sawyer para abrazarlo mientras las gaitas tocaban *Amazing Grace*. ¿Hubo alguna vez un sonido más triste que el de las gaitas?

Ava y yo intercambiamos una mirada. Sus ojos se llenaron de lágrimas, pero yo sabía que no eran para Seamus. Sacudió un poco la cabeza y exhaló, tratando de recobrar la compostura. No sabía lo que estaba pasando entre ella y Connor, pero esta semana no había sido el momento adecuado para preguntar. Mi mirada se dirigió hacia Connor. Espalda recta, hombros rectos, cabeza inclinada.

Killian me apretó la mano y yo presté atención mientras el sacerdote comenzaba la misa del funeral. Killian miró hacia adelante. Me preguntaba qué pasaba por su cabeza, cómo se sentía sobre la muerte de su padre. En conflicto, supongo. A pesar de la abusiva infancia de Killian, a manos de su padre, Killian había pedido ayuda a Seamus y él vino porque sus hijos lo necesitaban. Mientras estudiaba la pintura de la Virgen María rodeada de querubines detrás del altar, pensé que su madre vendría al funeral. Sería como algo salido de una película. Lloraría y les pediría perdón. Rogaría ser parte de sus vidas y encontraría una manera de compensar todo el daño y el dolor que había causado.

Pero eso no sucedió.

El funeral pareció durar para siempre, y ahora, Seamus estaba bajo tierra y todos nos habíamos reunido en su casa. Connor y Ava se fueron inmediatamente después del entierro lo que dejó a Killian como anfitrión de nuestros amigos y de lo que parecía ser toda la policía de Nueva York. Yo estaba de pie en la cocina de paneles de madera en el mismo piso de linóleo verde que Killian había fregado con desinfectante el día que su mamá se fue. La mesa y los mostradores de la cocina se doblaban bajo el peso de los jamones y cazuelas. Me recordó al funeral de mi madre. ¿Por qué la gente siempre traía jamón?

Los amigos me rodearon: Zeke, Hailey, Louis, su novia Carmen a quien había visto un par de veces, Brody, Chris. Garrett se había ido hace poco para llevar a Sawyer al aeropuerto. Afortunadamente, mi papá se estaba vinculando con algunos de los policías elite de Nueva York, lo que hizo mi vida más fácil. Mi padre se había pegado a mí como un velcro. Cada vez que hacía un ruido durante la noche, incluso mientras dormía, él estaba al otro lado de la puerta de mi habitación, preguntando si necesitaba algo.

“Deja de ser un padre sobreprotector”, me quejaba. Mi padre no era así, pero supongo que esta situación no era del todo normal.

Louis me abrazó.

—Nos vamos de aquí, preciosa.

—Volveré pronto al trabajo.

Me miró con escepticismo.

—Lo haré.

Louis levantó las manos.

—Discútelo con Killian y tu padre.

¿Killian y mi padre? Ciertamente, ya lo abordaría con ellos. Chris, Brody y Zeke se turnaron para abrazarme y despedirse porque tenían trabajos a los que ir. Al igual que Hailey, que me dio un abrazo extra largo.

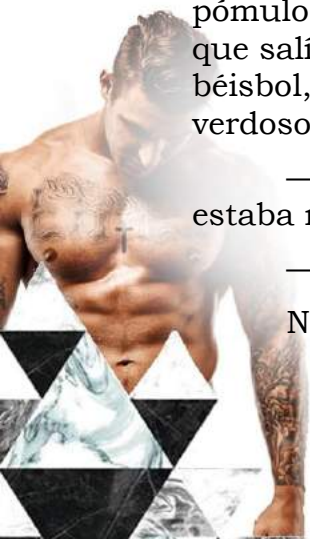
—Me alegro de que estés bien. —Hailey me liberó, con la mirada fija en mi frente.

—¿Tengo que retocarme el maquillaje? —Cubrí los moretones de mi pómulo y mi frente con base y pensé que había hecho un buen trabajo. El día que salí del hospital, mi frente estaba hinchada con el tamaño de una pelota de béisbol, pero la hinchazón había disminuido y ahora era de un feo color amarillo verdoso. Como todo el rostro de Connor.

—Te ves bien —dijo Hailey, dándome una pequeña sonrisa. Luego se estaba riendo.

—Bueno, eso no es muy convincente.

Negó con la cabeza.



—Lo siento. Estaba pensando que nunca hay un momento aburrido contigo.

Suspiré. —Soy un imán para los problemas.

Después de que mis amigos se fueron, busqué a Killian a mi alrededor, miré en la sala de estar y en el patio trasero, pero no lo vi en ninguna parte. Subí las escaleras hasta el segundo piso, sintiendo que estaba entrando ilegalmente, y pasé dos puertas cerradas antes de llegar a una ligeramente entreabierta. Asomé la cabeza y vi a Killian sentado en la musgosa alfombra verde, con la espalda apoyada en una cama doble, acunando su cabeza entre las manos. En ese momento, vi a Killian, el niño. Me dolió el corazón por él. Y me dolió por mí también. Lo estaba perdiendo. Podía sentirlo en la boca del estómago. Lo supe ayer cuando no me devolvió las llamadas. Lo supe la semana pasada cuando se despidió de mí en el hospital y me subí a la SUV de mi papá.

Una botella de *Jameson* y un vaso de whisky estaban posados a su lado, como si fueran los únicos compañeros que necesitaba.

Se me escapó un gemido de los labios. Killian levantó la cabeza y sus ojos se encontraron con los míos. Estaban vacíos. Ausentes. Ni siquiera estaba en esta habitación. Me quedé de pie en la puerta, con la mirada fija en el dormitorio que debe haber sido el suyo cuando estaba creciendo. Limpio y ordenado. Ni fotos en el tocador, ni carteles en las paredes, ni nada que me diera una pista de quién había sido o qué le había gustado cuando era niño. Una cruz colgaba sobre su cama y me pregunté si él la había puesto allí o si Seamus lo había hecho. Borré la distancia entre nosotros y bajé al suelo junto a él, cruzando los tobillos y pasando las manos por encima de la falda de mi vestido negro. Era sin mangas y probablemente demasiado corto para un funeral, especialmente con mis tacones de diez centímetros, pero Ava había salido y me lo había comprado porque mi padre me había encerrado en una torre de marfil.

—No me dejes —susurré. Lo había dicho tantas veces en el hospital, y él siempre respondía de la misma manera. *No voy a ninguna parte.*

Esta vez, no dijo nada. Envolvió el brazo en mi hombro, se llevó el vaso de whisky a los labios y bebió.



Más tarde esa noche, mi papá, Killian, y yo nos reunimos en mi sala de estar. Hace unos días, Killian trajo una silla de cuero del bar para que mi papá tuviera un lugar donde sentarse y leer su periódico mientras me cuidaba toda la semana. Amaba a mi papá, pero estaba lista para que él volviera a su vida regular y me dejara hacer lo mismo.

Mi papá estaba sentado en la silla, y Killian y yo estábamos en el sofá frente a él. Tenía un mal presentimiento de que no quería escuchar lo que mi

padre estaba a punto de decir. Tenía esa mirada en su rostro que solía tener cuando estaba en problemas y necesitábamos tener una charla. Y para empeorar las cosas, Killian estaba en el extremo opuesto del sofá, con un almohadón que nos separaba. También podría haber habido un océano entre nosotros.

—No voy a volver a Pensilvania —dije, antes de que pudiera hablar—. No está sucediendo. Me quedo aquí con Killian y vamos a... no sé... volver a nuestras vidas y...

—Eden. Soy tu padre y eso me da el derecho...

—Soy lo suficientemente mayor para tomar mis propias decisiones. Estoy absolutamente bien.

Killian se inclinó hacia delante y apoyó los codos en los muslos, sus manos se enderezaron, sus dedos índices presionados contra sus labios. Miré el rostro de Killian, pero estaba cerrado.

No. No, no, no, no. No hagas esto, Killian. No después de todo lo que hemos pasado juntos.

—Killian. Dile...

—Deja hablar a tu padre.

Crucé los brazos y me recosté contra el almohadón del respaldo, probablemente pareciendo más un niño petulante que un adulto maduro.

—Hablé con Killian y él está de acuerdo conmigo —dijo mi papá—. Necesitas tiempo para procesar todo lo que pasó. Lo que has pasado ha sido traumático.

—Fue traumático para Killian y Connor. Apenas me lastimé. Me siento bien.

—Tener pesadillas todas las noches no está bien —dijo mi papá—. Despertarse con sudor frío no está bien.

Aunque quería negarlo, no podía porque mi padre dormía con un ojo abierto. Mis pesadillas eran siempre las mismas. No exactamente el mismo sueño. Pero siempre me despertaba justo antes de que Killian muriera. En un auto volando por un acantilado. En una explosión abrasadora. En una zona de guerra, con su cuerpo plagado de balas.

—Killian estuvo de acuerdo en que ambos se beneficiarían con la terapia —dijo mi papá.

Miré a Killian con la boca abierta.

—Estuviste de acuerdo en ir a terapia.

—Insistí en ello —dijo mi padre—. Como dije, hablamos. —La mirada de mi padre se inclinó hacia Killian y se suavizó. No podía creerlo. Habían estado hablando a mis espaldas, charlando como viejos amigos, haciendo planes para mí sin mi consentimiento, e incluso hablando con Louis en mi nombre.

—Bien. Iremos a terapia. —No tenía ninguna objeción y si Killian accedía a hablar con un psiquiatra, podría serle de gran ayuda—. Entonces, estamos bien, ¿verdad?

—No —dijo mi padre—. No estamos bien. Te vas de Brook...

—No. Absolutamente no. Mi vida está aquí. Mis amigos están aquí. Mi trabajo... mi arte... Killian... todo está aquí. Lo siento, papá, pero no puedes tomar esa decisión por mí. Es mi vida, y es mi decisión. La única manera de mejorar es tomar el control de mi propia vida. No estoy desamparada o quebrada, y estoy cansada de que me hagan sentir como si lo estuviera. —Mi padre seguía abriendo la boca para interrumpir, pero yo seguía hablando, no dejándolo—. ¿Le dijiste a Sawyer que no se le permitía alistarse en los Marines? ¿Que no se le permitía volver a alistarse? No, no lo hiciste. —Apenas estaba empezando, calentando realmente para mi discusión. No me iba a hundir sin luchar.

»Eres un policía estatal, así que sabes que las cosas malas pasan en todas partes. Incluso en Pensilvania. He escuchado tus historias sobre tiroteos, violencia doméstica y horribles accidentes de auto. Mamá tuvo cáncer. No podías evitar que eso pasara, sin importar lo que hicieras. Y, Killian, si te sientes culpable, habla con un psiquiatra. Háblame de ello. Pero no te atrevas a descartarnos por lo que pasó. No fue culpa tuya. Papá, no lo hagas sentir más culpable de lo que ya se siente. Killian no necesita más culpa en su vida. —Dirigí mi atención a Killian—. No hagas esto. Yo te amo. Me hiciste prometer que no dejaría que nos arruinaras. No nos arruines. Por favor...

—Eden —dijo Killian, interrumpiéndome. Abrí la boca para protestar—. Estaba pensando que podríamos hacer ese viaje a Montauk.

¿Un viaje a Montauk? ¿Qué?

—¿Hacer... tú y yo?

—Unas vacaciones. —Mi padre enfureció—. Eso no es de lo que hablamos.

—Amo a su hija, y quiero lo mejor para ella. Nunca la pondría en peligro a sabiendas. Con gusto arriesgaría mi vida para salvar la suya. Eden me mostró lo que es el amor. Es fuerte y valiente y defiende a la gente en la que cree. Y, por alguna loca razón, ella cree en mí. Me eligió a mí. Y la elijo a ella. Siempre. No la voy a dejar, y no voy a permitir que se vaya. Soy difícil. Eso ya lo sé. Vengo con un montón de lastre. He hecho muchas cosas en mi vida de las que me arrepiento. Pero amarla no es una de ellas. No puedo prometer que la vida será fácil, pero puedo prometer que haré lo que sea necesario para ayudarla a dejar esto atrás. Haré el trabajo, y lo haré con ella a mi lado. Porque la vida sin ella es impensable. Lo siento si cree que estoy siendo egoísta, pero eso es lo que tengo que hacer. Por ella. Por mí. Por nosotros. Cuando amas a alguien, no huyes, y no lo dejas cuando las cosas se ponen difíciles, complicadas o jodidas. Cuando amas a alguien, luchas por ellos. Y siempre lucharé por Eden.



Me quedé mirando a Killian todo el tiempo mientras hablaba, haciendo votos y promesas. Nunca le había oído decir tantas palabras a la vez, y todas sus palabras eran perfectas. Eran todo lo que quería escuchar y más.

—Me amas. —Suspiré.

—Ferozmente. Eres mía y soy tuyo, así que parece que estás atascada conmigo.

—Me encanta estar atascada contigo. —Me acerqué y me incliné, a punto de besarlo.

Mi padre se aclaró la garganta. Oops, me olvidé de él. Alejé mi mirada de Killian y la dirigí a mi padre.

—No te preocupes por mí, papá. Voy a estar bien. —Y sabía que era verdad. La única forma en que no estaría bien sería si Killian hubiera dejado que mi padre tomara las decisiones. No es que yo hubiera tenido la intención de recibir órdenes de mi padre, pero si Killian no hubiera estado de mi lado, no sería el hombre adecuado para mí. No sería el hombre del que yo dependería y en el que creería. Y eso me habría roto el corazón, de verdad.

Mi padre negó con la cabeza y exhaló.

—No sabes por lo que me has hecho pasar, niña.

Considerando todo el revoloteo que había hecho la semana pasada, tenía una idea, pero lo guardé para mí. Pude ver que estaba luchando, librando su propia batalla interna, pero también sabía que admitiría la derrota. Y lo hizo. Mi padre no nos crio para rendirnos. Tampoco nos crio para que huyéramos de nuestros problemas. Nos enseñó a defender a la gente y las cosas en las que creíamos, y eso es lo que estaba haciendo. Estaba recuperando el control de mi propia vida, y lo estaba haciendo con Killian a mi lado.



42

Killian

El terreno adyacente al almacén quemado estaba vallado con tela metálica, pero por suerte, nadie se había molestado en arreglar el hueco en las barras metálicas de la puerta cerrada con candado. Empujé el balde de engrudo a través del hueco, metí la bolsa de Eden y el trabajo artístico enrollado cubierto con papel de burbujas y papel madera a través de ella.

—¿Lista? —pregunté.

—Nací lista. —Se deslizó por el hueco fácilmente y, una vez dentro, metió unos rizos rubios en su gorro negro y levantó la capucha de su sudadera negra.

Contuve el aliento y me apreté a través del estrecho espacio. Mierda. Incomodidad, no dolor, me dije, inclinándome para levantar el balde.

—Me olvidé de tus costillas —susurró—. ¿Estás bien?

—Ha pasado un mes. Como nuevo.

—En tu mundo, tal vez —murmuró.

Apoyé la obra de arte en mi hombro y la aseguré con mi brazo. El vidrio crujía bajo nuestros pies mientras pasábamos el montón de chatarra de metal retorcido, bloques de concreto y marcos de ventanas rotos. Debería haber sabido que Eden no renunciaría a su objetivo de pegar obras de arte en esta torre, pero estaba tan orgulloso de ella.

Cuando llegamos a la escalera de incendios de metal que conducía a un techo plano, que nos daba acceso a la torre, incliné la cabeza hacia atrás y miré hacia el edificio de ocho pisos. Eden ajustó las correas de su bolso en el hombro y asintió, su barbilla se fijó con determinación, una apariencia que ya conocía demasiado bien.

—Hagámoslo —dijo.

—Déjame ponerlo a prueba. —Lo ideal sería que subiera los ocho pisos por mi cuenta para probarlo, pero ella estaba justo detrás de mí, y sabía que nada de lo que pudiera decir la disuadiría de seguirme. La escalera de incendios de

metal crujió bajo nuestro peso, pero se sentía lo suficientemente fuerte como para sostenernos.

Escalamos en la oscuridad, lentos pero firmes, iluminados por una gran luna naranja. Me detuve a mitad de camino y la miré por encima de mi hombro. Estaba justo detrás de mí, sus mejillas rosadas por el esfuerzo y el frío en el aire.

—¿Estás bien?

—Sí. —Me dio una gran sonrisa para probarlo y miró a la torre—. Ya casi llegamos. Mantén la vista en el premio.

Le guiñé un ojo.

—Eso es lo que estoy haciendo.

Su sonrisa se hizo más amplia, y soltó una risa.

—Has estado pasando demasiado tiempo con Zeke. —Me tocó la espalda para indicar que debíamos seguir adelante—. Recopilando todas sus frases cursis.

Me quejé mientras continuábamos subiendo.

—¿Ahora crees que soy cursi? He alcanzado el nivel más bajo de todos los tiempos.

—Creo que eres dulce y pegajoso. Como malvavisco esponjoso.

—Creo que estás loca. Como la mantequilla de maní.

—¿Cómo está loca la mantequilla de maní?

—Está hecha de nueces.

Se echó a reír a carcajadas.

—Estás loco.

—Por ti —dijo, abrazando esas líneas cursis.

Fue su turno de gemir.

—Tienes que parar ahora. Perderás tu reputación callejera.

—Sigo siendo un tipo duro.

—Sí, lo eres —dijo, con tono más serio. En las últimas dos semanas, había visto mis peleas en YouTube. Según la Dra. Eden Madley, era parte de mi terapia verlas con ella. Sentí como si estuviera observando a alguien más, alguien a quien apenas reconocía, y pensé que ella sentía lo mismo. Sin embargo, Eden vio mi última pelea sola, y sabía que también vio algunas de las peleas de Johnny. Pero yo no soportaba verlas.

Cuando llegamos a la cima, inhalé profundamente el aire fresco de otoño varias veces, mientras ella metía la mano en su bolso. Sacando la linterna, la encendió y arrastró la luz a través del techo plano de concreto que parecía estar intacto.

—¿Necesitas ayuda para subir? —pregunté, refiriéndome a la pared de un metro frente a nosotros.

Puso los ojos en blanco ante esa sugerencia, colocó las palmas de sus manos en la pared y se trepó en ella. Le di la pieza de arte y me uní a ella en el techo.

Mientras yo apuntaba la linterna en la pared, mi trabajo asignado, ella quitó el embalaje de su arte y desenrolló la parte superior, dejando el resto enrollado. Se puso un par de guantes de látex y aplicó la pasta a la pared con un pincel de mango largo hasta cubrir toda la superficie.

—Nena, déjame hacer eso —dije, cuando intentó fijar la parte superior de la pieza de arte parándose de puntillas y extendiendo sus brazos lo más alto que pudieran alcanzar. La lucha era real. Le di la linterna y fijé la parte superior en la pared.

Con la parte superior asegurada, nos abrimos camino hacia abajo y por encima de toda la pieza, alisando las burbujas. Cuando estuvo firmemente en su lugar, retrocedí, y ella aplicó una capa de pasta sobre la parte superior para sellarla.

—Lo logramos —dijo cuando terminó, su voz llena de asombro y alegría—. Realmente lo hicimos.

La envolví con mis brazos y la atraje contra mi pecho, dejándola tener este momento. El arte era increíble, y no se lo dije, pero me gustaba más que el primero. Esta chica surfista no parecía que iba a ser golpeada por la ola. Estaba en la cresta de la ola, y parecía tener el control total. Aunque sabía que eso no era posible, que no podíamos controlar cada aspecto de nuestras vidas, la nueva obra de arte de Eden me dio la esperanza de que podríamos encontrar nuestro camino a través de cualquier situación que la vida nos lanzara. Tal vez, de alguna manera, algún día encontraríamos paz en el caos.

Durante el mes pasado, había estado tratando de sacar de mi cabeza la visión de esa noche. Tratando de no pensar en todo lo que *podría* haber salido mal. Si ella hubiera recibido una bala en mi lugar. Si ese tipo con las manos alrededor de su cuello la hubiera matado. Un millón de cosas invadieron mi cerebro, y seguía tratando de dejarlas fuera. Al igual que traté de dejar fuera los recuerdos de ver a Seamus recibir un disparo en la cabeza, de los cuerpos y los ríos de sangre en el suelo de la sala de estar.

En Montauk, Eden y yo veíamos salir el sol sobre el océano cada mañana y caminábamos por la playa hasta Ditch Plains para ver a los surfistas. Hacía frío, pero tuvimos sol todos los días durante la semana que pasamos allí, y era tranquilo, no estaba lleno de turistas de verano. Alquilé una casa frente a la playa con vista al océano desde las ventanas de nuestro dormitorio. Mientras estuvimos allí, viviendo en nuestro pequeño mundo, comprendí el encanto de huir de todo. Intentamos olvidar todo lo que había pasado, y durante los primeros días no hablamos de ello. Pero la realidad nos alcanzó, y no podíamos

escondernos de ella para siempre. Necesitábamos ordenar nuestras vidas y encontrar una manera de seguir adelante.

En las dos semanas que habíamos estado de vuelta en Brooklyn, viviendo en su apartamento, ella pintó su nueva obra de arte. Trabajamos en el bar. Intentamos volver a una vida normal. Y después de discutirlo con Eden, hablé con Louis sobre la compra de mi parte por parte de Zeke. Louis no se sorprendió demasiado y dijo que le parecía bien. Louis y yo nos reunimos con Zeke y su padre, y el trato se hizo hace dos días. Ese mismo día, llevé a Eden a ver un apartamento tipo loft en el muelle de *Greenpoint*. Le encantaron los techos altos, las paredes de ladrillo descubierto, la luz increíble. La vista de Manhattan, la cocina de chef y la ducha. Así que, lo compré.

—Necesito pagarte el alquiler —dijo.

Como si fuera a aceptar su dinero.

—No estás pagando el alquiler. Así que, supéralo cielo.

—Pero este lugar es súper caro. No puedo vivir aquí gratis.

—No necesito tu dinero.

—No quiero ser una mujer mantenida.

Reí. Ella frunció los labios y cruzó los brazos.

—Pagaré la comida y los servicios —dijo.

Oh Dios. Mujer testaruda.

—Ya veremos. —Eso era un no.

—Deberíamos llamar a Connor. Pídele que venga a vernos —dijo, con voz esperanzada.

Connor no estaría viviendo con nosotros. Eden lo sabía, pero seguía intentando hacerme cambiar de opinión. Tres agotadoras y dolorosas sesiones de psiquiatría bajo mi cinturón, y muchas conversaciones con Eden, pero yo no estaba ni mucho menos listo para perdonar a Connor. Lo único que le pedí fue honestidad. Cuando regresó de Florida, sospeché que estaba escondiendo algo, pero como había estado libre de drogas, lo empujé al fondo de mi mente. Qué estúpido fui.

Todavía no había aceptado la muerte de mi padre. ¿Lo perdoné de verdad? No estaba seguro. Y Johnny, bueno, estaba trabajando en tratar de perdonarme a mí mismo.

Tenía mucho trabajo por delante, pero en muchos sentidos, estaba en un lugar mejor que antes de conocer a Eden. Todo lo que quería ahora era asegurarme de que nunca se arrepintiera de haberme elegido. Después de mi conversación con su padre, estuve a punto de alejarme, pensando que era lo mejor que podía hacer por ella. Llámame egoísta, llámalo como quieras, pero no

pude hacerlo. Quise decir todo lo que dije esa noche en su sala de estar. Ella era mía, yo era de ella, y no la dejaría ir.

—¿Lista? —pregunté, echando un último vistazo a su chica surfista.

—Estoy lista para cualquier cosa —dijo mientras bajábamos por la escalera de incendios, conmigo liderando el camino.

—Viviendo conmigo, tendrás que estarlo.

—Acabo de pensar en otra forma de ayudar con el alquiler.

—¿Sexo oral a diario?

—¿Lees la mente?

—Solo cuando estás pensando cosas sucias. Sigue pensándolas y yo seguiré leyendo.

Estalló en carcajadas y luego se puso una mano sobre la boca. Sus ojos se abrieron de par en par al sonido del crujido del cristal. Nos detuvimos en el fondo de la escalera de incendios y ella presionó su cuerpo contra mi espalda. La sentí temblar mientras sus brazos se envolvían alrededor de mi cintura para sostenerse. Odiaba que algo desconocido tuviera el poder de asustarla. Quería que no tuviera miedo de nuevo, pero el psiquiatra dijo que no ocurriría de la noche a la mañana. Mierda como esta lleva tiempo.

—Amigo, tenemos que subir a la cima —dijo una voz.

—Totalmente.

Las voces eran masculinas, pero sonaban jóvenes.

—No pasa nada —le aseguré.

—Lo sé —susurró, pero no soltó su agarre sobre mí.

Los dos tipos eran altos y delgados y estaban cagados de miedo cuando se encontraron cara a cara conmigo.

—Oh... hey... um...—murmuró uno de ellos.

Los fulminé con la mirada.

—No es seguro escalar. —Señalé a la puerta—. Váyanse por donde vinieron.

Intercambiaron una mirada antes de asentir y se fueron corriendo, con nosotros siguiéndolos a una corta distancia detrás de ellos. Cuando estuvimos al otro lado de la valla, y los chicos se habían ido por la calle, atraje a Eden a mis brazos.

—Mañana por la mañana vamos a empezar esas lecciones de defensa personal.

Asintió contra mi pecho.

—De acuerdo.

—No quiero que vuelvas a tener miedo.

Eden respiró profundo y lo dejó salir.

—Advertencia. Mañana por la mañana te voy a patear el trasero.

Reí. —Estoy deseando que llegue el momento.

—Después, lo curaré con un besito.

—Estoy deseando aún más que llegue esa parte.

Levantó el rostro para mirarme.

—Estoy deseando que llegue todo contigo.



Epílogo

Eden

A veces fisgonear no era aconsejable, pero en mi defensa, no lo buscaba. Escuché que la ducha se apagó y puse la cajita de terciopelo en el compartimiento con cremallera del bolso del gimnasio de Killian. Lo guardé en el estante de su lado del armario y deslicé la puerta a lo largo del riel, ocultando las pruebas. Oh, Dios mío. Oh, Dios mío. Oh, Dios mío.

Me olvidé por completo de prepararme para la cena y me desplomé en nuestra cama gigante, mirando las vigas del techo de madera expuesta. Hoy se cumplía el primer aniversario del día en que nos conocimos. Dejé que mis pensamientos retrocedieran en el tiempo. A los primeros días cuando intentó mantenerme a distancia. Pasando por todas las horas y los días en que se convirtió en mío. Corazón, cuerpo y alma. Nuestra vida juntos no era un cuento de hadas. Era real, y a veces dura y dolorosa, pero también había magia en lo cotidiano.

No podía fingir que la noche en que ese hombre me apuntó con un arma en la cabeza no me afectó, pero busqué ayuda profesional y lo superé. Ahora era más fuerte. Killian me dio las herramientas para pelear físicamente mis propias batallas si era necesario. Era un profesor increíble con mucha más paciencia de la que esperaba. Mental y emocionalmente, yo también me sentía más fuerte. Para Killian, la ayuda profesional no ha sido tan fácil. Siempre había creído que necesitaba controlar su dolor, pero ve a su psiquiatra una vez a la semana, y está mejorando. Ya no sale de terapia como si estuviera listo para golpear una pared o encerrarse en una habitación.

Killian se pavoneó en nuestro dormitorio y cruzó el piso de madera, con una toalla blanca de felpa colgada alrededor de sus caderas. Me puse de costado y apoyé la cabeza en la mano. Mi mirada viajó a lo largo de él. Ahora que tenía un gimnasio, Defiance MMA & Fitness, había encontrado su pasión de nuevo y amaba su trabajo e, increíblemente, estaba más delgado y en forma que cuando nos conocimos. Cuentas de agua caían por su pecho desnudo, y levanté mi mirada a su rostro recién afeitado. Lo miré, hipnotizada, como si nunca hubiera visto su rostro. Quería pasar el resto de mi vida con este hombre, y no había duda de que estábamos hechos el uno para el otro.

—¿Vas a ir así? —preguntó, mirando mi túnica verde de seda. No pude formar las palabras para responderle. Todo lo que podía hacer era sonreír tanto que prácticamente me partió el rostro en dos. Vi caer la toalla al suelo y capté el brillo maligno en su ojo—. Comamos el postre primero.

Reí. Killian aún no comía postre. O comida chatarra. Pero guardaba mis propias reservas en un armario junto a sus cereales integrales y semillas.

Rodeé su cuello con mis brazos.

—¿Tenemos tiempo? —El resto de mi oración se la tragó su beso. Resultó que no necesitábamos mucho tiempo. Fue rápido y sucio, y estaba gritando su nombre unos minutos después.

Se desplomó encima de mí y besó mi cuello.

—Te amo.

—Te amo más.

—No es un concurso.

—Si lo fuera, ganaría.

Se echó a reír y apoyó su brazo para soportar su peso. Lo miré a los ojos azules y podría jurar que brillaban. Me deja verlo ahora: su alegría, su dolor, su tristeza, su amor. Estaba escrito en su rostro, reflejado en sus ojos, y me encantaba que me confiara todas sus emociones.

—La respuesta es sí —dije. Qué idiota. Filtros, Eden.

Killian levantó las cejas.

—¿A qué estás diciendo que sí?

—A cualquier cosa que me preguntes, diré que sí. —Sonreí, toda inocencia. No lo engañé ni por un minuto.

Empezó a reírse, un sonido que venía de lo más profundo, su pecho retumbando contra el mío. Se reía tanto que le saltaron lágrimas de los ojos.

—¿Qué es tan gracioso?

Killian rodó fuera de mí y frotó las manos en su rostro.

—¿Qué voy a hacer contigo?

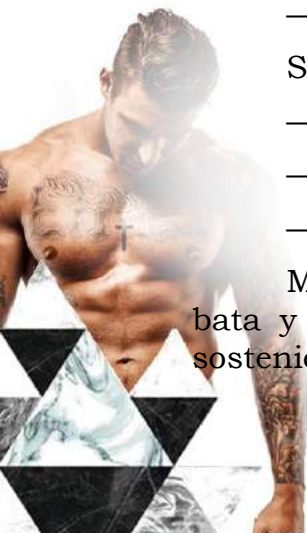
Sí, arruiné la sorpresa. Mi propia y estúpida culpa.

—Deberías haberle puesto una trampa.

—No deberías haber mirado en mi bolso.

—Iba a dejarte una pequeña carta de amor.

Me incliné sobre el borde de la cama, saqué la prueba del bolsillo de mi bata y puse la carta sobre su pecho. Bajó la barbilla y desplegó el papel, sosteniéndolo para poder leerlo. Era cursi, pero le puso una sonrisa en el rostro.



Querido Killian,

Una vez me preguntaste qué haces por mí, así que hice una lista:

Siempre bajas la tapa del inodoro.

Haces todos los trabajos sucios de la casa, como limpiar mi cabello del desagüe de la ducha.

Das excelentes masajes, con un final feliz garantizado.

Tus batidos son un éxito o fracaso, pero no me obligas a beberlos... así que gracias por eso.

Apoyas todas mis ideas locas, incluso cuando insistí en cortar nuestro propio árbol de Navidad (en Indiana, Pensilvania, alias "La capital mundial del árbol de Navidad"). Podría haber subestimado la dificultad de transportar un abeto azul de 3 metros y medio en el techo durante quinientos kilómetros. Pero oye, el árbol se veía increíble en nuestro loft. El año que viene, yo digo que hagamos algo más grande.

No te enojaste después de ese desafortunado accidente con tu nuevo Range Rover.

Por todas estas pequeñas razones y las grandes también, eres mi héroe de la vida real. Mi caballero blanco, mi deseo sobre una estrella, las alas de mi corazón.

Te amo más hoy que ayer.

Tuya,

Eden

—Así que sí —dije, cuando lo dobló—. Iba a poner la carta en tu bolso de gimnasia, para que la pudieras encontrar mañana y... bueno...

Estaba fuera de la cama, buscando en la cómoda sus calzoncillos.

—Vístete. Tenemos que irnos.

Mi boca se abrió de par en par mientras se vestía como si nada importante estuviera pasando.

—¿Qué? Pero...

—Tenemos una reservación.

—Lo sé. Pero, ¿no tienes nada que preguntarme?

—Ya has dicho que sí a cualquier cosa.

Huh. Yo y mi boca. Agarré mi ropa y me retiré al baño para vestirme y maquillarme. Vestida y lista con un vestido verde jade de seda con la espalda

abierta, me di una mirada en el espejo antes de unirme a Killian en el dormitorio. Estaba acostado en la cama, haciendo algo con su teléfono. Llevaba puesta la camisa de lino blanco abotonada que me encantaba, con vaqueros oscuros y una versión más nueva de sus viejas botas de combate.

Se puso de pie y eliminó la distancia entre nosotros.

—Te ves preciosa.

—Tú también.

Se arrodilló frente a mí, y no importaba que yo hubiera estropeado la sorpresa. Fue una gran sorpresa. No esperaba nada tan tradicional, pero aquí estaba él, agarrando mi mano en la suya mientras se arrodillaba frente a mí. Apenas podía verlo a través de mis lágrimas.

—Te amo, Eden. Todas tus ideas locas. Tu optimismo. Tu obstinada determinación. Tus habilidades estelares de conducción.... trabajaremos en ellas. No importa. Te amo tal como eres. Tú eres mi hogar —dijo en voz baja—. ¿Quieres casarte conmigo?

Tú eres mi hogar. Puse la mano sobre mi corazón y traté de tragarme las lágrimas. Dios, eso fue hermoso. Asentí, incapaz de hablar.

—Sí —dije, mi voz apenas un susurro—. Sí, me casaré contigo.

Deslizó el anillo en mi dedo y luego se puso de pie, sus manos acunando mi rostro, sus pulgares rozando mis lágrimas.

Quince minutos más tarde, todavía estaba en las nubes, y no podía dejar de mirar mi anillo de compromiso, una esmeralda, rodeada de brillantes diamantes. Era perfecto.

—¿Cómo elegiste este anillo? —pregunté.

—Si quieres un diamante, podemos devolverlo...

—¡No! Me encanta. Es perfecto.

Miré por la ventana cuando se detuvo en un estacionamiento a una cuadra del bar.

—Creí que íbamos a cenar a nuestro pequeño lugar francés.

—Tenemos tiempo para un trago. —Me guio por la calle, enviando mensajes mientras caminábamos. Todavía trabajaba en el Trinity Bar, pero ahora trabajo en turnos diurnos. Cuando Zeke compró la parte de Killian, él y Louis hicieron algunos cambios. Uno de ellos había sido abrir el bar durante el día. Zeke y yo todavía éramos buenos amigos, y él había ayudado a Killian a elaborar un plan de negocios de cinco años, así como a ponerlo en contacto con fundaciones que le ayudaron a obtener subvenciones para su programa de jóvenes en riesgo.



Killian me condujo dentro del bar, y me llevó un minuto procesar lo que estaba pasando. Cuando lo hice, estaba al borde de las lágrimas de felicidad otra vez.

—Killian. —Cubrí mi boca con las manos.

Me sonrió.

—Sorpresa.

¡Ha! Me ha engañado, no es una hazaña fácil. Todos nuestros amigos estaban reunidos en el bar: Louis, Zeke, Chris, Brody, Hailey, Ava, Jared, Connor.... incluso Daniel estaba aquí.

Miré a todos, sin palabras.

—Entonces, ¿por qué estamos todos aquí? —preguntó Connor.

—Uh, duh —dijo Ava—. ¿No viste la piedra en su dedo?

Era lo más que Ava le había dicho a Connor en ocho meses, y la única vez que habían estado juntos en una habitación. Connor le echó un vistazo, pero ella lo ignoró cuidadosamente, y siguió hablando con Hailey. Negó con la cabeza y me abrazó, felicitándome.

Cuando me soltó, le di una sonrisa suave que me devolvió. Habíamos pasado por tantas cosas juntos y nos habíamos acercado tanto en los últimos meses. Connor era como un hermano para mí ahora. Solo quería que fuera feliz, pero no era tan fácil. Todavía estaba trabajando en reconstruir la confianza que había destruido. Mi historia con él no se remontaba tanto como la de Killian y Ava, así que supongo era más fácil para mí creer en él que para ellos.

—Te quiero, chica —dijo Connor.

—Yo también te quiero.

Connor me dio otro abrazo y Louis me puso una copa de champán en la mano.

El resto de la noche fue una mezcla de música, champán, tacos y todo el mundo contando historias de cómo ellos fueron los responsables de que nos reuniéramos.

Horas más tarde, estaba brindando por Hailey, que acababa de conseguir el trabajo de sus sueños en San Francisco, donde el chef principal era una mujer.

—Por hacer realidad nuestros sueños —dije.

—Brindo por eso.

Chocamos las copas y bebimos por eso. Me bebí el resto del champán y puse mi copa vacía en la barra.

Unos brazos me rodearon por detrás y me apoyé en el pecho de Killian.

—Te amo en ese vestido... —murmuró en mi oído—. Pero en todo lo que puedo pensar es en quitártelo. ¿Quieres escuchar lo que planeo hacerte más tarde?

—¿Cómo vas a superar esto? —pregunté, enseñándole el anillo.

—Tengo habilidades.

—Mmm. Sé que las tienes.

—Vamos a casa —dijo.

Casa. Esa tenía que ser una de las palabras más bonitas del idioma español. Tal vez la vida no era un cuento de hadas, pero Killian y yo estábamos teniendo nuestro felices para siempre.



Sobre la autora



Emery Rose ama escribir sexys héroes alfa, heroínas fuertes, artistas, almas hermosas, y personajes defectuosos pero redimibles que necesitan trabajar por su felices para siempre.

Cuando no está escribiendo, puedes encontrarla mirando Netflix, trotando el globo en busca de sol, o inmersa en un buen libro. Ex neoyorquina, actualmente vive en Londres con sus dos hermosas hijas y una gruñona pero encantadora Border Terrier.



emery rose

Beautiful
beautiful #1

paradise books

for
Paradise
BOOKS

284



*Beneath
your*